

## Sri Aurobindo

\*\*\*\*\*

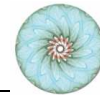
### SINTESIS DEL YOGA

PRIMERA PARTE

### Karma Yoga

o

### Yoga de las Obras Divinas



*Sri Aurobindo*

Nota aclaratoria:

El texto que os presentamos es una remodelación del texto de la única traducción al castellano existente de la Síntesis del Yoga. Estudiando estos textos de Sri Aurobindo nos dimos cuenta de que las dificultades del lector para comprender la obra no venían solamente de la gran profundidad del pensamiento del autor, sino también, en no desestimable medida, de la propia traducción.

Nos pusimos a la tarea de revisar el texto castellano con la sola intención de que el nuevo texto facilitase la comprensión a los participantes en el Curso de Yoga integral que imparte esta escuela y, visto que ha facilitado bastante su lectura, lo exponemos aquí para que puedan hacer uso de él otras personas interesadas en la obra. Hemos revisado la sintaxis o el orden de los elementos de ciertas frases para darles mayor claridad y hemos adaptado el léxico utilizando sinónimos que nos han parecido términos más específicos o mejor adaptados al castellano de España.

Hemos aportado también ciertas notas aclaratorias a pie de página que pueden ayudar a la comprensión del texto, sobretodo pensando en los lectores menos conocedores de la obra de Sri Aurobindo o incluso en aquellos que se acercan a ella por primera vez.

La “Síntesis del Yoga” es la obra capital para la práctica del Yoga integral de Sri aurobindo y la Madre y esperamos que nuestro trabajo colabore en su expansión y pueda acercar la obra a todos aquellos que estén interesados en su práctica.

*Isidro Rikarte*



[www.aurobindointegral.com](http://www.aurobindointegral.com)  
Escuela de Yoga integral  
Centro Sri Aurobindo de Pamplona



## ÍNDICE

|  | Pag. |
|--|------|
| Introducción   |      |
| <b>LAS CONDICIONES DE LA SÍNTESIS</b>                              |      |
| I Vida y Yoga  | 4    |
| II Los tres pasos de la Naturaleza                                 | 7    |
| III La Triple vida   | 15   |
| IV Los Sistemas del Yoga   | 23   |
| V Síntesis   | 31   |
| <b>KARMA YOGA O YOGA DE LAS OBRAS DIVINAS</b>                      |      |
| Cap. I Las Cuatro Ayudas   | 40   |
| Cap. II La Autoconsagración  | 52   |
| Cap. III La Autosumisión en las Obras – El Método del Gita         | 67   |
| Cap. IV El Sacrificio, el Sendero Triuno y el Señor del Sacrificio | 80   |
| Cap. V El Ascenso del Sacrificio (1)                               | 101  |
| Cap. VI El Ascenso del Sacrificio (2)                              | 119  |
| Cap. VII Normas de Conducta y Libertad Espiritual                  | 142  |
| Cap. VIII La Voluntad Suprema                                      | 158  |
| Cap. IX La Igualdad y la Aniquilación del Ego                      | 168  |
| Cap. X Las Tres Modalidades de la Naturaleza                       | 176  |
| Cap. XI El amo de las Obras  | 185  |
| Cap. XII La Obra Divina  | 201  |
| Cap. XIII La Supermente y el Yoga de las Obras                     | 210  |



## **Introducción**

### **LAS CONDICIONES DE LA SÍNTESIS**

**- I -**

#### **Vida y Yoga**

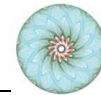
Hay dos necesidades de las obras de la Naturaleza que parecen intervenir siempre en las formas más importantes de la actividad humana, ya pertenezcan a nuestros campos comunes de movimiento o busquen aquellas esferas y logros excepcionales que se nos presentan como elevados y divinos. Toda forma de la actividad humana tiende hacia una complejidad y totalidad armónicas que nuevamente se dividen en diversos canales de esfuerzo y tendencia especiales, solo para unirse una vez más en una síntesis mayor y más vigorosa<sup>1</sup>. En segundo término, el desarrollo en las formas es una norma imperativa de manifestación efectiva. Sin embargo, toda verdad y práctica demasiado estrictamente formuladas envejecen y pierden mucho su virtud, si no toda. Deben ser renovadas constantemente por las frescas corrientes del espíritu que revivifica el vehículo muerto o moribundo, cambiándolo, si es que han de adquirir una nueva vida<sup>2</sup>. Renacer perpetuamente es la condición de una inmortalidad material. Estamos en una época plena de angustias de parto, en la que todas las formas de pensamiento y actividad que tienen en sí mismas cualquier fuerte poder utilitario o cualquier secreta virtud de persistencia están sujetas a una prueba suprema, dándoseles la oportunidad de renacer. El mundo presenta hoy en día el aspecto de un enorme caldero de Medea<sup>3</sup> al que se echan todas las cosas, desmenuzadas, experimentadas, combinadas y recombinadas, ya sea para perecer y proveer el disperso material de nuevas formas o para emerger rejuvenecidas y cambiadas para un nuevo plazo existencial. El Yoga de la India, que es, en su esencia, una acción o formulación especial de ciertos grandes poderes de la Naturaleza, formulación especializada, dividida y variadamente expresada, es potencialmente uno de estos elementos dinámicos de la vida futura de la humanidad. Esta criatura de edades inmemoriales, preservada por su vitalidad y su verdad hasta nuestros tiempos modernos, emerge ahora de las escuelas secretas y de los ascéticos retiros en que se refugió y busca su ubicación en la suma futura de poderes

---

<sup>1</sup> Unidad o totalidad inicial, diversificación y especialización después y nueva síntesis unificadora mayor y más poderosa. Esta definición de Sri Aurobindo del proceso que afecta a toda obra humana nos está enmarcando su propia obra de Síntesis del Yoga que parte de la sabiduría ancestral del Veda y de los Upanishads, etc. que con el transcurso de los siglos se fue especializando y diversificando hasta desdibujar, si no hasta perder, su profundo sentido inicial y de la cual él parte para hacer una síntesis del yoga que no solo redescubre lo esencial y reúne lo disperso de otros yogas, sino que lo eleva y le da mayor proyección y profundidad.

<sup>2</sup> Expone la segunda razón para su Síntesis, la fosilización y esclerotización que con el curso del tiempo sufren las fuentes originales del espíritu que acaban siendo constreñidas por interpretaciones mentales o normas morales generalizadoras y rígidas que matan su flexibilidad y viveza originales.

<sup>3</sup> En la mitología griega Medea era sacerdotisa y hechicera. En cierta ocasión, caracterizada como una anciana sacerdotisa de Artemisa, demostró a las hijas del rey Pelias, a quien deseaba matar, que se podía rejuvenecer a un anciano troceando a Esón (el padre de Jasón) e hirviendo los pedazos en un caldero. Al instante un Esón rejuvenecido saltó de él. Pero cuando las hijas de Pelias, con la mejor intención, hicieron lo mismo con su padre, este no sobrevivió.



vivientes y utilidades humanas. Pero primero ha de redescubrirse, sacar a la superficie la profundísima razón de su ser en esa verdad general y en ese incesante objetivo de la Naturaleza que el yoga representa<sup>1</sup>, y ha de hallar, en virtud de este nuevo autoconocimiento y autoapreciación, su propia síntesis recuperada y mayor. Reorganizándose, entrará más fácil y poderosamente en la vida reorganizada de la humanidad que los procesos del Yoga reclaman conducir, a través de los más escondidos secretos y hacia lo alto, en pos de las supremas altitudes de su propia existencia y personalidad.

Según el criterio correcto de la vida y del Yoga, toda la vida es Yoga consciente o subconscientemente. Pues con este término significamos un esfuerzo metódico en busca de la autoperfección mediante la expresión de las potencialidades latentes en el ser y una unión del individuo humano con la Existencia universal y trascendente que vemos parcialmente expresada en el ser humano y en el Cosmos. Pero toda la vida, cuando observamos detrás de sus apariencias, es un vasto Yoga de la Naturaleza que intenta realizar su perfección en una expresión siempre creciente de sus posibilidades y que intenta unirse con su propia realidad divina. En el ser humano, su pensador, la Naturaleza, por primera vez en esta Tierra, inventa medios autoconscientes y voluntarios ordenamientos de la actividad por los que esta finalidad puede lograrse más rápida y vigorosamente. El Yoga, como ha dicho Swami Vivekananda<sup>2</sup>, puede considerarse como un medio de condensar la propia evolución en una sola vida o en pocos años o incluso en pocos meses de existencia corporal. En tal caso, un sistema dado de Yoga puede ser nada más que una selección o condensación en formas más enérgicas en intensidad, de los métodos generales que ya se usan débilmente y, en buena medida, en un movimiento indolente; puede ser un método, con un más profuso desperdicio aparente de material y de energía, pero con una más completa unión con la gran Madre<sup>3</sup> en su vasta labor ascendente. Solo este criterio del Yoga es el que puede formar la base de una sensata y racional síntesis de los métodos Yóguicos. Porque, entonces, el Yoga deja de parecer algo místico y anormal, sin relación con los procesos ordinarios de la Energía-del-Mundo o sin relación con la finalidad que esta Energía tiene como objeto en sus dos grandes movimientos de autorrealización subjetiva y objetiva<sup>4</sup>; porque, entonces, se manifiesta más bien como un uso intenso y excepcional de los poderes que esta Energía ya ha manifestado u organiza progresivamente en sus operaciones menos elevadas, pero más generales.

Los métodos Yóguicos guardan cierta relación con el acostumbrado accionar psicológico del ser humano, tal como lo guarda la manipulación científica de la fuerza natural del vapor y de la electricidad. Y ellos también se forman sobre un conocimiento desarrollado y confirmado mediante experimentación regular, análisis práctico y resultado constante. Todo el Raja-

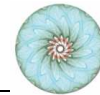
---

<sup>1</sup> El objetivo de la Naturaleza es su propia evolución hacia la manifestación plena y dinámica del Espíritu involucionado y latente en ella.

<sup>2</sup> Fue un pensador y gran yogui indio, discípulo de Ramakrishna.

<sup>3</sup> Referido a la Naturaleza en su camino evolutivo ascendente hacia la manifestación plena del Espíritu.

<sup>4</sup> Individual y universal.

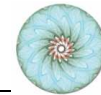


Yoga<sup>1</sup>, por ejemplo, depende de la percepción y de la experiencia de que nuestros elementos, nuestras combinaciones, funciones y fuerzas interiores pueden ser separados o disueltos, pueden ser combinados de nuevo o aplicados a trabajos nuevos y anteriormente imposibles o pueden ser transformados y resueltos en una nueva síntesis general mediante procesos internos fijos. El Hatha-Yoga<sup>2</sup> depende, de modo parecido, de esta percepción y experiencia de que las fuerzas y funciones vitales a las que nuestra vida se somete normalmente y cuyo accionar ordinario parece fijo e indispensable, pueden ser dominadas y sus operaciones cambiadas o suspendidas con resultados que, de otro modo, serían imposibles y parecerían milagrosos a quienes no captaron el fundamento de su proceso. Y si en otras de sus formas este carácter del Yoga aparece menos, es porque son más intuitivas y menos mecánicas, más próximas, como el Yoga de la Devoción, a un éxtasis celestial o, como el Yoga del Conocimiento, a una infinitud celestial de la consciencia y del ser. Con todo, ellas también parten del uso de alguna facultad principal nuestra, por medios y fines no contemplados en su cotidiano accionar espontáneo. Todos los métodos agrupados bajo el nombre común de Yoga son procesos psicológicos especiales fundados en una verdad fija de la Naturaleza y que desarrollan, a partir de las funciones normales, poderes y resultados que siempre estuvieron latentes, pero que no se manifiestan fácilmente ni a menudo en sus movimientos ordinarios.

Pero así como en el conocimiento físico la multiplicación de los procesos científicos tiene sus desventajas, ya que tiende, por ejemplo, a desarrollar una victoriosa artificialidad que agobia toda nuestra vida humana natural bajo el peso de lo maquinal y tiende a comprar ciertas formas de libertad y de dominio al precio de una acrecentada servidumbre a ellas, de igual manera la preocupación por los procesos Yóguicos y sus excepcionales resultados puede tener sus desventajas y pérdidas. El Yogui tiende a apartarse de la existencia común y pierde su dominio sobre ella; tiende a comprar salud espiritual mediante un empobrecimiento de sus actividades humanas, y la libertad interior mediante una muerte externa. Si gana a Dios, pierde la vida, o si vuelca sus esfuerzos exteriores para conquistar la vida, está en peligro de perder a Dios. Por lo tanto, vemos que en la India se ha creado una aguda incompatibilidad entre la vida en el mundo y el crecimiento y perfección espirituales, y aunque subsiste la tradición y el ideal de una victoriosa armonía entre la atracción interior y la demanda externa, existen pocos ejemplos de ello. De hecho, cuando un ser humano concentra su visión y energía en lo interior y penetra en el sendero del Yoga, se supone que ha de ser ajeno a la gran corriente de nuestra existencia colectiva y al esfuerzo de la humanidad. Esta idea ha prevalecido tan vigorosamente, ha sido tan resaltada por las filosofías y las religiones predominantes que, en la actualidad, escapar de la vida se considera, por lo común, no solo condición necesaria, sino también objetivo general del Yoga. No puede ser satisfactoria la síntesis del Yoga que, en su

<sup>1</sup> Disciplina yóguica basada en el control de la mente y la respiración.

<sup>2</sup> La técnica propia del Hatha Yoga consiste en las Asanas o posturas corporales, Pránáyáma o dominio del Prana (energía) por medio de la respiración, y en la Relajación conciente. En occidente se conoce, por lo común, como Yoga solo al Hatha yoga, en un ejercicio reductor de su gran riqueza y variedad.



pretensión, no reúna a Dios y a la Naturaleza en una vida humana liberada y perfeccionada o, que en su método, no solo permita sino que también favorezca la armonía de nuestras actividades y experiencias internas y externas en la divina consumación de ambas. Pues el ser humano es precisamente el término y el símbolo de una Existencia superior que descendió en el mundo material en el que es posible para lo inferior transfigurarse y situarse en la naturaleza de lo superior, y para lo superior manifestarse en las formas de lo inferior. Eludir la vida que se le da para la realización de esa posibilidad, jamás puede ser la condición indispensable ni el objeto total y último de su esfuerzo supremo o de su más poderoso medio de autorrealización. Solo puede ser una necesidad temporal bajo ciertas condiciones o un extremo esfuerzo especializado impuesto sobre el individuo para que así prepare una mayor posibilidad general para la humanidad. El objetivo y utilidad verdaderos y plenos del Yoga solo pueden cumplirse cuando el Yoga consciente en el ser humano, como el Yoga subconsciente en la Naturaleza, llegan a ser limítrofes a la vida misma y podemos, una vez más, observando el sendero y el logro, decir en un sentido más perfecto y luminoso: "Toda la vida es Yoga."

- II -

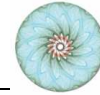
### **Los tres pasos de la Naturaleza**

Reconocemos entonces, en las evoluciones pasadas del Yoga, una tendencia especializada y separativa que, como todas las cosas de la Naturaleza, tuvo su justificación e incluso su imperativa utilidad, y buscamos una síntesis de los objetivos y de los métodos especializados, nacidos como consecuencia de ello. Pero, a fin de que podamos ser guiados sabiamente en nuestro esfuerzo, debemos conocer, primero, el principio y finalidad generales que subyacen en este impulso separativo y, luego, la utilidad particular sobre la que se funda el método de cada escuela de Yoga. Para el principio general debemos interrogarnos sobre las obras universales de la Naturaleza misma, reconociendo en ella no meramente la actividad engañosa e ilusoria de una Maya<sup>1</sup> distorsionadora, sino la energía y el accionar cósmicos de Dios mismo manifestándose en Su ser universal e inspirado por una Sabiduría vasta, infinita y, con todo, minuciosamente selectiva (*prajñá prastá puraní* del Gita). Sabiduría surgida del Eterno desde el principio. Para las utilidades particulares debemos echar una mirada penetrante sobre los diferentes métodos del Yoga y distinguir, entre la masa de sus detalles, la idea gobernante a la que ellos sirven y la fuerza fundamental que da nacimiento y energía a sus procesos para que resulten efectivos. Después, podemos descubrir más fácilmente el único principio y poder comunes de los que todos los yogas derivan su ser y su tendencia, hacia los que todos se desplazan subconscientemente y en los que, por lo tanto, para todos resulta imposible unirse conscientemente.

La automanifestación progresiva de la Naturaleza en el ser humano, denominada en el lenguaje moderno su evolución, debe depender

---

<sup>1</sup> La realidad del universo concebida con Ilusión.

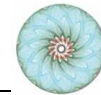


necesariamente de tres elementos sucesivos: el que ya ha evolucionado, el que persistentemente se halla en la etapa de la evolución consciente y el que ha de evolucionar y tal vez pueda ya haberse puesto en evidencia, si no constantemente, sí ocasionalmente o con alguna regularidad de recurrencia, en formaciones primarias o en otras más desarrolladas, y hasta bien puede ser que en algunas, aunque raras, estén cerca de la suprema realización posible de nuestra humanidad actual. Pues la marcha de la Naturaleza no se rige por un avance regular y mecánico. Ella siempre se trasciende, incluso a costa de deplorables retiradas subsiguientes. Ella tiene prisas: tiene eclosiones espléndidas y potentes; tiene realizaciones inmensas; se lanza al ataque, a veces apasionadamente, esperando tomar el reino de los cielos mediante violencia. Y estos excesos son la expresión de lo que en ella es más divino o más diabólico, aunque, cualquiera que sea el caso, es lo más poderoso para llevarla rápidamente en pos de la meta.

Lo que la Naturaleza ha hecho evolucionar para nosotros y ha fundado firmemente es la vida corporal. Ella ha efectuado cierta combinación y armonía entre los dos elementos inferiores, pero que son los más fundamentalmente necesarios de nuestra acción y progreso sobre la tierra: la Materia, que, aunque una espiritualidad etérea la desprecie, es nuestro cimiento y la primera condición de todas nuestras energías y realizaciones; y la Energía-Vital que es nuestro medio de existencia en un cuerpo material y la base hasta de nuestras actividades mentales y espirituales. La Naturaleza ha alcanzado con éxito cierta estabilidad en su constante movimiento material, que es a la vez suficientemente firme, durable, flexible y mutable para proveer la morada y los instrumentos adecuados para el dios que se manifiesta progresivamente en la humanidad. Esto es lo que se quiere significar mediante la fábula del Aitareya Upanishad que cuenta que los dioses rehusaron las formas animales que sucesivamente les ofrecía el Yo Divino y solo cuando fue creado el ser humano, exclamaron: "Este en verdad esta hecho a la perfección", y lo aceptaron. Ella ha generado, asimismo, un compromiso de trabajo entre la inercia de la materia y la Vida activa que vive y se alimenta en esta, por el cual no solo se sostiene la existencia vital sino también se posibilita la más completa evolución mental. Este equilibrio constituye el estado básico de la Naturaleza en el ser humano y en el lenguaje del Yoga se denomina su cuerpo denso compuesto de materia o *envoltura corporal física* y el sistema nervioso o vehículo vital (*Annakosa y pránakosa*).

Si este equilibrio inferior es la base y el primer medio de los movimientos superiores que contempla el Poder Universal y si constituye el vehículo en el que el Divino busca aquí manifestarse, si es cierto el dicho hindú de que el cuerpo es el instrumento provisto para la realización de la ley correcta de nuestra naturaleza, entonces cualquier retiro o retroceso final de la vida física debe ser un alejamiento de la integridad de la Sabiduría divina y una renuncia al objetivo de su manifestación terrestre. Tal rechazo, debido a alguna ley secreta de su desarrollo, puede ser la actitud correcta para ciertos individuos, pero jamás el objetivo propuesto para la humanidad. No puede existir, por lo tanto, Yoga integral que ignore al cuerpo o crea indispensable su anulación o





rechazo para una espiritualidad perfecta. Más bien, el perfeccionamiento del cuerpo ha de ser también el último triunfo del Espíritu y el convertir en divina la vida corporal debe ser sello final de Dios sobre Su obra en el universo<sup>1</sup>. El obstáculo que lo físico presenta a lo espiritual no es argumento que justifique el rechazo de lo físico, porque, en la invisible providencia de las cosas, nuestras máximas dificultades son nuestras mejores oportunidades. La Naturaleza nos indica mediante una dificultad suprema que hay una conquista suprema que ha de ganarse y un problema último que ha de resolverse. No se trata de una advertencia sobre una ineludible acechanza de la que hay que escapar, ni de un enemigo demasiado fuerte para nosotros del que debamos huir.

Igualmente, nuestras energías vitales y nerviosas son en esto de gran utilidad y ellas también exigen la realización divina de sus posibilidades en nuestro logro último. El gran papel asignado en el esquema universal a este elemento es enfatizado poderosamente por la universal sabiduría de los Upanishads<sup>2</sup>: “Así como los radios de una rueda en su eje, de igual manera todo se establece en la energía Vital: el triple conocimiento, el Sacrificio, el poder de los fuertes y la pureza de los sabios. Bajo el control de la Energía-Vital está todo lo establecido en el triple cielo.” (*Prasna Upanishad*, II, 6 y 13). No hay, por lo tanto, Yoga integral que deba matar las energías nerviosas, que las fuerce a una quietud sin nervios o las erradique como fuente de actividades nocivas. Su purificación, no su destrucción; su transformación, control y utilización es el objetivo con cuyas miras fueron creadas y desarrolladas en nosotros.

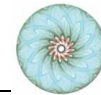
Si la vida corporal es lo que la Naturaleza ha hecho evolucionar firmemente para nosotros como su base y primer instrumento, Ella está haciendo evolucionar nuestra vida mental como su siguiente objetivo e instrumento superior inmediato. Este es en ella, en sus elevaciones ordinarias, el sublime pensamiento que la preocupa; este es -excepto en períodos de agotamiento y de retiro en una oscuridad de reposo y de recuperación<sup>3</sup>- su propósito constante dondequiera que pueda librarse de sus primeras realizaciones vitales y físicas. Pues aquí, en el ser humano, tenemos una distinción que es de suma importancia. Él no tiene en sí una mentalidad simple, sino doble y triple: la mente material y nerviosa, la pura mente intelectual que se libera de las ilusiones del cuerpo y de los sentidos, y una mente divina por encima del intelecto que a su vez se libera de los términos imperfectos de la razón lógicamente excluyente<sup>4</sup> e imaginativa. La mente del ser humano está enredada, al principio, en la vida del cuerpo, mientras que en los vegetales está involucionada y en los animales está siempre aprisionada. Acepta esta vida no solo como la primera, sino como la condición total de sus actividades y sirve a

<sup>1</sup> Recordamos el trabajo de la Madre en sus últimos años de vida, denominado Yoga de las Células, que buscaba la transformación divina del cuerpo físico.

<sup>2</sup> Libros sagrados de la India.

<sup>3</sup> Teniendo en cuenta que el proceso de evolución de la Naturaleza no es lineal, aunque sí constante, tal y como él mismo ha expresado anteriormente: “*Ella siempre se trasciende, incluso a costa de deplorables retiradas subsiguientes*”.

<sup>4</sup> La razón que en función de la lógica y de sus propias percepciones a través de los sentidos excluye cualquier realidad que trascienda todo ello.

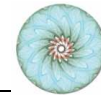


sus necesidades como si fuesen el objetivo total de la existencia<sup>1</sup>. Mas la vida corporal del ser humano es una base, no el objetivo, su condición primera y no su último determinante. Según la idea precisa de los antiguos, el ser humano es esencialmente el pensador, el Manu, el ser mental que dirige la vida y el cuerpo (*Manomayah pránasaríranetá. Mundaka: Upanishad, II, 2, 7.*), no el animal que es dirigido por ellos. Por lo tanto, la existencia humana verdadera solo empieza cuando la mentalidad intelectual emerge de la materia y comenzamos a vivir cada vez más en la mente independiente de la obsesión nerviosa y física y, en la medida de esa libertad, somos capaces de aceptar y usar correctamente la vida del cuerpo. Porque la libertad (y no una diestra sujeción) es el verdadero medio de dominio. El elevado ideal humano consiste en una libre y no compulsiva aceptación de las condiciones, que suelen ser magnificadas y sublimadas condiciones de nuestro ser físico.

La vida mental que evoluciona de esa manera en el ser humano no es, ciertamente, un logro común. En su apariencia real sería como si se desarrollase al máximo en los individuos y como si, en muchos o en la mayoría, fuese una parte pequeña y mal organizada de su naturaleza normal o no evolucionada o latente y difícil de activar. La vida mental no es una evolución acabada de la Naturaleza; aún no está fundada firmemente en el animal humano. El signo de esto es que el equilibrio sutil y pleno de la vitalidad y la materia -el cuerpo humano sano, robusto y de larga vida-, por lo común se hallan solo en razas o clases de seres humanos que rechazan el esfuerzo del pensamiento, sus perturbaciones, sus tensiones, o que solo piensan con la mente material. El ser humano civilizado tiene aún que establecer un equilibrio, que todavía no posee normalmente, entre la mente plenamente activa y el cuerpo. En verdad, el esfuerzo creciente en busca de una vida mental más intensa parece crear, con frecuencia, un creciente desequilibrio de los elementos humanos, de modo que es posible que eminentes científicos describan la genialidad como forma de insania, resultado de degeneración y morbidez patológica de la Naturaleza. Los fenómenos que se usan para justificar esta exageración, cuando no se los toma por separado, sino en conexión con todos los otros datos relevantes, señalan una verdad diferente. El genio es un intento de la Energía universal para acelerar e intensificar, de esa manera, nuestros poderes intelectuales que se prepararán para aquellas facultades más vigorosas, directas y rápidas que constituyan el juego de la mente supra-intelectual o divina. No es entonces un capricho ni un fenómeno inexplicable, sino un paso siguiente, perfectamente natural, en la vida correcta de su evolución. La Naturaleza ha armonizado la vida corporal con la mente material y la está armonizando con el juego de la mentalidad intelectual. Para eso, aunque tienda a una depresión del pleno vigor animal y vital, no produce ni necesita producir perturbaciones activas. Y apunta mucho más allá en un intento de alcanzar un nivel aún superior. Las perturbaciones creadas por su proceso no son tan grandes como a menudo se las presenta. Algunas de ellas son burdos inicios de nuevas manifestaciones; otras son un movimiento fácilmente corregido de desintegración, que a menudo fructifica en nuevas

---

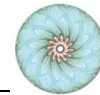
<sup>1</sup> Define la mente física o material.



actividades y siempre con un pequeño precio que hay que pagar por los resultados de largo alcance que Ella tiene en vista.

Si consideramos todas las circunstancias, quizá podamos llegar a la conclusión de que la vida mental, lejos de ser de reciente aparición en el ser humano, es la rápida repetición en él de un logro anterior del que la Energía de la especie ha sufrido uno de sus deplorables retrocesos. El salvaje tal vez no es tanto el ancestro del ser humano civilizado como el descendiente, disminuido en sus cualidades, de una civilización anterior. Pues si la realidad del logro intelectual no se distribuye de forma igual, la capacidad intelectual se esparce por doquier. Se ha visto que en casos individuales, incluso el tipo racial considerado por nosotros como el más bajo, el negro de la barbarie perenne del África Central, es capaz de la cultura intelectual, sin haber tenido mezcla de sangre, sin haber tenido que esperar a futuras generaciones; y hasta es capaz de la realización intelectual del europeo dominante. Incluso en lo que respecta a la masa, el ser humano parece necesitar, en circunstancias favorables, solo pocas generaciones para ganar terreno que aparentemente debe medirse en términos de milenios. El ser humano, entonces, por su privilegio de ser mental está exento del peso total de las lentas leyes de la evolución y con útiles condiciones y en la correcta atmósfera estimulante puede siempre evidenciar un alto nivel de capacidad material para las actividades de la vida intelectual. No es la incapacidad mental, sino el largo rechazo o ausencia de oportunidad y el retardo del impulso despertador lo que crea al salvaje. La barbarie es un sueño intermedio, no una oscuridad original.

Es más, toda la tendencia del pensamiento moderno y del esfuerzo moderno se revela al ojo observador como un gran esfuerzo consciente de la Naturaleza en el ser humano para hacer efectiva una generalización del equipamiento intelectual, para hacer efectiva la capacidad y la posterior posibilidad de universalizar las oportunidades que la civilización moderna concierta con la vida mental. Hasta la preocupación del intelecto europeo, protagonista de esta tendencia, por la Naturaleza material y las cosas externas de la existencia, es parte necesaria del esfuerzo. Busca preparar una base suficiente en el ser físico, las energías vitales y medio material del ser humano para sus posibilidades mentales plenas. El sentido y rumbo de este vasto movimiento se traduce en signos fácilmente inteligibles por la difusión de la educación, por el avance de razas retrasadas, por la elevación de clases abatidas, por la multiplicación de aparatos que ahorran trabajo, por el movimiento en pos de condiciones ideales económicas y sociales, por el esfuerzo de la Ciencia en procurar de una salud mejorada, de longevidad y psiquis sana en una humanidad civilizada. El medio adecuado o, al menos, el último, no puede emplearse siempre, pero su objetivo es preparativo y correcto: un cuerpo sano, individual y social, y la satisfacción de las necesidades y demandas legítimas de la mente material, comodidad suficiente, ocio y oportunidad igual, de modo que la humanidad toda y no ya solamente la raza, clase o individuos favorecidos puedan tener libertad para desarrollar al ser emocional e intelectual hasta su plena capacidad. En la actualidad el objetivo

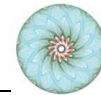


material y económico puede predominar, pero siempre, detrás, trabaja o queda en reserva el impulso superior y mayor.

Y cuando se satisfacen las condiciones preliminares, cuando ese gran esfuerzo haya fundado su base, ¿cuál será la naturaleza de esa posterior posibilidad a la que deben servir las actividades de la vida intelectual? Si la Mente fuera, en verdad, el término supremo de la Naturaleza, entonces deberían ser suficientes, por sí mismos, el desarrollo íntegro del intelecto racional e imaginativo y la armoniosa satisfacción de las emociones y sensibilidades. Pero si, por el contrario, el ser humano es más que un animal razonante y emocional, si más allá de lo que ha evolucionado, hay algo que ha de evolucionar, entonces bien puede ser que la plenitud de la vida mental, la ductilidad, flexibilidad y amplia capacidad del intelecto, la ordenada riqueza de la emoción y la sensibilidad puedan ser solo un pasaje hacia el desarrollo de una vida superior y de unas facultades más poderosas que aún han de manifestarse y han de tomar posesión del instrumento inferior, así como la mente misma ha tomado posesión del cuerpo físico de modo que ya no vive únicamente para su propia satisfacción, sino que también provee el fundamento y los materiales de una actividad superior.

La afirmación de una vida superior que la mental es el fundamento total de la filosofía hindú, y su adquisición y organización es el verdadero objetivo servido por los métodos del Yoga. La Mente no es el último término de la evolución, no es un objetivo último, sino, como el cuerpo, un instrumento. Incluso es denominado así en el lenguaje del Yoga: el instrumento interior (*Anthakarana*). Una tradición hindú asegura que lo que ha de manifestarse no es un nuevo término de la experiencia humana, sino que ya se desarrolló antes e incluso gobernó a la humanidad en ciertos periodos de su desarrollo. En cualquier caso, a fin de conocerse, debió en un tiempo haberse desarrollado parcialmente. Y si desde entonces la Naturaleza se hundió regresivamente, con respecto a su logro, la causa debe descubrirse siempre en alguna armonía irrealizada, en alguna insuficiencia de la base intelectual y material a la que ahora retornó y en alguna sobreespecialización de la existencia superior en detrimento de la existencia inferior.

¿Pero entonces qué constituye esta existencia superior suprema a la que tiende nuestra evolución? A fin de responder la pregunta tenemos que tratar un género de experiencias supremas, un género de concepciones inusuales que es difícil representar con precisión en cualquier otro idioma que el sánscrito antiguo en el que solo se sistematizaron hasta cierto punto. Los únicos términos aproximados en este idioma tienen otras asociaciones y su uso puede llevar a muchas (e incluso graves) imprecisiones. La terminología del Yoga reconoce además del estado de nuestro ser físico y vital, denominado cuerpo denso y doblemente compuesto de la envoltura física corpórea y del vehículo vital, además del estado de nuestro ser mental, denominado cuerpo sutil y compuesto simplemente de envoltura-mental o vehículo mental (*Manah-kosa*), un tercer estado supremo y divino, del ser supramental, denominado cuerpo causal y compuesto de un vehículo cuarto y un vehículo quinto (*Vijñanakosa* y



*ánandakosa*), que se describen, como los del conocimiento y de la bienaventuranza<sup>1</sup>. Pero este conocimiento no es un resultado sistematizado de problemas y razonamientos, ni una disposición temporal de conclusiones y opiniones en los términos de la probabilidad suprema, sino más bien una Verdad autoexistente y autoluminosa. Y esta bienaventuranza no es un placer supremo del corazón con las sensaciones, con la experiencia del dolor y el pesar como trasfondo, sino un deleite también autoexistente e independiente de los objetos y experiencias particulares: un deleite por sí, que es la naturaleza misma, la materia misma de una Existencia trascendente e infinita<sup>2</sup>.

¿Tales concepciones psicológicas corresponden a algo real y posible? Todo el Yoga las asegura como su experiencia última y su objetivo supremo. Forman los principios rectores de nuestro posible estado supremo de la consciencia, nuestro más amplio ámbito posible de la existencia. Existe, decimos, una armonía de las facultades supremas, que corresponde a grandes rasgos a las facultades psicológicas de la revelación, inspiración e intuición, que no actúan en la razón intuitiva ni en la mente divina, sino en un plano superior aún, en el que se ve la Verdad directamente, cara a cara, o más bien se vive en la verdad de las cosas universales y trascendentes y como su formulación y actividad luminosa. Y estas facultades son la luz de una existencia consciente que reemplaza lo egoísta, que es cósmica y trascendente y cuya naturaleza es la Bienaventuranza. Estos obviamente son, tal como el ser humano está constituido en la actualidad, estados divinos y superhumanos de la consciencia y de la actividad<sup>3</sup>. Una trinidad de existencia, autoconsciencia y autodeleite (*Sachchidananda*) trascendentes es, ciertamente, la descripción metafísica del *Atman*<sup>4</sup> supremo, la autoformulación, para nuestro conocimiento despierto, del Incognoscible ya sea concebido como Impersonalidad pura o como Personalidad cósmica que manifiesta el universo. Pero en el Yoga también son considerados en sus aspectos psicológicos como estados de la existencia subjetiva<sup>5</sup> a los que nuestra consciencia despierta es ahora ajena, pero que moran en nosotros en un plano superconsciente y al que, por lo tanto, podemos ascender siempre.

Pues como lo indica el nombre, el cuerpo causal (*kárana*), esta manifestación culminante, (opuesto a los otros dos que son instrumentos *karana*), es asimismo la fuente y poder efectivo de todo lo que lo precedió en la evolución real<sup>6</sup>. Nuestras actividades mentales son ciertamente derivación, selección y (en la medida en que están divididas de la verdad que

---

<sup>1</sup> Tres estados o cuerpos y cinco envolturas o vehículos: estado físico-vital o cuerpo denso: envoltura física y vital; cuerpo sutil: envoltura mental; cuerpo causal o supramental: vehículo del conocimiento y vehículo de la bienaventuranza.

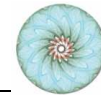
<sup>2</sup> Bienaventuranza, Deleite, Beatitud autoexistente son las manifestaciones máximas de la realización supramental.

<sup>3</sup> No solo una consciencia que se trasciende y diviniza, sino una actividad de todo el ser, interior y exterior, divinizadas.

<sup>4</sup> Ser en sí, Ser esencial o Espíritu supremo.

<sup>5</sup> Estados latentes y potencialmente alcanzables en cada ser humano individual.

<sup>6</sup> El cuerpo *causal* o estado supramental no solo es la meta de nuestra evolución, sino también su *causa*, su poder y la fuerza que la impulsa.



secretamente es su fuerza), deformación del conocimiento divino. Nuestras sensaciones y emociones tienen la misma relación con la Bienaventuranza. Nuestras fuerzas nerviosas y acciones, con el aspecto de la Voluntad o Fuerza asumido por la Consciencia divina. Nuestro ser físico con la pura esencia de esa Bienaventuranza y Consciencia. La evolución que observamos y de la que somos la cúspide terrestre puede considerarse, en un sentido, como manifestación inversa, por la que estos Poderes, en su unidad y su diversidad, usan, desarrollan y perfeccionan la sustancia y las actividades imperfectas de la Materia, de la Vida y de la Mente, de modo que puedan expresar en relatividad mutable una creciente armonía de los estados divinos y eternos de los cuales nacen<sup>1</sup>. Si esta es la verdad del universo, entonces la meta de la evolución es también su causa; es lo inmanente en sus elementos y lo que se libera de ellos<sup>2</sup>. Pero la liberación es seguramente imperfecta si solo se trata de un escape y no hay retorno a la sustancia y a las actividades que la contienen para elevarlas y transformarlas. La inmanencia misma no sería razón digna de crédito para el ser si no se culminase en tal manifestación. Pero la labor total de la Naturaleza terminaría en una culminante justificación y sus evoluciones revelarían su profunda significación si la mente humana pudiera ser capaz de las glorias de la Luz divina, si la emoción y sensibilidad humanas pudieran transformarse dentro del molde y asumir la medida y el movimiento de la Bienaventuranza suprema, si la acción humana no solo representase sino también se sintiese como movimiento de una Fuerza divina y no egoísta y si la sustancia física participase suficientemente de la pureza de la esencia celestial, unificase suficientemente su plasticidad y duradera constancia para apoyar y prolongar estas supremas experiencias y medios.

Tan deslumbrante es hasta un vislumbre de esta existencia suprema y tan absorbente es su atracción que, una vez vista, nos sentimos prestamente justificados para abandonarlo todo y seguirla. Incluso, por una opuesta exageración hacia lo que ve todas las cosas en la Mente y en la vida mental como ideal excluyente, la Mente llega a considerarse deformación indigna y obstáculo supremo, fuente de un universo ilusorio y negación de la Verdad, por lo que debe ser negada aquella y anulados todos sus obras y resultados si deseamos la liberación final<sup>3</sup>. Pero esta es una semiverdad que yerra por considerar solamente las limitaciones reales de la Mente e ignora su intención divina. El conocimiento último es el que percibe y acepta a Dios en el universo al igual que más allá del universo, y el Yoga integral es el que, habiendo hallado lo Trascendente, puede retornar al Universo y poseerlo, reteniendo libremente el poder de descender al igual que de ascender en la gran escalera de la existencia. Pues si la Sabiduría eterna existe, la facultad de la Mente

<sup>1</sup> Describe la evolución como el contrapunto inevitable que corresponde a una involución primera del Espíritu en la Materia, a partir de la cual trata de manifestarse en la Vida y en la Mente en un movimiento evolutivo ascendente que tiene su cúspide en el ser humano.

<sup>2</sup> Lo inmanente, lo permanente, la esencia, el espíritu que en el caso del ser humano debe liberarse de los elementos físico, vital y mental, porque constriñen su expresión y manifestación, por causa de su propia limitación e insuficiente evolución, aunque, como expresa después, deberá retornar para transformarlos.

<sup>3</sup> Para algunos la mente es la causa de nuestra percepción errónea de un universo que, en realidad, es ilusorio, y no real como nos lo presenta la mente, frente a los que ven como única realidad aquello que puede ser contenido o percibido por la mente.



también debe tener algún uso y destino elevados. Ese uso debe depender de su lugar en el ascenso y en el retorno y ese destino debe ser la realización y la transfiguración, no la erradicación ni la anulación.

Percibimos entonces estos tres pasos en la Naturaleza: una vida corporal que es la base de nuestra existencia aquí en el mundo material, una vida mental en la que emergemos y por la que elevamos lo corporal a usos superiores y lo agrandamos hacia un mayor completamiento, y una existencia divina que es, a la vez, la meta de las otras dos y retorna a ellas para liberarlas en sus supremas posibilidades. No considerando a ninguna de ellas fuera de nuestro alcance o por debajo de nuestra naturaleza, no considerando la destrucción de ninguna de ellas como esencial para el logro último, aceptamos esta liberación y realización como parte, al menos (y parte grande e importante), del objetivo del Yoga.

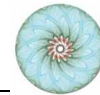
- III -

### **La triple vida**

Al ser entonces la naturaleza una evolución, automanifestación progresiva de una Existencia eterna y secreta, con tres formas sucesivas, como sus tres pasos de ascenso, tenemos como condición de todas nuestras actividades estas tres posibilidades mutuamente interdependientes: la vida corporal, la existencia mental y el ser espiritual velado, que en la involución es la causa de los demás y en la evolución es su resultado. El objetivo de la Naturaleza es preservar y perfeccionar lo físico, realizar lo mental, y tendría que ser el objetivo maestro revelar en el cuerpo y en la mente perfeccionadas las actividades trascendentes del Espíritu. Así como la vida mental no elimina lo corporal, sino que trabaja para su elevación y su mejor utilización, de igual manera también lo espiritual no ha de eliminar, sino que debe transformar nuestras actividades intelectuales, emocionales, estéticas y vitales.

Porque el ser humano, cabeza de la Naturaleza terrestre, única estructura terrena en la que la plena evolución de aquélla es posible, es un triple nacimiento. Se le ha dado una estructura viviente en la que el cuerpo es el vaso y la vida el medio dinámico de una manifestación divina. Su actividad se centra en una mente progresiva que apunta hacia su autoperfeccionamiento, al igual que el perfeccionamiento de la morada que habita y del medio de la vida que usa, y es capaz de despertar, mediante una progresiva autorrealización, a su naturaleza verdadera como forma del Espíritu. Culmina en lo que siempre ha sido en realidad: el espíritu iluminado y beatífico que, al fin, tiene por propósito iluminar la vida y la mente con sus esplendores ahora ocultos.

Puesto que este es el plan de la Energía divina en la humanidad, el método y objetivo totales de nuestra existencia deben trabajar mediante la interacción de estos tres elementos del ser. Como resultado de su formulación separada en la Naturaleza, el ser humano ha abierto ante sí una elección entre tres clases de vida: la existencia material ordinaria, una vida de actividad y progreso mentales, y la beatitud espiritual inmutable. Pero puede, a medida



que progresa, combinar estas tres formas, resolver sus discordias en un ritmo armonioso y, de ese modo, crear en sí mismo la deidad toda: el Ser humano perfecto.

En la Naturaleza ordinaria cada uno tiene su propia característica e impulso rector.

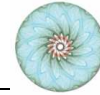
La energía característica de la Vida corporal no está tanto progresando como persistiendo, no es tanto autoagrandamiento individual como autorrepetición. En verdad, en la Naturaleza física hay una progresión de un tipo a otro, del vegetal al animal, del animal al ser humano; pues incluso en la Materia inanimada, la Mente trabaja. Pero una vez que un tipo es separado físicamente, la principal preocupación inmediata de la Madre terrestre parece ser mantenerlo en su existencia mediante constante reproducción. Pues la Vida busca siempre la inmortalidad; pero como la forma individual es impermanente y solo es permanente la idea de una forma en la consciencia que crea el universo, tal reproducción constante es la única inmortalidad material posible. La autopreservación, la autorrepetición y la automultiplicación son necesariamente, entonces, los instintos predominantes de toda la existencia material.

La energía característica de la Mente pura es el cambio y cuanto más elevación y organización adquiere, esta ley de la Mente más asume el aspecto de un agrandamiento continuo, de un mejoramiento y de un mejor ordenamiento de sus provechos y, de ese modo, de un pasaje continuo de lo más pequeño y más simple a la mayor y más compleja perfección. Ya que la Mente, a diferencia de la vida corporal, es infinita en su campo, elástica en su expansión y fácilmente variable en sus formaciones. Entonces, cambio, autoagrandamiento y automejoramiento son sus instintos apropiados. Su fe es la posibilidad de perfección y su contraseña es el progreso.

La ley característica del Espíritu es la perfección autoexistente y la infinitud inmutable. Posee siempre y por derecho propio la inmortalidad que es el objetivo de la Vida y la perfección que es la meta de la Mente. El logro de lo eterno y la realización de lo que es lo mismo en todas las cosas y más allá de todas las cosas, igualmente bienaventurado en el universo y fuera de él, intangible ante las imperfecciones y limitaciones de las formas y actividades en que mora, son la gloria de la vida espiritual.

En cada una de estas formas la Naturaleza actúa individual y colectivamente; pues el Eterno se afirma por igual en la forma simple y en la existencia-grupal, familia, clan y nación o en agrupaciones que dependen de principios menos físicos o en el grupo supremo de todos, en nuestra humanidad colectiva. El ser humano también puede buscar su propio bien individual en cualquiera o en todas estas esferas de actividad, o identificarse en ellas con la colectividad y vivir para esta o, elevándose a una más verdadera percepción de este universo complejo, armonizar la realización individual con el objetivo colectivo. Pues así como la correcta relación del alma con el Supremo,





mientras aquella está en el Universo, es realizar su unidad con el Divino y con el mundo y unirlos en el individuo, sin afirmar egoístamente su ser separado ni, por el contrario, borrándose en el Indefinible, de igual modo la relación correcta del individuo con la colectividad no consiste en perseguir egoístamente su propio progreso material o mental ni la salvación espiritual sin consideración hacia sus semejantes, ni en suprimir ni mutilar, por causa de la comunidad, su propio desarrollo, sino que consiste en resumir en sí mismo sus posibilidades mejores y más completas, esparciéndolas con el pensamiento, la acción y otros medios para que toda la especie pueda aproximarse más al logro de sus personalidades supremas.

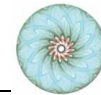
Se desprende que el objetivo de la vida material debe ser cumplir, sobre todas las cosas, el objetivo vital de la Naturaleza. El objetivo total del ser humano material es vivir, pasar del nacimiento a la muerte con tanta comodidad y disfrute como se le presente, pero vivir de todos modos. Puede subordinar este objetivo, pero solo a los otros instintos de la Naturaleza física, a la reproducción del individuo y a la conservación de este en la familia, la clase o la comunidad. El yo, la tendencia al agrupamiento y el orden tradicional de la sociedad y de la nación son los componentes de la existencia material. Su inmensa importancia en la economía de la Naturaleza es evidente de por sí, y equilibrada a la importancia del tipo humano que la representa. El ser humano le da la seguridad de la estructura que ella ha construido y la ordenada continuidad y la conservación de sus logros pasados.

Pero por esa misma utilidad, tales seres humanos y la vida que llevan están condenados a ser limitados, irracionalmente conservadores y atados a la tierra. La rutina habitual, las instituciones tradicionales, y las formas heredadas o tradicionales de pensamiento son el aliento que les da vida. Admiten y defienden celosamente los cambios forzados por la mente de progreso en el pasado, pero combaten con igual celo los cambios efectuados por ella en el presente. Pues para el ser humano material, el pensador progresista viviente es un ideólogo, un soñador y un loco. Los antiguos semitas que lapidaron a los profetas vivos y adoraron sus recuerdos cuando murieron, fueron expresión del influjo de este principio instintivo e ininteligente de la Naturaleza. En la antigua distinción hindú entre el ser humano nacido una vez y el nacido dos veces<sup>1</sup>, a este ser humano material se le puede aplicar la descripción anterior. Él realiza las obras inferiores de la Naturaleza, asegura la base de sus actividades superiores, pero no se le abren fácilmente las glorias de su segundo nacimiento.

Sin embargo, él admite tanta espiritualidad como la impuesta sobre sus ideas tradicionales por los grandes florecimientos religiosos del pasado y da cabida en su esquema de la sociedad (venerable aunque no efectivo frecuentemente), al sacerdote o al teólogo erudito en quienes puede confiar

---

<sup>1</sup> El "nacido dos veces" indicaba un grado superior de desarrollo espiritual. Entre las ceremonias de la India está la de iniciación que equivale a un segundo nacimiento, mediante la cual a los 10-12 años de edad, un muchacho que pertenezca a una de las tres castas superiores puede entrar en la comunidad social y religiosa y se convierte en un "nacido dos veces": *dvija*.



que le provean un seguro y común alimento espiritual. Pero al ser humano que se asegura la libertad de la experiencia y vida espirituales, él le asigna, si es que lo admite, no la vestimenta del sacerdote sino el manto del Sannyasin<sup>1</sup>. Dejémoslo ejercer su peligrosa libertad fuera de la sociedad. De ese modo puede servir incluso de pararrayos receptor de la electricidad del Espíritu, apartándola del edificio social.

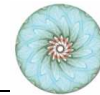
No obstante, es posible volver moderadamente progresistas al ser humano material y a su vida, imprimiendo en la mente material la costumbre del progreso, el hábito del cambio consciente y la idea fija de progreso como ley de la vida. La creación, por este medio, de las sociedades progresistas de Europa es uno de los triunfos máximos de la Mente sobre la Materia. Pero la Naturaleza física tiene su desquite, pues el progreso efectuado tiende a ser del género más burdo y sus intentos en favor de un desplazamiento superior o más rápido producen gran fatiga, veloz agotamiento y retrocesos espantosos.

Asimismo, es posible dar al ser humano material y a su vida, una espiritualidad moderada acostumbrándolo a considerar desde la perspectiva de un espíritu religioso todas las instituciones de la vida y sus actividades habituales. La creación de tales comunicaciones espiritualizadas fue en Oriente uno de los triunfos máximos del Espíritu sobre la Materia. Sin embargo, también aquí hay un defecto, pues esto tiende a menudo únicamente a la creación de un temperamento religioso, de la forma más simple de espiritualidad. Sus manifestaciones superiores, incluso las más espléndidas y pujantes, aumentan meramente el número de almas apartadas de la vida social, empobreciéndola de ese modo, o perturban a la sociedad, por un tiempo, mediante una elevación momentánea. La verdad es que ni el esfuerzo mental ni el impulso espiritual pueden resultar suficientes, divorciados uno del otro, para vencer la inmensa resistencia de la Naturaleza material. Ella exige la alianza de ambos en un esfuerzo completo antes de sufrir un cambio completo en la humanidad. Pero, por lo común, estos dos grandes medios son reacios a efectuarse las necesarias concesiones recíprocas.

La vida mental se concentra en la estética, la ética y las actividades intelectuales. La mentalidad esencial es idealista y busca la perfección. El yo sutil, el Atman<sup>2</sup> brillante, es siempre un soñador. Un sueño de belleza, conducta y Verdad perfectas, buscando nuevas formas del Eterno o revitalizando las viejas, es el alma misma de la mentalidad pura. Pero no sabe cómo tratar la resistencia de la Materia. Resulta obstaculizada e ineficiente, trabaja mediante chapuceros experimentos y debe retirarse de la lucha o someterse a la gris realidad. O, al estudiar la vida material y aceptar las condiciones de la contienda, puede tener buen éxito, pero solo imponiendo temporalmente algún sistema artificial que la Naturaleza infinita desgarrar y echa a un lado o desfigura de modo que resulta irreconocible, o retirando su asentimiento se marcha como si se tratase del cadáver de un ideal muerto. Han

<sup>1</sup> Asceta retirado de la vida social.

<sup>2</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** Quien mora en el Sueño, el íntimamente consciente, el disfrutador de abstracciones, el Brillante. *Mandukya Upanishad*, 4.



sido escasas y espaciadas las realizaciones del soñador en el Ser humano aceptadas gustosamente por el mundo y recordadas con afecto, habiéndose procurado apreciarlas en sus elementos.

Cuando el abismo entre la vida real y el temperamento del pensador es demasiado grande vemos como resultado una especie de retirada de la Mente con respecto a la vida a fin de actuar con mayor libertad en su propia esfera. El poeta que vive entre sus visiones brillantes, el artista absorto en su arte, el filósofo resolviendo los problemas del intelecto en su cuarto solitario, el científico, el erudito que se preocupa únicamente de sus estudios y experimentos, fueron antiguamente y lo son incluso ahora con cierta frecuencia, los Sannyasines del intelecto. Todo el pasado de la humanidad registra la obra realizada en favor de esta.

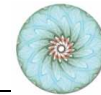
Pero tal exclusión se justifica solo por alguna actividad especial. La mente halla plenamente su fuerza y su acción solo cuando se lanza a la vida y acepta por igual sus posibilidades y sus resistencias como medios de una autoperfección mayor. En la lucha con las dificultades del mundo material, el desarrollo ético del individuo se modela con firmeza y se forman las grandes escuelas de conducta; por contacto con los hechos de la vida, el Arte logra vitalidad, el Pensamiento asegura sus abstracciones y las generalizaciones del filósofo se basan en un estable fundamento científico y experimental.

Sin embargo esta fusión con la vida puede buscarse desde una mentalidad individual y con total indiferencia hacia las formas de la existencia material o a la elevación de la especie. Esta indiferencia se aprecia en su cúspide en la disciplina epicúrea<sup>1</sup> y no está ausente por completo en los estoicos<sup>2</sup>; y también el altruismo realiza las obras compasivas más a menudo en propio beneficio que en beneficio del mundo al que ayuda. Pero esta también es una realización limitada. La mente de progreso se aprecia en el *summum* de la nobleza cuando lucha por elevar a la especie toda a su propio nivel, divulgando la imagen de su propio pensamiento y realización o cambiando la vida material de la especie en nuevas formas religiosas, intelectuales, sociales o políticas, que tiendan a representar más aproximadamente el ideal de verdad, belleza, justicia y rectitud con el que se ilumina el alma humana. El fracaso en ese campo interesa poco, porque el mero intento es dinámico y creador. La lucha de la Mente por elevar la vida es la promesa y la condición de la conquista de la vida por parte de lo que es superior incluso a la Mente.

---

<sup>1</sup>El epicureísmo buscaba un equilibrio perfecto entre la mente y el cuerpo que proporcionaba la serenidad o ataraxia. "El epicúreo alcanza el bien, retirado de la vida social, sin caer en el temor a lo sobrenatural, encontrando en sí mismo, o rodeado de un pequeño círculo de amigos, la tranquilidad de ánimo y la autosuficiencia." Adolfo Sánchez Vázquez (Editorial Grijalbo, S.A., México, 1969).

<sup>2</sup> Los estoicos proclamaron que se puede alcanzar la libertad y la tranquilidad tan solo siendo ajeno a las comodidades materiales, la fortuna externa, y dedicándose a una vida guiada por los principios de la razón y la virtud (tal es la idea de la imperturbabilidad o ataraxia).



Esa cosa suprema, la existencia espiritual, se relaciona con lo que es eterno pero, por tanto, no enteramente ajeno a lo efímero<sup>1</sup>. Para el ser humano espiritual el sueño mental de la belleza perfecta se realiza en un amor, belleza y deleite eternos, independientes e iguales, detrás de todas las apariencias objetivas; su sueño de la Verdad perfecta en la Verdad suprema, autoexistente, automanifestada y eterna que jamás varía sino que explica y es el secreto de todas las variaciones y la meta de todo progreso; su sueño de acción perfecta en la Ley omnipotente y autoguiante que es inherente por siempre a todas las cosas y se traduce aquí en el ritmo de los mundos. Lo que es visión fugitiva o esfuerzo constante de la creación en el Yo brillante es una Realidad eternamente existente en el Yo que conoce y es el Señor.<sup>2</sup>

Pero si a menudo es difícil para la vida mental acomodarse a la actividad material monótonamente resistente, cuánto más difícil debe parecerle a la existencia espiritual vivir en un mundo que parece lleno no de Verdad sino de toda mentira e ilusión, no de Amor y Belleza sino de discordia y fealdad circundantes, no de la Ley de la Verdad sino de egoísmo y pecado victoriosos. Por lo tanto, la vida espiritual tiende fácilmente, en el santo y el Sannyasin<sup>3</sup>, a retirarse de la vida material y rechazarla total y físicamente o espiritualmente. Ve este mundo como el reino del mal de la ignorancia, y lo eterno y divino en un cielo muy distante más allá del mundo y de la vida. Se separa de la impureza y afirma la realidad espiritual en un aislamiento impoluto. Este retiro rinde un invaluable servicio a la vida material misma forzándola a considerar e incluso a inclinarse ante algo que es la negación directa de sus propios ideales insignificantes, de sus sórdidas preocupaciones y de su satisfacción egoísta.

Pero la obra en el mundo de un poder espiritual tan supremo como la fuerza espiritual no puede limitarse de esa manera. Asimismo, la vida espiritual puede retornar a lo material y usarlo como medio de su plenitud mayor. Rehusando cegarse con las dualidades y las apariencias<sup>4</sup>, puede buscar en todas las apariencias la visión del mismo Señor, de la misma Verdad, Belleza, Amor y Deleite eternos. La fórmula Vedántica<sup>5</sup> del Yo en todas las cosas, de todas las cosas en el Yo y de todas las cosas como devenir del Yo es la clave de este Yoga más rico y omniabarcante.

Pero la vida espiritual, como la mental, puede hacer uso así de esta existencia externa en beneficio del individuo con total indiferencia hacia cualquier elevación colectiva del mundo, al cual utiliza de manera meramente simbólica. Esta indiferencia espiritual acepta desapasionadamente retirarse tan pronto se realiza su propio fin supremo, sin considerar qué medio ni qué acción se prepara. Esta actitud está basada en la consideración de que el Eterno es

<sup>1</sup> Lo Eterno, omniabarcante, que se expresa también en las formas temporales.

<sup>2</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** El Unificado, en quien se concentra el pensamiento consciente, el es todo deleite y disfrutador del deleite, el Sabio. . . El es el Señor de todo, el Omnisciente, el Guía interior. *Mandukya Upanishad*, 5, 6.

<sup>3</sup> Asceta apartado de la vida social.

<sup>4</sup> Detrás de las aparentes dualidades -bien y mal, placer y dolor, espiritual y material, etc.- está la Verdad y Divinidad expresándose a través de ellas.

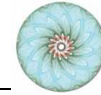
<sup>5</sup> El Veda: escrituras sagradas de la India.



por siempre el mismo en todas las cosas y todas las cosas las mismas para el Eterno, y en que la modalidad exacta de la acción y el resultado no son de importancia en comparación con la estructuración en uno mismo de la realización grande y única. Muchos entendieron el ideal del Gita de este modo. O el amor y la bienaventuranza internos pueden volcarse en el mundo en buenas acciones, en servicio y en compasión, con la Verdad interior brindando conocimiento, sin intentar, por lo tanto, la transformación de un mundo que, por su inalienable naturaleza, debe seguir siendo campo de batalla de las dualidades, del pecado y la virtud, de la verdad y el error, de la dicha y el sufrimiento.

Pero si el Progreso es uno de los términos principales de la existencia del mundo y una progresiva manifestación de lo divino es el sentido verdadero de la Naturaleza, esta limitación tampoco resulta válida. Cambiar la vida material según su propia imagen, según la imagen de la Divinidad, es posible para la vida espiritual en el mundo, y es su misión real. Por lo tanto, además de los grandes solitarios que buscaron y lograron su autoliberación, tenemos a los grandes maestros espirituales que también liberaron a los demás, y sobre todos, a las grandes almas dinámicas que, sintiéndose más fuertes en cuanto a la potencia del Espíritu, se lanzaron al mundo y lo aferraron en un abrazo amoroso luchando por lograr que consintiese en transformarse. Ordinariamente, el esfuerzo se concentra sobre un cambio mental y moral de la humanidad pero puede extenderse asimismo a la alteración de las formas de nuestras vidas y sus instituciones de modo que puedan ser un molde mejor para las emanaciones del Espíritu. Estos intentos fueron los hitos supremos del desarrollo progresivo de los ideales humanos y la preparación divina de la especie. Cada uno de ellos, cualquiera que haya sido su resultado externo, hizo a la Tierra más capaz del Cielo y aceleró los lentos movimientos del Yoga evolutivo de la Naturaleza.

En la India, durante los últimos mil años y más, la vida espiritual y la vida material existieron juntas, excluyendo a la mente de progreso. La espiritualidad llegó a un acuerdo con la Materia renunciando al intento de un progreso general. La espiritualidad obtuvo de la sociedad el derecho al libre desarrollo de todos los que asumen algún símbolo distintivo, como el hábito del Sannyasin; obtuvo el reconocimiento para ese modo de vida como meta humana y para quienes la viven como dignos de reverencia absoluta, y logró proyectar este modelo religioso en la sociedad misma, cuyos actos más habituales habrían de acompañarse de un recuerdo formal del simbolismo espiritual de la vida y su destino último. Por otra parte, se concedió a la sociedad el derecho de inercia e inmóvil autoconservación. Esta concesión destruyó gran parte del valor de los términos. Establecido el modelo religioso, el recuerdo formal tendió a convertirse en rutina y perdió su vívido sentido. Los constantes intentos de cambiar el molde por parte de nuevas sectas y religiones concluyó solo en una nueva rutina o modificación de lo antiguo, ya que el elemento salvador de la mente libre y activa había sido desterrado. La vida material, entregada a la Ignorancia, a la dualidad desatinada e interminable, se convirtió en un yugo plúmbeo y doloroso solo eludible mediante la huida.



Las escuelas del Yoga hindú se prestaron al compromiso. La perfección o liberación individual se hizo objetivo, el alejamiento de algún género de actividades ordinarias se hizo condición, y la renuncia a la vida se hizo culminación. El maestro brindó este conocimiento solo a un pequeño círculo de discípulos. O si se intentó un movimiento más amplio, todavía la liberación del alma individual siguió siendo el objetivo. En cuanto a la mayoría, observó el pacto con una sociedad inmóvil.

No puede dudarse de la utilidad del compromiso en el estado entonces real del mundo. Aseguró en la India una sociedad que se prestó a la preservación y culto de la espiritualidad, un país aparte en el que, como en una fortaleza, el supremo ideal espiritual pudo mantenerse en su pureza más absoluta, nunca avasallado por el asedio de las fuerzas circundantes. Pero fue un compromiso, no una victoria absoluta. La vida material perdió el impulso divino hacia la evolución, lo espiritual preservó mediante aislamiento su elevación y pureza, pero sacrificó al mundo su poder y servicio plenos. Por lo tanto, según la divina Providencia, el país de los Yoguis y los Sannyasines fue forzado a un contacto estricto e imperativo con el elemento rechazado por aquél (el elemento de la Mente de progreso), de modo que pudiese recobrar lo que ahora buscaba.

Hemos de reconocer, una vez más, que el individuo existe no en sí solo sino en la colectividad, y que la perfección y liberación individuales no son el sentido total de la intención de Dios en el mundo. El libre uso de nuestra libertad incluye asimismo la liberación de los demás y de la humanidad; la perfecta utilidad de nuestra perfección, habiéndose realizado en nosotros el símbolo divino, consiste en reproducirlo, multiplicarlo y, en última instancia, universalizarlo en los demás.

Por lo tanto, desde un criterio concreto de la vida humana en su potencialidad triple<sup>1</sup>, llegamos a la misma conclusión extraída de una observación de la Naturaleza en sus obras generales y en los tres pasos de su evolución. Y empezamos a percibir un objetivo completo de nuestra síntesis del Yoga.

El Espíritu es la cúspide de la existencia universal; la Materia es su base; la Mente es el vínculo entre ambos. El Espíritu es lo eterno; la Mente y la Materia son sus obras. El Espíritu es lo oculto y que ha de revelarse; la mente y el cuerpo son los medios por los que busca revelarse. El Espíritu es la imagen del Señor del Yoga; la mente y el cuerpo son los medios provistos por Él para reproducir esa imagen en la existencia fenoménica. Toda la Naturaleza es un intento de revelación progresiva de la Verdad oculta, una reproducción cada vez más exitosa de la imagen divina.

---

<sup>1</sup> Materia, Mente y Espíritu.



Pero lo que la Naturaleza contempla para la masa mediante una evolución lenta, el Yoga lo efectúa en el individuo mediante evolución rápida. Actúa mediante una aceleración de todas sus energías y una sublimación de todas sus facultades. Mientras Ella desarrolla la vida espiritual con dificultad y constantemente tiene que retroceder por causa de sus realizaciones inferiores, la fuerza sublimada, el método concentrado del Yoga puede alcanzar directamente y llevar consigo la perfección mental e incluso, si ella quiere, la perfección corporal. La Naturaleza busca a la Divinidad en sus propios símbolos: el Yoga va más allá de la Naturaleza, hacia el Señor de la Naturaleza, más allá del universo, hacia el Trascendente, y puede retornar con la luz y el poder trascendentes, con el *fiat*<sup>1</sup> del Omnipotente.

Pero, al final, su objetivo es uno solo. La generalización del Yoga en la humanidad debe ser la última victoria de la Naturaleza sobre sus propias demoras y ocultamientos. Incluso tal como ahora busca, mediante la mente de progreso de la Ciencia, adecuar toda la humanidad al pleno desarrollo de la vida mental, de igual manera, mediante el Yoga, debe buscar inevitablemente adecuar toda la humanidad a la evolución superior, al segundo nacimiento y a la existencia espiritual. Y tal como la vida mental usa y perfecciona la vida material, de igual manera lo espiritual usa y perfecciona la existencia material y la mental como instrumentos de una autoexpresión divina. Las épocas en que eso se cumplió son los legendarios Satya o Krita<sup>2</sup> Yugas<sup>3</sup>, edades de la Verdad manifestada en el símbolo, de la gran obra realizada en que la Naturaleza en la humanidad (iluminada, satisfecha y bienaventurada) descansa al culminar su esfuerzo.

Al ser humano le corresponde conocer su significado y aspirar siempre a su ideal supremo a través de sus medios más poderosos y no ya interpretar mal, envilecer ni utilizar indebidamente a la Madre universal.

#### - IV -

#### Los sistemas del Yoga

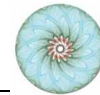
Estas relaciones entre las diferentes divisiones psicológicas del ser humano y estas utilidades y objetivos varios del esfuerzo fundado en ellas, las hallaremos repetidas en los principios y métodos fundamentales de las diferentes escuelas del Yoga, tal como las vimos en nuestro breve enfoque de la evolución natural. Y si buscamos combinar y armonizar sus prácticas centrales y sus objetivos predominantes descubriremos que la base proporcionada por la Naturaleza es aún nuestra base natural y la condición de su síntesis.

---

<sup>1</sup> Consentimiento.

<sup>2</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** Satya significa Verdad; Krita: efectuado o completado.

<sup>3</sup> En el marco del hinduismo, un *yuga* ('era' en sánscrito) es cada una de las cuatro eras en la que está dividido un *majā yuga* ('gran era'). La primera de ellas es *Satya yuga* (era de la verdad) o *krita yuga* (era de lo cumplido).



En un aspecto, el Yoga supera el accionar normal de la Naturaleza cósmica y asciende más allá de ella. Pues el objetivo de la Madre Universal es abarcar la Divinidad en su propio juego y creaciones, y realizarla allí. Mas en sus vuelos supremos el Yoga llega más allá de Ella y realiza la Divinidad en Sí excediendo al universo. E incluso se supone que este es no solo el objetivo supremo sino también el único verdadero y exclusivamente preferente del Yoga.

No obstante, La Naturaleza siempre sobrepasa su propia evolución a través de algo que ella misma ha formado<sup>1</sup>. Es el corazón individual que, sublimando sus emociones más elevadas y puras, alcanza la Bienaventuranza trascendente o el inefable Nirvana; es la mente individual que, convirtiendo sus funciones ordinarias en conocimiento más allá de la mente, conoce su unidad con el Inefable y funde su existencia separada en esa unidad trascendente. Y siempre es el individuo<sup>2</sup>, el Yo condicionado en su experiencia por la Naturaleza, el que trabaja a través de sus formaciones y alcanza al Yo incondicionado, libre y trascendente.

En la práctica son necesarias tres concepciones antes de que pueda haber cualquier posibilidad de Yoga; debe haber tres partes que consientan el esfuerzo —Dios, la Naturaleza y el alma humana o, en un lenguaje más abstracto, el Trascendente, el Universal y el Individual<sup>3</sup>. Si el individuo y la Naturaleza quedan librados a ellos mismos uno se ata al otro y es incapaz de superar en forma apreciable su dilatada marcha. Se necesita algo trascendente, libre de ella y mayor, que actúe sobre nosotros y ella, atrayéndonos hacia Si y asegurando de ella, de buena gana o por la fuerza, su consentimiento para la ascensión individual.

Esta es la verdad que impone a toda la filosofía del Yoga la concepción del Ishwara, que es el Señor, el Alma suprema o Yo supremo, hacia el que se dirige el esfuerzo y el que brinda el contacto iluminador y la fuerza para alcanzarlo. Igualmente cierta es la idea complementaria que el Yoga aplica a la devoción: que así como el Trascendente es necesario para el individuo y buscado por él, de igual modo también el individuo es, en un sentido, necesario para el Trascendente y buscado por Este. Si Bhakta busca y anhela a Bhagavan, Bhagavan también busca y anhela a Bhakta<sup>4</sup>. No puede haber Yoga del conocimiento sin el humano buscador del conocimiento, sin el Sujeto supremo del conocimiento, sin el uso divino de este por parte del individuo; no puede haber Yoga de la devoción sin el humano amante de Dios, sin el Objeto

---

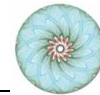
<sup>1</sup> Los elementos que suponen un salto evolutivo de la Naturaleza deben ser trascendidos en busca de una evolución mayor, tal y como explica posteriormente.

<sup>2</sup> La individualidad es elemento imprescindible del Yoga como expresión que es del Yo trascendente e incondicionado, aunque en su manifestación individual haya aceptado las condiciones y limitaciones de la Naturaleza. Esta realidad es rechazada o no es suficientemente reconocida por otras tradiciones.

<sup>3</sup> De lo que deducimos tres tipos de consciencia como imprescindibles para nuestra realización: consciencia trascendente, consciencia universal y la consciencia inmanente de nuestra individualidad esencial (alma, ser psíquico).

<sup>4</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** Bhakta: adepto o amante de Dios; Bhagavan: Dios, el Señor del Amor y el Deleite. El tercer término de la trinidad es Bhagavat, la revelación divina del Amor.





supremo del amor y del deleite, sin el uso divino, por parte del individuo, de las facultades universales del disfrute espiritual, emocional y estético; no puede haber Yoga de las obras sin el trabajador humano, sin la Voluntad suprema, sin el Amo de todas las obras y sacrificios, sin el uso divino, por parte del individuo, de las facultades universales del poder y de la acción. Aunque nuestra concepción intelectual pueda ser monística<sup>1</sup> acerca de la verdad suprema de las cosas, en la práctica estamos obligados a aceptar esta Trinidad omnipresente.

Pues el contacto de la consciencia humana e individual con lo divino es la esencia misma del Yoga. El Yoga es la unión de lo que se separó en el juego del universo, con su propio yo verdadero, su origen y su universalidad. El contacto puede tener lugar en cualquier punto de la consciencia compleja e intrincadamente organizada que llamamos nuestra personalidad. Puede efectuarse en lo físico a través del cuerpo; en lo vital a través de la acción de aquellas funciones que determinan el estado y la experiencia de nuestro ser nervioso; a través de la mentalidad, por medio del corazón emocional, de la voluntad activa o de la mente comprensiva, o en mayor medida por medio de una conversión general de la consciencia mental en todas sus actividades. También puede cumplirse a través de un despertar directo a la Verdad y Bienaventuranza universales o trascendentes mediante la conversión del ego central en la mente. Y el tipo de Yoga que practiquemos estará de acuerdo con el punto de contacto que escojamos.

Pues si, dejando de lado las complejidades de sus procesos particulares, fijamos nuestra atención sobre el principio central de las principales escuelas de Yoga que todavía prevalecen en la India, descubrimos que se ordenan en un orden ascendente que parte del peldaño más bajo de la escalera, (el cuerpo) y asciende hacia el contacto directo entre el alma individual y el Yo trascendente y universal. El Hatha-Yoga elige al cuerpo y las funciones vitales como sus instrumentos de perfección y realización; se preocupa del cuerpo denso<sup>2</sup>. El Raja-Yoga elige al ser mental en sus partes diferentes como su palanca; se concentra sobre el cuerpo sutil<sup>3</sup>. El triple Sendero de las Obras, del Amor y del Conocimiento usa una parte del ser mental, de la voluntad, del corazón o del intelecto como punto de partida, y busca, mediante su conversión, llegar a la Verdad, a la Beatitud y a la Infinitud liberadoras que son la naturaleza de la vida espiritual. Su método es un directo intercambio entre el Purusha<sup>4</sup> humano en el cuerpo individual y el Purusha divino que mora en todo cuerpo y trasciende toda forma y nombre.

El Hatha-Yoga tiende a la conquista de la vida y del cuerpo cuya combinación en la envoltura corporal y el vehículo vital constituye, como hemos

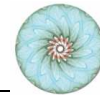
---

<sup>1</sup> Reciben el nombre de monismo todas aquellas posturas filosóficas que sostienen que el universo está constituido por una sola sustancia primaria. Así, según los monismos materialistas, todo se reduce, en última instancia, a materia, mientras que para los espiritualistas ese principio único sería el espíritu.

<sup>2</sup> Cuerpo físico.

<sup>3</sup> La mente.

<sup>4</sup> Espíritu.



visto, el cuerpo denso y cuyo equilibrio es el fundamento de todas las obras de la Naturaleza en el ser humano. Este equilibrio establecido por la Naturaleza es suficiente para la egoísta vida normal, pero es insuficiente para la finalidad del Hatha-yogui, ya que se basa en la cantidad de fuerza vital o dinámica necesaria para impulsar el motor físico durante el espacio normal de vida humana y cumplir, más o menos adecuadamente, las diversas actividades exigidas por la vida individual que habita esa estructura y por el medio mundano por el que se condiciona. El Hatha-Yoga busca, por lo tanto, rectificar la Naturaleza y establecer otro equilibrio por el que la estructura física pueda aguantar la irrupción de una creciente fuerza vital o dinámica de Prana<sup>1</sup> indefinido, casi infinito en su cantidad o intensidad. En la Naturaleza, el equilibrio se basa en la individualización de una cantidad y fuerza limitadas de Prana; por hábito personal y hereditario el individuo es incapaz de llevar, usar o controlar más que eso. En el Hatha-Yoga, el equilibrio abre una puerta a la universalización de la vitalidad individual, admitiendo en el cuerpo, conteniendo, usando y controlando una acción mucho menos fija y limitada de la energía universal.

Los principales procesos del Hatha-Yoga son *ásana*<sup>2</sup> y *pránáyama*<sup>3</sup>. Mediante sus numerosos Asanas o posturas fijas, primero cura el cuerpo de ese desasosiego que es signo de su incapacidad de contener (sin librarse de ellas en la acción y el movimiento) las fuerzas vitales volcadas en él desde el universal Océano Vital; le aporta salud, fuerza y flexibilidad extraordinarias y procura liberarlo de los hábitos por los que está sujeto a la Naturaleza física ordinaria dentro de los estrechos límites de sus actividades normales. Según la antigua tradición del Hatha-Yoga, siempre se supuso que podía llevarse tan lejos esta conquista hasta dominar, en gran medida, la fuerza de gravedad. Por varios procesos subsidiarios pero elaborados, el Hathayogui proyecta seguidamente mantener libre el cuerpo de todas las impurezas y el sistema nervioso no obstruido para aquellos ejercicios respiratorios que son sus instrumentos más importantes. Estos se llaman pránáyama, control de la respiración o del poder vital; pues la respiración es la función física principal de las fuerzas vitales. El Pránáyama tiene para el Hathayogui doble finalidad. Primero, completa la perfección corporal. La vitalidad se libera de muchas de las necesidades ordinarias de la Naturaleza física; se logra salud robusta, juventud prolongada y, a menudo, extraordinaria longevidad. Por otra parte, el Pránáyama despierta a la enroscada serpiente<sup>4</sup> del dinamismo Pránico en la envoltura vital y traspasa ante el Yogui los normales campos de la consciencia, ámbitos de la experiencia y facultades, abriéndole a experiencias negadas a la vida humana ordinaria, mientras intensifica vigorosamente aquellos poderes y facultades normales que él ya posee. Estos beneficios pueden asegurarse y acentuarse posteriormente mediante otros procesos subsidiarios al alcance del Hatha-yogui.

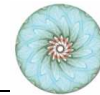
---

<sup>1</sup> Energía.

<sup>2</sup> Posturas del cuerpo.

<sup>3</sup> Designa los ejercicios respiratorios del yoga que conducen a la concentración del *Prana* mediante la respiración.

<sup>4</sup> Kundalini.



De esa manera, los resultados del Hatha-Yoga son asombrosos y se imponen con facilidad sobre la mente vulgar o física. Sin embargo, podemos preguntar qué hemos ganado al fin de esta estupenda labor. Se desarrollan en una escala anormal el objetivo de la Naturaleza física que es la preservación de la mera vida física, su perfección suprema, incluso en cierto sentido la capacidad de un mayor disfrute de la vida física. Pero la debilidad del Hatha-Yoga consiste en que sus procesos trabajosos y difíciles exigen tan gran demanda de tiempo y energía e imponen una separación tan completa de la ordinaria vida humana que la utilización de sus resultados para la vida del mundo resulta imposible o se restringe extraordinariamente. Si como retribución a esta pérdida ganamos otra vida en otro mundo interior, mental y dinámico, estos resultados podrían haberse adquirido a través de otros sistemas, a través del Raja-Yoga, a través del Tantra, con métodos mucho menos laboriosos y sujetos a términos menos restrictivos. Por otra parte, los resultados físicos, la vitalidad incrementada, la juventud prolongada, la salud y la longevidad son de poco provecho si debemos tenerlos como parias<sup>1</sup>, aparte de la vida común, no utilizados, ni lanzados dentro de la suma común de actividades del mundo. El Hatha-Yoga alcanza grandes resultados pero a precio exorbitante y muy escaso fin.

El Raja-Yoga<sup>2</sup> emprende un vuelo más alto. Tiende a la liberación y perfección no del ser corporal sino del ser mental, tiende al control de la vida emocional y sensitiva, y al dominio de todo el aparato del pensamiento y de la consciencia. Fija sus ojos en *citta*, esa materia de la consciencia mental en la que surgen todas estas actividades, y procura, tal como el Hatha-Yoga con su materia física, primero purificar y tranquilizar. El estado normal del ser humano es una condición de perturbación y desorden, un reino en guerra consigo mismo o malamente gobernado, porque el señor, el Purusha, está sujeto a sus ministros, las facultades están sometidas incluso a sus súbditos, los instrumentos de sensación, emoción, acción y gozo. El *swarujya*, el autogobierno, debe ser substituido por esta sujeción. Primero, por lo tanto, debe ayudarse a los poderes del orden a vencer a los poderes del desorden. El movimiento preliminar del Raja-Yoga es una cuidadosa autodisciplina por la que los buenos hábitos mentales substituyen los indóciles movimientos que consienten al ser nervioso inferior. Se establece un estado puro, agradable y claro de la mente y del corazón mediante la práctica de la verdad, la renuncia a todas las formas de búsqueda egoísta, la abstención de perjudicar a los demás, la pureza, la constante meditación e inclinación por el divino Purusha que es el verdadero señor del reino mental.

Este es solo el primer paso. Después, las actividades ordinarias de la mente y de los sentidos deben aquietarse enteramente para que el alma pueda liberarse y ascender a los estados superiores de la consciencia, adquiriendo el fundamento de una libertad y autodomínio perfectos. Pero el Raja-Yoga no olvida que las incapacidades de la mente ordinaria proceden, en gran medida,

<sup>1</sup> Separados, excluidos.

<sup>2</sup> Yoga mental.



de su sujeción a las reacciones del sistema nervioso y del cuerpo. Adopta, por lo tanto, del sistema hathayóguico sus artificios del *ásana* y del *pránáyáma*, pero reduce sus formas múltiples y elaboradas, en cada caso, a un proceso más simple y más directamente efectivo, suficiente para su propio objetivo inmediato. De esa manera, se libera de la complejidad y engorrosidad hathayóguica mientras utiliza la veloz y poderosa eficacia de sus métodos para el control del cuerpo y las funciones vitales y para el despertar de ese dinamismo interno, lleno de una facultad latente supernormal, tipificada en la terminología yóguica como *kundalini*, la serpiente enroscada y dormida de la Energía interior. Hecho esto, el sistema procede al perfecto aquietamiento de la mente desasosegada y a su elevación a un plano superior a través de la concentración de la fuerza mental mediante las sucesivas etapas que llevan al Samadhi<sup>1</sup>.

El Raja-Yoga cumple una doble finalidad mediante el Samadhi, en el que la mente adquiere la capacidad de abstraerse de sus limitadas actividades despiertas dentro de estados más libres y elevados de la consciencia. Abarca una acción mental pura, liberada de las confusiones de la consciencia externa y de allí pasa a los planos supramentales superiores en los que el alma individual entra en su verdadera existencia espiritual. Pero también adquiere la capacidad de esa libre y concentrada energía de la consciencia sobre su objeto que nuestra filosofía señala como energía cósmica primaria y método de la acción divina sobre el mundo. Mediante esta capacidad, el Yogui, dueño ya del supremo conocimiento y experiencia supracósmicos en el estado de trance, es capaz, en el estado de vigilia, de adquirir cualquier índole de conocimiento y ejercer cualquier clase de dominio que pueda ser útil o necesario para su accionar en el mundo objetivo. Pues el antiguo sistema de Raja-Yoga apuntaba no solo al *Swarajya*, al autogobierno o imperio subjetivo, al entero control, por parte de la consciencia subjetiva, de todos los estados y actividades propios de su dominio, sino incluía también al *Samrajya*, el imperio externo, el control, por parte de la consciencia subjetiva, de su accionar y medio externos.

Percibimos que así como el Hatha-Yoga, al tratar la vida y el cuerpo, apunta a la perfección supernormal de la vida física y sus capacidades y va más allá de ella en el dominio de la vida mental, de igual modo el Raja-Yoga, al operar con la mente, apunta a una perfección y agrandamiento supernormales de las capacidades de la vida mental y va más allá en el dominio de la existencia espiritual. Pero la debilidad del sistema estriba en apoyarse excesivamente sobre los estados anormales de trance. Esta limitación conduce primero a cierto aislamiento de la vida física que es nuestro fundamento y la esfera dentro de la cual tenemos que procurar nuestros logros mentales y espirituales. En este sistema se asocia especialmente (y demasiado) la vida espiritual con el estado de Samadhi. Nuestro objetivo es convertir la vida espiritual y sus experiencias en plenamente activas, utilizables en el estado de vigilia e incluso en el uso normal de sus funciones. Mas el Raja-Yoga tiende a

---

<sup>1</sup> Experiencia de la mente trascendida por la que accede a una consciencia del Absoluto, a una percepción o vivencia del Infinito.



retirarse a un plano secundario, detrás de nuestras experiencias normales, en lugar de descender y poseer toda nuestra existencia.

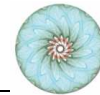
El Sendero triple de la devoción, del conocimiento y de las obras intenta ocupar el sector que deja desocupado el Raja-Yoga. Difiere del Raja-Yoga en que no se ocupa de elaborar una educación de todo el sistema mental como condición de la perfección, sino que capta ciertos principios centrales, (el intelecto, el corazón y la voluntad) y trata de convertir su actividad normal apartándolos de sus preocupaciones y actividades ordinarias y externas, concentrándolos en la Divinidad. Difiere también de este -aquí aparece una deficiencia desde el punto de vista de un Yoga integral- en que es indiferente a la perfección mental y corporal y solo apunta a la pureza como condición de la realización divina. Un segundo defecto es que, como realmente se practica, elige uno de los tres senderos paralelos en forma exclusiva y casi en antagonismo con los demás, en vez de establecer una armonía sintética del intelecto, el corazón y la voluntad en una realización divina integral.

El Sendero del Conocimiento apunta a la realización del Yo supremo y único. Procede por el método que va de la reflexión intelectual, *vicára*, a la discriminación correcta, *viveka*. Observa y distingue los diferentes elementos de nuestro ser aparente o fenoménico y, rehusando identificarse con cualquiera de ellos, llega a excluirlos y separarlos bajo un término común como componentes de Prakriti, de la Naturaleza fenoménica, como creaciones de Maya<sup>1</sup>, la consciencia fenoménica. De ese modo es capaz de llegar a su correcta identificación con el Yo único y puro que no es mutable ni perecedero, ni causado por ningún fenómeno ni combinación de fenómenos. Desde este punto, tal como es practicado en general, el sendero conduce al rechazo desde la consciencia de los mundos fenoménicos por ilusorios y al final lleva a que el alma individual emerja, sin retorno, en lo Supremo.

Pero esta consumación excluyente no es el único e inevitable resultado del Sendero del Conocimiento. Pues seguido en mayor grado y con un objetivo menos individual, el método del Conocimiento puede conducir a una activa conquista de la existencia cósmica para la Divinidad, no menos que para una trascendencia. El punto de partida es la realización del Yo supremo no solo en nuestro propio ser, sino en todos los seres y, finalmente, la realización de esto incluso en los aspectos fenoménicos del mundo porque son juego de la consciencia divina y no algo enteramente ajeno a su verdadera naturaleza. Y sobre la base de esta realización hasta resulta posible una ulterior ampliación: la conversión de todas las formas del conocimiento, aunque mundanas, en actividades de la consciencia divina, utilizables para la percepción del único Objeto del conocimiento, tanto en sí mismo, como a través del juego de sus formas y símbolos. Tal método bien podría conducir a la elevación del ámbito total del intelecto y de la percepción humanos hasta el nivel divino, a su espiritualización y a la justificación del trabajo cósmico del conocimiento en la humanidad.

---

<sup>1</sup> La gran ilusión cósmica, la consideración de que el cosmos y todas sus formas y fenómenos son ilusorios.



El Sendero de la Devoción apunta al goce del Amor y la Bienaventuranza supremos y concibe normalmente al Señor supremo en Su personalidad como el Amante divino y disfrutador del universo. El mundo es captado entonces como un juego del Señor, con nuestra vida humana como su etapa final, perseguida a través de las diferentes fases de autoocultamiento y autorrevelación. El principio del Bhakti-Yoga<sup>1</sup> es utilizar todas las relaciones normales de la vida humana en las que entra la emoción, y aplicarlas no ya a las efímeras relaciones mundanas, sino a la dicha del Omni-Amante, del Omni-Bello y del Omni-Bienaventurado. La adopción y la meditación se usan solamente para la preparación e incremento de la intensidad de la relación divina. Y este Yoga es universal en su uso de todas las relaciones emocionales, de modo que incluso la enemistad y oposición a Dios, consideradas como forma intensa, impaciente y perversa del Amor, se consideran como medios posibles de realización y salvación. Este sendero también, tal como se practica ordinariamente, aparta de la existencia mundana hacia una absorción, de otro género que la del Monista, en lo Trascendente y Supracósmico.

Pero aquí también se puede evitar ese resultado excluyente. El Yoga mismo proporciona una primera corrección no reduciendo el juego del amor divino a la relación entre el Alma suprema y el individuo, sino extendiéndola a un sentimiento común y a una adoración mutua entre los devotos mismos, unidos en la misma realización del Amor y la Bienaventuranza supremos. No obstante, proporciona una corrección más general realizando el objeto divino del Amor en todos los seres no solo humanos sino también animales, extendido fácilmente a toda clase de formas. Podemos ver como esta aplicación mayor del Yoga de la Devoción puede usarse de ese modo para conducir a la elevación al nivel divino de todo el ámbito de la emoción humana, de la sensación y de la percepción estética, llevándolas a su espiritualización y justificando la labor cósmica en pos del amor y la dicha de nuestra humanidad.

El Sendero de las Obras apunta a la dedicación de toda actividad humana a la Voluntad suprema. Empieza por renunciar a todo objetivo egoísta de nuestras obras, a toda acción que tienda a un objetivo interesado o a un resultado mundano. Mediante esta renuncia purifica de tal modo la mente y la voluntad que fácilmente tomamos conciencia de la gran Energía universal como verdadera hacedora de todas nuestras acciones y percibimos al Señor de la Energía como su rector y director con el individuo solo como máscara, excusa, instrumento o, de modo más positivo, como centro consciente de la acción y de la relación fenoménica. La elección y dirección del acto se dejan cada vez más conscientemente a esta Voluntad suprema y a esta Energía universal. Por fin nuestras obras, al igual que los resultados de nuestras obras, son abandonadas a Eso. El objetivo es la liberación del alma de su esclavitud a las apariencias y a la reacción de las actividades fenoménicas. El Karma-Yoga<sup>2</sup> es usado, como los otros senderos, para conducir a la liberación de la

---

<sup>1</sup> Yoga de la Devoción.

<sup>2</sup> El Yoga de las Obras.



existencia fenoménica y a una partida hacia lo Supremo. Pero aquí tampoco el resultado excluyente es inevitable. El fin del sendero puede ser, igualmente, una percepción de lo divino en todas las energías, en todos los sucesos, en todas las actividades, o una libre y desinteresada participación del alma en la acción cósmica. Seguido de ese modo, conducirá a la elevación de toda voluntad y actividad humanas hacia el nivel divino, a su espiritualización y justificación de la labor cósmica en pos de la libertad, poder y perfección del ser humano.

Asimismo, podemos ver que, en la visión integral de las cosas, estos tres senderos son uno solo. El Amor Divino tendría que conducir normalmente al conocimiento perfecto del Amado por la intimidad perfecta con Él, convirtiéndose así en un sendero del Conocimiento, y tendría que conducir también al servicio divino, convirtiéndose así en un sendero de las Obras. De esa manera, también el Conocimiento perfecto tendría que conducir al Amor y Dicha perfectos y a una plena aceptación de las obras de Eso que se conoce. Y las Obras consagradas tendrían que conducir al entero amor al Amo de la Entrega y al profundísimo conocimiento de Sus modalidades y de Su ser. Por este sendero triple llegamos más prestamente al conocimiento, al amor y al servicio absoluto al Uno en todos los seres y en Su entera manifestación.

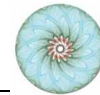
- V -

### **Síntesis**

Por la naturaleza misma de las principales escuelas Yóguicas que cubren, cada una en sus operaciones, una parte de la compleja totalidad humana y que procuran producir sus máximas posibilidades, puede parecer que una síntesis de todas ellas, concebida y aplicada masivamente, bien podría tener por resultado un Yoga integral. Pero están tan separadas en sus tendencias, tan altamente especializadas en sus formas, han permanecido tanto tiempo enquistadas en la mutua oposición de sus ideas y métodos que no descubrimos con facilidad como podemos llegar a su unión correcta. Una masiva combinación indiscriminada, no sería síntesis sino confusión. Y una práctica sucesiva de cada una de ellas no sería fácil en el corto espacio de nuestra vida humana y con nuestras limitadas energías, por no decir nada acerca del desperdicio de esfuerzo que implica un proceso tan engorroso. A veces, ciertamente, el Hatha-Yoga y el Raja-Yoga se practican así, sucesivamente. Y en un ejemplo único, reciente, en la vida de Ramakrishna Paramhansa<sup>1</sup>, vemos una capacidad espiritual colosal, que lleva primero directamente a la realización divina, tomando, por así decirlo, el reino de los cielos mediante violencia, y luego siendo un método Yóguico tras otro y extrayendo de él la sustancia con rapidez increíble, para volver siempre al

---

<sup>1</sup> Sri Ramakrishna (1836-1886) fue un yogui bengalí a quien muchos hindúes consideran un avatar o encarnación divina. Durante doce años practicó ejercicios espirituales bajo la guía de maestros de las más diversas formas y orientaciones religiosas, incluidos el cristianismo y el islam. Afirmó que por cada una de estas vías había alcanzado la iluminación (*Samadhi*), por lo que aseguraba que los seguidores de todas las religiones podrían lograr la experiencia de la "Realidad Última", si su entrega a Dios fuera lo suficientemente intensa.



corazón de la materia toda, a la realización y posesión de Dios mediante el poder del amor, mediante la extensión de la innata espiritualidad en experiencia variada y mediante el juego espontáneo de un conocimiento intuitivo. Tal ejemplo no puede generalizarse. Asimismo, su objetivo era especial y temporal, para ilustrar a la humanidad, mediante el ejemplo de la experiencia grande y decisiva de un alma-maestra, la verdad en pos de la cual se afana con dificultad un mundo largamente dividido en sectas y escuelas en pugna: todas las sectas son formas y fragmentos de una verdad integral única y todas las disciplinas trabajan, de forma diferente, por una experiencia suprema. Conocer, ser y poseer lo Divino es lo único necesario e incluye y lleva a todo lo demás. Tenemos que orientarnos hacia este solo bien y, una vez obtenido, se dará por añadidura todo lo que la Voluntad divina escoja para nosotros, toda forma y manifestación necesarias.

Entonces, la síntesis que proponemos no puede alcanzarse mediante combinación masiva ni mediante práctica sucesiva. Por lo tanto, debe efectuarse abandonando las formas y los aspectos externos de las disciplinas Yóguicas y aprovechando algún principio central común a todas, que incluya y utilice, en el lugar y la proporción correctos, sus principios particulares, y aprovechando alguna fuerza central dinámica que es el secreto común de sus métodos divergentes y, por lo tanto, es capaz de organizar una selección y combinación naturales de sus variadas energías y diferentes utilidades. Este es el objetivo que nos propusimos al principio cuando iniciamos nuestro examen comparativo de los métodos de la Naturaleza y de los métodos del Yoga, volviendo ahora a él con la posibilidad de aventurar alguna solución definida.

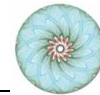
Observamos primero que existe todavía en la India un notable sistema Yóguico que en su naturaleza es sintético y parte de un gran principio central de la Naturaleza, de una gran fuerza dinámica de la Naturaleza; pero es un Yoga aparte, no una síntesis de las otras escuelas. Este sistema es el Tantra. Debido a ciertas evoluciones suyas, el Tantra cayó en descrédito ante quienes no son tántricos; y en especial debido a las evoluciones de su sendero de la mano izquierda, el Vamamarga<sup>1</sup>, que no contenta excesivamente la dualidad de la virtud y el pecado y, en vez de reemplazarlos con una espontánea rectitud de acción, pareció construir un método de autocomplacencia, un método de irrestricta inmoralidad social. No obstante, en su origen, el Tantra fue un sistema grande y pujante fundado en ideas que, al menos, eran parcialmente verdaderas. Incluso su doble división en senderos de la mano derecha y de la mano izquierda, Dakshina Marga y Vama Marga, partió de una cierta percepción profunda. En el antiguo sentido simbólico de las palabras Dakshina

---

<sup>1</sup> El término sánscrito de *vāma-mārga* significa 'el sendero de la mano izquierda'. Es usado para describir particulares prácticas tántricas y es considerado heterodoxo respecto a las usuales normas sociales hinduistas. Se remonta a épocas muy antiguas y consistía en la práctica de actividades prohibidas por las religiones dominantes de India como medio de alcanzar la iluminación.

El término *dakshina-marga* ('conducta de la derecha', socialmente aceptada) es usado para referirse a sectas tántricas que no se involucran en estas prácticas heterodoxas. Estas descripciones definen ambos caminos en función de las normas o valores sociales donde se desarrollaron, pero no en función de los principios que las sustentan, cosa que expone Sri Aurobindo posteriormente.





y Vama, existía la distinción entre el camino del Conocimiento y el camino de Ananda: la Naturaleza del ser humano liberándose mediante correcta discriminación<sup>1</sup> en el poder y la práctica de sus propias energías, elementos y potencialidades; y la Naturaleza del ser humano liberándose, mediante la gozosa aceptación<sup>2</sup>, en el poder y la práctica, de sus propias energías, elementos y potencialidades. Pero en ambos senderos había, al fin, un oscurecimiento de los principios, una deformación de los símbolos y una caída.

Sin embargo, si dejamos de lado, aquí también, los métodos y las prácticas reales y buscamos el principio central, encontramos, primero, que el Tantra se diferencia expresamente de los métodos Védicos del Yoga. En un sentido, todas las escuelas que hasta ahora examinamos son vedánticas en su principio. Su fuerza está en el conocimiento, su método es el conocimiento, aunque no se trate siempre de discernimiento mediante el intelecto, pero puede ser, en cambio, el conocimiento del corazón expresado en el alma y en la fe o un conocimiento en la Voluntad que se estructura a través de la acción. En todos estos métodos el señor del Yoga es el Purusha, el Alma Consciente que conoce, observa, atrae y gobierna. Pero en el Tantra está más bien Prakriti, el Alma-de-la-Naturaleza, la Energía, la Voluntad-en-el-Poder ejecutiva en el universo. Aprendiendo y aplicando los íntimos secretos de esta Voluntad-en-el-Poder, en su método, en su Tantra, el Yogui Tántrico persiguió los objetivos de su disciplina --dominio, perfección, liberación y beatitud-. En lugar de retirarse de la Naturaleza manifestada y de sus dificultades, las enfrentó, las atrapó y conquistó. Pero al fin, tal como es la tendencia general de Prakriti, el Yoga Tántrico perdió en gran medida su principio en su propio mecanismo y se convirtió en formulismo y oculto mecanicismo, aun poderoso cuando se usa correctamente, pero decaído en cuanto a la claridad de su intención original.

Tenemos en esta concepción Tántrica central un lado de la verdad: el culto a la Energía, a Shakti, como la única fuerza efectiva de todo logro. Tomamos el otro extremo de la concepción Vedántica de Shakti como poder de Ilusión<sup>3</sup>, y la búsqueda del inactivo Purusha silencioso como medio de liberación de las decepciones creadas por la Energía activa. Pero en la concepción integral el Alma Consciente es el Señor y el Alma-de-la-Naturaleza es su Energía ejecutiva. Purusha es de la naturaleza de Sat<sup>4</sup>, consciente autoexistencia pura e infinita; Shakti o Prakriti<sup>5</sup> es de la Naturaleza de Chit, que es poder de la autoconsciente existencia pura e infinita de Purusha. La relación de ambos existe entre los polos de reposo y acción. Cuando la Energía es absorbida en la bienaventuranza de la autoexistencia consciente, hay reposo; cuando Purusha se vuelca en la acción de su Energía, hay acción, creación y

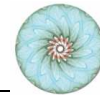
<sup>1</sup> Seleccionar excluyendo lo inconveniente para la liberación.

<sup>2</sup> La aceptación de todos los elementos como potencialmente liberadores.

<sup>3</sup> Tal vez porque para esta concepción, el universo y las fuerzas y energías que en él actúan son ilusorias.

<sup>4</sup> Sat-Chit-Ananda (Sachchidananda), el Supremo, el Absoluto compuesto por Sat que es Autoexistencia, Chit que es Autoconsciencia y Conocimiento omnisciente que siempre lleva aparejado un poder de Energía consciente, y Ananda o Deleite y gozo infinito y creador, ya que por puro Deleite fue creado el universo, valiéndose de Tapas, la Fuerza de la Consciencia infinita.

<sup>5</sup> Asimila Prakriti a Shakti, porque aquí Prakriti es la Naturaleza Superior, de la naturaleza de Chit, Consciencia y Conocimiento divinos o poder de ellos.



disfrute o Ananda del devenir. Pero si Ananda es creador y engendrador de todo devenir, su método es Tapas o fuerza de la consciencia de Purusha que mora en su propia potencialidad infinita de la existencia y que produce de ella verdades de concepción o Ideas reales, *vijñána*, que, al proceder de una Autoexistencia omnisciente y omnipotente, tienen la seguridad de su propia realización y contienen en sí mismas la naturaleza y la ley de su propio devenir en los términos de la mente, la vida y la materia. La eventual omnipotencia de Tapas y la infalible realización de la Idea son el fundamento mismo de todo Yoga. En el ser humano traducimos estos términos como Voluntad y Fe, una voluntad que es eventualmente autoefectiva porque es de la sustancia del Conocimiento y una fe que es el reflejo en la consciencia inferior de una Verdad o Ideal real no realizada aún en la manifestación. Esta es la autocertidumbre de la Idea significada por el Gita cuando dice: "*Yo yacchraddhah sa eva sah*", "Cualquiera que sea la fe del ser humano y la Idea segura que tenga, él deviene eso".

Vemos entonces que desde el punto de vista psicológico —y el Yoga no es sino psicología práctica—, tenemos que partir de la concepción de la Naturaleza. Es la autorrealización de Purusha a través de su Energía. Pero el movimiento de la Naturaleza es doble, superior e inferior, o, podemos decidirnos a denominarlo, divino y no divino. La distinción existe ciertamente solo para fines prácticos; pues no hay nada que no sea divino, y en un criterio más vasto resulta verbalmente ininteligible como la distinción entre natural y supernatural, pues todas las cosas que existen son naturales. Todas las cosas están en la Naturaleza y todas las cosas están en Dios. Pero, para fines prácticos, hay una distinción real. La Naturaleza inferior, la que conocemos y somos y que debe seguir siendo, en tanto en cuanto no varíe nuestra fe, actúa a través de la limitación y la división, es de la naturaleza de la ignorancia y culmina en la vida del ego; pero la Naturaleza superior, a la que aspiramos, actúa por unificación y trascendencia de la limitación, es de la naturaleza del Conocimiento y culmina en la vida divina. El pasaje de lo inferior a lo superior es el objetivo del Yoga, y este pasaje puede efectuarse mediante el rechazo de lo inferior escapando hacia lo superior —el punto de vista ordinario—, o mediante la transformación de lo inferior y su elevación a la Naturaleza superior. Más bien este debe ser el objetivo del Yoga integral.

Pero, en cualquier caso, es siempre desde algo de la Naturaleza inferior que debemos elevarnos a la existencia superior, y las escuelas del Yoga escogen su punto de partida o su puerta de escape. Se especializan en ciertas actividades de Prakriti inferior y las vuelcan en pos de la Divinidad. Pero la acción normal de la Naturaleza en nosotros es un movimiento integral en el que la plena complejidad de nuestros elementos es afectada por todo nuestro medio y a su vez afecta a este. La vida toda es el Yoga de la Naturaleza. El Yoga que buscamos debe ser, asimismo, una acción integral de la Naturaleza, y toda la diferencia entre el Yogui y el ser humano natural será esta, que el Yogui busca sustituir en sí mismo la acción integral de la Naturaleza inferior que trabaja en y por el ego y la división, por la acción integral de la Naturaleza superior que trabaja en y por Dios y la unidad. Si en verdad nuestro objetivo



solo fuese un escape del mundo hacia Dios, la síntesis sería innecesaria o un desperdicio de tiempo, pues entonces nuestro único objetivo práctico debería ser determinar el sendero entre los mil que conducen a Dios, el más corto posible y de breves atajos, sin demorarse en explorar diferentes senderos que terminan en la misma meta. Pero si nuestro objetivo es una transformación de nuestro ser integral en los términos de la existencia de Dios, entonces esa síntesis se torna necesaria.

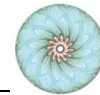
El método que entonces hemos de perseguir es poner todo nuestro ser consciente en relación y contacto con la Divinidad y convocarla para que transforme nuestro ser integro en el Suyo, de modo que, en un sentido, Dios Mismo, la Persona real en nosotros, se convierta en el sadhaka de la sadhana<sup>1</sup> al igual que en el Maestro del Yoga quien usa la personalidad inferior como centro de transfiguración divina y como instrumento de su propia perfección. En efecto, la presión de Tapas, la Fuerza de la consciencia en nosotros, que mora en la idea de la Naturaleza divina sobre la que estamos en integridad, produce su propia realización. Lo divino, omni-sapiente y omni afectante desciende sobre lo limitado y oscuro, ilumina progresivamente y dinamiza todo el poder inferior y substituye con su propia acción todos los términos de la luz humana inferior y de la actividad mortal.

Según el hecho psicológico este método se traduce en la sumisión progresiva del ego con todo su campo y todo su aparato al ego-del-Más-Allá con sus obras vastas e incalculables pero siempre inevitables. Ciertamente, este no es un breve atajo ni sadhana. Requiere una fe colosal, un coraje absoluto y sobre todo una paciencia sin titubeos. Pues implica tres etapas de las cuales solo la última puede ser totalmente bienaventurada o rápida: el intento del ego para entrar en contacto con la Divinidad; la amplia, plena y, por lo tanto, laboriosa preparación de toda la Naturaleza inferior mediante la obra divina para recibir y convertirse en la Naturaleza superior; y la transformación eventual. De hecho, sin embargo, la Fuerza divina, a menudo inobservada y detrás del velo, sustituye nuestra debilidad y nos sostiene a través de todas las caídas respecto a la fe, el coraje y la paciencia. "Hace que el ciego vea y el cojo camine sobre las colinas". El intelecto toma consciencia de una Ley que insiste benéficamente y de un socorro que sostiene; el corazón habla de un Maestro de todas las cosas y de un Amigo del ser humano o de una Madre universal que nos sostiene en todos nuestros tropiezos. Por lo tanto este sendero es, a la vez, el más difícil que pueda imaginarse y, con todo, en comparación con la magnitud de su esfuerzo y de su objetivo, el más fácil y seguro de todos.

Hay tres rasgos destacados de esta acción de la Naturaleza superior cuando trabaja integralmente en la Naturaleza inferior. En primer lugar, no actúa de acuerdo con un sistema y sucesión fijos como en los métodos especializados del Yoga, sino con un género de actividad liberal, dispersa y,

---

<sup>1</sup> *Sádhaná*: práctica por la que se alcanza la perfección, *siddhi*; *sadhaka*: Yogui que busca el Siddhi mediante esa práctica.



con todo, gradualmente intensa y sensata, determinada por el temperamento del individuo en que opera, por los materiales útiles que su naturaleza ofrece y por los obstáculos que presenta a la purificación y a la perfección. Por lo tanto, en un sentido, cada ser humano tiene en este sendero su propio método de Yoga. No obstante, existen ciertas líneas amplias de trabajo común a todos, que nos capacitan para construir no un sistema de rutina, sino algún género de Shastra o método científico del Yoga sintético.

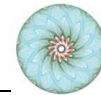
En segundo lugar, el proceso, al ser integral, acepta nuestra naturaleza tal como está organizada por nuestra evolución pasada y, sin rechazar nada esencial, obliga a todo a experimentar un cambio divino. En nosotros todo es atrapado por las manos de un poderoso Artífice y transformado en una clara imagen de lo que ahora se presenta confusamente. En esa experiencia siempre progresiva empezamos a percibir cómo está constituida esta manifestación inferior y que en ella todo, aunque aparentemente deformado, insignificante o vil, es la figura más o menos distorsionada o imperfecta de algún elemento o acción en la armonía de la Naturaleza divina. Empezamos a entender qué significaron los Rishis<sup>1</sup> Védicos cuando hablaron de los ancestros humanos moldeando dioses como un herrero forja la materia prima en su yunque.

En tercer lugar, el Poder divino en nosotros usa toda la vida como medio de este Yoga integral. Toda experiencia y contacto externo con nuestro medio mundano, por mas fútil y desastroso que sea, se usa para el trabajo, y toda experiencia interior, hasta el más repelente sufrimiento o la más humillante caída, se convierten en un paso dado en el sendero de la perfección. Y en nosotros mismos reconocemos con los ojos abiertos el método de Dios en el mundo. Reconocemos su finalidad de la luz en la oscuridad, de poder en la debilidad y caída, de deleite en el dolor y la miseria. Vemos que el método divino es igual en la obra inferior que en la superior, solo que en una es perseguido tardía y oscuramente a través de lo subconsciente de la Naturaleza, y en la otra se torna veloz y autoconsciente y el instrumento delata la mano del Maestro. Toda la vida es Yoga de la Naturaleza que busca manifestar a Dios dentro de sí. El Yoga marca la etapa en la que este esfuerzo se vuelve capaz de autoconsciencia y, por lo tanto, de correcta perfección en el individuo. Es una reunión y concentración de los movimientos dispersos y combinados débilmente en la evolución inferior.

Un método integral y un resultado integral. Primero, una realización integral del Ser Divino; no solo una realización del Uno en su indistinguible unidad, sino también en su multitud de aspectos que son asimismo necesarios para el completo conocimiento de la unidad por la consciencia relativa; no solo realización de la unidad en el Yo, sino de unidad en la infinita diversidad de las actividades, mundos y criaturas.

---

<sup>1</sup> Sabios.

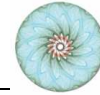


Por lo tanto, asimismo, una liberación integral. No solo la libertad nacida del ininterrumpido contacto del ser individual, en todas sus partes, con la Divinidad, *sáyujyamukti*, por el que se libera hasta en su separación y en la dualidad; no solo el *sálokyamukti* por el que toda la existencia consciente mora en el mismo estado del ser como la Divinidad, en el estado de Sachchidananda; sino también la adquisición de la naturaleza divina mediante la transformación de este ser inferior en la imagen humana de lo divino, *sádharmyamukti*, y la completa y final liberación de todos, la liberación de la consciencia del molde transitorio del ego y su unificación con el Ser Único, universal en el mundo y más allá del universo.

Mediante esta realización y liberación integrales, se logra la armonía perfecta de los resultados del Conocimiento, el Amor y las Obras. Pues se alcanza la completa liberación del ego y la identificación del ser con el Uno en todos y más allá de todos. Pero puesto que el alcanzar la consciencia no está limitado por su logro, ganamos también la unidad en la Beatitud y la armonizada diversidad en el Amor, de modo que todas las relaciones del juego siguen siendo posibles para nosotros hasta cuando retenemos en las cimas de nuestro ser la unidad eterna con el Amado. Y mediante una amplitud similar, al ser capaces de una libertad espiritual que abarque la vida y no dependa de retirarse de ella, podemos convertirnos sin egoísmo, sin esclavitud ni reacción en canal de nuestra mente y cuerpo para una acción divina vertida libremente sobre el mundo.

La existencia divina es de la naturaleza no solo de la libertad sino también de la pureza, la beatitud y la perfección. La condición de una libertad integral es una pureza integral que capacite, por un lado, para la reflexión perfecta de su Verdad y Ley en nosotros en los términos de la vida y a través del funcionamiento correcto del complejo instrumento que somos en nuestras partes externas. Su resultado es una beatitud integral, en la que se torna posible, a la vez, el Ananda de todo lo que existe en el mundo visto como símbolo de la Divinidad y el Ananda de lo que es no-mundo. Y prepara la perfección integral de nuestra humanidad como un tipo de la Divinidad en las condiciones de la manifestación humana, una perfección fundada en cierta libre universalidad del ser, del amor y de la dicha, del juego del conocimiento y del juego de la voluntad en el poder y la voluntad en desinteresada acción. Esta integralidad puede, asimismo, lograrse mediante el Yoga integral.

La perfección incluye perfección mental y corporal, de modo que los supremos resultados del Raja-Yoga y del Hatha-Yoga han de contenerse en la amplísima fórmula de la síntesis para ser realizada finalmente por la humanidad. De cualquier modo, debe incluirse en el panorama del método integral un desarrollo pleno de las facultades y experiencias generales mentales y físicas alcanzables por la humanidad a través del Yoga. Estas no tendrían razón de ser a menos que se emplearan para una vida integral, mental y física. Tal vida mental y física sería, en su naturaleza, una versión de la existencia espiritual en sus correctos valores mentales y físicos. Allí llegaríamos a una síntesis de los tres grados de la Naturaleza y de las tres



modalidades de la existencia humana que ella ha evolucionado o evoluciona. En el panorama de nuestro ser liberado y de nuestras modalidades perfeccionadas de la actividad incluiríamos la vida material (nuestra base), y la vida mental (nuestro instrumento intermedio).

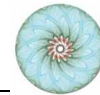
Y la integralidad de lo que aspiramos a que sea real o incluso posible, no sería tal si se redujese al individuo. Puesto que nuestra perfección divina abarca la realización de nosotros mismos en el ser, en la vida y en el amor, tanto a través de los demás como a través de nosotros mismos. La extensión de nuestra libertad y de sus resultados a los demás sería la consecuencia inevitable, al igual que la más amplia utilidad de nuestra liberación y perfección. Y el intento constante e inherente a tal extensión se produciría en pos de su generalización creciente y, en última instancia, completa, en la humanidad.

La culminación de nuestro esfuerzo individual y de nuestro esfuerzo común sería la divinización de la vida material normal del ser humano y la de su gran intento secular de autocultura mental y moral en el individuo y en la especie, mediante la integración en una existencia espiritual ampliamente perfecta. Tal consumación, al no ser otra que el reino de los cielos interno reproducido en el reino de los cielos externo, sería también la verdadera realización del gran sueño acariciado, en diferentes términos, por las religiones del mundo.

La más vasta síntesis de perfección posible para el pensamiento es el único esfuerzo enteramente digno de aquellos cuya dedicada visión percibe que Dios mora oculto en la humanidad.



## **EL YOGA DE LAS OBRAS DIVINAS**



## Capítulo I

### LAS CUATRO AYUDAS

El Yoga-siddhi, la perfección que proviene de la práctica del Yoga, puede lograrse mejor mediante la acción combinada de cuatro grandes instrumentos. Está primero el conocimiento de las verdades, principios, poderes y procesos que gobiernan la realización —*sástra*. Luego llega una paciente y persistente acción siguiendo las líneas trazadas por el conocimiento, es decir, la fuerza de nuestro esfuerzo personal —*utsáha*. Interviene, en tercer lugar, la elevación de nuestro conocimiento y esfuerzo en el dominio de la experiencia espiritual mediante la sugestión directa, el ejemplo e influencia del Maestro —*gurú*. Por último llega la del Tiempo como instrumento—*kála*, pues en todas las cosas hay un ciclo de su acción y un período del movimiento divino.

El Shastra supremo del Yoga integral es el eterno Veda, secreto en el corazón de todo ser pensante y viviente. El loto del eterno conocimiento y de la perfección eterna es un capullo cerrado y replegado dentro de nosotros. Se abre rápida y gradualmente, pétalo tras pétalo, a través de realizaciones sucesivas, una vez que la mente del ser humano empieza a volcarse hacia lo Eterno, una vez que su corazón, ya no oprimido ni confinado por el apego a las apariencias finitas, se enamora, en algún grado, del Infinito. Toda la vida, todo el pensamiento, toda la dinamización de las facultades, todas las experiencias pasivas o activas, se convierten, a partir de ese momento, en tantos choques que desintegran los tegumentos<sup>1</sup> del alma y eliminan los obstáculos para el inevitable florecimiento. Quien elige al Infinito ha sido elegido por el Infinito. El ha recibido el contacto divino sin el cual no hay despertar ni apertura espiritual; pero una vez recibido, el logro es seguro, se conquista velozmente en el curso de una sola vida humana o se persigue pacientemente a través de muchos estadios del ciclo existencial del universo manifestado.

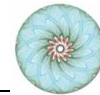
Nada puede enseñarse a la mente que no esté ya oculto como conocimiento potencial en el alma evolutiva de la criatura. De modo que toda la perfección de que es capaz el ser humano exterior, constituye solo una realización de la perfección eterna del Espíritu que está dentro de él. Conocemos a la Divinidad y nos convertimos en la Divinidad, porque ya somos Eso en nuestra naturaleza secreta. Toda enseñanza es una revelación, todo devenir es una evolución. El autoconocimiento y una consciencia creciente son los medios y el proceso.

El medio usual de esta revelación es la Palabra, la cosa oída (*sruta*). La Palabra puede llegarnos desde adentro; puede llegarnos desde afuera. Pero cualquiera que sea el caso, es solo un medio para poner en funcionamiento al conocimiento oculto. La palabra interior puede ser la expresión del alma recóndita que está en nosotros y que siempre está abierta a la Divinidad o

---

<sup>1</sup> Órganos que sirven de protección externa al cuerpo del hombre y de los animales, con varias capas y anejos como glándulas, escamas, pelo y plumas. (RAE)





puede ser la palabra del Maestro secreto y universal que se aposenta en los corazones de todos. Hay casos raros en los que nadie más es necesario porque todo el resto del Yoga es una evolución bajo ese contacto y guía constantes; el loto del conocimiento se revela desde el interior mediante el poder de un resplandeciente fulgor que procede del Morador del loto del corazón. Grandes, aunque pocos, son aquéllos para quienes el autoconocimiento desde el interior resulta suficiente y no necesitan avanzar bajo la dominante influencia de un libro escrito o de un maestro viviente.

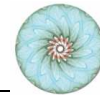
Ordinariamente, como ayuda en el trabajo de autodesarrollo se necesita la Palabra desde afuera, representativa de la Divinidad y esta puede ser una palabra del pasado o la más poderosa palabra del Gurú vivo. En algunos casos se toma esta palabra representativa como un género de excusa para que el poder interior despierte y se manifieste; es como una concesión de la Divinidad omnipotente y omnisciente a la generalidad de la ley que gobierna la Naturaleza. Así, en los Upanishads se dice de Krishna, hijo de Devaki, que recibió una palabra del Rishi Gora y tuvo el conocimiento. De esa manera Ramakrishna, habiendo logrado la iluminación por propio esfuerzo, aceptó diversos maestros en los diferentes senderos del Yoga, pero siempre demostró, en la manera y en la velocidad de su realización, que esta aceptación era una concesión a la regla general por la que el conocimiento efectivo debe ser recibido de un Gurú por parte del discípulo.

Pero, por lo general, la influencia representativa<sup>1</sup> ocupa un lugar mucho mayor en la vida del sadhaka<sup>2</sup>. Si el Yoga es, guiado por un Shastra recibido por escrito —alguna Palabra del pasado encarnada en la experiencia de anteriores Yoguis—, puede ser practicado solo mediante esfuerzo personal o con ayuda de un Gurú. Entonces se logra el conocimiento a través de la meditación sobre las verdades enseñadas y llega a ser viviente y consciente mediante su realización en la experiencia personal; el Yoga procede por los resultados de los métodos prescritos enseñados en una Escritura o tradición y reforzados e iluminados por las instrucciones del Maestro. Esta es una práctica más limitada, pero segura y efectiva, dentro de sus límites, porque sigue una huella muy franca para una larga meta conocida.

Es necesario que el sadhaka del Yoga integral recuerde que ningún Shastra escrito, por más grandes que sean su autoridad o espiritualidad, puede ser más que una expresión parcial del Conocimiento general. Lo usará, pero jamás se atará ni siquiera a la suprema Escritura. Cuando la Escritura es profunda, amplia y universal, puede ejercer sobre él una influencia en favor del bien supremo y de una importancia incalculable. Puede asociarse en su experiencia con su despertar a las verdades culminantes y con su realización de las experiencias supremas. Su Yoga puede ser gobernado, por largo tiempo, por una Escritura o por distintas Escrituras sucesivamente; si está en la línea de la gran tradición hindú por el Gita, por ejemplo, por los Upanishads o por el Veda. O puede ser buena parte de su desarrollo incluir en su material

<sup>1</sup> Una palabra del pasado o la más poderosa palabra del Gurú vivo.

<sup>2</sup> Practicante del Yoga.



una experiencia ricamente variada de las verdades de muchas Escrituras y enriquecer el futuro con todo lo mejor del pasado. Pero, al final, debe tomar posición, o mejor aún, si puede, siempre y desde el principio, debe vivir en su propia alma más allá de la Verdad escrita -*sadbrahmátivatate*-, más allá de todo lo que oyó y de todo lo que ha de oír —*srotavyasya srutasya ca*-. Pues no es sadhaka de un libro ni de muchos libros, sino sadhaka del Infinito.

Otro género de Shastra no es la Escritura, sino una afirmación de la ciencia y de los métodos, de los principios y de los modos efectivos de trabajar en el sendero del Yoga que el sadhaka elige seguir. Cada sendero tiene su Shastra, escrito o tradicional, transmitido de boca en boca a través de una larga línea de Maestros. En la India se concede gran autoridad y reverencia a la enseñanza escrita o tradicional. Se supone que todas las líneas del Yoga están establecidas y que el Maestro que ha recibido el Shastra por tradición y lo ha realizado, guía al discípulo, en la práctica, por sendas inmemoriales. A menudo se oye la objeción lanzada contra una nueva práctica, contra una nueva doctrina yóguica, contra la adopción de una nueva fórmula: "No está de acuerdo con el Shastra". Pero, ni de hecho ni en la práctica real de los Yoguis, existe en realidad tal rigurosidad de puerta de hierro cerrada ante la nueva verdad, la nueva revelación, la ampliada experiencia. La enseñanza escrita o tradicional expresa el conocimiento y las experiencias de muchos siglos, sistematizados, organizados y asequibles para el principiante. Por lo tanto, su importancia y utilidad son inmensas. Pero siempre puede practicarse una gran libertad de variación y desarrollo. Hasta un sistema científico tan elevado como el Rajá-Yoga<sup>1</sup> puede practicarse siguiendo otras líneas distintas al organizado sistema de Patanjali<sup>2</sup>. Cada uno de los tres senderos, *trimarga*<sup>3</sup>, se abre en atajos que se encuentran otra vez en la meta. El conocimiento general del que depende el Yoga es fijo, pero el orden, la sucesión, los mecanismos y las formas deben permitirse que varíen; pues las necesidades e impulsos particulares de la naturaleza individual han de satisfacerse hasta cuando las verdades generales siguen siendo firmes y constantes.

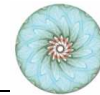
Un Yoga integral y sintético no necesita ligarse en especial a ningún Shastra escrito ni tradicional, ya que al abarcar el conocimiento recibido del pasado busca organizarlo de nuevo para el presente y el futuro. La condición de su autoformación es una libertad absoluta de la experiencia y del replanteo del conocimiento en nuevos términos y combinaciones. Al buscar abarcar toda la vida en sí mismo, no está en la posición del peregrino que sigue la ruta hacia su meta, sino, hasta ese punto al menos, en la posición del explorador que abre picadas en la selva virgen. Pues el Yoga diverge hace tiempo de la vida y de los antiguos sistemas que buscaban abarcarlo, tales como los que nuestros antepasados Védicos, tan lejanos de nosotros, expresaron en términos que ya

---

<sup>1</sup> Yoga mental.

<sup>2</sup> Los *Yoga Sūtras* de Patanjali son considerados como una obra de referencia en las tradiciones del Yoga. Su autor Patanjali data del siglo II a.C. *Sūtra* significa discurso o escrito en las tradiciones orientales.

<sup>3</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** El triple sendero del Conocimiento, la Devoción y las Obras.



no son accesibles, plasmándose en formas ahora inaplicables. Desde entonces la humanidad ha avanzado en la corriente del Tiempo eterno y al mismo problema hay que acercarse desde un nuevo punto de partida.

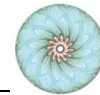
Mediante este Yoga no solo buscamos el Infinito sino que reclamamos del Infinito que se desarrolle en la vida humana. Por lo tanto, el Shastra de nuestro Yoga debe procurar una libertad infinita en la receptiva alma humana. La condición correcta para la vida espiritual plena en el ser humano es una libre adaptabilidad en la manera y en el tipo de la aceptación del individuo con respecto a lo Universal y Trascendente en él mismo. Vivekananda, al señalar que la unidad de todas las religiones debe expresarse necesariamente mediante una creciente riqueza de variedad en sus formas, dijo una vez que el estado perfecto de esa unidad esencial llegaría cuando cada ser humano tuviese su propia religión y cuando, libre de forma sectaria o tradicional, siguiese la libre autoadaptación de su naturaleza en sus relaciones con el Supremo. De igual modo puede también decirse que la perfección del Yoga integral llegará cuando cada ser humano sea capaz de seguir su propio sendero del Yoga, persiguiendo el desarrollo de su naturaleza en sus impulsos hacia lo que trasciende la naturaleza. Pues la libertad es la ley final y la consumación última.

Mientras tanto han de formarse ciertas líneas generales que puedan ayudar a guiar el pensamiento y la práctica del sadhaka. Pero estas deben asumir, lo más posible, las formas de verdades generales, de afirmaciones generales del principio, de las más poderosas y amplias orientaciones del esfuerzo y desarrollo, más que un sistema fijo que tenga que seguirse rutinariamente. Todo Shastra es resultado de la experiencia pasada y ayuda para la experiencia futura. Es ayuda y guía particulares. Coloca señales, da nombre a las rutas principales y direcciones ya exploradas, de modo que el viajero conozca adónde y por qué senderos marcha.

El resto depende del esfuerzo y de la experiencia personales, y del poder del Guía. El desarrollo de la experiencia en su rapidez y amplitud, la intensidad y el poder de sus resultados, dependen en primer término, del inicio del sendero y mucho después, de la aspiración y del esfuerzo personal del sadhaka. El proceso del Yoga es un giro del alma humana desde el estado egoísta de la consciencia absorta en las apariencias y atracciones externas de las cosas hacia un estado superior en el que lo Trascendente y Universal puede volcarse dentro del molde individual, transformándolo. Por lo tanto, el primer elemento determinante del siddhi<sup>1</sup> es la intensidad del giro y la fuerza que dirige al alma hacia adentro. El poder de la aspiración del corazón, la fuerza de la voluntad, la concentración de la mente, la perseverancia y determinación de la energía aplicada son la medida de esa intensidad. El sadhaka ideal ha de ser capaz de decir según la frase bíblica; "Mi celo por el Señor me ha devorado." Es este celo por el Señor, *utsáha*, el celo de la naturaleza toda por sus divinos resultados, *vyákulatá*, el ansia del corazón por

---

<sup>1</sup> Realización, perfección.



el logro de la Divinidad, es este celo el que devora al ego y trasciende las limitaciones de su molde insignificante y estrecho para la recepción amplia y plena de lo que busca, de lo que, al ser universal, supera y, al ser trascendente, sobrepasa hasta al yo y a la naturaleza individuales, máximos y supremos.

Pero este es solo un lado de la fuerza que trabaja por la perfección. El proceso del Yoga integral tiene tres etapas, que no se diferencian ni se separan pronunciadamente sino que, en cierta medida, son sucesivas. Primero debe existir el esfuerzo por (al menos) una autotrascendencia inicial y capacitante<sup>1</sup> y por un contacto con la Divinidad; luego, la recepción en nosotros mismos de lo Trascendente, aquello con lo cual entramos en comunión para la transformación de todo nuestro ser consciente; por último, la utilización de nuestra humanidad transformada como centro divino en el mundo<sup>2</sup>. El elemento del esfuerzo personal debe predominar normalmente mientras el contacto con la Divinidad no se establezca de modo considerable y mientras no exista una medida de sostenida identidad con ella, *sáyujya*. Pero, en la misma medida en que se establece este contacto, el sadhaka debe tomar conciencia de una fuerza distinta de la propia, de una fuerza que trasciende su esfuerzo y su capacidad egoístas; una fuerza que trabaja en él y por la cual aprende progresivamente a someterse a este Poder y a depositar en él la carga de este Yoga. Al final, su voluntad y su fuerza se unifican con el Poder superior que los funde en la Voluntad divina y en su Fuerza trascendente y universal. De ahí en adelante el sadhaka lo percibe presidiendo la transformación necesaria de su ser mental, vital y físico con sabiduría imparcial y efectividad providencial de las que el ego ávido e interesado no es capaz. El centro divino en el mundo ya está listo cuando se completa esta identificación y esta autofusión. Purificado, liberado, dúctil e iluminado, puede empezar a servir de medio para la acción directa de un Poder supremo en el Yoga mayor de la humanidad o la superhumanidad, de la progresión espiritual terrena o de su transformación.

Verdaderamente es siempre el Poder superior el que actúa. Nuestro sentido del esfuerzo personal y la aspiración deriva del intento de la mente egoísta de identificarse, de modo equivocado e imperfecto, con las obras de la Fuerza divina. Se obstina en aplicar a la experiencia correspondiente al plano supernormal, los términos ordinarios de la mentalidad que aplica a sus experiencias normales en el mundo. En el mundo actuamos con sentido egoísta; reclamamos que las fuerzas universales trabajen en nosotros como si nos perteneciesen; reclamamos la acción selectiva, formativa y progresiva del Trascendente en nuestra estructura mental, vital y corporal como si fueran el resultado de nuestra voluntad personal, de nuestra sabiduría, fuerza y virtud. La iluminación nos aporta el conocimiento de que el ego es solo un instrumento; empezamos a percibir y a sentir que estas cosas son nuestras en el sentido de que pertenecen a nuestro Yo supremo e integral, uno con el Trascendente, sin correspondencia con el ego instrumental. Nuestras

<sup>1</sup> El esfuerzo por trascender nuestro yo exterior y superficial y encontrar nuestro yo trascendente que nos llevará a la Trascendencia y nos capacitará para el propio contacto con la Divinidad.

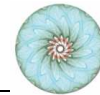
<sup>2</sup> Nuestra individualidad transformada como centro de transformación divina del mundo.



limitaciones y distorsiones son nuestra contribución a la obra; el poder verdadero en ella es de la Divinidad. Cuando el ego humano advierte que su voluntad es una herramienta, que su sabiduría es ignorancia e infantilidad, que su poder es el andar a tientas infantil, que su virtud es una pretenciosa impureza, y aprende a confiarse a lo trascendente, allí está su salvación. La libertad y la autoafirmación aparentes de nuestro ser personal al que estamos tan profundamente apegados, ocultan una misérrima sujeción a miles de sugerencias, impulsos y fuerzas que han convertido en extraña a nuestra persona insignificante. Nuestro ego, pavoneándose de la libertad, en todo instante es esclavo, juguete y marioneta de incontables seres, poderes, fuerzas e influencias de la Naturaleza universal. La autoentrega del ego a la Divinidad es su autorrealización; su sometimiento a lo que lo trasciende es su liberación de las ataduras y límites y es su perfecta libertad.

No obstante, en el desarrollo práctico, cada una de las tres etapas tiene su necesidad y utilidad y debe recibir su tiempo y lugar. No será ni puede ser seguro y efectivo empezar solo con la última y suprema. Tampoco será el curso correcto saltar prematuramente de una a otra. Pues aunque reconozcamos desde el principio al Supremo en la mente y en el corazón, hay elementos de la naturaleza que impiden que el reconocimiento se convierta en realización. Pero sin realización, nuestra creencia mental no puede convertirse en realidad dinámica; es aún solo una figura del conocimiento, una idea, no una verdad viva; todavía no es un poder. Y aunque hubiese empezado la realización, puede ser peligroso imaginar o dar por sentado, tan rápido, que estamos por completo en manos de lo Supremo o que actuamos como su instrumento. Esa presunción puede introducir una calamitosa falsedad; puede producir una inercia sin remedio o puede distorsionar y arruinar desastrosamente el curso total del Yoga, porque magnifica los movimientos del ego con el Nombre Divino. Hay un periodo, más o menos prolongado, de esfuerzo y lucha internos, en el que la voluntad individual ha de rechazar la oscuridad y las distorsiones de la naturaleza inferior, poniéndose resuelta o vehementemente del lado de la Luz divina. Las energías mentales, las emociones afectivas, los deseos vitales y el ser físico mismo han de ser obligados a la actitud correcta o instruidos para que admitan y respondan a las influencias correctas. Solo entonces, solo cuando se ha efectuado esto verdaderamente, puede concretarse el sometimiento de lo inferior a lo superior, porque el sacrificio ha resultado aceptable.

La voluntad personal del sadhaka ha de apoderarse primero de las energías egoístas volcándolas hacia la luz y la rectitud; una vez hecho eso, tiene aún que educarlas para que reconozcan eso siempre, lo acepten siempre y lo sigan siempre. Al progresar, aprende -usando todavía la voluntad, el esfuerzo y las energías personales- a emplearlos como representantes del Poder superior y con sujeción consciente a la Influencia superior. Al progresar más aún, su voluntad, esfuerzo y energía dejan de ser personales y separados, y son actividades de ese Poder e Influencia superiores que trabajan en el individuo. Pero hay todavía una especie de abismal distancia que necesita un oscuro proceso de tránsito, no siempre preciso (a veces hasta muy



distorsionado), entre el Origen divino y la corriente humana que emerge. Al final del avance, con la desaparición progresiva del egoísmo, de la impureza y de la ignorancia, se elimina la última separación y todo se convierte en obra divina en el individuo.

Tal como el Shashtra supremo del Yoga integral es el Veda eterno, oculto en el corazón de todo ser humano, de igual manera el Guía y Maestro supremo es el Guía interior, el Maestro-del-Mundo, *jagad-guru*, oculto dentro de nosotros. Él es quien destruye nuestra oscuridad con la resplandeciente luz de su conocimiento; esa luz se convierte, dentro de nosotros, en la gloria creciente de su propia autorrevelación. Él descubre en nosotros, progresivamente, su propia naturaleza de libertad, de bienaventuranza, de amor, de poder y de ser inmortal. Pone por encima de nosotros su ejemplo divino como nuestro ideal y transforma la naturaleza inferior en un reflejo de lo que contempla. Capacita al ser humano para alcanzar a identificarse con lo universal y lo trascendente infundiendo en nosotros su influencia y su presencia.

¿Cuál es su método y sistema? No tiene ningún método y los tiene todos. Su sistema es una organización natural de los procesos y de los movimientos supremos de los que es capaz la naturaleza. Aplicando estos cuidadosa e integralmente hasta en los más diminutos detalles y acciones en apariencia más insignificantes, como si se tratase de las más importantes, al final elevan todo a la Luz y lo transforman todo. Pues en su Yoga no hay nada demasiado pequeño para usar, ni demasiado grande para intentar. Así como el siervo y discípulo del Maestro se desliga del orgullo y del egoísmo porque todo le llega de lo alto, de igual modo tampoco tiene derecho a abatirse debido a sus deficiencias personales o los tropiezos de su naturaleza. Pues la Fuerza que trabaja en él es impersonal —o superpersonal— e infinita.

El reconocimiento pleno de este Guía interior, Maestro del Yoga, señor, luz, disfrutador y meta de todo sacrificio y esfuerzo, es de suma importancia en el sendero de la perfección integral. Es inmaterial ya sea que se vea primero como Sabiduría, Amor y Poder impersonales detrás de todas las cosas, como Absoluto que se manifiesta en lo relativo y lo atrae, como propio Yo supremo y Yo supremo de todos, como Persona Divina dentro de nosotros y del mundo, ya sea que se vea en una de sus numerosas formas y nombres o como el ideal concebido por la mente. Al final percibimos que es todas las cosas y más que todas estas cosas juntas. La Puerta de acceso de la mente a la concepción de Él debe variar necesariamente de acuerdo con la evolución pasada y la naturaleza presente del individuo.

Este Guía interior a menudo es velado, al principio, por la intensidad misma de nuestro esfuerzo personal y por la preocupación del ego para consigo mismo y sus objetivos. A medida que ganamos claridad y que la confusión del esfuerzo egoísta da cabida a un autoconocimiento más calmo, reconocemos la fuente de la luz creciendo en nosotros. La reconocemos retrospectivamente al advertir cómo todos nuestros movimientos oscuros y conflictivos habían sido determinados para una finalidad que ahora empezamos



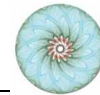
a percibir; reconocemos cómo hasta antes de nuestro ingreso en el sendero del Yoga, la evolución de nuestra vida había sido intencionalmente trazada hacia su convergencia. Pues ahora empezamos a entender el sentido de nuestras luchas y esfuerzos, éxitos y fracasos. Por último, podemos captar el significado de nuestras duras pruebas y sufrimientos, y apreciar la ayuda recibida de todo cuanto hiere y se resiste, y la utilidad de nuestras mismas caídas y tropiezos. Después reconocemos esta guía divina, no retrospectiva sino inmediatamente, en la modelación de nuestros pensamientos por el Vidente trascendente, de nuestra voluntad y acciones por el Poder omniabarcante, de nuestra vida emocional por una Bienaventuranza y Amor omniatrayente y omniasimilante. Lo reconocemos también en una relación más personal que ha tomado contacto con nosotros desde el principio o que al final nos ha atrapado; sentimos la presencia eterna de un supremo Maestro, Amigo, Amante y Preceptor. Lo reconocemos en la esencia de nuestro ser cuando este se desarrolla en semejanza y unidad con una existencia mayor y más amplia, porque percibimos que este desarrollo milagroso no es el resultado de nuestros propios esfuerzos, sino que una Perfección eterna nos plasma según su propia imagen. El Maestro de nuestro Yoga es el Señor o Ishwara<sup>1</sup> de las filosofías yóguicas, el Guía en el ser consciente (*caitya guru* o *antaryámin*), el Absoluto del pensador; el Incognoscible del Agnóstico, la Fuerza universal del materialista, el Alma suprema y la suprema Shakti<sup>2</sup>, el Uno que recibe de las religiones nombres e imágenes diferentes.

Ver, conocer, devenir y realizar este Uno en nuestro yo interior y en toda nuestra naturaleza externa, ha sido siempre la meta secreta y se convierte ahora en el propósito consciente de nuestra existencia encarnada. Ser consciente de Él en todas las partes de nuestro ser e igualmente en todo lo que la mente divisora ve como fuera de nuestro ser, es la consumación de la consciencia individual. Ser poseído por Él y poseerlo en nosotros mismos y en todas las cosas es la conclusión de todo imperio y dominio. Disfrutarlo en toda experiencia de pasividad y de actividad, de paz y de poder, de unidad y de diferencia, es la felicidad que busca oscuramente el *jíva*, el alma individual manifestada en el mundo. Esta es la entera definición del objetivo del Yoga integral; es la versión, en la experiencia personal, de la verdad que la Naturaleza universal ha escondido en sí misma y que se esfuerza por descubrir. Es la conversión del alma humana en alma divina y de la vida natural en vida divina.

El camino más seguro hacia esta realización integral es hallar al Maestro del secreto que mora en nosotros, abrimos constantemente al Poder divino que también es la Sabiduría y Amor divinos y confiar en él para que efectúe la conversión. Pero para la consciencia egoísta es difícil hacer esto al principio. Y si lo hace, es aún difícil lograrlo a la perfección y en todos los ámbitos de nuestra naturaleza. Al principio es difícil porque nuestros hábitos egoístas del pensamiento, de la sensación y del sentimiento bloquean las vías por las que podemos llegar a esa percepción necesaria. Después es difícil porque la fe, el

<sup>1</sup> Dios, como Señor de la Naturaleza.

<sup>2</sup> El Poder divino, la Fuerza consciente del Divino.



sometimiento y el valor requeridos en este sendero no son fáciles para el alma obnubilada por el ego. La obra divina no es la obra que desea o aprueba la mente egoísta, pues usa el error para llegar a la verdad, el sufrimiento para llegar a la bienaventuranza y la imperfección para llegar a la perfección. El ego no puede ver adónde es llevado; se alza contra el guía, pierde la confianza y el coraje. Estas equivocaciones no importan; pues el Guía divino que está dentro de nosotros no se ofende por nuestra rebeldía, ni se descorazona por nuestra falta de fe, ni le repugna nuestra debilidad, sino que tiene el amor íntegro de la madre y la paciencia íntegra del maestro. Pero si no damos nuestro asentimiento al Guía, nos perdemos el ser conscientes de su beneficio, aunque no perdamos toda su realidad efectiva y no, en cualquier caso, la posibilidad de su beneficio. Y no damos nuestro asentimiento porque no llegamos a distinguir nuestro Yo superior del inferior, a través del cual se prepara su autorrevelación. Igual que en el mundo no podemos ver a Dios, tampoco podemos verlo en nosotros, debido a sus obras<sup>1</sup> y, en especial, porque él trabaja en nosotros a través de nuestra naturaleza y no por una sucesión de milagros arbitrarios. El ser humano exige milagros para tener fe; desea ser deslumbrado para poder ver. Y esta impaciencia, esta ignorancia puede convertirse en un gran peligro y en un desastre si, en nuestra rebeldía contra la guía divina, reclamamos el auxilio de otra Fuerza distorsionadora más satisfactoria para nuestros impulsos y deseos, y le pedimos que nos guíe, dándole el Nombre Divino.

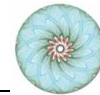
Pero, mientras para el ser humano es difícil creer en algo invisible que está dentro de él, le es fácil creer en algo que puede imaginar como exterior a él mismo. El progreso espiritual de la mayoría de los seres humanos exige un apoyo exterior, un objeto de la fe fuera de nosotros. Necesita una imagen externa de Dios; o necesita un representante humano —Encarnación, Profeta o Gurú; o exige ambas cosas, recibíéndolas. Pues, de acuerdo con la necesidad del alma humana, la Divinidad se manifiesta como deidad, como divinidad humana o como simple humanidad -usando ese burdo disfraz que oculta a la Deidad, como medio de transmisión de su guía-.

La disciplina hindú de la espiritualidad aporta a esta necesidad del alma las concepciones del Ishta Devata, del Avatar y del Gurú. Ishta Devata, la deidad escogida, no significa algún Poder inferior sino que es el nombre y la forma de la Deidad trascendente y universal. Casi todas las religiones tienen como base o utilizan tales nombres y formas de la Divinidad. Su necesidad para el alma humana es evidente. Dios es el Todo y más que el Todo. ¿Pero, cómo puede concebir el ser humano aquello que es más que el Todo? E incluso el Todo es, al principio, demasiado difícil para él, ya que él mismo, en su consciencia activa, es una formación limitada y selectiva, y solo puede abrirse a lo que concuerda con su naturaleza limitada. Hay cosas en el Todo que son demasiado difíciles para su comprensión o parecen demasiado terribles para sus sensitivas emociones y encogidas sensaciones. O simplemente no puede concebir como la Divinidad, ni puede aproximarse ni

---

<sup>1</sup> Las obras del Divino en nosotros, como en el mundo, son aparentemente ordinarias y “naturales”, acordes con la naturaleza, y no podemos encontrar en ellas significado especial alguno que nos revelen su presencia.





reconocer algo que está demasiado fuera del círculo de sus concepciones ignorantes o parciales. Le es necesario concebir a Dios según su propia imagen o según alguna forma que esté más allá de él, pero en consonancia con sus tendencias supremas y al alcance de sus sentimientos o inteligencia. De otro modo le sería difícil entrar en contacto y comunión con la Divinidad.

Aún entonces su naturaleza reclama un intermediario humano de modo que pueda sentir a la Divinidad en algo enteramente próximo a su propia humanidad y sensible a la influencia y ejemplo humanos. Este reclamo es satisfecho por la Divinidad manifiesta en una apariencia humana; la Encarnación, el Avatar —Krishna, Cristo, Buda. O si le resulta muy difícil concebir esto, la Divinidad se representa a través de un intermediario menos maravilloso—, Profeta o Maestro. Pues muchos que no pueden concebir o son reacios a la aceptación del Ser humano Divino, están prestos para abrirse a un ser humano supremo, denominándolo, no encarnación, sino maestro del mundo o representante divino.

Asimismo, esto no es bastante; se necesita una influencia viviente, un ejemplo viviente, una instrucción presente. Pues solo unos pocos<sup>1</sup> pueden hacer una fuerza viva en sus vidas con el Maestro del pasado y sus enseñanzas, con la Encarnación del pasado y su ejemplo e influencia. Por esta necesidad la disciplina hindú procura, asimismo, la relación entre Gurú y discípulo. El Gurú puede ser, a veces, la Encarnación o el Maestro del Mundo; pero es suficiente con que represente al discípulo la sabiduría divina, le transmita algo del ideal divino o le haga sentir la realizada relación del alma humana con el Eterno.

El sadhaka del Yoga integral usará todas estas ayudas de acuerdo con su naturaleza; pero es necesario que se aparte de sus limitaciones y quite de sí esa tendencia exclusiva de la mente egoísta que grita: "Mi Dios, mi Encarnación, mi Profeta, mi Gurú" y la opone a toda otra realización con espíritu sectario o fanático. Debe eliminarse todo sectarismo y todo fanatismo, pues no coincide con la integridad de la realización divina.

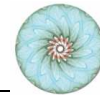
Por el contrario, el sadhaka del Yoga integral no estará satisfecho hasta que haya incluido todos los otros nombres y formas de la Deidad en su propia concepción, hasta que haya visto su propio *Ishta Devata*<sup>2</sup> en todos los demás, unificando todos los Avatares<sup>3</sup> en la Unidad de Él que desciende en el Avatar y hasta que haya fundido la verdad de todas las doctrinas en la armonía de la Sabiduría Eterna.

Tampoco ha de olvidar el objetivo de estas ayudas externas que consiste en despertar su alma a la Divinidad dentro de sí. Si no se ha cumplido eso, a la postre, no se ha cumplido nada. No es suficiente adorar a Krishna, Cristo o

<sup>1</sup> Solo unos pocos, según Sri Aurobindo, pueden prescindir de un maestro vivo, aunque todos tendemos a considerarnos uno de esos pocos.

<sup>2</sup> Una advocación de la Divinidad preferida por el devoto.

<sup>3</sup> Considerados encarnaciones del Divino: Krishna, Cristo o Buda, etc.



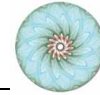
Buda exteriormente, si no existe en nosotros la revelación y formación de Buda, Cristo o Krishna. Y todas las otras ayudas, de igual manera, tampoco tienen otra finalidad: cada una es un puente entre el no transformado estado del ser humano y la revelación de la Divinidad dentro de él.

El Maestro del Yoga integral ha de seguir, tanto como pueda, el método del Maestro que está dentro de nosotros. Conducirá al discípulo a través de la naturaleza del discípulo. Enseñanza, ejemplo e influencia, estos son los tres instrumentos del Gurú. Mas el Maestro sabio no buscará imponerse ni imponer sus opiniones sobre la aceptación pasiva de la mente receptiva; introducirá solo lo que es productivo y seguro como semilla que crecerá bajo la divina promoción interior. Buscará mucho más despertar que instruir; apuntará al crecimiento de las facultades y de las experiencias mediante proceso natural y libre expansión. Dará un método como ayuda, como elemento utilizable, no como fórmula imperativa ni rutina fija. Y estará en guardia contra cualquier vuelco de los medios hacia la limitación y contra la mecanización del proceso. Su cometido total es despertar a la luz divina y poner en funcionamiento la fuerza divina de la que él mismo es solo un medio y una ayuda, un cuerpo o un canal.

El ejemplo es más poderoso que la instrucción, pero no es el ejemplo de los actos externos ni el del carácter personal, que es de más importancia. Estos tienen su lugar y su utilidad, pero lo que más estimulará la aspiración en los demás es el hecho central de la realización divina dentro de él, gobernando toda su vida y su estado interior y todas sus actividades. Este es el elemento universal y esencial; el resto pertenece a la persona y a las circunstancias individuales. Esta es la realización dinámica que el sadhaka debe sentir y reproducir en sí mismo, de acuerdo con su propia naturaleza; no necesita esforzarse por una imitación de lo externo, que más bien puede ser esterilizante que productora de frutos normales y naturales.

La influencia es más importante que el ejemplo. La influencia no es la autoridad externa del Maestro sobre el discípulo, sino el poder de su contacto, de su presencia, de la proximidad de su alma con el alma de otra persona, infundiendo en ella, hasta en silencio, lo que él es y posee. Este es el signo supremo del Maestro. Pues el máximo Maestro es mucho menos un Maestro que una Presencia infundiendo la divina consciencia y la luz, el poder, la pureza y la bienaventuranza que la constituyen en todos cuantos a su alrededor son receptivos.

Y será, asimismo, un signo del maestro del Yoga integral el que no se arroge la condición de Gurú con espíritu humanamente vano y de autoexaltación. Su obra, si la tiene, es depósito de lo alto; él mismo es un canal, un vaso o un representante. Es un ser humano que ayuda a sus hermanos, un niño conduciendo niños, una luz que enciende otras luces, un Alma despierta que despierta almas, un Poder o Presencia de lo Divino que está en lo más excelso, convocando hacia sí otros poderes de la Divinidad.



El sadhaka que tiene todas estas ayudas está seguro de su meta. Hasta una caída será para él solo un medio de elevarse y la muerte un pasaje hacia la realización. Pues una vez que está en el sendero, el nacimiento y la muerte se convierten solo en procesos del desarrollo de su ser y en etapas de su viaje.

El tiempo es la ayuda restante, necesaria para la efectividad del proceso. El tiempo se presenta ante el esfuerzo humano como enemigo o amigo, como resistencia, como medio o instrumento. Pero siempre es, en realidad, el instrumento del alma.

El tiempo es un campo de circunstancias y Fuerzas que se encuentran y estructuran una progresión resultante, cuyo curso aquél mide. Para el ego es un tirano o una resistencia, para la Divinidad un instrumento. Por lo tanto, mientras nuestro esfuerzo sea personal, el Tiempo se presenta como resistencia, pues a todos nos parece la obstrucción de las fuerzas que están en conflicto con las nuestras. Cuando la labor divina y la personal se combinan en nuestra consciencia eso aparece como medio y condición. Cuando ambas labores se unifican, eso aparece como siervo e instrumento.

La actitud ideal del sadhaka hacia el Tiempo es contar con interminable paciencia como si tuviese toda la eternidad para su realización y, con todo, desarrollar la energía que ha de efectivizar ahora y con un dominio y presión siempre crecientes de la rapidez, hasta alcanzar la milagrosa instantaneidad de la suprema Transformación divina.



## Capítulo II

### LA AUTOCONSAGRACION

Todo el Yoga es, en su naturaleza, un nuevo nacimiento; es nacimiento de la ordinaria y mentalizada vida material del ser humano a una consciencia espiritual superior y a un ser mayor y más divino. Ningún Yoga puede ser emprendido y seguido con éxito a no ser que haya un fuerte despertar a la necesidad de aquella existencia espiritual mayor. El alma llamada a este cambio profundo y vasto puede llegar por diferentes caminos al punto de partida inicial. Puede llegar a él por su propio desarrollo natural que ha estado conduciéndola inconscientemente hacia el despertar; puede alcanzarlo a través de la influencia de una religión o mediante la atracción de una filosofía; puede aproximarla a ese punto una lenta iluminación o puede saltar hasta él mediante un contacto o choque repentinos; puede ser empujada o llevada a él mediante la presión de circunstancias externas o mediante una necesidad interior, por una simple palabra que rompa precintos mentales o por unaprolongada reflexión, por el distante ejemplo de quien ha recorrido el sendero o por contacto e influencia cotidianos. La llamada se producirá de acuerdo con la naturaleza y las circunstancias.

Pero, de cualquier forma que ocurra, debe haber una decisión mental y volitiva y, como resultado, una autoconsagración completa y efectiva. El acto importante que contiene, como en una semilla, todos los resultados que ha de dar el Yoga es la aceptación de una nueva idea-fuerza espiritual y la orientación ascendente del ser, una iluminación, un giro o conversión captado por la voluntad y la aspiración afectiva. La mera idea o búsqueda intelectual de algo superior que está más allá, por más vigorosamente que sea captado por el interés mental, es inefectiva a menos que resulte atrapada por el corazón como lo único deseable y por la voluntad como lo único por realizar. Pues la verdad del Espíritu no ha de ser meramente pensada sino vivida, y vivirla requiere una unificada mentalización del ser. Tan gran cambio, como el contemplado por el Yoga, no ha de ser efectuado por una voluntad dividida ni por una pequeña porción de la energía, ni por una mente vacilante. Quien busque a la Divinidad debe consagrarse a Dios y solamente a Dios.

Si el cambio llega de manera súbita y decisiva por una influencia avasalladora, no hay dificultad posterior esencial ni duradera. La elección sigue al pensamiento o es simultánea con él, y la autoconsagración sigue a la elección. Los pies ya están puestos sobre el sendero, aunque parezcan al principio vagar de manera poco precisa y aunque el sendero mismo pueda verse solo oscuramente y el conocimiento de la meta pueda ser imperfecto. El Maestro secreto, el Guía secreto está ya trabajando, aunque no se manifieste aún o no aparezca en la persona de su representante humano. Cualesquiera que sean las dificultades y las vacilaciones que sigan, no pueden realmente prevalecer contra el poder de la experiencia que ha hecho girar la corriente de la vida. La llamada, cuando es decisiva, permanece; lo que ha nacido no puede realmente sofocarse. Aunque la fuerza de las circunstancias impida un

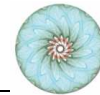


seguimiento regular o una plena autoconsagración práctica desde el principio, la mente ya se ha orientado, persiste y regresa con un efecto siempre creciente a la preocupación que la dirige. Hay una inevitable persistencia del ser interior, y contra ella las circunstancias son, al fin, impotentes, y ninguna debilidad de la naturaleza puede ser obstáculo por mucho tiempo.

Pero no siempre esta es la manera de comenzar. El sadhaka procede a menudo gradualmente y hay un largo espacio entre el primer giro de la mente y el pleno asentimiento de la naturaleza hacia aquello a lo que la mente se vuelca. Al principio puede haber solamente un vívido interés intelectual, una fuerte atracción hacia la idea y alguna forma imperfecta de práctica. O tal vez hay un esfuerzo no favorecido por la naturaleza toda, una decisión o giro impuestos por una influencia intelectual o dictados por la adhesión y la admiración personales a alguien consagrado a lo Supremo. En tales casos, puede necesitarse un largo periodo de preparación antes que llegue la consagración irrevocable y, en algunos casos, puede que no llegue. Puede haber algún avance, un vigoroso esfuerzo, hasta mucha purificación y muchas experiencias distintas de las que son centrales o supremas; pero la vida se pasará en la preparación o, habiéndose alcanzado cierta etapa, la mente impulsada por una fuerza conductora insuficiente puede descansar contenta en el límite del esfuerzo posible para ella. O puede haber incluso una retracción a la vida inferior, lo que en el lenguaje vulgar del Yoga se llama caer del sendero. Esta caída ocurre porque hay un defecto en el mismo centro. El intelecto se ha interesado, el corazón ha sido atraído, la voluntad se ha engarzado con el esfuerzo, pero la naturaleza toda no ha sido cautivada por la Divinidad. Ha habido un experimento, incluso tal vez un experimento afanoso, pero no una autoentrega total a una necesidad imperativa del alma o a un ideal imposible de abandonar. Ni siquiera ese Yoga imperfecto se ha desperdiciado; pues ningún esfuerzo ascendente se realiza en vano. Aunque falle ahora o llegue tan solo a una etapa preparatoria o una realización preliminar, ha determinado el futuro del alma.

Pero si deseamos aprovechar la oportunidad que nos brinda esta vida, si deseamos responder adecuadamente a la llamada recibida y alcanzar la meta que vislumbramos y no avanzar meramente un poco hacia ella, es esencial que haya una autoentrega integral. El secreto del buen éxito en el Yoga consiste en considerarlo no como uno de los objetivos a perseguir en la vida sino como la totalidad de la vida.

Y puesto que el Yoga es, en su esencia, un alejamiento de la vida ordinaria material y animal que lleva la mayoría de los seres humanos o del modo de vivir más mental, pero aún limitado, seguido por unos pocos hacia una vida espiritual mayor, hacia el modo divino, cada parte de nuestras energías entregadas a la existencia inferior en el espíritu de esa existencia es una contradicción de nuestro objetivo y de nuestra autodedicación. Por otra parte, toda energía o actividad que apartemos de su alianza con lo inferior y dediquemos al servicio de lo superior es una porción lograda en nuestra ruta, una porción quitada a los poderes que se oponen a nuestro progreso. La



dificultad de esta conversión total es la fuente de todos los tropiezos en el sendero del Yoga. Pues sobre nuestra naturaleza entera y su medio, y sobre todo nuestro yo personal y todo nuestro yo universal, reposan hábitos e influencias que se oponen a nuestro renacimiento espiritual y trabajan contra la total dedicación de nuestro esfuerzo. En cierto sentido no somos sino una compleja masa de hábitos mentales, nerviosos y físicos mantenidos juntos por unas pocas reglas, deseos y asociaciones rectores —una amalgama de muchas fuerzas pequeñas, autorrepetidas, con unas pocas vibraciones mayores. Lo que proponemos en nuestro Yoga es nada menos que interrumpir por completo la formación de nuestro pasado y de nuestro presente que forma al ser humano ordinario material y mental y crear un nuevo centro de visión y un nuevo universo de actividades en nosotros mismos que constituyan una humanidad divina o una naturaleza superhumana.

La primera necesidad es disolver esa fe y visión centrales en la mente, la cual las concentra en su propio desarrollo, satisfacción e intereses en el viejo orden superficial y sustituirlas por la fe y visión más profundas que solo ven la Divinidad y solo van tras ella. La necesidad siguiente es obligar a todo nuestro ser inferior a rendir pleitesía a esta nueva fe y visión mayor. Toda nuestra naturaleza debe someterse integralmente; debe ofrecerse en todas sus partes y en todo momento a lo que para la no regenerada mente-sensorial parece mucho menos real que el mundo material y sus objetos. Nuestro ser total -alma, mente, sentido, corazón, voluntad, vida y cuerpo-, debe consagrar todas sus energías tan enteramente y de modo tal que se convierta en vehículo apto de la Divinidad. Esta no es una tarea fácil, porque en el mundo todo sigue el hábito fijo que para él es ley y se resiste al cambio radical. Y ningún cambio puede ser más radical que la revolución intentada en el Yoga integral. Ha de lograrse que, en nosotros, todo vuelva constantemente a la fe, a la voluntad y a la visión centrales. Todo pensamiento e impulso ha de recordarse según el lenguaje del Upanishad: "Aquél es el divino Brahman y no este al que los seres humanos aquí adoran". Toda fibra vital ha de ser persuadida a aceptar una entera renuncia a todo lo que hasta entonces ha representado para ella su propia existencia. La mente ha de dejar de ser mente y volverse brillante mediante algo que está más allá de ella. La vida ha de convertirse en una cosa vasta y calma, intensa y poderosa que ya no reconozca su estrecho yo, viejo, ciego y ávido, ni el impulso y el deseo insignificantes. Hasta el cuerpo ha de someterse a una mutación y no ser más el bullicioso animal, ni el estorbo que es ahora, sino llegar a ser en su lugar, siervo consciente, instrumento radiante y forma viviente del espíritu.

La dificultad de la tarea llevó naturalmente a perseguir soluciones fáciles y decisivas; generó y fijó, en su profundidad, la tendencia de religiones y escuelas de Yoga a separar la vida mundana de la vida interior. Los poderes de este mundo y sus actividades reales, se sienten, pero no pertenecen a Dios o son, por alguna causa oscura y desconcertante (por Maya<sup>1</sup> u otra razón), una oscura contradicción de la Verdad divina. Y en su otro lado opuesto, los

---

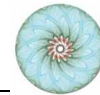
<sup>1</sup>El poder de la Ilusión. La gran ilusión cósmica. Maya-ilusión, aquello que no es.



poderes de la Verdad y sus actividades ideales se ven como pertenecientes a un plano de la consciencia muy distinto de aquél, -oscuro, ignorante y perverso en sus impulsos y fuerzas-, sobre el que se funda la vida de la tierra. De inmediato aparece la contradicción entre el reino brillante y puro de Dios y un reino oscuro e impuro del demonio; sentimos la oposición de nuestro nacimiento y vida terrenas que se arrastran hacia una elevada consciencia-Dios espiritual; rápidamente nos convencemos de la incompatibilidad de la sujeción de la vida a Maya con la concentración del alma en la existencia del puro Brahman. El modo más fácil consiste en apartarse de todo lo que pertenece a uno y retirarse, mediante una desnuda y precipitada ascensión, hacia el otro. Así surge la atracción y, parece, que también la necesidad del principio de concentración exclusiva que desempeña un papel tan importante en las escuelas especializadas del Yoga; porque mediante esa concentración podemos llegar, a través de una renuncia no comprometida con el mundo, a una entera autoconsagración al Uno en el que nos concentramos. Ya no nos incumbe obligar a todas las actividades inferiores al difícil reconocimiento de una vida espiritualizada nueva y superior, preparándolas para que sean sus medios o poderes ejecutivos. Por un lado, es suficiente matarlas o aquietarlas, y, por el otro, conservar al máximo las pocas energías necesarias para el mantenimiento del cuerpo y para la comunión con la Divinidad.

El objetivo y la concepción de un Yoga integral nos priva de adoptar este elevado proceso, simple y esforzado. La esperanza de una transformación integral nos prohíbe tomar un atajo o aligerarnos para la carrera despojándonos de los estorbos. Pues salimos para conquistarnos a todos nosotros y al mundo para Dios; estamos decididos a darle nuestro devenir al igual que nuestro ser<sup>1</sup>, y no a traer meramente el espíritu puro y desnudo como desnuda ofrenda a una Divinidad remota y secreta en un cielo lejano o a abolir todo cuanto somos en holocausto a un inmóvil Absoluto. La Divinidad que adoramos es no solo una remota Realidad más allá del cosmos, sino también una Manifestación semivelada, presente y próxima a nosotros, aquí, en el universo. La vida es el campo de una manifestación divina incompleta todavía aquí, en la vida; tenemos que manifestar la Deidad sobre la tierra, en el cuerpo *-ihaiva*, como lo reiteran los Upanishads-; aquí debemos hacer real para nuestra consciencia su grandeza, su luz y su dulzura trascendentes; aquí debemos poseerla, y en la medida de lo posible, expresarla. Debemos entonces aceptar la vida en nuestro Yoga a fin de transmutarla cabalmente; nos está prohibido rehuir las dificultades que esta aceptación puede añadir a nuestra lucha. Nuestra compensación consiste en que, aunque el sendero sea más escarpado, el esfuerzo más complejo y desconcertantemente arduo, con todo ganamos un inmenso beneficio. Pues la Vida se convierte en nuestra auxiliadora una vez que nuestras mentes se fijan en la visión central y nuestras voluntades se vuelcan integralmente en un solo objetivo. Alertas, vigilantes e integralmente conscientes, podemos captar cada detalle de sus formas y cada incidente de sus movimientos como alimento del Fuego del sacrificio que está dentro de nosotros. Victoriosos en la lucha, podemos obligar a la Tierra a que nos ayude

<sup>1</sup>Tanto nuestro espíritu como nuestro ser instrumental –mente, vital, cuerpo-; tanto nuestro espíritu inmóvil como nuestro ser dinámico y actuante; tanto lo interior como lo exterior.



en nuestra perfección y podemos enriquecer nuestra realización arrasando los poderes que se nos oponen.

Hay otra dirección en la que la práctica ordinaria del Yoga llega a una simplificación útil pero limitativa que se le niega al sadhaka del objetivo integral<sup>1</sup>. La práctica del Yoga nos pone, frente a frente, con la extraordinaria complejidad de nuestro ser, con la multiplicidad estimulante, pero también embarazosa de nuestra personalidad, con la rica confusión interminable de la Naturaleza. Para el ser humano común que vive en su propia vigilia superficial, ignorante de las profundidades y vastedades del yo detrás del velo<sup>2</sup>, su existencia psicológica es medianamente simple. Una pequeña pero clamorosa compañía de deseos, algunos imperativos anhelos intelectuales y estéticos, algunos gustos, unas pocas ideas rectoras o destacadas en medio de una gran corriente de pensamientos inconexos o mal conectados y en su mayoría triviales, una cantidad de necesidades vitales más o menos imperativas, alternancias de enfermedad y salud físicas, una sucesión dispersa e inconsecuente de dichas y pesares, de frecuentes trastornos y vicisitudes menores, y más raras y fuertes búsquedas y rebeldías mentales o corporales, y a través de eso toda la Naturaleza, en parte con la ayuda del pensamiento y la voluntad de este ser humano común, o en parte sin ellos o a pesar de ellos, disponiendo estas cosas en una forma toscamente práctica, en un tolerable orden desordenado: este es el material de su existencia. El ser humano común, en su existencia interior, es tan burdo y poco desarrollado como lo fue el pasado ser humano primitivo en su vida externa. Pero tan pronto profundizamos en nosotros mismos -y el Yoga significa sumergirse en todas las múltiples profundidades del alma-, nos hallamos subjetivamente, como el ser humano en su evolución se descubrió objetivamente, rodeados por un mundo totalmente complejo que tenemos que conocer y conquistar.

El descubrimiento más desconcertante es hallar que cada parte nuestra -intelecto, voluntad, mente sensorial, yo nervioso o del deseo, corazón y cuerpo- tiene su compleja individualidad y su formación natural independiente del resto; no coincide consigo misma ni con las demás, ni con el ego<sup>3</sup> representativo que es la sombra lanzada por algún yo central y centralizador sobre nuestra ignorancia superficial. Descubrimos que estamos compuestos no por una, sino por muchas personalidades y cada cual tiene sus propias exigencias y su naturaleza diferente. Nuestro ser es un caos toscamente constituido en el que hemos de introducir el principio de un orden divino. Es más, descubrimos que también interiormente, no menos que exteriormente, no estamos solos en el mundo; la aguda separación de nuestro ego no fue nada

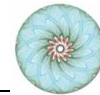
---

<sup>1</sup> Habla de la práctica ordinaria del yoga que se centra exclusivamente en alguna de nuestras principales fuerzas psicológicas –mente, devoción, etc.-, excluyendo deliberadamente el resto y privándose de una práctica y visión integral de Yoga, tal como explicará posteriormente: “*En los senderos comunes del Yoga, el método usado para tratar estos materiales conflictivos es directo y simple. Una u otra de nuestras principales fuerzas psicológicas es seleccionada como nuestro único medio para alcanzar la Divinidad; el resto se aquieta en la inercia o desfallece en su pequeñez.*”

<sup>2</sup> El yo interior o espíritu oculto por el velo de nuestro yo superficial e ignorante.

<sup>3</sup> Todo lo que existe en nuestro ser superficial, también el ego, aun preso de la ignorancia y distorsionado, es reflejo y representación de algo mayor y más profundo en nosotros.



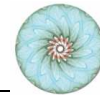


más que una fuerte imposición e ilusión; en nosotros mismos no existimos, no vivimos en realidad aparte, en intimidad o soledad interiores. Nuestra mente es una máquina receptora, evolutiva y modificadora por la que, un instante tras otro, constantemente, fluye una incesante corriente ajena, una caudalosa masa de materiales separados, desde arriba, desde abajo y desde afuera. Mucho más de la mitad de nuestros pensamientos y sentimientos no nos pertenecen en el sentido de tomar forma de nosotros mismos; casi de nada puede decirse que sea verdaderamente original en nuestra naturaleza. Gran parte llega a nosotros de los demás o del medio, como materia prima o elaborada; pero aún en mayor medida proviene de la Naturaleza universal, de aquí o de otros mundos y planos, y de sus seres, poderes e influencias, pues estamos superados y rodeados por otros planos de consciencia, planos mentales, planos vitales, planos materiales sutiles, de los que se alimentan aquí nuestra vida y acción; somos alimentados, presionados, dominados y utilizados para la manifestación de sus formas y fuerzas. La dificultad de nuestra salvación separada es incrementada inmensamente por esta complejidad y múltiple apertura y sujeción a las desbordantes energías del universo. Hemos de tener en cuenta todo esto para encararlo, para conocer cuál es la materia secreta de nuestra naturaleza y de sus movimientos constitutivos y resultantes, y para crear en ella todo un centro divino y una armonía verdadera y un orden luminoso.

En los senderos comunes del Yoga, el método usado para tratar estos materiales conflictivos es directo y simple. Una u otra de nuestras principales fuerzas psicológicas es seleccionada como nuestro único medio para alcanzar la Divinidad; el resto se aquieta en la inercia o desfallece en su pequeñez. El Bhakta<sup>1</sup>, atrapando las fuerzas emotivas del ser, las intensas actividades del corazón, mora concentrado en el amor de Dios, fundido como en una unidireccional lengua de fuego; es indiferente a las actividades del pensamiento, deja atrás las importunaciones de la razón, le tiene sin cuidado la sed de conocimiento de la mente. Todo el conocimiento que necesita es su fe y las inspiraciones que emanan de un corazón en comunión con la Divinidad. No vuelca su voluntad hacia nada que no tienda al culto directo del Amado o al servicio del templo. El ser humano del Conocimiento, autoconfinado, por una elección deliberada, a la fuerza y actividades del pensamiento discriminativo, se libera en el esfuerzo interiorizador de la mente. Se concentra en la idea de sí; mediante un sutil discernimiento interior logra distinguir su silenciosa presencia en medio de las cegadoras actividades de la Naturaleza, y a través de la idea perceptiva llega a la experiencia espiritual concreta. Es indiferente al juego de las emociones, sordo al hambriento reclamo de la pasión, cerrado a las actividades de la Vida; cuando es más favorecido, aquéllos se apartan más rápidamente de él, dejándolo libre, quieto y mudo, como el no-hacedor eterno. El cuerpo es su tropiezo, las funciones vitales son sus enemigas; si sus demandas pueden reducirse al mínimo, esa es su gran fortuna. Las interminables dificultades que surgen del mundo circundante se descartan erigiendo contra ellas, con firmeza, una defensa de externa soledad física y de

---

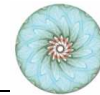
<sup>1</sup> Devoto.



interna soledad espiritual: a salvo detrás del muro del silencio interior, permanece impasible e intangible ante el mundo y los demás. Estos yogas tienden a estar solo consigo mismo o solo con la Divinidad, a marchar aparte con Dios y sus devotos, a atrincherarse en el simple esfuerzo "yoísta" de la mente o en la pasión "Teísta" del corazón. El problema se resuelve con la exclusión de todas las dificultades, salvo la única dificultad central que persigue, la única fuerza motora escogida; en medio de los reclamos de nuestra naturaleza que nos dividen, el principio de concentración exclusiva llega soberanamente a rescatarnos.

Mas para el sadhaka del Yoga integral esta soledad interior o esta soledad exterior solo pueden ser incidentes o periodos de este progreso espiritual. Al aceptar la vida, debe llevar no solo su propia carga, sino también gran parte de la carga del mundo junto con aquélla, como continuación de su propio peso ya suficientemente gravoso. Por lo tanto, su Yoga tiene mucho más de la naturaleza de batalla propia que de la de los otros; pero esta no solo es una batalla individual, es una guerra colectiva hecha a una escala considerable. No solo tiene que conquistar en sí mismo a las fuerzas de la falsedad y del desorden egoístas, sino también conquistarlas como representantes de las mismas fuerzas adversas e inextinguibles del mundo. El carácter representativo de estas fuerzas les da una mucho más obstinada capacidad de resistencia y un casi interminable derecho de recurrencia. A menudo descubre que hasta después de haber ganado persistentemente su batalla personal, todavía debe imponerse, una y otra vez, en una guerra aparentemente interminable, porque su existencia interior se ha agrandado de tal manera que no solo contiene su propio ser con sus necesidades y experiencias bien definidas, sino que también es solidaria con el ser de los demás, porque contiene en sí mismo al universo.

Tampoco se permite a quien busca la realización integral que resuelva demasiado arbitrariamente el conflicto de sus propios miembros interiores. Tiene que armonizar el conocimiento deliberado con la fe incuestionable; debe conciliar la gentil alma amorosa con la formidable necesidad del poder; la pasividad del alma que vive contenta en la calma trascendente ha de fundirse con la actividad del auxiliador divino y del guerrero divino. A él y a todos cuantos buscan lo espiritual se les presentan para resolver las oposiciones de la razón, el aferrarse de los sentidos, las perturbaciones del corazón, la emboscada de los deseos y el obstáculo del cuerpo físico; pero ha de tratar de otro modo sus conflictos mutuos e internos, y la obstrucción de su objetivo, pues debe llegar a una perfección infinitamente más difícil en el manejo de toda esta materia rebelde. Al aceptarlos como instrumentos de la realización y manifestación divinas, ha de convertir sus discordancias, iluminar su densa oscuridad y transfigurarlos separadamente y a todos juntos, armonizándolas en sí mismos y uno con otro, integralmente, sin omitir partícula, cabo ni vibración, ni dejar la mínima imperfección en parte alguna. Una concentración exclusiva, o incluso una sucesión de concentraciones de esa índole, puede ser, en su obra compleja, solo una conveniencia temporal; ha de abandonarse tan pronto cese su utilidad. Debemos esforzarnos por la difícil realización de una concentración omniincluyente.



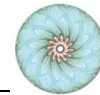
La concentración es ciertamente la primera condición de cualquier Yoga, pero se trata de una concentración omnirreceptora que es la naturaleza misma del Yoga integral. Una vigorosa y separada fijación del pensamiento, de las emociones o de la voluntad sobre una sola idea, objeto, estado, movimiento interior o principio, resulta aquí también una necesidad frecuente, sin duda; pero este es solo un complementario proceso de ayuda. La acción mayor de este Yoga sin la cual no puede alcanzar su propósito, es una amplia apertura masiva, una armonizada concentración de todo el ser en todas sus partes y a través de todos sus poderes sobre el Uno que es el Todo. Pues a lo que aspiramos es a la consciencia que reposa en el Uno y que actúa en el Todo; esto es lo que buscamos imponer a todo elemento de nuestro ser y a todo movimiento de nuestra naturaleza. Esta totalidad amplia y concentrada es el carácter esencial de la Sadhana<sup>1</sup> y su carácter debe determinar su práctica.

Pero, aunque la concentración de todo el ser en la Divinidad sea el carácter del Yoga, nuestro ser es algo demasiado complejo como para asumirlo con facilidad y al instante, como si fuésemos a tomar el mundo con las dos manos, imponiéndole íntegramente una sola tarea. El ser humano, en su esfuerzo de autotrascendencia, tiene por lo común que tomar un resorte o una palanca de la complicada máquina que es su naturaleza; este resorte o palanca lo toca, con preferencia sobre las demás, utilizándolo para hacer funcionar la máquina hacia el fin que se propone. En la elección de tal palanca la Naturaleza misma ha de ser siempre su guía. Pero aquí debe ser la Naturaleza en su movimiento más excelso y amplio, no en su movimiento ínfimo, ni en su movimiento limitador. En sus actividades vitales inferiores la Naturaleza toma al deseo como su palanca más poderosa; pero el carácter distintivo del ser humano es que es un ser mental, no una criatura meramente vital. Tal como él puede usar su mente pensante y su voluntad para reprimir y corregir sus impulsos vitales, de igual modo puede también activar una mentalidad luminosa superior, auxiliada por el alma más profunda que está en él, el ser psíquico, y reemplazar con estos poderes motores mayores y más puros la dominación de la fuerza vital y sensitiva que llamamos deseo. Puede dominarla o persuadirla por entero y ofrendarla a su divino Maestro para que sea transformada. Esta mentalidad superior y esta alma más profunda, el elemento psíquico del ser humano, son los dos ganchos por los que la Divinidad se afirma sobre su naturaleza.

La mente superior del ser humano es algo distinto, más sublime, más puro, más vasto y más poderoso que la razón o la inteligencia lógica. El animal es un ser vital y sensitivo; se dice que el ser humano se distingue del animal por poseer razón. Pero este es un enfoque muy resumido, imperfecto y descaminado del asunto. Pues la razón es solo una actividad particular y limitada, utilitaria e instrumental que procede de algo mucho mayor que ella misma, de un poder que mora en un éter más luminoso, más amplio e ilimitable. La importancia verdadera y última, para distinguirla de la inmediata o

---

<sup>1</sup> Trabajo en la práctica del Yoga.



intermedia, de nuestra inteligencia observadora, razonadora, inquisitiva y juzgadora, es que prepara al ser humano para la correcta recepción y para la acción de una Luz desde lo alto que debe reemplazar en él, progresivamente, la oscura luz que desde abajo guía al animal. Este último también tiene una razón rudimentaria, una clase de pensamiento, un alma, una voluntad y agudas emociones; aunque menos desarrollada, su psicología es, con todo, en cuanto al tipo, la misma que la del ser humano. Pero todas estas capacidades del animal son movidas automáticamente y son limitadas estrictamente por el ser nervioso inferior. Todas las percepciones, sensibilidades y actividades animales son regidas por los instintos nerviosos y vitales, por los anhelos, necesidades y satisfacciones cuyo nexos es el impulso y deseo vitales. El ser humano también está atado, pero menos, a este automatismo de la naturaleza vital. El ser humano puede aportar voluntad, pensamiento y emociones iluminados a la difícil obra de su autodesarrollo y puede someter cada vez más la función inferior del deseo a estas guías más conscientes y reflexivas. Es ser humano, y no ya animal, en la medida en que domina de ese modo e ilumina su yo inferior. Cuando empieza a reemplazar completamente al deseo con un pensamiento, visión y voluntad mucho más iluminados, en contacto con el Infinito, sujetos conscientemente a una voluntad más divina que la propia, vinculados a un conocimiento más universal y trascendente, comienza el ascenso hacia el superser humano; se halla en su marcha ascendente hacia la Divinidad.

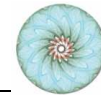
Entonces debemos centrar primero nuestra consciencia en la mente suprema del pensamiento, de la luz y de la voluntad o en el corazón interior del sentimiento y de la emoción más hondos -en cualquiera de ellos o, si somos capaces, en ambos juntos-, y usar eso como palanca para elevar la naturaleza totalmente hacia la Divinidad. El punto de partida del Yoga es la concentración de un pensamiento, de una voluntad y un corazón iluminados puestos al unísono en pos de una vasta meta de nuestro conocimiento, de una luminosa e infinita fuente de nuestra acción, de un objetivo imperecedero de nuestra emoción. Y el objeto de nuestra búsqueda debe ser la fuente misma de la Luz que crece en nosotros, el origen mismo de la Fuerza a la que llamamos para que mueva nuestros miembros. Nuestro único objetivo debe ser la Divinidad misma a la que, a sabiendas o no, algo de nuestra naturaleza secreta siempre aspira. Debe haber una concentración grande, multilateral pero única, del pensamiento sobre la idea, de la percepción, de la visión, del contacto que despierta y la realización del alma sobre la Divinidad única. Debe haber una fervorosa concentración del corazón en el Todo y el Eterno, y una vez que uno lo ha descubierto, una profunda fusión e inmersión en la posesión y en el éxtasis del Todo-Bello. Debe haber una vigorosa e inmovible concentración de la voluntad sobre el logro y la realización de todo lo que es la Divinidad y una apertura libre y dúctil a aquella que tiende a manifestarse en nosotros. Este es el triple camino del Yoga.

¿Pero cómo nos concentraremos en lo que aún no conocemos? Y, sin embargo, no podemos conocer la Divinidad a menos que hayamos alcanzado esta concentración de nuestro ser en ella. Una concentración que culmina con



una realización viviente y con el sentido constante de la presencia del Uno en nosotros mismos y en todo aquello de lo que tenemos consciencia, es lo que, en el Yoga, significamos mediante conocimiento y esfuerzo en pos del conocimiento. No es suficiente consagrarnos a una comprensión intelectual de la Divinidad mediante la lectura de Escrituras, ni mediante la acentuación del razonamiento filosófico; pues al fin de nuestra prolongada labor mental sabríamos todo lo dicho sobre el Eterno, poseeríamos todo lo pensado acerca del Infinito y, con todo, de él no sabríamos nada. Esta preparación intelectual puede ser en verdad la primera etapa de un Yoga poderoso, pero no es indispensable: no es un paso necesario para todos ni puede reclamarse que se emprenda. El Yoga sería imposible, salvo para unos pocos, si su condición indispensable o prerequisite obligatorio fuese la figura intelectual del conocimiento alcanzada por la Razón especulativa o meditativa. Todo lo que la Luz de lo alto nos pide para empezar su obra es un reclamo del alma y un suficiente punto de apoyo mental. Este apoyo puede alcanzarse a través de una insistente idea de la Divinidad en el pensamiento, una correspondiente voluntad en las partes dinámicas, una aspiración, una fe y una necesidad en el corazón. Cualquiera de estas puede regir o predominar, si no pueden moverse todas al unísono o con igual ritmo. La idea puede y debe ser inadecuada al principio; la aspiración puede ser estrecha e imperfecta, la fe puede ser pobremente iluminada o incluso, al no fundarse con seguridad sobre la roca del conocimiento, fluctuante, incierta y fácilmente disminuida; a menudo puede extinguirse, necesitando encenderse de nuevo, con dificultad, como una antorcha al viento. Pues una vez que hay una resuelta autoconsagración interiormente profunda, si existe un despertar al reclamo del alma, estas cosas inadecuadas pueden ser instrumento suficiente para el propósito divino. Por lo tanto, los sabios siempre fueron reacios a limitar las avenidas del ser humano que llevan a Dios; y no cerrarían su entrada con un estrechísimo portal, con una ínfima y oscurísima puerta trasera, ni con un postigo. Cualquier nombre, cualquier forma, cualquier símbolo y cualquier ofrenda se tiene por suficiente si marcha junto con la consagración; pues la Divinidad se conoce en el corazón de quien busca la perfección y acepta el sacrificio.

Pero cuanto mayor y más amplia sea la idea-fuerza que se mueva detrás de la consagración, mejor será para quien busca la perfección ya que es probable que su logro sea más pleno y más amplio. Si intentamos un Yoga integral, bueno resultará empezar con una idea de la Divinidad que sea integral. Ha de haber una aspiración en el corazón, lo bastante amplia como para una realización sin límites estrechos. No solo ha de evitarse una perspectiva religiosa sectaria, sino también todas las concepciones filosóficas unilaterales que traten de encerrar al Inefable en una fórmula mental restrictiva. La concepción dinámica o sentido impulsor con el que nuestro Yoga puede iniciarse de manera natural sería la idea y el sentido de un Infinito consciente omniabarcante pero omnisuperador. Nuestra visión debe ser hacia el Uno y una Unidad libres, omniperfectos, perfectos y bienaventurados en los que todos los seres se mueven y viven y, a través de los cuales, todos pueden encontrarse y unificarse. Este Eterno será a la vez personal e impersonal en su automanifestación y contacto con el alma. Es personal porque es el Divino



consciente, la Persona infinita que lanza cierto interrumpido reflejo de sí en la miríada de personalidades divinas y no-divinas del universo. Es impersonal porque se nos presenta como una Existencia, Consciencia y Ananda infinitos y porque es la fuente, base y componente de todas las existencias y de todas las energías -el material mismo de nuestro ser y mente, vida y cuerpo, de nuestro espíritu y nuestra materia-. El pensamiento concentrándose en él, no debe entender que existe meramente en una forma intelectual, ni debe concebirlo como abstracción y necesidad lógica; debe convertirse en pensamiento vidente capaz de encontrarlo aquí como el Habitante en todos, capaz de comprenderlo en nosotros, de observar y sostener el movimiento de sus fuerzas. Él es la Existencia única; es el Deleite original y universal que constituye todas las cosas y las supera; es la única Consciencia infinita que compone todas las consciencias e informa todos sus movimientos; es el único Ser ilimitable que sostiene toda acción y experiencia; su voluntad guía la evolución de las cosas hacia su objetivo y hacia su plenitud aún no realizados pero inevitables. A él puede consagrarse el corazón, aproximarse como al supremo Amado, latir y moverse en él como en una dulzura universal del Amor y un mar viviente del Deleite. Pues suya es la Dicha secreta que sostiene el alma en todas sus experiencias y mantiene hasta a su ego errante en sus duras pruebas y luchas hasta que cesen todo pesar y sufrimiento. Suyo es el Amor y la Bienaventuranza del infinito Amante divino que lleva todas las cosas por su propia senda hacia su unidad feliz. En él puede fijarse inalterablemente la Voluntad como el Poder invisible que guía y realiza tal unidad y como la fuente de su fortaleza. En la impersonalidad, este Poder realizador es una Fuerza autoiluminada que contiene todos los resultados y trabaja calmamente hasta que llega a ser, en la personalidad<sup>1</sup>, un omnisapiente y omnipotente Maestro del Yoga a quien nadie puede impedir que conduzca hacia su meta. Esta es la fe con la que el que busca la perfección ha de empezar su búsqueda y esfuerzo, pues en todo su esfuerzo aquí, pero más que todo en su esfuerzo hacia el Invisible, el ser humano mental debe proceder mediante la fe. Cuando llega la realización, la fe divinamente satisfecha y completada se transformará en una llama eterna del conocimiento.

El elemento inferior del deseo, al principio entrará naturalmente en todo nuestro esfuerzo ascendente. Pues lo que la voluntad iluminada aprecia como la cosa por hacer y persigue como la corona por conquistar, lo que el corazón abarca como la única cosa deleitable, lo que en nosotros se siente limitado y opuesto y, porque está limitado, anhela y lucha, todo ello lo buscarán con la perturbada pasión de un deseo egoísta. Esta fuerza vital o alma de deseo que está en nosotros, al principio ha de ser aceptada, pero solo para que pueda ser transformada. Incluso desde el principio mismo se le ha de enseñar a renunciar a todos los otros deseos y a concentrarse en la pasión por la Divinidad. Ganado este punto capital, se le ha de enseñar a desear, no para sí separadamente, sino para Dios en el mundo y para la Divinidad en nosotros mismos; ha de fijarse no en un personal beneficio espiritual, aunque estemos seguros de todos los beneficios espirituales posibles, sino en una gran obra a

---

<sup>1</sup> En su aspecto impersonal un Poder invisible que guía y realiza; en su aspecto personal nuestro Maestro del Yoga.



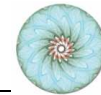
realizar en nosotros y en los demás, ha de fijarse en la elevada manifestación venidera que ha de ser la gloriosa realización de la Divinidad en el mundo, en la Verdad que ha de buscarse, vivirse y entronizarse por siempre. Por último, lo que le resultará más difícil (más difícil que buscar el objeto correcto): ha de ser enseñada a buscar del modo correcto, ya que debe aprenderse a desear, no según su modalidad egoísta, sino como la Divinidad. No debe insistir ya más, (como insiste siempre la fuerte voluntad separativa) en su propia modalidad de realización, en su propio sueño de posesión, en su propia idea de lo correcto y lo deseable; debe anhelar realizar una Voluntad mayor y consentir en acompañar una guía menos interesada e ignorante. Así instruido, el Deseo, ese gran hostigador y perturbador inquieto del ser humano y causa de todo género de tropiezos, se volverá apto para transformarse en su contraparte divina. Pues también el deseo y la pasión tienen sus formas divinas; hay un éxtasis puro de la búsqueda del alma más allá de todo anhelo y pesar, hay una Voluntad de Ananda que se asienta glorificada en la posesión de las beatitudes supremas.

Solo puede realizarse con efectividad en nuestra naturaleza transmutada la perfección mental, vital y corporal después de que el objeto de la concentración<sup>1</sup> haya poseído los tres instrumentos maestros y haya sido poseído por ellos: el pensamiento, el corazón y la voluntad —consumación plenamente posible solo cuando el alma-del-deseo que está en nosotros se ha sometido a la Ley Divina—. Esto se hará, no para satisfacción personal del ego, sino para todo lo que constituye templo adecuado de la Presencia Divina y perfecto instrumento de la obra divina. Pues la obra solo puede cumplirse de verdad cuando el instrumento, consagrado y perfeccionado, haya evolucionado adecuadamente para una acción desinteresada —y eso tendrá lugar cuando el deseo y el egoísmo personales queden abolidos y a salvo de ellos el individuo liberado—. Cuando el pequeño ego ha sido abolido, la verdadera Persona Espiritual puede seguir y la voluntad, obras y deleite divinos en él, y el uso espiritual de su perfección y realización. Nuestras obras serán entonces divinas y se realizarán divinamente; nuestra mente, vida y voluntad, consagradas a la Divinidad, serán usadas para ayudar a realizar en los demás y en el mundo lo que se ha realizado primero en nosotros, todo aquello que podemos manifestar de la Unidad, el Amor, la Libertad, la Fuerza, el Poder y la inmortal Dicha encarnados, que es la meta de la aventura terrestre del espíritu.

El Yoga debe empezar con un esfuerzo o, al menos, con un giro hacia esta concentración total. Se nos exige una constante e infalible voluntad de consagración de todos nosotros al Supremo, una ofrenda de todo nuestro ser y de nuestra naturaleza de múltiples compartimentos al Eterno que es el Todo. La plenitud efectiva de nuestra concentración en una cosa necesaria, con exclusión de todas las demás, será la medida de nuestra autoconsagración al Uno que es el único deseable. Mas esta exclusividad nada excluirá al fin, salvo la falsedad en nuestro modo de ver el mundo y la ignorancia de nuestra voluntad. Pues nuestra concentración en el Eterno será consumada por la mente cuando veamos constantemente a la Divinidad en sí misma y a la

---

<sup>1</sup> El Divino.



Divinidad en nosotros, pero también a la Divinidad en todas las cosas, seres y sucesos. Será consumada por el corazón cuando toda emoción se resuma en el amor a la Divinidad -a la Divinidad en sí y por sí, pero también en el amor a la Divinidad en todos sus seres, poderes, personalidades y formas del Universo-. Será consumada por la voluntad cuando sintamos y recibamos siempre el impulso divino y aceptemos eso solo como nuestra única Fuerza motora; pero esto significará que, habiendo matado hasta el último de los rebeldes descarríos de los vagabundos impulsos de la naturaleza egoísta, nos hayamos universalizado y podamos recibir con feliz aceptación constante la obra divina única en todas las cosas. Este es el primer *siddhi*<sup>1</sup> fundamental del Yoga integral.

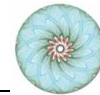
Al fin, todo esto se quiere expresar al hablar de la absoluta consagración del individuo a la Divinidad. Pero esta plenitud total de la consagración solo puede llegar mediante una constante progresión cuando se complete, en no escasa medida, el largo y difícil proceso del deseo transformador de la existencia. Autoconsagración perfecta implica autosumisión completa.

Hay aquí dos movimientos con una etapa de transición entre ellos, dos periodos de este Yoga -uno del proceso de sumisión, el otro de su culminación y consecuencia-. En el primero, el individuo se prepara para la recepción de la Divinidad en sus miembros. Durante todo este primer periodo ha de trabajar por medio de los instrumentos de la Naturaleza inferior, pero auxiliado cada vez más desde lo alto. Pero en el posterior estado de transición de este movimiento, nuestro esfuerzo personal y necesariamente ignorante se achica cada vez más y actúa una Naturaleza superior; la Shakti eterna<sup>2</sup> desciende en esta forma limitada de la mortalidad y progresivamente la posee y transmuta. En el segundo periodo, el movimiento mayor reemplaza totalmente a la primera acción inferior y anteriormente indispensable: pero esto puede efectuarse solo cuando nuestra autosumisión es completa. La persona del ego, en nosotros, no puede transformarse en naturaleza de la Divinidad por su propia fuerza, voluntad, conocimiento o por cualquier virtud propia; todo cuanto puede hacer es adaptarse a la transformación y que su sumisión encaje, cada vez más, en lo que busca llegar a ser. En la medida en que el ego trabaje en nosotros, nuestra acción personal es y debe ser siempre, en su naturaleza, una parte de los grados inferiores de la existencia; es oscura o semiiluminada, limitada en su campo y muy parcialmente efectiva en su poder. Hemos de llamar a la Divina Shakti para que realice esa obra milagrosa en el individuo si es que ha de efectuarse una transformación espiritual, no una modificación meramente iluminadora de nuestra naturaleza; pues ella sola tiene la fuerza necesaria, decisiva, omnisapiente e ilimitable. Pero la entera substitución de la acción humana personal por la acción divina no es completamente posible de inmediato. Toda interferencia desde abajo que pueda falsificar la verdad de la acción superior debe primero ser inhibida o reducida a la impotencia, y debe efectuarse esto por propia y libre elección. Se nos pide un rechazo continuo y

<sup>1</sup> Realización.

<sup>2</sup> La Madre Divina, el poder transformador del Divino, el Puente que hace posible la transformación del ser humano y su ascenso a la unión con el Infinito.





siempre repetido de los impulsos y falsedades de la naturaleza inferior y un insistente apoyo a la Verdad a medida que crece en nuestras partes; porque el establecimiento progresivo en nuestra naturaleza de la informante Luz, de la Pureza y del Poder entrantes y su perfección final, necesitan para su desarrollo y sostenimiento de nuestra libre aceptación de eso y de nuestro pertinaz rechazo de todo lo que es contrario a eso, lo inferior o incompatible con ello.

En el primer movimiento de autopreparación, en el periodo del esfuerzo personal, el método que tenemos que usar, es esta concentración del ser entero sobre la Divinidad a la cual busca y, como su corolario, este constante rechazo, eliminación, *catharsis*<sup>1</sup>, de todo lo que no es la Verdad cierta de la Divinidad. El resultado de esta persistencia será una entera consagración de todo lo que somos, pensamos, sentimos y hacemos. A la vez, esta consagración debe culminar en una autoentrega integral a lo Supremo, pues su culminación y signo total de completamiento de la entrega es la omniincluyente y absoluta sumisión de la naturaleza toda. En la segunda etapa del Yoga, que transita entre la obra humana y la divina, sobrevendrá una creciente pasividad purificada y vigilante, una respuesta divina cada vez más luminosa a la fuerza Divina y a ninguna otra; y como resultado habrá un creciente efluvio de una grande, consciente y milagrosa obra desde lo alto. En el último periodo no habrá esfuerzo alguno, ni método fijo, ni sadhana fija; el sitio del esfuerzo y del tapasya<sup>2</sup> será tomado por una eclosión natural, simple, poderosa y feliz de la flor de la Divinidad a partir del brote de una naturaleza terrestre purificada y perfeccionada. Estas son las sucesiones naturales de la acción del Yoga.

Estos movimientos no están siempre ni absolutamente ordenados, uno con otro, en una estricta sucesión. La segunda etapa empieza en parte antes que se complete la primera; la primera continúa en parte hasta que se perfecciona la segunda; la última obra divina puede manifestarse de tanto en tanto como una promesa antes que se establezca finalmente y que sea normal para la naturaleza. También hay siempre algo superior y mayor que el individuo, que lo gobierna hasta en su labor y esfuerzo personales. A menudo puede llegar a ser totalmente consciente, y seguir siéndolo por un tiempo, incluso en las partes de su ser permanentemente inconscientes, de esta guía detrás del velo, y esto puede producirse mucho antes que su naturaleza toda se haya purificado en todas sus partes del indirecto control inferior. Incluso puede ser así consciente desde el principio; su mente y su corazón, si no sus otros miembros, pueden responder a su atrapante y penetrante guía con cierta madurez inicial desde los primerísimos pasos del Yoga. Pero es la acción constante, completa y uniforme del gran control directo la que distingue cada vez más la etapa de transición a medida que avanza y llega a su fin. Este predominio de una guía mayor y más divina, no personal para nosotros, indica la creciente madurez de la naturaleza para una total transformación espiritual. Es el inequívoco signo de que la autoconsagración no solo ha sido aceptada en principio, sino también cumplida en acción y poder. El supremo ha puesto su

---

<sup>1</sup> Purificación.

<sup>2</sup> Disciplina.



*Sri Aurobindo*

mano luminosa sobre el escogido vaso humano de su Luz, Poder y Ananda milagrosos.



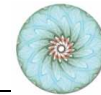
### Capítulo III

#### LA AUTOSUMISION EN LAS OBRAS EL METODO DEL GITA

La Vida, no un Más Allá remoto y silencioso, ni extático y altamente elevado -la Vida sola, es el campo de nuestro Yoga-. Su propósito central debe ser la transformación de nuestro superficial, estrecho y fragmentario modo humano de pensar, ver, sentir y ser en una consciencia espiritual profunda y amplia y en una existencia integrada interior y exterior, y la transformación de nuestra vida humana ordinaria en el modo divino de vida. El medio hacia este fin supremo es una autoentrega de toda nuestra naturaleza a la Divinidad. Todo lo que está dentro de nosotros debe entregarse a la Divinidad, al Todo universal y al Supremo trascendente. Una absoluta concentración de nuestra voluntad, de nuestro corazón y de nuestro pensamiento a la Divinidad única y múltiple, una autoconsagración sin reservas de todo nuestro ser solo a la Divinidad, este es el movimiento decisivo, el giro del ego hacia Eso que es infinitamente mayor que él, esta es la autoentrega y sumisión indispensable.

La vida de la criatura humana, como por lo común se vive, está compuesta de una masa semifija y semifluida de pensamientos, percepciones, sensaciones, emociones, deseos, goces y actos gobernados muy imperfectamente, en su mayoría habituales y autorreiterativos, solo en parte dinámicos y autoevolutivos, pero todos centrados en torno a un ego superficial. La suma del movimiento de estas actividades tiene por resultado un desarrollo interno que es parcialmente visible y operativo en esta vida, que es parcialmente una semilla de progreso en las vidas más allá. El significado total y todo el núcleo de la existencia humana es este crecimiento del ser consciente, la expansión, la autoexpresión creciente y el desarrollo cada vez más armonizado de sus miembros componentes. El Ser humano, el ser mental, entró en el cuerpo material para este significativo desarrollo de la consciencia mediante el pensamiento, la voluntad, la emoción, el deseo, la acción y la experiencia que llevan, al fin, a un supremo autodescubrimiento divino. Todo el resto es auxiliar y subordinado o accidental y fútil; solo importa lo que sostiene y ayuda a la evolución de su naturaleza y al crecimiento o, más bien, a la progresiva evolución y descubrimiento de su yo y espíritu.

El objetivo que se plantea a nuestro Yoga es nada menos que acelerar aquí este objetivo supremo de nuestra existencia. Su proceso deja detrás el ordinario y tardío método del crecimiento lento y confuso a través de la evolución de la Naturaleza. Pues la evolución natural es, a lo más, un incierto crecimiento encubierto, en parte por presión del medio, en parte por una educación a tuestas y un propósito deliberado y mal iluminado, y un uso parcialmente iluminado y semiautomático de oportunidades con muchos errores, deslices y recaídas; gran parte de eso se compone de accidentes, circunstancias y vicisitudes aparentes -aunque encubren una intervención y guía secretas y divinas-. En el Yoga reemplazamos este movimiento confuso, retorcido y de cangrejo con una evolución rápida, consciente y autodirigida,



planeada para llevarnos, lo más lejos posible, en línea recta hacia la meta fijada ante nosotros. En cierto sentido puede ser un error hablar de meta alguna en una progresión que bien podría ser infinita. No obstante, podemos concebir una meta inmediata, un objetivo futuro más allá de nuestro logro presente hacia el cual puede aspirar el alma humana. Está ante él la posibilidad de un nuevo nacimiento; puede haber un ascenso a un plano superior y más amplio del ser y un descenso de aquel para transformar sus miembros. Es posible que una consciencia agrandada e iluminada lo convierta en espíritu liberado y en fuerza perfeccionada y, si se extiende más allá del individuo, incluso constituiría una humanidad divina o una especie nueva, supramental y, por lo tanto, superhumana. Convertimos este nuevo nacimiento en nuestro objetivo: crecer en una consciencia divina es el significado total de nuestro Yoga; una conversión integral a la divinidad, no solo del alma, sino también de todas las partes de nuestra naturaleza.

Nuestro propósito en el Yoga es desterrar al ego limitado, que mira hacia afuera, y entronizar a Dios en su lugar, como el Habitante rector de la naturaleza. Y esto significa, primero, desheredar al deseo y no aceptar más el goce del deseo como rectora motivación humana. La vida espiritual sacará su sustento no del deseo, sino de un goce puro y desinteresado de la existencia esencial. Y no solo deben experimentar un nuevo nacimiento y un cambio transfigurador la naturaleza vital que está en nosotros, cuyo sello es el deseo, sino también el ser mental. Deben desaparecer el pensamiento y la inteligencia divididos, egoístas, limitados e ignorantes; en su lugar debe fluir el juego universal y perfecto de una iluminación divina y sin sombras que culmine, al fin, en una Verdad-Consciencia natural y autoexistente, libre de una semiverdad que anda a tientas y de un error tambaleante. Deben cesar nuestra voluntad y nuestras acciones confusas, impedidas, egocéntricas y minimotivadas y dar cabida a la obra total de una Fuerza velozmente poderosa, lúcidamente automática, divinamente movida y guiada. En todos nuestros actos debe implantarse y activarse una voluntad suprema, impersonal y decidida, en espontáneo e imperturbado unísono con la Voluntad de la Divinidad. El juego superficial e insatisfactorio de nuestras débiles emociones egoístas debe eliminarse manifestándose, en su lugar, un corazón psíquico secreto, profundo y vasto en el interior, que aguarde su hora detrás de aquéllas; todos nuestros sentimientos impulsados por este corazón interior en donde mora la Divinidad se transmutarán en movimientos calmos e intensos de una doble pasión del Amor divino y del múltiple Ananda<sup>1</sup>. Esta es la definición de una humanidad divina o de una especie humana supramental. Esta y no una energía exagerada, ni siquiera sublimada del intelecto y de la acción humanos, es el tipo de superser humano al que reclamamos que evolucione mediante nuestro Yoga.

En la existencia humana ordinaria una acción extrovertida es obviamente tres cuartas partes, o aún más, de nuestra vida. Solo están las excepciones del santo y del vidente, del raro pensador, del poeta y del artista que pueden vivir

---

<sup>1</sup> Gozo, Beatitud divinas.



más dentro de ellos mismos; en verdad, éstos, al menos en las partes más íntimas de su naturaleza, se modelan más en el pensamiento y en el sentimiento interiores que en el acto superficial. Pero ninguno de estos dos lados está separado del otro, sino que, más bien, la forma de una vida perfecta la creará una armonía de la vida interior y de la exterior unificadas plenamente y transfiguradas en un juego de algo más allá de ellas. Un Yoga de las obras, una unión con la Divinidad en nuestra voluntad y actos —y no solo en el conocimiento y el sentimiento— es entonces indispensable, es un elemento inexpresablemente importante de un Yoga integral. La conversión de nuestro pensamiento y sentimiento sin una conversión correspondiente del espíritu y del cuerpo de nuestras obras sería un logro mutilado.

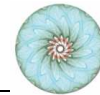
Pero si ha de efectuarse esta conversión total, debe haber una consagración a la Divinidad de nuestras acciones y movimientos externos, al igual que de nuestra mente y corazón. Debe aceptarse y cumplirse progresivamente una sumisión de nuestras capacidades de trabajo en manos de un Poder mayor que está detrás de nosotros y debe desaparecer nuestro sentido de ser el hacedor y el trabajador. Debe entregarse todo en manos de la Voluntad divina que está oculta por estas apariencias frontales<sup>1</sup>; pues solo mediante esa Voluntad graciosa es posible nuestra acción. Un Poder oculto es el Señor verdadero y el Observador que gobierna nuestros actos y solo él conoce su sentido íntegro y su propósito último, a través de toda la ignorancia, perversión y deformación introducida por el ego. Debe efectuarse una transformación completa de nuestra vida y obras limitadas, distorsionadas y egoístas en una irradiación mayor y directa de una Vida, de una Voluntad y de una Energía mayores y divinas que ahora nos sostienen secretamente. Esta Voluntad y Energía mayores deben tomar consciencia en nosotros y dominar; ya no deben, como ahora, seguir siendo solo una Fuerza superconsciente<sup>2</sup>, elevadora y graciosa. Debe lograrse una no distorsionada transmisión, a través de nosotros, del propósito y del proceso omnisapientes de un Poder omnisciente y de un Conocimiento omnipotente, ahora escondidos, que volcarán toda nuestra naturaleza transmutada en su canal puro, no atascado, felizmente gracioso y participante. Esta consagración y sumisión total y esta íntegra transformación resultante y esta transmisión libre forman el medio fundamental total y el objetivo último de un Karma-Yoga integral.

La consagración de las obras es un elemento necesario en ese cambio hasta para quienes su primer movimiento natural es la consagración, la sumisión y la íntegra transformación resultante de la mente pensante y su conocimiento, o la consagración, la sumisión y la transformación totales del corazón y sus emociones<sup>3</sup>. De otro modo, aunque encuentren a Dios en la otra vida, no podrán realizar a la Divinidad en la vida; la vida será para ellos una inconsecuencia ininteligible y no divina. No será para ellos la verdadera victoria que será la clave del enigma de nuestra existencia terrestre; su amor no será el

<sup>1</sup> Lo que aparece como nuestro “yo” y que oculta nuestra alma divina: nuestra personalidad individual y características particulares de nuestra mente, vital y cuerpo.

<sup>2</sup> Por encima de nuestra consciencia.

<sup>3</sup> La necesidad de recorrer los tres senderos: el del conocimiento, el de la devoción y el de las obras.



amor absoluto que triunfa sobre el yo, su conocimiento no será la consciencia total y el conocimiento omniabarcante. En verdad es posible empezar con el conocimiento o con una emoción dirigida solamente hacia Dios o con ambos juntos, dejando las obras para el movimiento final del Yoga. Pero existe entonces la desventaja de que tendamos a vivir demasiado exclusivamente en lo interior, utilizados en la experiencia subjetiva, enclaustrados en nuestras aisladas partes interiores; nos encontraríamos incrustados en nuestro aislamiento espiritual y después nos resultaría difícil proyectarnos triunfalmente hacia afuera aplicando a la vida nuestros logros de la Naturaleza superior. Cuando nos volvamos para añadir también nuestro reino externo a nuestras conquistas interiores, nos hallaremos demasiado acostumbrados a una actividad puramente subjetiva e inefectiva en el plano material. Habrá una dificultad inmensa en transformar la vida externa y el cuerpo. O hallaremos que nuestra acción no corresponde a la luz interior, la cual aún sigue los viejos senderos acostumbrados y erróneos y aún obedece a las viejas influencias normales e imperfectas; la Verdad dentro de nosotros continúa separada, por un abismo doloroso, del ignorante mecanismo de nuestra naturaleza externa. Esta es una experiencia frecuente, porque, en tal proceso, la Luz y el Poder llega a autocontenerse, rehusando a expresarse en la vida o a usar los medios físicos establecidos para la Tierra y sus procesos. Es como si viviéramos en otro mundo mayor y más sutil y este no tuviese dominio divino, o tuviese, tal vez, escaso dominio de cualquier índole, sobre la existencia material y terrestre.

Pero, aun así, cada cual debe seguir su naturaleza y hay siempre dificultades que han de aceptarse durante un tiempo si tenemos que proseguir nuestro sendero natural del Yoga. Después de todo, el Yoga es, en primer lugar, un cambio de la consciencia y de la naturaleza interiores, y si el equilibrio de nuestras aptitudes es tal que el Yoga debe efectuarse inicialmente con exclusividad, dejando el resto para manejarlo después, debemos aceptar la imperfección aparente del proceso. Sin embargo, la obra ideal de un Yoga integral sería un movimiento, (incluso desde el principio) integral en su proceso y total y multilateral en su progreso. En cualquier caso, nuestra preocupación actual se refiere al Yoga, integral en su objetivo y en su movimiento completo, pero partiendo de las obras y avanzando mediante las obras, aunque, a cada paso, cada vez movido en mayor proporción por un vivificante amor divino y cada vez más iluminado por un auxiliador conocimiento divino.

El máximo evangelio de las obras espirituales dado a la especie, el más perfecto sistema del Karma-Yoga conocido por el ser humano en el pasado, ha de hallarse en el Bhagavad Gita. En ese famoso episodio del Mahabharata se trazan para siempre las grandes líneas básicas del Karma-Yoga con maestría incomparable y con la visión infalible de la segura experiencia. Es verdad que, como lo dijieran los antiguos, no se estructura plenamente el sendero; más bien se sugiere la realización perfecta, el supremo secreto; en lugar de desarrollarse, se mantiene detrás como parte inexpresada de un misterio supremo. Hay razones obvias para esta reserva, porque la realización es, en cualquier caso, un asunto experimental y ninguna enseñanza puede



expresarla. No puede ser descrita de un modo que realmente pueda ser entendido por una mente que no tenga la brillante experiencia transmutadora. Y para el alma que ha pasado los resplandecientes portales y está ante el resplandor de la luz interior, toda descripción mental y verbal es tan pobre como superflua e inadecuada y resulta no pertinente. Todas las consumaciones divinas hemos de figurárnoslas necesariamente dentro de los términos ineptos y engañosos del lenguaje construido para adecuarse a la experiencia normal del ser humano mental; expresadas de ese modo, pueden entenderlas correctamente solo quienes ya conocen y, conociendo, son capaces de dar a estos pobres términos externos un sentido cambiado, interior y transfigurado. Como lo repitieron los Rishis<sup>1</sup> Védicos al principio, las palabras de la sabiduría suprema son expresivas solo para quienes ya son sabios. En su finalidad críptica<sup>2</sup>, el Gita parece contenerse, con su silencio, ante la solución que buscamos; se detiene en los lindes de la suprema mente espiritual y no los cruza hacia los esplendores de la Luz supramental. No obstante, su secreto central es el secreto de la identidad dinámica<sup>3</sup>, y no solo estática<sup>4</sup>, con la Presencia interior, su supremo misterio de sumisión absoluta al Guía Divino, al Señor y Habitante de nuestra naturaleza. Esta sumisión es el medio indispensable del cambio supramental y, además, es a través del cambio supramental que la identidad dinámica se vuelve posible.

¿Cuales son entonces las líneas del Karma-Yoga trazadas por el Gita? Su principio clave, su método espiritual, puede resumirse como la unión de dos estados o poderes máximos y supremos de la consciencia: la igualdad y la unidad. El meollo de su método es una aceptación sin reservas de la Divinidad, tanto en nuestra vida como en nuestro yo interior y espíritu. Una renuncia interior al deseo personal conduce a la igualdad, cumple nuestra total sumisión a la Divinidad, sustenta una liberación del ego divisor, la cual nos lleva a la unidad. Pero esta debe ser una unidad en la fuerza dinámica y no solo en la paz estática o la beatitud inactiva. El Gita nos promete libertad para el espíritu hasta en medio de las obras y las plenas energías de la Naturaleza si aceptamos la sujeción de todo nuestro ser a lo que es superior al ego separador y limitador. Propone una actividad dinámica integral fundada en una quieta pasividad; su secreto es una máxima acción posible basada irrevocablemente en una calma inmóvil, libre expresión de un supremo silencio interior.

Aquí todas las cosas son el único, indivisible, eterno, trascendente y cósmico Brahman que, en su apariencia, está dividido en las cosas y en las criaturas; en apariencia solamente, porque en verdad es siempre único e igual en todas las cosas y criaturas y la división es solamente un fenómeno superficial. En la medida en que vivimos en la apariencia ignorante, somos el ego y estamos sujetos a las modalidades de la Naturaleza. Esclavizados en las

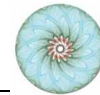
---

<sup>1</sup> Sabios.

<sup>2</sup> Enigmática, hermética.

<sup>3</sup> La identificación y unión con el Divino en la acción y la obra.

<sup>4</sup> La identificación y unión con el Divino en su aspecto silencioso y estático, más allá del universo y su movimiento.



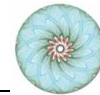
apariencias, atados a las dualidades, lanzados entre el bien y el mal, el pecado y la virtud, el pesar y la dicha, el dolor y el placer, la buena fortuna y el infortunio, el éxito y el fracaso, seguimos desamparadamente el férreo o dorado giro de la rueda de Maya<sup>1</sup>. A lo más tenemos solo la pobre libertad relativa a la que ignorantemente llamamos libre albedrío. Pero, en el fondo, esto es ilusorio, puesto que se trata del modo con que la Naturaleza se expresa a través de nuestra voluntad personal; es la fuerza de la Naturaleza, atrapándonos, no atrapada por nosotros, la que determina qué queremos y como lo queremos. La Naturaleza, no un ego independiente, escoge qué objeto buscaremos, mediante razonada voluntad o irreflexivo impulso, en cualquier momento de nuestra existencia. Si, por el contrario, vivimos en la unificadora realidad de Brahman, entonces trascendemos el ego y sobrepasamos la Naturaleza. Pues entonces volvemos a nuestro verdadero yo y nos convertimos en el espíritu; en el espíritu estamos por encima del impulso de la Naturaleza, superiores a sus modos y fuerzas. Alcanzando una perfecta igualdad en el alma, la mente y el corazón, realizamos nuestro verdadero yo en la unidad -uno con todos los seres, uno también con lo que se expresa en ellos y en todo lo que vemos y experimentamos. Esta igualdad y esta unidad son el doble fundamento necesario que debemos echar para un ser divino, para una consciencia divina, para una acción divina. Sin ser uno con todos, espiritualmente no somos divinos. Sin estar animados igualmente hacia todas las cosas, sucesos y criaturas, no podemos ver espiritualmente, no podemos conocer divinamente, no podemos sentir espiritualmente hacia los demás. El Poder Supremo, el único Eterno e Infinito es igual para todas las cosas y para todos los seres, y porque es igual, puede actuar con absoluta sabiduría de acuerdo con la verdad de sus obras y de su fuerza y de acuerdo con la verdad de cada cosa y de cada criatura.

Asimismo, esta es la única libertad verdadera posible para el ser humano, una libertad que no puede por menos que hacer eclosionar su separatividad mental y convertirse en el alma consciente en la Naturaleza. La única voluntad libre en el mundo es la única Voluntad divina de la cual la Naturaleza es ejecutora, pues ella es ama y creadora de todas las otras voluntades. El libre albedrío humano puede ser real en un sentido, pero, como todas las cosas que pertenecen a los términos de la Naturaleza, es solo relativamente real. La mente cabalga sobre un remolino de fuerzas naturales, intenta el equilibrio entre diversas posibilidades, se inclina a un lado y a otro, se afirma y tiene la sensación de escoger: pero no ve, ni siquiera tiene consciencia de la Fuerza que, desde atrás, ha determinado su elección. No puede verla, porque esa Fuerza es algo total e indeterminado para nuestra visión. A lo más, la mente solo puede distinguir, con aproximación a la claridad y a la precisión, algo de la compleja variedad de los determinantes particulares por los que esta Fuerza estructura sus incalculables propósitos. Parcial como es, la mente cabalga sobre una parte de la máquina, sin consciencia de nueve décimas partes de sus medios motores en el Tiempo y el medio, sin consciencia de su preparación pasada y de la dirección futura; pero porque está sobre la

---

<sup>1</sup> El poder de la Ilusión, la ilusión cósmica.



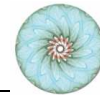


máquina, piensa que la dirige. En un sentido es importante: pues esa clara inclinación de la mente a la que llamamos nuestra voluntad, ese firme establecimiento de la inclinación que se nos presenta como elección deliberada, es uno de los más poderosos determinantes de la Naturaleza; pero nunca es independiente ni única. Detrás de esta pequeña acción instrumental de la voluntad humana hay algo vasto, poderoso y eterno que supervisa la tendencia a la inclinación y presiona sobre el giro de la voluntad. En la Naturaleza hay una Verdad total mayor que nuestra elección individual. Y en esta Verdad total, o incluso más allá o detrás de ella, hay algo que determina todos los resultados; su presencia y su conocimiento secreto mantienen firmemente, en el proceso de la Naturaleza, una percepción dinámica y casi automática de las relaciones correctas, de las necesidades variables o persistentes, de los pasos inevitables del movimiento. Hay una Voluntad divina secreta, eterna e infinita, omnisciente y omnipotente, que se expresa en la universalidad y en cada particularidad de todas estas cosas aparentemente temporales y finitas, inconscientes o semiconscientes. Este es el Poder o la Presencia señalados por el Gita cuando habla del Señor dentro del corazón de todas las existencias que hace girar a todas las criaturas como si estuviesen montadas sobre una máquina por la ilusión de la Naturaleza.

Esta Voluntad divina no es un Poder o una Presencia ajena; para nosotros es algo íntimo y somos parte de ello, pues es nuestro propio Yo supremo el que lo posee y sostiene. Únicamente, nuestra voluntad mental no es consciente; frecuentemente aquella rechaza bastante lo que nuestra voluntad consciente acepta y acepta lo que nuestra voluntad consciente rechaza. Pues mientras este Uno secreto conoce a todos en su totalidad y detalle, nuestra mente superficial solo conoce una pequeña parte de las cosas. Nuestra voluntad está consciente en la mente, y lo que conoce solo lo conoce por el pensamiento; la Voluntad divina para nosotros es superconsciente porque en su esencia es supramental y conoce todo porque es todo. Nuestro Yo supremo que posee y sostiene este Poder universal no es nuestro yo-ego, no es nuestra Naturaleza personal; es algo trascendente y universal de lo cual estas cosas más pequeñas son solo superficie espumosa y fluyente. Si sometemos a nuestra voluntad consciente y le permitimos unirse a la voluntad del Eterno, entonces (y solo entonces) lograremos una verdadera libertad; al vivir en la libertad divina, no nos adheriremos más a esta voluntad encadenada que llamamos libre, a una libertad-marioneta ignorante, ilusoria, relativa, atada al error por sus propios motivos vitales y por sus figuras mentales inadecuadas.

Nuestra consciencia ha de captar con firmeza una distinción, la distinción capital entre la Naturaleza mecánica y el libre Señor de la Naturaleza, entre el Ishwara o Voluntad simple, divina y luminosa, y los muchos modos y fuerzas ejecutivas del universo.

La naturaleza -no como ella es en su Verdad divina, el Poder consciente del Eterno, sino como se nos aparece en la Ignorancia-, es la Fuerza ejecutiva, mecánica en sus pasos, no conscientemente inteligente para nuestras experiencias acerca de ella, aunque todas sus obras están imbuidas de una



*Sri Aurobindo*

inteligencia absoluta. Aunque en sí misma no es dueña, está llena de un Poder<sup>1</sup> autoconsciente, que tiene dominio infinito y, debido a este Poder que la gobierna, ella rige todo y cumple con exactitud la obra encomendada a ella por el Ishwara. No disfrutando sino disfrutada, lleva en sí el peso de todos sus goces. La Naturaleza como Prakriti<sup>2</sup> es una Fuerza inertemente activa -pues estructura un movimiento impuesto en ella; pero dentro de ella el Uno es el que conoce-; alguna Entidad se aposenta allí y está al tanto de todo su movimiento y proceso; Prakriti trabaja conteniendo el conocimiento, el dominio, el deleite del Purusha, el Ser asociado con ella o aposentado dentro de ella; pero ella puede participar en ellos solo mediante sujeción y reflexión de aquello que la llena. Purusha conoce y está quieto e inactivo; él contiene la acción de Prakriti dentro de su consciencia y conocimiento, y la disfruta. Él aprueba las obras de Prakriti y ella estructura lo aprobado por él, para su goce. Purusha mismo no ejecuta; mantiene a Prakriti en su acción y le permite expresar en la energía, en el proceso y en el resultado manifestado, lo que él percibe en su conocimiento. Esta es la distinción efectuada por los Sankhyas<sup>3</sup>; y aunque no se trata de toda la verdad cierta, y de ningún modo de la verdad suprema de Purusha ni de Prakriti, sin embargo es un conocimiento práctico, válido e indispensable en el hemisferio inferior de la existencia.

El alma individual o el ser consciente en cierta forma puede identificarse con este Purusha experimentador o con esta Prakriti activa. Si se identifica con Prakriti, no es dueña, disfrutadora ni concedora, sino que refleja los modos y obras de Prakriti. Mediante su identificación entra en esa sujeción y en esa obra mecánica que es característica de ella. E incluso, mediante una entera inmersión en Prakriti, esta alma se vuelve inconsciente o subconsciente, dormida en sus formas, como lo está en la tierra y el metal, o casi dormida como en la vida vegetal. Allí, en esa inconsciencia, está sujeta a la dominación de *tamas*, el principio, el poder, el modo cualitativo de la oscuridad y la inercia; *sattwa* y *rajas* están allí, pero ocultos en la espesa cobertura de *tamas*<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** Este Poder es la consciente Shakti divina del Ishwara, la Madre trascendente y universal.

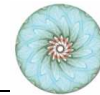
<sup>2</sup> Prakriti: Naturaleza; Purusha: Espíritu

<sup>3</sup> La doctrina *sankhya* es una de las doctrinas clásicas del hinduismo. Un sistema de filosofía y de práctica espiritual fundado en un análisis particularizado de la naturaleza y de la consciencia: *Purusha y Prakriti*. *Samkhya* en sánscrito significa literalmente ‘enumeración, recuento, discriminación, clasificación’ Biblio.:TOLA, Fernando, y Carmen DRAGONETI: *Filosofía de la India. Del Veda al Vedanta. El sistema Samkhya*. Sabiduría Perenne. Barcelona: Editorial Kairós, 2008

<sup>4</sup> Las tres cualidades básicas de la naturaleza: *tamas* o la inercia, la oscuridad, la ignorancia...; *rajas* o la acción, la pasión, el deseo... y *sattwa* o la luz y la armonía.

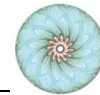
Hemos encontrado una analogía explicativa que exponemos: Tradicionalmente los yoguis explican las *gunas* de la siguiente manera: las tres *gunas* son como tres ladrones que asaltan a un ser humano en el bosque. *Tamas* (la ignorancia) quiere matarlo, *rajas* (la pasión y el deseo) convence a *tamas* para que simplemente lo robe y lo deje atado. *Sattwa* (la virtud) aparece al cabo de un tiempo y desata al ser humano, lo guía por el bosque, le enseña el camino de vuelta a su casa, y seguidamente se marcha, pues *sattwa* -al ser también un ladrón- teme que la policía (Dios) lo atrape.

*Tamas* desea destruir al ser humano, *rajas* lo ata al mundo (y sus cosas materiales e ilusorias), robándole las espirituales, mientras que *sattwa* le indica el camino hacia la libertad y liberación. De aquí que *tamas* debe ser superado por *rajas* y esta por *sattwa*, para que también esta, finalmente, sea superada para alcanzar la libertad total, pues “la Verdad [la policía] está por encima de las tres *gunas*”. No existe nada que esté libre de la influencia de estos tres poderes de la naturaleza: las *gunas*.



Emergiendo en su propia naturaleza de la inconsciencia pero todavía no verdaderamente consciente, porque hay aún una dominación demasiado grande de *tamas* en la naturaleza, el ser corporizado queda cada vez más sujeto a *rajas*, el principio, el poder, el modo cualitativo de la acción y pasión impulsadas por el deseo y el instinto. Entonces se forma y desarrolla allí la naturaleza animal, estrecha en la consciencia, rudimentaria en la inteligencia, rajo-tamásica en el hábito e impulso vitales. Emergiendo más allá de la gran Inconsciencia hacia un estado espiritual, el ser corporizado libera a *sattwa*, el modo de la luz, y adquiere relativa libertad, dominio y conocimiento, y con ello un sentido cualificado y condicionado de satisfacción y Felicidad interiores. El ser humano, el ser mental en un cuerpo físico, tendría que ser, aunque no lo es excepto en unos pocos entre esta multitud de cuerpos animizados, de esta naturaleza. Ordinariamente tiene en sí demasiada oscura inercia terrena y fuerza vital animal, ignorante y perturbada, como para ser un alma luminosa y bienaventurada o una mente de voluntad y conocimiento armónicos. Aquí, en el ser humano, hay una ascensión incompleta y, aun así, obstaculizada y frustrada con respecto al carácter verdadero del *Purusha* libre, amo, conecedor y disfrutador. Pues estos son modos relativos de la experiencia humana y terrena y ninguno da su fruto único y absoluto; todos están entremezclados uno con otro y nunca sucede la acción pura de uno de ellos. Es su interacción confusa e inconstante la que determina las experiencias de la naturaleza humana egoísta que oscila en un incierto equilibrio de la Naturaleza.

El signo de la inmersión del alma corporizada en *Prakriti* es la limitación de la consciencia hacia el ego. El vívido sello de esta consciencia limitada puede verse en una constante desigualdad de la mente y del corazón y en un confuso conflicto y desarmonía en sus variadas reacciones ante los contactos de la experiencia. Las reacciones humanas oscilan perpetuamente entre las dualidades creadas por la sujeción del alma a la Naturaleza y por su lucha, a menudo intensa pero limitada, por el dominio y el disfrute de ella, que resulta una lucha inefectiva para la mayoría. El alma gira en un giro interminable de seductores y desmoralizantes opuestos de la Naturaleza: éxito y fracaso, buena fortuna e infortunio, bien y mal, pecado y virtud, dicha y pesar, dolor y placer. Solo cuando, al despertar de su inmersión en *Prakriti*, percibe su unidad con el Uno y su unidad con todas las existencias, puede liberarse de estas cosas y descubrir su relación correcta con esta ejecutiva Naturaleza mundana. Entonces se vuelve indiferente para con sus modos inferiores, ecuánime en cuanto a sus dualidades, capaz de dominio y libertad; se aposenta por encima de ella como el altamente entronizado conecedor y testigo pleno del calmo, puro e intenso deleite de su propia existencia eterna. El espíritu encarnado continúa expresando sus poderes en la acción, pero ya no está envuelto en la ignorancia, no está ya atado por sus obras; sus acciones no tienen ya consecuencia dentro de él, sino solo una consecuencia fuera, en *Prakriti*. Todo el movimiento de la Naturaleza se convierte para su experiencia en un surgimiento y caída de olas en la superficie que no produce diferencias en su



paz insondable, en su amplio deleite, en su vasta igualdad universal, ni en su ilimitada existencia divina<sup>1</sup>.

Estas son las condiciones de nuestro esfuerzo y apuntan a un ideal que puede expresarse en estas o equivalentes fórmulas. Vivir en Dios y no en el ego; moverse ampliamente establecido no en la pequeña conciencia egoísta, sino en la consciencia del Todo-Alma y del Trascendente. Ser perfectamente igual en todos los sucesos y en todos los seres, y verlos y sentirlos como uno solo con uno mismo y uno solo con la Divinidad; sentir todo en uno mismo y todo en Dios; sentir a Dios en todo y sentirse uno mismo en todo.

Actuar en Dios y no en el ego. Y aquí, primero, no elegir la acción por referencia a necesidades y normas personales, sino obedeciendo los dictados de la suprema Verdad viviente que está por encima de nosotros. Luego, tan pronto como estemos suficientemente fundados en la consciencia espiritual, no actuar ya más mediante nuestra voluntad o movimiento separados, sino permitir cada vez más que la acción se produzca y desarrolle bajo el impulso y la guía de una Voluntad divina que nos sobrepasa. Y por último, el resultado supremo: ser elevado a una identidad con la Divina Shakti<sup>2</sup> en el conocimiento, la fuerza, la consciencia, la acción y la dicha de la existencia; sentir un movimiento dinámico, no dominado por deseo mortal ni por el instinto vital ni por el impulso e ilusorio libre albedrío mental, sino concebido y evolucionado luminosamente en un autodeleite inmortal y un autoconocimiento infinito. Pues esta es la acción que llega mediante una sujeción consciente y una fusión del ser humano natural con el Yo divino y con el Espíritu eterno; es el Espíritu quien trasciende y guía por siempre esta Naturaleza del mundo.

¿Pero, por qué pasos prácticos de autodisciplina podemos llegar a esta consumación?

La clave para la consumación que deseamos es, claramente, la eliminación de toda actividad egoísta y de su fundamento, la consciencia egoísta. Y puesto que en el sendero de las obras la acción es el nudo que hemos de aflojar en primer lugar, debemos esforzarnos por aflojarlo en su atadura central, en el deseo y en el ego; pues de lo contrario cortaremos solo sus desperdigadas trayectorias y no el centro de nuestra esclavitud. Estos son los dos nudos de nuestra sujeción a esta Naturaleza ignorante y dividida: el deseo y el ego-sentido. Y de estos dos, el deseo tiene su hogar natal en las emociones, sensaciones e instintos, y desde allí afecta al pensamiento y la voluntad; el ego-sentido vive ciertamente en estos movimientos, pero también echa sus profundas raíces en la mente pensante y en su voluntad, y es allí

---

<sup>1</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** Para el Karma Yoga no resulta indispensable aceptar implícitamente toda la filosofía del Gita. Podemos considerarlo, si gustamos, como una afirmación de la experiencia psicológica útil como base práctica del Yoga; aquí es enteramente válido y en total consonancia con una experiencia elevada y amplia. Por esta razón juzgué oportuno declararlo aquí, en la medida de lo posible, en el lenguaje del pensamiento moderno, omitiendo todo lo que pertenece a la metafísica más bien que a la psicología.

<sup>2</sup> El Poder divino, la Fuerza consciente y ejecutiva del Divino.

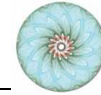


donde se vuelve plenamente autoconsciente. Estos son los oscuros poderes gemelos de la mundial Ignorancia obsesiva que hemos de iluminar y eliminar.

En el campo de la acción el deseo toma muchas formas, pero la más poderosa de todas es el anhelo del yo vital o la búsqueda del fruto de nuestras obras. El fruto que codiciamos puede ser una recompensa de goce interno; puede ser el cumplimiento de alguna idea preferida o de un deseo acariciado o la satisfacción de las emociones egoístas, o el orgullo de haber logrado nuestras supremas esperanzas y ambiciones. O puede ser una recompensa externa, una recompensa enteramente material, riqueza, posición, honor, victoria, buena fortuna o cualquier otra realización del deseo vital o físico. Pero todas, de modo similar, son apetencias por las que el egoísmo nos domina. Estas satisfacciones siempre nos engañan con el sentido de dominio y la idea de libertad, mientras que, en realidad, estamos constreñidos, guiados, manejados o azotados por alguna figura densa o sutil, noble o innoble, del ciego Deseo que maneja al mundo. Por lo tanto, la primera regla de acción trazada por el Gita es hacer lo que se ha de hacer sin desear el fruto para nada, *niskáma karma*.

¡Aparentemente una simple regla y sin embargo qué difícil de llevar adelante algo de esa índole con sinceridad absoluta y liberadora integridad! En la mayor parte de nuestra acción usamos muy poco este principio, si es que lo hacemos, y principalmente como una especie de contrapeso al principio normal del deseo y para mitigar la acción extrema de ese impulso tiránico. A lo más, estamos satisfechos si llegamos a un egoísmo modificado y disciplinado, no demasiado chocante para nuestro sentido moral, no demasiado brutalmente ofensivo para los demás. Y damos diversos nombres y formas a nuestra autodisciplina parcial; por la práctica nos habituamos al sentido del deber, a una firme fidelidad al principio, a una fortaleza estoica, o a una resignación religiosa, una quieta o estética sumisión a la voluntad divina. Pero el Gita no se refiere a estas cosas, aunque en su sitio resulten útiles; apunta a algo absoluto, no mitigado, no de compromiso, sino a un giro, a una actitud que cambie el equilibrio total del alma. Tampoco el control del impulso vital de la mente es su norma, sino la fuerte inmovilidad de un espíritu inmortal.

La prueba que plantea es una igualdad absoluta de la mente y del corazón con todos los resultados, con todas las reacciones, con todos los sucesos. Si la buena fortuna y el infortunio, si el respeto y el insulto, si la reputación y la detracción, si el suceso placentero y el suceso doloroso nos deja no solo inmovidos sino también intactos, libres de emociones, libres de reacciones nerviosas, libres en la visión mental sin responder con la mínima perturbación o vibración en cualquier sitio de la naturaleza, entonces poseemos la liberación absoluta que nos señala el Gita, mas no de otro modo. La ínfima reacción es prueba de que la disciplina es imperfecta y de que una parte nuestra acepta la ignorancia y la esclavitud como su ley, apegándose aún a la vieja naturaleza. Nuestra autoconquista se cumple solo parcialmente; es aún imperfecta o irreal en algún trecho, en alguna parte o minúsculo lugar del fundamento de nuestra



naturaleza. ¡Y ese pequeño guijarro de imperfección puede echar abajo todo el logro del Yoga!

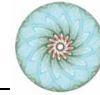
Hay ciertas semejanzas de un espíritu equilibrado que no deben confundirse con la igualdad espiritual profunda y vasta que enseña el Gita. Hay una igualdad de contrariada resignación, una igualdad de orgullo, una igualdad de rigor e indiferencia: todas estas son egoístas en su naturaleza. Llegan inevitablemente en el curso de la sadhana, pero deben rechazarse o transformarse en verdadera quietud. Está también, en un nivel superior, la igualdad del estoico, la igualdad de la resignación devota o el desapego del sabio, la igualdad de un alma aislada del mundo e indiferente a sus obras. Estas son también insuficientes; pueden ser al principio aproximaciones, pero, a lo más, son solo primeras fases del alma o preparaciones mentales imperfectas para nuestro ingreso en la unidad verdadera, absoluta, autoexistente, amplia e igual del espíritu.

Pues es verdad que no puede llegarse a tan gran resultado de inmediato y sin etapas previas. Primero tenemos que aprender a soportar los choques del mundo, con la parte central de nuestro ser intacto y silencioso, incluso cuando la mente, corazón y vida superficiales resultan sacudidos con violencia; inmovidos en el fundamento de nuestra vida, debemos separar al alma que mira detrás<sup>1</sup> o está profunda en lo interior e inmune frente a estas obras externas de nuestra naturaleza. Después, al extender a sus instrumentos<sup>2</sup> esta calma y firmeza del alma separada, será posible irradiar, lentamente, paz desde el centro luminoso hacia las periferias más oscuras. En este proceso podemos tener la ayuda pasajera de muchas fases menores; cierto estoicismo, cierta calma filosófica, cierta exaltación religiosa pueden ayudarnos para aproximarnos a nuestro objetivo, o podemos reclamar poderes -menos fuertes y elevados pero, con todo, útiles-, de nuestra naturaleza mental. Al fin debemos descartarlos o transformarlos llegando, en su lugar, a una íntegra igualdad, a una perfecta paz interior preexistente e incluso, si podemos, a un deleite total inatacable, autoequilibrado y espontáneo en todos nuestros miembros.

¿Pero cómo continuaremos actuando entonces? Pues ordinariamente el ser humano actúa porque tiene un deseo o siente un anhelo o necesidad mental, vital o física; es regido por las necesidades corporales, por el afán de riqueza, honor o fama, o por un anhelo de satisfacciones personales de la mente o del corazón o por un anhelo de poder o placer. O es atrapado y sacudido por una necesidad moral o, al menos, por la necesidad o el deseo de hacer que prevalezcan en el mundo sus ideas o ideales o su voluntad, su partido, su país o sus dioses. Si ninguno de estos deseos ni ningún otro debe ser el resorte de nuestra acción, parecería como si todo poder incentivo o motor se hubiese eliminado y debiera cesar necesariamente la acción misma. El Gita replica con su tercer gran secreto de la vida divina. Toda acción debe realizarse en una consciencia cada vez más orientada hacia Dios y finalmente poseída por él; nuestras obras deben ser un sacrificio a la Divinidad y, al fin,

<sup>1</sup> El Testigo como facultad del alma.

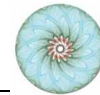
<sup>2</sup> Nuestro ser exterior: mente, vital y cuerpo.



*Sri Aurobindo*

una sumisión de todo nuestro ser, -mente, voluntad, corazón, sentido, vida y cuerpo- al Uno; debe convertir el amor divino y el servicio divino en nuestro único motivo. Esta transformación de la fuerza motora y del carácter mismo de las obras es ciertamente su idea maestra; es el fundamento de su única síntesis de las obras, del amor y del conocimiento. Al final no queda deseo, sino la voluntad conscientemente sentida del Eterno como único rector de nuestra acción y único originador de su iniciativa.

Igualdad, renuncia a todo deseo en cuanto al fruto de nuestras obras, acción efectuada como sacrificio al Señor supremo de nuestra naturaleza y de toda la naturaleza, estas son las primeras aproximaciones hacia Dios en el método del Karma-Yoga del Gita.



## Capítulo IV

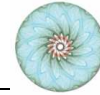
### EL SACRIFICIO, EL SENDERO TRIUNO Y EL SEÑOR DEL SACRIFICIO

La ley del sacrificio<sup>1</sup> es la acción divina general, proyectada en el mundo desde su inicio, como símbolo de la solidaridad del universo. Mediante la atracción de esta ley desciende un poder divinizador y salvador para limitar, corregir y eliminar gradualmente los errores de una creación egoísta y autodividida. Este descenso, este sacrificio del Purusha, el Alma Divina que se somete a la Fuerza y a la Materia de modo que puede informarlas e iluminarlas, es la semilla de la redención de este mundo de la Inconsciencia y la Ignorancia. Pues “con el sacrificio por compañía”, dice el Gita, “el Todo-Padre creó estos pueblos”. La aceptación de la ley del sacrificio es un reconocimiento práctico por parte del ego en el sentido de que en el mundo no existe él solo, ni es el principal. Su aceptación, hasta en esta muy fragmentada existencia, está más allá del ego, ya que detrás de él no está su propia persona egoísta, sino algo mayor y más completo, un Todo divino que exige del ego subordinación y servicio. En verdad, el sacrificio es impuesto y, donde es necesario, es obligado por la Fuerza del Mundo universal; lo reclama, inevitablemente, incluso a quienes conscientemente ni siquiera reconocen la ley, porque esta es la naturaleza intrínseca de las cosas. Nuestra ignorancia o nuestro falso criterio egoísta de la vida no puede apreciar, en manera alguna, esta verdad fundamental de la Naturaleza. Pues esta es la verdad de la Naturaleza; este ego que se juzga ser separado e independiente y exige vivir para sí, no es ni puede ser separado ni independiente, ni puede vivir para sí aunque quisiera, dado que todos están ligados por una Unidad secreta. Cada existencia se desprende continuamente de sus pertenencias; tanto de la que recibe mentalmente de la Naturaleza como de sus inversiones, adquisiciones y propiedades vitales y físicas, de todas ellas fluye una corriente hacia todo lo que rodea nuestra existencia. Y siempre recibe nuevamente algo de su medio en devolución por su tributo voluntario o involuntario. Pues solo a través de este dar y recibir se realiza su propia evolución ayudando, al mismo tiempo, a la suma de las cosas. Al fin, aunque al principio lenta y parcialmente, aprendemos a efectuar este sacrificio consciente; al fin nos alborozamos al entregarnos junto con lo que consideramos propiedad nuestra, con un espíritu de amor y devoción, a Eso que por el momento parece diferente de nosotros y en verdad es distinto de nuestras personalidades limitadas. El sacrificio y la retribución divina por nuestro sacrificio se convierten ahora en un medio amablemente aceptado en pro de nuestra perfección última; pues ahora el sacrificio se reconoce como la ruta hacia el cumplimiento en nosotros de la finalidad divina.

---

<sup>1</sup> La ley del sacrificio en su aspecto *descendente* es la ley del sacrificio Divino que se autolimita en la materia sin limitarse, que se autolimita en el espacio y el tiempo sin dejar de ser Infinito y Eterno. A esta ley descendente corresponderá la ley *ascendente* del sacrificio del ser humano hacia el Divino, en cuyo altar deberá inmolar su ego y todo cuanto impida esta evolución ascendente hacia la unión con Él.



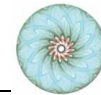


*Sri Aurobindo*

Pero, más a menudo, el sacrificio se efectúa inconsciente y egoístamente, sin el conocimiento ni la aceptación del verdadero significado del gran rito del mundo. De ese modo procede la amplia mayoría de las criaturas del mundo; y cuando se obra así, el individuo saca solo un mínimo mecánico de beneficio natural e inevitable, alcanzando con eso solo un progreso lento y doloroso, limitado y torturado por la pequeñez y el sufrimiento del ego. Solo cuando el corazón, la voluntad y la mente del conocimiento se asocian con la ley y la siguen con gusto, puede producirse una dicha profunda y una fructificación feliz del sacrificio divino. El conocimiento mental de la ley y el contento afectivo culminan con la percepción de que nos entregamos a nuestro propio Yo y Espíritu y al único Yo y Espíritu de todos. Y esto es verdad hasta cuando nuestra autoofrenda se dirige a nuestros semejantes o a Poderes y Principios inferiores y no al Supremo. "Queremos a la mujer", dice Yajnavalkya en el Upanishad, "no por la mujer, sino por el Yo". En el sentido inferior del yo individual este es el difícil hecho escondido detrás de las coloridas y apasionadas declaraciones egoístas de amor; mas en un sentido superior es también la significación interior de ese amor que no es egoísta sino divino. Todo amor verdadero y todo sacrificio son, en su esencia, una contradicción de la Naturaleza para con el egoísmo primario y su error separativo; es su intento de volver a una unidad, recuperada desde una primera fragmentación necesaria. Toda unidad entre las criaturas es, en su esencia, un autoencuentro, una fusión con aquello de lo que estábamos separados y un descubrimiento del propio yo en los demás.

Pero solo un amor y unidad divinos pueden poseer en la luz lo que las formas humanas de estas cosas buscan en la oscuridad. Pues la verdadera unidad no es meramente una asociación y aglomeración como la de las células físicas, unidas por una vida de intereses comunes; tampoco es entendimiento emotivo, simpatía, solidaridad ni estrecha aproximación. Entonces solo estamos realmente unificados con los que se hallan separados de nosotros por las divisiones de la Naturaleza, cuando anulamos la división y nos descubrimos en lo que nos parecía ajeno a nosotros. La asociación es una unidad vital y física; su sacrificio es de ayuda y de concesiones mutuas. La proximidad, la simpatía y la solidaridad crean una unidad mental, moral y emocional; les corresponde un sacrificio de mutuo apoyo y de mutuas gratificaciones. Pero la verdadera unidad es espiritual; su sacrificio es una autoentrega mutua, una interfusión de nuestra sustancia interior. La ley del sacrificio viaja en la Naturaleza hacia su culminación en la autoentrega completa y sin reservas; despierta en el dador y en el objeto del sacrificio la consciencia de un yo común. Esta culminación del sacrificio es la cima del amor y devoción humanos cuando procuran convertirse en divinos; pues también allí la cima más excelsa del amor se proyecta en un cielo de autoentrega completa y mutua, y su cúspide es la arrobada fusión de dos almas en una.

Esta idea más honda de la ley mundial está en el núcleo de la doctrina que el Gita da sobre las obras; el núcleo de su doctrina es una unión espiritual con el Supremo mediante el sacrificio, una autoentrega sin reservas al Eterno. La concepción vulgar del sacrificio es un acto de dolorosa autoinmolación, de



austera mortificación, de autoanulación difícil: este género de sacrificio puede llegar incluso hasta la automutilación y la autotortura. Estas cosas pueden ser temporalmente necesarias en el duro esfuerzo humano por superar el yo natural; si el egoísmo es violento y obstinado, a veces ha de encontrar como respuesta una fuerte represión interna y una violencia que lo contrabalancee. Pero el Gita no anima ninguna clase de abuso de violencia sobre uno mismo; pues el yo interior es realmente la Deidad que evoluciona, es Krishna, es la Divinidad; no ha de ser perturbado ni torturado como los Titanes<sup>1</sup> del mundo lo perturban y torturan, sino crecientemente fomentado, apreciado, abierto luminosamente a una Luz, a una fortaleza, a una dicha y a una amplitud divinas. No es al propio yo sino a la banda de enemigos interiores del espíritu a los que tenemos que desanimar, desalojar, eliminar sobre el altar de la evolución espiritual; éstos pueden ser extirpados sin miramientos; sus nombres son: deseo, ira, no ecuanimidad, codicia y apego a los goces y a los dolores externos; son la cohorte de demonios usurpadores causantes de los errores y sufrimientos del alma. Han de considerarse, no como parte nuestra, sino como intrusos y pervertidores de la naturaleza real y más divina de nuestro yo; han de ser sacrificados en el más severo sentido de la palabra, cualquiera que sea el dolor que, por reflejo, puedan lanzar sobre la consciencia de quien busca la perfección.

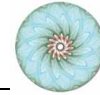
Pero la verdadera esencia del sacrificio no es la autoinmolación, es la autoentrega; su objeto no es la autoeliminación, sino la autorrealización; su método no es la automortificación, sino una vida mayor; no es una automutilación sino una transformación de nuestras partes humanas naturales en miembros divinos; no es una autotortura, sino un pasaje de una satisfacción inferior a un Ananda mayor. Para una parte inmadura o turbia de la naturaleza superficial hay solo una cosa dolorosa al comienzo que es la disciplina que se exige indispensablemente, la necesaria negación para la liquidación del ego incompleto; mas para eso puede haber una rápida y enorme compensación en el descubrimiento de un completamiento real, mayor y último, en los demás, en

---

<sup>1</sup> Demonios o gigantes del mal que se oponen a las potencias de la Luz. (Glosario de Términos sánscritos. Fundación Centro Sri aurobindo-Barcelona).

El progreso furioso del gigante y *el Titán* asciende para usurpar el reino de los dioses o merodea las magnitudes demoníacas del infierno; En la pasión irreflexiva de sus corazones estrellan sus vidas contra la ley eterna y caen y se destrozan por su propia masa violenta; El camino de en medio está hecho para el hombre que piensa. Escoger sus pasos por la luz vigilante de la razón, elegir su camino entre los muchos caminos, le es dado a cada uno su difícil meta modelada de posibilidades infinitas.  
(Sri Aurobindo: Savitri, VI-I)

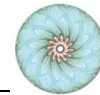
Los Anarquistas de los abismos informes se alzaron,  
grandes seres *Titánicos* y poderes demoníacos,  
egos vastos como el mundo torturados por el deseo, el pensamiento y la voluntad,  
mentes y vidas inmensas sin un espíritu adentro;  
impacientes arquitectos del templo del error,  
líderes de la agitación y la ignorancia cósmicas  
y sponsors del dolor y la mortalidad  
encarnaban las tenebrosas Ideas del Abismo.  
Sri Aurobindo (Savitri II-VIII)



todas las cosas, en la unidad cósmica, en la libertad del Yo y Espíritu trascendentales, en el arrobamiento del contacto de la Divinidad. Nuestro sacrificio no es una entrega sin devolución alguna, ni una aceptación de la otra parte esperando frutos; es un intercambio entre el alma encarnada y la Naturaleza consciente en nosotros y el Espíritu eterno. Pues aunque no se exige devolución, en nosotros existe un conocimiento profundo de que es inevitable una maravillosa devolución. El alma sabe que no se entrega a Dios en vano; sin reclamar nada, recibe, con todo, la riqueza infinita del Poder y de la Presencia divinos.

Por último, ha de considerarse el receptor del sacrificio y el modo del sacrificio. El sacrificio puede ofrecerse a los demás o a los Poderes divinos; puede ofrecerse al Todo cósmico o al supremo Trascendente. El culto tributado puede asumir cualquier forma, desde la consagración de una hoja o una flor, un vaso de agua, un puñado de arroz, una rebanada de pan, hasta la de todo lo que poseemos y la sumisión de todo lo que somos. Cualquiera que sea el receptor, cualquiera que sea el don, es el Supremo, el Eterno en las cosas, quien lo recibe y acepta, aunque sea rechazado o ignorado por el receptor inmediato. Pues el Supremo que trasciende al universo, está también aquí, aunque velado, en nosotros, en el mundo y en sus sucesos y está allí como Testigo y Receptor omnisciente de todas nuestras obras y como su Maestro secreto. Todas nuestras acciones, todos nuestros esfuerzos, incluso nuestros pecados, tropiezos, sufrimientos y luchas, los conocemos oscura o conscientemente, o los vemos bajo un disfraz y no los conocemos, pero son gobernados, en última instancia, por el Uno. Todo se vuelve hacia él en sus innumerables formas y es ofrecido, mediante ellas, a la Omnipresencia única. Tal como sea la forma y el espíritu con que nos aproximemos a él, de esa forma y con ese espíritu recibe el sacrificio.

Asimismo, el fruto del sacrificio de las obras varía de acuerdo con la obra, de acuerdo con la intención en la obra y de acuerdo con el espíritu que está detrás de la intención. El único sacrificio enteramente aceptable es una última, suprema y suma autoentrega, es esa sumisión -afrentada con devoción y conocimiento, libremente y sin reservas- al Uno que es, a la vez, nuestro Yo inmanente, el circundante Todo constitutivo, la Realidad suprema, la Trascendencia inmanente más allá de esta o de cualquier manifestación y, secretamente, todas las manifestaciones juntas, ocultas por doquier. Pues Dios también se entrega totalmente al alma que se le entrega. Solo quien ofrenda su naturaleza toda, halla al Yo. Solo quien puede darlo todo, disfruta por doquier al Todo Divino. Solo un supremo autoabandono alcanza al Supremo. Solo la sublimación mediante el sacrificio de todo cuanto somos puede capacitarnos para encarnar al Supremo y vivir allí en la consciencia inmanente del Espíritu trascendente. Todos los demás sacrificios son parciales, egoístas, mixtos, temporales e incompletos, incluso los ofrecidos a los Poderes y a los Principios supremos mantienen este carácter: el resultado también es parcial, limitado, temporal, mixto en sus reacciones, solo efectivo para una finalidad menor o intermedia.



En pocas palabras, esto es lo que se nos exige: volcar toda nuestra vida hacia un sacrificio consciente. Todo instante y todo movimiento de nuestro ser ha de resolverse en una autoentrega continua y consagrada al Eterno. Todas nuestras acciones, tanto las más insignificantes, ordinarias y triviales como las máximas, más nobles y fuera de lo común, deben cumplirse como actos consagrados. Nuestra naturaleza individualizada debe vivir en una consciencia única de un movimiento interior y exterior consagrado a Algo que está más allá de nosotros y que es mayor que nuestro ego. No importa cuál sea la ofrenda y a quién es ofrecida, porque ha de haber en el acto una consciencia de que lo ofrendamos a un Ser divino en todos los seres. Nuestras acciones materiales más comunes y burdas deben asumir ese carácter sublimado: cuando comemos, hemos de tomar consciencia de que ofrecemos nuestro alimento a esa Presencia que está en nosotros; debe ser una ofrenda sagrada en un templo y debe desaparecer en nosotros el sentido de una mera necesidad o autosatisfacción física. En cualquier gran esfuerzo, en cualquier disciplina elevada, en cualquier dificultad o empresa noble, ya sea que la hagamos por nosotros, por los demás o por la especie, no será ya posible que nos detengamos ante la idea de especie, de nosotros o de los demás. Lo que hacemos debe ofrecerse conscientemente como sacrificio de las obras, no a estas cosas, sino, a través de ellas o directamente, a la Deidad Única; el Habitante Divino oculto por estas figuras no debe ya estar escondido, sino siempre presente en nuestra alma, en nuestra mente y en nuestro sentido. Las obras y los resultados de nuestros actos deben ponerse en manos del Uno con la convicción de que esa Presencia es el Infinito y el Más Alto, por quien únicamente nuestro esfuerzo y aspiración son posibles. Pues todo tiene lugar en su ser; la Naturaleza saca de nosotros nuestro esfuerzo y aspiración para él ofreciéndolo en su altar. Hasta en aquellas cosas en las que la Naturaleza resulta ser claramente la que trabaja y nosotros solo testigos de su obra y sus receptores y sostenedores, ha de haber la misma memoria constante y consciencia insistente de una obra y de su divino Maestro. Nuestra inspiración y respiración, los latidos mismos de nuestro corazón, pueden y deben tomar consciencia en nosotros como el ritmo viviente del sacrificio universal.

Es claro que una concepción de este género y su práctica efectiva deben llevar consigo tres resultados que son de central importancia para nuestro ideal espiritual. Es evidente, para empezar, que, aunque tal disciplina se inicie sin devoción, lleva directa e inevitablemente hacia la suprema devoción posible; pues debe ahondar, de manera natural, en la más completa adoración imaginable, en el más profundo amor divino. Se suma a ello un creciente sentido de la Divinidad en todas las cosas, una honda comunión con la Divinidad en todo nuestro pensamiento, voluntad y acción, y en todo momento de nuestras vidas, una consagración cada vez más impulsada por la totalidad de nuestro ser hacia la Divinidad. En tal caso, las implicaciones del Yoga de las obras corresponden también a la esencia misma de una Bhakti<sup>1</sup> integral y absoluta. Quien busca la perfección y las vive en la práctica continuamente, realiza en sí mismo una representación constante, activa y efectiva, del espíritu

---

<sup>1</sup> Devoción.



*Sri Aurobindo*

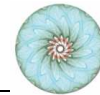
mismo de la autodevoción, y es inevitable que de allí surja la más absorta adoración al Supremo a quien se ofrece este servicio. En quien trabaja consagradamente crece el amor absorbente hacia la Presencia Divina con la que siente siempre una más íntima proximidad. Y con esta Presencia también nace o en ella se contiene un amor universal hacia todos estos seres, formas y criaturas vivientes que son habitaciones de la Divinidad -no las breves emociones, inquietas y opresivas, de la división, sino el amor firme y desinteresado que es la más profunda vibración de la unidad-. Quien busca la perfección encuentra en todo el Objeto único<sup>1</sup> de su adoración y de su servicio. El camino de las obras se une con el sendero de la Devoción gracias a esta vía del sacrificio; puede ser una devoción tan completa, tan absorbente y tan integral como la que puede reclamar cualquier deseo del corazón o imaginar la pasión de la mente.

Luego, la práctica de este Yoga exige un constante recuerdo interior del único conocimiento central y liberador, y una constante externalización activa de él en las obras ayuda también a intensificar el recuerdo. El Yo único está en todo, la Divinidad única es todo; todos están en la Divinidad, todos son la Divinidad y en el universo no hay nada más; este pensamiento o esta Fe es el trasfondo total hasta convertirse en la sustancia total de la consciencia de quien trabaja. Un recuerdo, una meditación autodinizante de esta índole, debe girar (y lo hace) hacia una visión profunda e ininterrumpida y hacia una consciencia vívida y omniabarcante de lo que recordamos tan potentemente o sobre lo que meditamos constantemente. Pues obliga a remitirse constantemente, en cada instante, al Origen de todo ser, de toda voluntad y de toda acción y, enseguida, hay un abarcar y trascender todas las formas y apariencias particulares en Eso que es su causa y sostén. Este camino no puede llegar a su fin sin una visión vívida y vital, tan concreta como la visión física, de las obras del Espíritu universal por doquier. En las cimas de este camino se abre a una vida, a un pensamiento, a una voluntad y a una acción constantes en presencia del Supramental, del Trascendente. De cuanto veamos, oigamos, toquemos y sintamos, somos conscientes, lo conocemos y sentimos como aquello a lo que adoramos y servimos; todo ha de convertirse en imagen de la Divinidad, percibirse como morada de su Deidad, envolverse con la Omnipresencia eterna. Esta vía de las obras se convierte, por comunión con la Presencia, la Voluntad y la Fuerza Divinas, en una vía del Conocimiento más completo e integral que cualquiera que pueda erigir la mera inteligencia de la criatura o descubrir la búsqueda del intelecto.

Por último, la práctica de este Yoga del sacrificio nos obliga a renunciar a todos los apoyos interiores del egoísmo, echándolos de nuestra mente, voluntad y acciones, y nos obliga a eliminar su simiente, su presencia, su influencia de nuestra naturaleza. Todo debe hacerse por la Divinidad; todo debe dirigirse a la Divinidad. No debe intentarse nada para nosotros como existencia separada: no debe hacerse nada por los demás, ya sean vecinos, amigos, familia, país, humanidad u otras criaturas, meramente porque están

---

<sup>1</sup> El Divino, como objeto único de adoración.



relacionados con nuestra vida, pensamiento y sentimiento personales o porque el ego tiene preferencial interés por su bienestar. Mediante este modo de obrar y de ver, todas las obras y toda la vida se convierten solo en una dinámica adoración y servicio cotidianos a la Divinidad en el ilimitado templo de su vasta existencia cósmica. La vida se convierte cada vez más en el sacrificio de lo eterno en el individuo, ofrecido constantemente a la Trascendencia eterna. Se ofrece en el amplio terreno sacrificial del campo del eterno Espíritu cósmico; y también la Fuerza que ofrece es la Fuerza eterna, la Madre omnipresente. Por lo tanto, esto es un medio de unión y comunión, mediante los actos y el espíritu y el conocimiento en el acto, tan completos e integrales como los que puede esperar nuestra voluntad orientada hacia Dios o ejecutar el vigor de nuestra alma.

Tiene todo el poder de una vía de las obras integral y absoluta, pero debido a su ley del sacrificio y de la autoentrega al Yo y Maestro Divinos, se acompaña, por un lado, del poder total del sendero del Amor y, por el otro, del poder total del Sendero del Conocimiento. Al final, estos tres Poderes divinos trabajan juntos, se funden, se unen, se completan y se perfeccionan recíprocamente.

La Divinidad, el Eterno, es el Señor de nuestro sacrificio de las obras, y el único objeto del sacrificio es la unión con él en todo nuestro ser conciencia y en sus expresivos instrumentos. Por lo tanto, los pasos del sacrificio de las obras deben evaluarse, primero, por el crecimiento, en nuestra naturaleza, de algo que nos aproxime más a la Naturaleza Divina, pero, en segundo término, de la misma manera, por una experiencia de la Divinidad, de su presencia, de su manifestación en cuanto a nosotros, por la experiencia de una creciente proximidad y unión con aquella Presencia. Mas la Divinidad es infinita en su esencia y también es multitudinariamente infinita en su manifestación. De ser eso así, no es probable que nuestra verdadera perfección integral del ser y de la naturaleza pueda alcanzarse únicamente con un solo género de realización; debe combinar muchos cursos diferentes de experiencia divina. No puede ser alcanzada por la exclusiva persecución de una sola línea de identidad hasta elevarse a su absoluto: debe armonizar muchos aspectos del Infinito. Una conciencia integral con una experiencia dinámica y multiforme es esencial para la completa transformación de nuestra naturaleza.

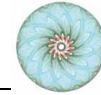
Hay una percepción fundamental, indispensable para cualquier conocimiento integral o experiencia multilateral de este Infinito. Consiste en captar la Divinidad en su yo y verdad esenciales, no alterados por las formas ni los fenómenos. De lo contrario es probable que quedemos atrapados en la red de las apariencias o vaguemos confusamente en una caótica multitud de aspectos cósmicos o particulares; y si evitamos esta confusión, será al precio de encadenarnos a alguna fórmula mental o de encerrarnos en una experiencia personal limitada. La única verdad segura que todo lo reconcilia y que es el fundamento mismo del universo consiste en que la vida es manifestación de un Yo y Espíritu increados, y la clave del oculto secreto de la vida es la verdadera relación de este Espíritu con sus propias experiencias creadas. Detrás de toda



esta vida está la visión de un Ser eterno sobre sus devenires multitudinarios; alrededor y por doquier está en la vida la envoltura y la penetración de una manifestación en el tiempo por parte de un Eterno inmanifestado e intemporal. Mas este conocimiento no tiene valor para el Yoga si es solo noción intelectual y metafísica exenta de vida y estéril en cuanto a consecuencias; una realización mental sola no puede bastar a quien busca la perfección. Pues lo que el Yoga procura no es la verdad del pensamiento solo, ni la verdad de la mente sola, sino la verdad dinámica de una experiencia espiritual viva y reveladora. Debe despertar en nosotros una constante proximidad inmanente y envolvente, una percepción vívida, un sentimiento y comunión íntimos, un sentido y contacto concretos de la Presencia verdadera e infinita, siempre y por doquier. Esa Presencia debe permanecer con nosotros como la Realidad viva y penetrante en la que nosotros y todas las cosas existen, se mueven y actúan, y debemos sentirla siempre y por todas las partes, en todas las cosas concretas, visibles e inmanentes; esta Presencia debe resultar patente para nosotros como el verdadero Yo real de todas las cosas, como su Esencia imperecedera, encontrándola tan íntimamente como su espíritu más recóndito. La experiencia fundamental que debe englobar cualquier otro conocimiento es ver, sentir, experimentar y tomar contacto, de toda manera (y no concebir meramente) este Yo y Espíritu aquí en todas las existencias y sentir con igual vivez todas las existencias en este Yo y Espíritu.

Este Yo infinito y eterno de las cosas es en una Realidad omnipresente, una existencia única por doquier; es una sola presencia unificadora que no difiere en criaturas diferentes; puede encontrarse, verse o sentirse íntegramente en cada alma o en cada forma en el universo. Pues su infinitud es espiritual y esencial y no meramente algo ilimitado en el Espacio o interminable en el Tiempo; el Infinito puede sentirse en un átomo infinitesimal o en un segundo de tiempo tan convincentemente como en un lapso de eones o en la formidable enormidad de los espacios intersolares. Ese conocimiento o experiencias pueden empezar en todas partes y expresarse a través de cualquier cosa; pues la Divinidad está en todo, y todo es la Divinidad.

Sin embargo, esta experiencia Fundamental puede empezar de modo diverso con diferentes naturalezas y tardar en desarrollar toda la Verdad que oculta en sus miles de aspectos. Tal vez vea o sienta en mí, al principio, la Presencia eterna y solo después pueda extender la visión y el sentido de este yo mayor a todas las criaturas. Veo entonces al mundo en mí o como si fuese uno conmigo. Percibo al universo como una escena dentro de mi ser; el juego de sus procesos como un movimiento de las formas, las almas y las fuerzas en mi espíritu cósmico; me encuentro a mí mismo y a nadie más en otra parte. Nótese bien que el Titán, que vive en su propia sombra desordenadamente magnificada, tampoco confunde, con el error del Asura, al ego con el yo y espíritu, ni procura imponer su fragmentaria personalidad como la única existencia dominante sobre todo lo que lo rodea. Pues, al tener el conocimiento, ya he captado la realidad de que mi verdadero yo es el no-ego; de igual manera siento siempre a mi Yo mayor como Vastedad impersonal o Persona esencial que contiene, más allá de sí, todas las personalidades o



como aquellas juntas; pero de cualquier modo, ya sea Impersonal o Personal, ilimitable o ambos juntos, es un Infinito que excede al ego. Si lo he buscado y lo he hallado primero en la forma que prefiero llamar "yo" antes que "otros", es solo porque me resulta mucho más fácil, debido a la subjetividad de mi consciencia, descubrirlo, conocerlo de inmediato y comprenderlo. Pero mi realización no es genuina o es radicalmente imperfecta si el estrecho ego instrumental no empieza a fundirse en este Yo tan pronto como lo ve, si el yo más pequeño, externo y mal construido rehúsa desaparecer en aquel Yo espiritual mayor, permanente e increado. Hay en alguna parte de mí un obstáculo egoísta; alguna parte de mi naturaleza ha opuesto a la omniabsorbente verdad del Espíritu una negativa de autoconsideración y autopreservación.

Por otra parte -y para algunos este es un camino más cómodo- puedo ver a la Divinidad primero en el mundo que está fuera de mí, no en mí mismo sino en los demás. La hallo allí desde el inicio como un Infinito inmanente y omnicontinente que no está atado a todas estas formas, criaturas y fuerzas que ella lleva en su superficie. O la veo y siento como un puro y solitario Yo y Espíritu que contiene todos estos poderes y existencias, y pierdo mi sentido del ego en la silenciosa Omnipresencia que me rodea. Después esta es la que empieza a penetrar y poseer a mi ser instrumental y de ella parecen proceder todos mis impulsos para la acción, toda mi luz del pensamiento y el habla, todas las formaciones de mi consciencia y todas sus relaciones e impactos con otras formas del alma de esta única Existencia mundial. Ya no soy más este pequeño yo personal, sino Eso con algo de sí manifestado que sostiene una escogida forma de sus obras en el universo.

Hay otra realización básica, la más extrema de todas, que con todo, a veces llega como la primera apertura decisiva o inicial giro del Yoga. Lo único que para aquélla es avasalladoramente real es el despertar a un inefable y elevado Incognoscible, trascendente por encima de mí y por encima de este mundo en el que me parece moverme, una condición o entidad intemporal e inespacial, que a la vez, en cierto modo, compele y convence de una consciencia esencial en mí. Esta experiencia por lo común es acompañada por un sentido igualmente compulsivo de ilusividad onírica o ensombrecida, de todas las cosas de aquí o de su carácter temporal, derivado y solo semirreal<sup>1</sup>. Por un tiempo, al menos, todo cuanto me rodea parece ser el movimiento de sombras cinematográficas o figuras superficiales, y mi propia acción puede parecer fluida formulación de alguna fuente no captada aún y tal vez incaptable por encima de mí o fuera de mí. Permanecer en esta consciencia, llevar a cabo esta iniciación o seguir esta primera sugestión del carácter de las cosas sería proseguir hacia la meta de la disolución del yo y del mundo en el Incognoscible, -Moksha<sup>2</sup>, Nirvana-. Pero esta no es la única salida consecuencial; por el contrario, me es posible aguardar hasta que, por el silencio de esta insatisfecha

<sup>1</sup> Resume su experiencia de Nirvana, la realización del Brahman silencioso, que tuvo meditando junto al yogui Lelé y afirma que es una realización básica.

<sup>2</sup> Liberación de la consciencia de existencia personal, la liberación de la existencia cósmica, de *maya*. (Glosario-Cartas sobre el Yoga integral y Supramental. Fundación Centro Sri aurobindo. Barcelona).





liberación intemporal, empiece a entrar en relaciones con la aún no captada Fuente de mí y de mis acciones; entonces se empieza a llenar el vacío, emerge de él o se proyecta en él toda la Verdad múltiple de la Divinidad, todos los aspectos y manifestaciones y múltiples niveles de un Infinito dinámico. Al principio esta experiencia impone en la mente y luego en todo nuestro ser una paz y silencio absolutos, insondables y casi abismales. Avasallada y subyugada, aquietada, liberada de sí, la mente acepta al Silencio mismo como al Supremo. Pero después quien busca la perfección descubre que allá está contenido o renovado todo, en ese silencio, o desciende sobre él desde una Existencia mayor, oculta y trascendente. Pues este Trascendente, este Absoluto no es mera paz de no relacionado vacío; tiene su propio contenido y riqueza infinitos que en nosotros son valores rebajados y disminuidos. Si no existiese esa Fuente de todas las cosas, no podría haber universo; todos los poderes, todas las obras y actividades serían ilusión, toda creación y manifestación sería imposible.

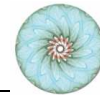
Estas son las tres realizaciones fundamentales<sup>1</sup>, tan fundamentales que al Yogui de la vía del Conocimiento le parecen últimas, suficientes en sí mismas, destinadas a coronar y reemplazar a todas las demás. Pero, para quien busca integralmente la perfección, ya sea que le fueran acordadas en una primera etapa, repentina y fácilmente, por una gracia milagrosa o alcanzadas con dificultad tras largo progreso y esfuerzo, no son ni la verdad única ni las claves plenas y únicas de la integral verdad del Eterno, sino más bien el incompleto principio y el vasto fundamento de un mayor Conocimiento divino. Hay otras realizaciones que son imperativamente necesarias y deben explorarse hasta el límite pleno de sus posibilidades; y si algunas de ellas parecen a primera vista cubrir solo aspectos divinos que son instrumentales para la actividad de la existencia, pero no inherentes a su esencia, sin embargo, cuando son seguidos hasta el fin a través de esa actividad hacia su Fuente eterna, se descubre que conducen a una revelación de la Divinidad sin la cual nuestro Conocimiento de la Verdad que está detrás de las cosas quedaría desnudo e incompleto<sup>2</sup>. Estos aspectos aparentemente Instrumentales son la clave de un secreto sin el cual los aspectos Fundamentales mismos no revelarían todo su misterio. Todos los aspectos reveladores de la Divinidad deben ser atrapados en la vasta red del Yoga integral.

Si el único objetivo del que busca la perfección fuese apartarse del mundo y sus actividades y una liberación y quietud supremas, resultarían suficientes las tres grandes realizaciones para el cumplimiento de su vida espiritual; concentrado solo en ellas permitiría que todo el otro conocimiento divino o mundano quedase fuera de él y, desembarazado de él, partiría hacia el Silencio

---

<sup>1</sup> Consciencia trascendente, consciencia universal y Consciencia individual del espíritu inmanente en nosotros.

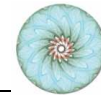
<sup>2</sup> Las tres realizaciones anteriormente descritas concernientes al conocimiento de la Divinidad en su aspecto de esencia inmanente, silenciosa y estática no son toda la Verdad de la Divinidad, a la que accederemos descubriendo la manifestación divina en la acción en la creación y en su dinámico movimiento, en su juego universal y personal y en su expresión en el juego de todas las formas, energías y existencias.



eterno. Mas ha de tener en cuenta al mundo y sus actividades, ha de aprender qué verdad divina puede haber detrás de ellos, reconciliando esa aparente contradicción entre la Verdad Divina y la creación manifiesta que es el punto de partida de la experiencia más espiritual. Aquí, en cada línea de aproximación que pueda seguir, se enfrenta con una Dualidad constante, con una separación entre dos términos de la existencia que parecen contrarios y su oposición parece la raíz misma del enigma del universo. Después él puede descubrir, y lo logra, que son los dos polos del Ser Único, conectados por dos corrientes simultáneas de energía negativa y positiva en relación recíproca, siendo su interacción la condición misma de la manifestación de lo que está dentro del Ser, y siendo su reunión el medio asignado para la reconciliación de las discordias de la vida y para el descubrimiento de la verdad integral que él busca.

Pues, por un lado, tiene consciencia de este Yo por doquier, de este Espíritu-Sustancia eterno -Brahman, el Eterno-, la misma autoexistencia aquí, en el tiempo, detrás de cada apariencia que ve o siente, y que es intemporal más allá del universo. Tiene esta vigorosa y avasalladora experiencia de un Yo que no es nuestro ego limitado ni nuestra mente, vida o cuerpo; que es mundial pero no exteriormente fenoménico, aunque para algún sentido espiritual suyo sea más concreto que cualquier forma o fenómeno; que es universal, pero sin depender, para ser, de nada del universo ni de la totalidad del universo: si todo el universo fuese a desaparecer, su extinción no alteraría para nada a este Eterno en su constante experiencia íntima. Está seguro de una inexpresable autoexistencia que es la esencia de sí y de todas las cosas; está íntimamente consciente de una Consciencia esencial de la cual la mente pensante, el sentido vital y el sentido corporal son solo figuras parciales y disminuidas, una Consciencia con Fuerza ilimitable en ella, de la cual resultan todas las energías, pero que no llega a ser explicada por la suma o el poder o la naturaleza de todas estas energías juntas; siente y vive en una inalienable Bienaventuranza autoexistente que no es esta efímera dicha inferior, ni esta felicidad, ni este placer. El cuádruple carácter de esta experiencia establecida consiste en una infinitud inmutable e imperecedera; en una eternidad intemporal; en una autoconsciencia que no es esta consciencia mental receptiva y reactiva o tentacular, sino que está detrás y por encima de ella y también presente debajo de ella, incluso en lo que llamamos Inconsciencia; en una unidad en la que no hay posibilidad de ninguna otra existencia. Sin embargo, él ve esta Autoexistencia eterna como un Tiempo-Espíritu consciente portador de la corriente de los sucesos, un Espacio espiritual autoextendido que contiene todas las cosas y los seres, un Espíritu-Sustancia que es la forma y la materia misma de todo lo que parece no espiritual, temporal y finito. Pues todo lo que es transitorio, temporal, espacial, limitado, él no lo siente en su sustancia, en su energía y en su poder como distinto del Uno, del Eterno y del Infinito.

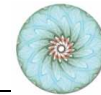
Pero en él y ante él no está solamente esta eterna Existencia autoconsciente, esta Consciencia espiritual, esta infinitud de Fuerza autoiluminada, esta Beatitud intemporal e interminable. Está también, constante



hasta para su experiencia, este universo en el mensurable Espacio y Tiempo, tal vez algún género de finitud ilimitada, y en él todo es efímero, limitado, fragmentario, plural, ignorante y sujeto a desarmonía y a sufrimiento, buscando vagamente una armonía irrealizada, pero inherente a la unidad, inconsciente o semiconsciente o, hasta cuando está más consciente, atada todavía a la Ignorancia e Inconsciencia original<sup>1</sup>. No está siempre en trance de paz o beatitud y, si lo estuviese, no sería solución, pues sabe que esto proseguiría fuera de él y, con todo, dentro de un yo mayor suyo eternamente. A veces estos dos estados de su espíritu parecen existir para él alternadamente, de acuerdo con su estado de consciencia; otras veces están como dos partes de su ser, separadas y por reconciliarse; dos mitades, superior e inferior o interior y exterior de su existencia. Descubre pronto que esta separación de su consciencia tiene un inmenso poder liberador, por el que ya no está más ligado a la Ignorancia, a la Inconsciencia; no se le presenta ya como su naturaleza misma y como la naturaleza de las cosas, sino como ilusión que puede ser vencida o, al menos, como una temporal autoexperiencia equivocada, como Maya. Es tentador considerarla solo como contradicción de la Divinidad, como misterio -juego incomprensible, máscara o disfraz del Infinito- y de ese modo, a veces aparece, irresistiblemente para su experiencia, por un lado como la verdad luminosa de Brahman, por el otro como una oscura ilusión de Maya. Pero algo en él no le permitirá que corte así, en dos y permanentemente, la existencia y, al mirar más de cerca, descubre que en esta penumbra u oscuridad también está el Eterno -es el Brahman que está aquí con el rostro de Maya-. Este es el inicio de una creciente experiencia espiritual que le revela cada vez más que lo que le pareció Maya oscura e incomprensible todo el tiempo, no fue otra cosa que la Consciencia-Pujanza del Eterno, intemporal e ilimitable, más allá del universo, pero esparcida aquí bajo una máscara de opuestos brillantes y oscuros para el milagro de la lenta manifestación de la Divinidad en la Mente, en la Vida y en la Materia. Todo lo Intemporal impone un juego en el Tiempo; en el Tiempo todo gira sobre el Espíritu intemporal y en su derredor. Si la experiencia separada era liberadora, esta experiencia unitiva es dinámica y efectiva. Pues ahora no solo se siente uno con el Eterno en su alma-sustancia del Eterno, en su yo y espíritu esenciales enteramente, sino también en su naturaleza activa como instrumento de su Consciencia-Pujanza omnisciente y omnipotente. Por más limitado y relativo que sea su juego presente, en él pueden abrirse una consciencia y un poder cada vez mayores y parece que no puede asignársele límite a esa expansión parece incluso revelarse por encima de él y tender a entrar en contacto con él un nivel espiritual y supramental de esa Consciencia-Fuerza, allí donde no existen estos senderos ni límites y los poderes de esta Consciencia también presionan sobre el juego en el Tiempo con la promesa de un descenso mayor y una manifestación del Eterno menos disfrazada o ya sin disfraz. La que una vez

---

<sup>1</sup> Ha descrito dos estados diferentes, alternos o simultáneos, de nuestra consciencia individual subjetiva que, por una parte, percibe la Trascendencia más allá del universo y también sustentándolo y como sustancia del mismo y presente en él y en la consciencia individual que lo percibe y, por otra parte, percibe un universo y se percibe a sí mismo dominado por la desarmonía, por la ignorancia y por el sufrimiento (Maya), como si fuera ajeno o escapara al poder de esa Realidad trascendente. Un reflejo de la dualidad aparente entre la Consciencia Trascendente y la Inconsciencia Universal (Maya).



fuera dualidad conflictiva y que ahora es la dualidad biuna de Brahman-Maya es revelada como el primer gran aspecto dinámico del Yo de todos los "yoes", el Amor de la existencia, el Señor del sacrificio mundano y de su propio sacrificio.

En otra línea de aproximación se presenta otra Dualidad ante la experiencia de quien busca la perfección. Por un lado, toma razón de una Consciencia testimonial, receptora, observadora y experimentadora, que no parece actuar, pero para la cual parecen emprenderse y continuarse todas estas actividades dentro y fuera de nosotros. Por otro lado está al tanto, al mismo tiempo, de una Fuerza ejecutiva o de una energía del Proceso que parece constituir, manejar y guiar todas las actividades concebibles y crear una miríada de formas visibles para nosotros e invisibles, usándolas como apoyos estables para su incesante fluir de la acción y la creación. Entrando exclusivamente en la consciencia-testigo él se vuelve silencioso, intacto, inmóvil: ve que hasta ahora ha reflejado pasivamente y se ha apropiado de los movimientos de la Naturaleza y es por este reflejo del alma-testigo dentro de él por el que los movimientos de la Naturaleza parecen tener valor y significación espirituales. Pero ahora él ha retirado esa adscripción o identificación reflectora; solo es consciente de su yo silencioso y está aislado de todo cuanto está en movimiento a su alrededor; todas las actividades están fuera de él; ahora parecen mecánicas, separables y terminables. Al entrar exclusivamente en el movimiento cinético, tiene una autoconsciencia opuesta; en su propia percepción le parece una masa de actividades, una formación y resultado de fuerzas; si hay una consciencia activa, incluso alguna clase de ser dinámico en medio de todo eso, con todo ya no hay un alma libre de él, en ninguna parte<sup>1</sup>. Estos dos estados del ser diferentes y contrarios alternan en él o simultáneamente están uno contra el otro; uno, silencioso en el ser interior observa pero no se conmueve ni participa; el otro, activo en algún yo externo o superficial prosigue sus movimientos habituales. Entró en una percepción separativa intensa de la gran dualidad, de Alma-Naturaleza, de Purusha-Prakriti.

Pero a medida que la consciencia se ahonda, toma conciencia de que esta es solo una primera apariencia frontal. Pues descubre que es por el silencioso sostén, por el permiso y la aprobación de esta alma testigo que está en él, por lo que esta naturaleza ejecutiva puede trabajar íntima o persistentemente sobre su ser; si el alma retira su aprobación, los movimientos de la Naturaleza en su acción sobre él y dentro de él se convierten en una repetición totalmente mecánica, vehemente al principio como si se propusiese respaldar su dominio, pero después cada vez menos dinámica y real. Al usar más activamente este poder de aprobación o rechazo, él percibe que puede cambiar los movimientos de la Naturaleza, lenta e inciertamente al principio, con más decisión después. Eventualmente en esta alma testigo o detrás de ella

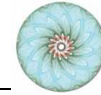
---

<sup>1</sup> Describe dos estados opuestos de nuestra consciencia individual, uno el del alma-testigo inmóvil, observador de la actividad, pero no mezclado con ella; el otro el ser dinámico exterior, separado y al margen del alma-testigo. Un reflejo en nosotros de la dualidad entre el Alma (Purusha) y el accionar de la Naturaleza (Prakriti).



se revela la presencia de un Conocedor y de una Voluntad dueña de la Naturaleza, y todas sus actividades se presentan cada vez más como expresión de lo que es conocido y de lo que el Señor de la existencia quiere activamente o permite pasivamente. Ahora Prakriti misma parece ser mecánica solo en la apariencia cuidadosamente regulada de sus obras, pero de hecho es una Fuerza consciente con un alma dentro de ella, con una significación autoconsciente en sus giros, con una manifestación de una Voluntad y Conocimiento secretos en sus pasos y figuras. Esta Dualidad, con aspecto separado, es inseparable. Dondequiera que esté Prakriti está Purusha; dondequiera que esté Purusha está Prakriti. Incluso en su inactividad Purusha contiene en sí toda la fuerza y energías de Prakriti prestas para proyectarlas; incluso en el impulso de su acción Prakriti lleva consigo toda la consciencia observadora y determinativa de Purusha como el sostén y el sentido totales de su propósito creador. Una vez más quien busca la perfección descubre en su experiencia los dos polos de la existencia del Ser Único y las dos líneas o corrientes de su energía negativa y positiva en relación una con otra, efectuando, por su simultaneidad, la manifestación de todo lo que está dentro de ella. Aquí también descubre que el aspecto separativo es liberador; pues lo libera de la esclavitud de la identificación con las inadecuadas obras de la Naturaleza en la Ignorancia. El aspecto unitivo es dinámico y efectivo, pues lo capacita para llegar al dominio y a la perfección; mientras rechaza lo que es menos divino o aparentemente no-divino en ella, él puede reconstruir sus formas y movimientos en sí de acuerdo con un patrón más noble y con la ley y el ritmo de una existencia mayor. En cierto nivel espiritual y supramental, la Dualidad se vuelve aún más perfectamente Dos-en-uno, el Alma Maestra con la Fuerza Consciente dentro de ella, y su potencialidad desconoce toda barrera y traspone todo límite. De esa manera esta Dualidad de Purusha-Prakriti, antes separada y ahora biuna, se le revela en toda su verdad como el segundo gran aspecto instrumental y efectivo del Alma de todas las almas, del Amor de la existencia, y del Señor del Sacrificio.

En otra línea de aproximación el aspirante se encuentra con otra Dualidad correspondiente, pero de aspecto distinto, en la que el carácter biuno es más inmediatamente aparente, la Dualidad dinámica de Ishwara—Shakti. Por un lado, es consciente de un Dios infinito y autoexistente en el ser, que contiene todas las cosas en una inefable potencialidad de la existencia, un Yo de todos los yoes, un Alma de todas las almas, una Sustancia espiritual de todas las sustancias, una Existencia impersonal inexpresable, pero al mismo tiempo una Persona ilimitable que aquí está autorepresentada en una personalidad innumerable, un Maestro del Conocimiento, un Maestro de las Fuerzas, un Señor del amor, la bienaventuranza y la belleza, un Origen único de los mundos, un automanifestador y autocreador, un Espíritu Cósmico, una Mente universal, una Vida universal, la Realidad consciente y viviente que sostiene la apariencia que sentimos como Materia inconsciente e inanimada. Por el otro lado, toma consciencia del mismo Dios al hacer que la consciencia y el poder manifiesten como Fuerza autoconsciente que contiene y lleva consigo todo y tiene a su cargo el manifestarlo en el Tiempo y Espacio universales. Le resulta evidente que aquí hay un Ser supremo e infinito que se nos representa en dos



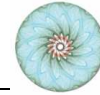
lados diferentes de sí, en anverso y reverso en relación recíproca. Todo es preparado o preexistente en el Dios que está en el Ser y surge de eso y es sostenido por su Voluntad y Presencia; todo se produce y pone en movimiento por el Dios del poder; todo deviene, actúa y desarrolla su propósito individual o cósmico por él y en él. Además es una Dualidad necesaria para la manifestación, creando y facilitando esa doble corriente de energía que parece siempre necesaria para las obras del mundo, los dos polos del mismo Ser, pero aquí más cerca uno del otro y portando cada uno siempre, muy evidentemente, los poderes del otro en su esencia y su naturaleza dinámica. Al mismo tiempo, por el hecho de que los dos grandes elementos del Misterio divino, el Personal y el Impersonal, están unidos, quien busca la Verdad integral siente, en la dualidad de Ishwara-Shakti, su proximidad con un secreto más íntimo y último de la Trascendencia divina y de la Manifestación que el que le ofrece cualquier otra experiencia.

Pues la Ishwara Shakti, la Fuerza-Consciente divina y la Madre-del-Mundo, se convierte en mediadora entre el Uno eterno y los Muchos manifestados. Por un lado, por el juego de las energías que ella trae del Uno, manifiesta a la Divinidad múltiple en el universo, involucionando y evolucionando las interminables apariencias de su sustancia reveladora; por el otro, por la corriente reascendente de las mismas energías, ella vuelve todo hacia Eso de donde partieron, de modo que el alma, en su manifestación evolutiva puede volver, cada vez más, hacia la Divinidad que allí o aquí inviste su carácter divino. No hay en ella, aunque idee un mecanismo cósmico, el carácter de una mecánica Ejecutora inconsciente que hallamos en la primera fisonomía de Prakriti, la Naturaleza-Fuerza; ni existe ese sentido de Irrealidad, creadora de ilusiones o semiilusiones, que se adscribe a nuestro primer criterio de Maya. Es inmediatamente claro para el alma experimentadora que aquí es Poder consciente de una sola sustancia y naturaleza con el Supremo del que provino. Si parece habernos hundido en la Ignorancia y en la Inconsciencia persiguiendo un plan que aún no podemos interpretar, si sus fuerzas se presentan como todas estas ambiguas fuerzas del universo, con todo, antes de mucho tiempo, se hace patente que ella trabaja para el desarrollo de la Consciencia Divina en nosotros y que está en lo alto atrayéndonos hacia su propia entidad superior, revelándonos cada vez más la esencia misma del Conocimiento, de la Voluntad y del Ananda Divinos. Hasta en los movimientos de la Ignorancia, el alma de quien busca la perfección está al tanto de su guía consciente que sostiene sus pasos y los guía lenta o rápidamente, directamente o por muchos desvíos, desde la oscuridad hacia la luz de una consciencia mayor, desde la mortalidad hacia la inmortalidad, desde el mal y el sufrimiento hacia un bien y felicidad supremos de los que su mente humana solo puede formar una vaga imagen. De esa manera, su poder es a la vez liberador y dinámico, creador, efectivo, creador no solo de las cosas como son, sino de las cosas como han de ser; pues, al eliminar los movimientos retorcidos y enmarañados de su consciencia inferior, hecha con la materia de la Ignorancia, reconstruye y renueva su alma y la naturaleza dentro de la sustancia y fuerzas de una Naturaleza divina superior.



En esta Dualidad también es posible una experiencia separativa. En un polo de ella, quien busca la perfección puede ser solamente consciente del Amo de la Existencia que manifiesta en él sus energías del conocimiento, del poder y de la bienaventuranza para liberar y divinizar; Shakti solo puede parecerle una Fuerza impersonal que expresa estas cosas o un atributo de Ishwara. En el otro polo podemos encontrar a la Madre-del-Mundo, creadora del universo, manifestando a los dioses y los mundos y todas las cosas y existencias de su sustancia espiritual. O si ve ambos aspectos, puede ser con una desigual visión separadora, subordinando uno al otro, considerando a Shakti solo como medio para aproximarse a Ishwara. El resultado es una tendencia unilateral o una falta de equilibrio, un poder de efectivización sostenido imperfectamente o una luz reveladora imperfectamente dinámica. Cuando se efectúa una completa unión de los dos lados de la Dualidad rigiendo su consciencia, él empieza a abrirse hacia un poder más pleno que lo sacará aquí por completo del confuso choque de Ideas y Fuerzas hacia una Verdad superior, facilitando el descenso de esa Verdad para que ilumine, libere y actúe soberanamente sobre este mundo de la Ignorancia. Él ha empezado a asentar su mano sobre el secreto integral que solo puede captarse en su plenitud al sobrepasar el doble término del Conocimiento, que reina aquí, entrelazado inseparablemente con una Ignorancia original y cruzando el linde en el que la mente espiritual desaparece en la Gnosis supramental. Es a través de este aspecto dual tercero y más dinámico del Uno que quien busca la perfección empieza con la máxima integridad a entrar en el más profundo secreto del ser del Señor del Sacrificio.

Pues detrás del misterio de la presencia de la personalidad en un universo aparentemente impersonal -como en el de la consciencia que se manifiesta del Inconsciente, en el de la vida que se manifiesta de lo inanimado, en el del alma que se manifiesta de la Materia bruta- se oculta la solución del enigma de la existencia. Hay aquí nuevamente otra Dualidad dinámica más penetrante que aparece a primera vista y hondamente necesaria para el juego del Poder lentamente autorevelador. A quien busca la experiencia espiritual, le es posible, estando en un polo de la Dualidad, seguir a la Mente en la visión de una Impersonalidad fundamental por doquier. El alma que evoluciona en el mundo material empieza desde una vasta Inconsciencia impersonal en la que nuestra visión interior aún percibe la presencia de un velado Espíritu infinito; prosigue con el emerger de una consciencia y personalidad precarias que, hasta en su máxima plenitud, tiene la apariencia de un episodio, pero un episodio que se repite en una serie constante; surge a través de la experiencia de la vida y de la mente hacia una Superconsciencia infinita, impersonal y absoluta en la que la personalidad, la consciencia-mental y la consciencia-vital parecen desaparecer mediante una aniquilación liberadora: Nirvana. En un grado inferior experimenta aún esta impersonalidad fundamental como inmensa fuerza liberadora por doquier. Libera su conocimiento de la estrechez de la mente personal, su voluntad del abrazo del deseo personal, su corazón de la esclavitud de insignificantes emociones mutables, su vida de su insignificante rutina personal, su alma de su ego, y les permite abarcar la calma, la igualdad, la amplitud, la universalidad y la infinitud. Un Yoga de las obras parecería

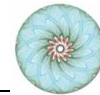


requerir la Personalidad como su principal punto de apoyo, casi como su fuente, pero también aquí se descubre que es la fuerza liberadora más directa; a través de una amplia impersonalidad, desprovista del ego, es posible convertirse en un trabajador libre y en un creador divino. No resulta sorprendente que el avasallador poder de esta experiencia desde el polo impersonal de la Dualidad haya impulsado a los sabios a declarar que este ha de ser el único modo y que una Superconsciencia impersonal ha de ser la única verdad del Eterno.

Pero también aparece ante quien está en el polo opuesto de la Dualidad otra línea de experiencia que justifica una intuición profundamente asentada detrás del corazón y en nuestra misma fuerza-vital, esa personalidad, como consciencia, vida y alma, no es efímera ni extraña en una Eternidad impersonal, sino que contiene el significado mismo de la existencia. La fina flor de la Energía cósmica lleva consigo un preanuncio del objetivo y una sugerencia del motivo mismo del esfuerzo universal. Cuando se abre en él la visión oculta, toma consciencia de los mundos que están detrás, en los que la consciencia y la personalidad ocupan un lugar enorme y asumen un valor de primer orden; incluso aquí, en el mundo material la inconsciencia de la Materia llena esta visión oculta con una penetrante consciencia secreta, su inanimación alberga, una vida vibrante, su mecanismo es recurso de una Inteligencia inmanente, Dios y el alma están por doquier. Por encima de todo hay un Ser consciente e infinito que se autoexpresa variadamente en todos estos mundos; la impersonalidad es solo un primer medio de esa expresión. Es un campo de principios y fuerzas, una base igual de la manifestación; pero estas fuerzas se expresan a través de seres, tienen al frente espíritus conscientes y son la emanación de un Ser Consciente que es su fuente. Una personalidad múltiple e innumerable que expresa a ese Uno es el sentido mismo y objetivo central de la manifestación, y si la personalidad parece ahora estrecha, fragmentaria y restrictiva, es solo porque no se ha abierto a su fuente ni ha florecido en su propia verdad y plenitud divinas, envolviéndose con lo universal y lo infinito. De esa manera, la creación del mundo no es ya más una ilusión, un mecanismo fortuito, un juego que no fue necesario que sucediese, un fluir sin consecuencias; es un dinamismo íntimo, vivo y consciente del Eterno.

Esta extrema contradicción del criterio desde los dos polos de una sola Existencia no crea una dificultad fundamental para quien busca el Yoga integral; pues toda su experiencia le ha mostrado la necesidad de estos términos dobles y de sus corrientes de Energía negativa y positiva en relación una con otra, para la manifestación de lo que está dentro de la Existencia única. Para él, la Personalidad y la Impersonalidad han sido las dos alas de su ascensión espiritual y cuenta con la previsión de que alcanzará una altura en la que su útil interacción fundirá sus poderes, revelará la Realidad integral y pondrá en movimiento la fuerza original de la Divinidad. No solo en los Aspectos fundamentales, sino también en todo el accionar de su sadhana ha sentido su doble verdad y su accionar mutuamente complementario. Una Presencia impersonal ha dominado desde lo alto o ha penetrado y ocupado su naturaleza; una Luz descendente ha bañado y ha iluminado con el

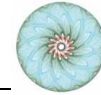




conocimiento su mente, el poder vital, las células mismas de su cuerpo; ha manifestado tal conocimiento hasta en sus movimientos más disfrazados e insospechados, exponiendo, purificando, destruyendo o cambiando brillantemente todo lo que perteneció a la Ignorancia. En él se ha volcado una Fuerza, en corrientes o como un mar, y ha actuado en su ser y en todos sus miembros; ha disuelto, renovado, reformado y transfigurado por doquier. Lo ha invadido una Bienaventuranza y ha demostrado que puede volver imposibles el sufrimiento y el dolor, convirtiendo este en goce divino. Un Amor sin límites lo ha unido a todas las criaturas o le ha revelado un mundo de inseparable intimidad e inexpressable dulzura y belleza y ha empezado a imponer su ley de perfección y su éxtasis incluso en medio de la desarmonía de la vida terrestre. Una Verdad y un Derecho espirituales ha declarado culpables al bien y al mal de este mundo de imperfección o de falsedad y ha revelado un bien supremo y su clave de sutil armonía y su sublimación de acción, de sentimiento y de conocimiento. Pero detrás de todos estos y en ellos él ha sentido una Divinidad que es todas estas cosas: Iluminador, Guía y Omnisciente, Amo de la Fuerza, Dador de Bienaventuranza, Amigo, Auxiliador, Padre, Madre, Compañero de juego en el juego del mundo, Amo absoluto de su ser, Amado y Amante de su alma. Todas las relaciones conocidas de la personalidad humana se hallan en el contacto del alma con la Divinidad; mas surgen hacia niveles superhumanos y lo impulsan hacia una naturaleza divina.

Lo que se busca es el conocimiento integral, la fuerza integral y la amplitud total de unión con el Todo y el Infinito que está detrás de la existencia. Pues quien busca el Yoga integral no puede tomar como verdad exclusiva del Eterno ninguna experiencia, ningún Aspecto Divino, por más avasallador que sea para la mente humana, por suficiente que sea para su capacidad, por que sea fácilmente aceptado como la realidad única o última. Para él, la experiencia de la Unidad Divina llevada hasta su extremo se abarca más profundamente y se sondea más ampliamente siguiendo al máximo la experiencia de la Multiplicidad Divina. Todo cuanto es verdad detrás del politeísmo al igual que detrás del monoteísmo cae dentro del ámbito de su búsqueda; pero traspasa su sentido superficial para la mente humana, a fin de captar su verdad mística en la Divinidad. Ve cuál es el objetivo de las discordantes sectas y filosofías, acepta cada faceta de la Realidad en su propio sitio, pero rechaza su estrechez y errores, avanzando más hasta descubrir la Verdad Única que las liga. No puede desanimarle el que se le hagan reproches de antropomorfismo y antropolatría<sup>1</sup>, porque los considera prejuicios de la inteligencia racional, ignorante y arrogante, de la mente abstractiva girando sobre sí misma en apretado círculo. Si las relaciones humanas, tal como las practica el hombre ahora, están llenas de pequeñez, perversidad e ignorancia, con todo son desfiguradas sombras de algo de la Divinidad, y al volverlas hacia esta descubre de quién son la sombra que llega a manifestarse en la vida. La Divinidad debe manifestarse aquí a través de lo humano que se abre y se trasciende hacia una plenitud suprema, puesto que eso se produce inevitablemente en el curso y proceso de la evolución espiritual, y por lo tanto

<sup>1</sup> Referida a las críticas que provocan una una visión personalizada de la Divinidad.



no desdeñará ni se cegará ante la Deidad porque esté alojada en un cuerpo humano, *mánusim tanum ásrítam*. Más allá de la limitada concepción humana de Dios, pasará al Eterno divino y único, pero también lo encontrará en los rostros de los Dioses, en sus personalidades cósmicas que sostienen el juego del Mundo; lo detectará detrás de la máscara de los Vibhuti<sup>1</sup>, en las corporizadas Fuerzas del Mundo o en los Líderes humanos, lo reverenciará y obedecerá en el Gurú y lo adorará en el Avatar. Será para él gran fortuna el encontrar a quien ha realizado o ha llegado a ser Eso que él busca, realizándolo él mismo al abrirse a ello a través de ese recipiente de su manifestación. Pues ese es el signo más palpable de su creciente realización, la promesa del gran misterio de su progresivo Descenso a la Materia que es el sentido secreto de la creación material y la justificación de la existencia terrestre.

De esa manera se revela el Señor del sacrificio a quien le busca en el progreso del sacrificio. Esta revelación puede iniciarse en cualquier punto; en cualquier aspecto el Amo del Trabajo puede asumirlo en él presionándole cada vez más para el desarrollo de su presencia. Con el tiempo todos los Aspectos se revelan, se separan, se combinan, se funden y se unifican. Al fin brilla a través de todos la suprema Realidad integral, incognoscible para la Mente que es parte de la Ignorancia, pero cognoscible, porque es autoconsciente, en la luz de una consciencia espiritual y de un conocimiento supramental.

El objetivo primero y, a la vez, la condición del logro último del sacrificio es esta revelación de una Verdad suprema o de un Ser, Consciencia, Poder, Bienaventuranza y Amor supremos, impersonales y personales a la vez, y asumiendo de ese modo ambos lados de nuestro propio ser -puesto que en nosotros también tiene lugar el encuentro ambiguo de una Persona y una masa de principios y fuerzas impersonales-. El logro mismo toma la forma de una unión de nuestra propia existencia con Eso que se manifiesta así a nuestra visión y experiencia, y la unión tiene carácter triple. Hay una unión en la esencia espiritual, por identidad; hay una unión por la inmanencia de nuestra alma en este Ser y Consciencia supremos; hay una unión dinámica de semejanza y unidad de la naturaleza entre Eso y nuestro ser instrumental aquí. La primera es la liberación en cuanto a la Ignorancia y la identificación con el Real y Eterno, *moksa, sáyujva*, que es el objetivo característico del Yoga del Conocimiento. La segunda, la inmanencia del alma con la Divinidad o en ella, *sámíjya, sálókya*, es la intensa esperanza de amor y beatitud de todo el Yoga. La tercera, identidad en la naturaleza, semejanza con la Divinidad, ser perfecto como Eso es perfecto, *sádharmya*, es la elevada intención de poder y

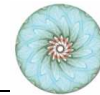
---

<sup>1</sup> Palabra con varios significados. *Vibhuti* puede referirse a los atributos gloriosos de lo Divino. En el capítulo del Bhagavad Gita titulado *Vibhuti Yoga*, Krishna utiliza el término *Vibhuti* para describir los atributos divinos, tales como la magnificencia, el esplendor, la gloria y la prosperidad.

*Vibhuti* también puede referirse a poderes paranormales que algunos creen que pueden ser desarrollados por las prácticas del yoga.

Referencias: *Apte, Vaman Shivram. "Un práctico diccionario sánscrito"*

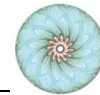
*Satguru Sivaya Subramuniyaswami. Loving Gaṇeśa. (Academia del Himalaya: 1996)*



perfección o de obras y servicio divinos de todo el Yoga. El completamiento combinado de las tres juntas, fundado aquí en una múltiple Unidad de la Divinidad automanifestante, es el resultado completo del Yoga integral, la meta de su Sendero triple y el fruto de su sacrificio triple.

Podemos alcanzar una unión por identidad, una liberación y cambio de nuestra sustancia del ser en esa sustancia-Espiritual suprema, de nuestra consciencia en esa Consciencia divina, de nuestro estado-del-alma en ese éxtasis de beatitud espiritual o en esa bienaventuranza, calma y eterna, de la existencia. Podemos alcanzar una luminosa permanencia en la Divinidad, segura contra cualquier caída o exilio en esta consciencia inferior de la oscuridad y la Ignorancia, con el alma vagando libre y firmemente en su propio mundo natural de luz, dicha, libertad y unidad. Y puesto que esto no ha de alcanzarse en otra existencia más allá, sino perseguirse y descubrirse también aquí, ello puede ocurrir solo mediante un descenso, de la Verdad Divina, mediante el establecimiento aquí del mundo espiritual en el que nace la luz, la dicha, la libertad y la unidad. Una unión de nuestro ser instrumental, no menos que de nuestra alma y espíritu, debe cambiar nuestra naturaleza imperfecta en la misma imagen y semejanza de la Naturaleza Divina; debe apartar los movimientos ciegos, desfigurados, mutilados y discordantes de la Ignorancia e investir la inherencia de esa luz, paz, bienaventuranza, armonía, universalidad, dominio, pureza y perfección; debe convertirse en receptáculo del conocimiento divino, en instrumento de la Voluntad-Poder y Fuerza divinas del Ser, en canal del Amor, de Dicha y de Belleza divinas. Esta es la transformación que ha de efectuarse, una transformación integral de todo lo que somos ahora o podremos ser mediante la unión –Yoga- del ser finito en el Tiempo con el Eterno e Infinito.

Todo este difícil resultado puede ser posible solo si hay una conversión inmensa, una reversión total de nuestra consciencia y una íntegra transformación supernormal de la naturaleza. Debe haber una ascensión de todo el ser, una ascensión del espíritu encadenado aquí y enredado por sus instrumentos y por su medio hacia el puro Espíritu libre en lo alto, una ascensión del alma hacia una Super-alma bienaventurada, una ascensión de la mente hacia una Super-mente luminosa, una ascensión de la vida hacia una vasta Super-vida, una ascensión de nuestro físico mismo para unir su origen en una sustancia espiritual pura y flexible. Y esto no puede ser una simple y rápida elevación sino, como el ascenso del sacrificio descrito en el Veda, una escalada, pico tras pico, en la que desde cada cima uno contempla lo mucho que aún resta por hacer. Al mismo tiempo debe haber un descenso también para afirmar abajo lo que hemos ganado arriba; hemos de volver a cada cima que conquistemos para traer su poder e iluminación al movimiento mortal inferior; el descubrimiento de la Luz, por siempre radiante en la cima, debe corresponder a la liberación de la misma Luz secreta de abajo, en todas las partes inferiores de las más hondas cuevas de la Naturaleza subconsciente. Y este peregrinaje ascendente y este descenso en pro del esfuerzo transformador debe ser inevitablemente una batalla, una prolongada guerra con nosotros mismos y con fuerzas contrarias que nos rodean y que, mientras eso



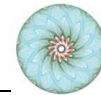
dures, bien puede parecer interminable. Pues toda nuestra vieja naturaleza ignorante y oscura competirá, repetida y obstinadamente, con la Influencia transformadora, sostenida en su rezagada malevolencia o su escueta resistencia por la mayoría de las establecidas fuerzas de la Naturaleza universal circundante; los poderes, los principados y los seres que gobiernan la Ignorancia no renunciarán fácilmente a su imperio.

Al principio puede haber un prolongado, a menudo tedioso y doloroso período de preparación y purificación de todo nuestro ser hasta que esté listo para franquearse a una Verdad y Luz mayores o a la Influencia y la Presencia Divinas. Aunque esté centralmente adecuado, preparado, ya expedito, debe pasar mucho tiempo todavía antes de que nuestros movimientos mentales, vitales y corporales, antes de que todos los miembros múltiples y conflictivos de nuestra personalidad consientan, o consintiendo, sean capaces de llevar adelante el proceso difícil y exigente de la transformación. Y, aunque todo nuestro ser lo quiera, lo más difícil es la lucha que hemos de llevar contra las fuerzas universales apegadas a la actual creación inestable cuando procuramos efectuar la conversión y reversión finales y supramentales de la consciencia mediante las cuales deba establecerse en nosotros la Verdad Divina en su plenitud y no meramente, lo que más prestamente permitirían, una iluminada Ignorancia.

Por esto resulta indispensable someterse a Eso que está más allá de nosotros, facilitando el accionar pleno y libre de su Poder. A medida que esa autoentrega progresa, el trabajo del sacrificio se vuelve más fácil y más potente, y la organización de las Fuerzas contrarias pierde mucha fuerza, impulso y sustancia. Dos cambios interiores ayudan muchísimo a convertir lo que ahora parece difícil o impracticable en una cosa posible y hasta segura. Tiene lugar el paso al frente de un alma recóndita y secreta<sup>1</sup> dentro de la cual estuvieron velados, por la inquieta actividad de la mente, por la turbulencia de nuestros impulsos vitales y por la oscuridad de la consciencia física, los tres poderes que en nuestra confusa combinación ahora llamamos nuestro yo. Como resultado se producirá un crecimiento menos impedido de una Presencia Divina, en el centro, con su Luz liberadora y la Fuerza efectiva, y una irradiación suya en todos los ámbitos conscientes y subconscientes de nuestra naturaleza. Estos son los dos signos, uno marcando nuestra completa conversión y consagración a la gran Búsqueda, el otro, la aceptación final de nuestro sacrificio por parte de la Divinidad.

---

<sup>1</sup> La manifestación del ser psíquico que se pone al frente de nuestra sadhana, a partir de la cual puede comenzar el proceso de transformación, duro pero profundo, de nuestra naturaleza inferior, porque la Shakti divina tiene un asidero en él para proceder a tal transformación.



## Capítulo V

### EL ASCENSO<sup>1</sup> DEL SACRIFICIO (I)

#### Las obras del conocimiento - El ser psíquico

Este es, básicamente, el conocimiento integral del Supremo e Infinito al cual ofrecemos nuestras obras, y esta es la naturaleza del sacrificio mismo en su triple carácter —un sacrificio de las obras, un sacrificio del amor y la adoración, y un sacrificio del conocimiento. Ya que, hasta cuando hablamos del sacrificio de las Obras por sí misma, no queremos decir solo la ofrenda de nuestros actos externos, sino también de todo lo que sucede dentro de nosotros, es decir, han de ofrecerse en el altar único del sacrificio tanto nuestros movimientos internos como nuestras acciones externas. La característica principal de toda obra hecha con sacrificio es un esfuerzo de autodisciplina y autoperfección por el que esperamos volvernos conscientes y luminosos gracias a una Luz que, desde lo alto, se vierte en todos nuestros movimientos mentales, afectivos, volitivos, sensoriales, vitales y corporales. Una luz creciente de la Consciencia Divina nos acercará y nos unirá, por identidad, con el Dueño del sacrificio del mundo, valiéndose de nuestra alma, nuestro ser secreto y sustancia espiritual (Esta unión es el objetivo supremo de la existencia propuesto por el antiguo Vedanta); pero tenderá a unirnos con la Divinidad también a través de toda la dinámica y actos de la vida, por la semejanza de nuestra naturaleza con la Divinidad<sup>2</sup> y por el sentido místico y sagrado de la propio sacrificio, de acuerdo con la profética palabra de los videntes del Veda.

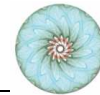
Pero si este es el carácter de la rápida evolución desde un ser mental hasta un ser espiritual contemplada por el Yoga integral, surge una cuestión llena de dudas, pero de gran importancia práctica. ¿Cómo hemos de afrontar la vida y las obras mediante las actividades propias de nuestra naturaleza humana que está aún sin modificar? El objetivo principal del Yoga es una ascensión hacia una consciencia mayor y un dominio de nuestra mente, vida y cuerpo mediante los poderes del Yoga; pero la vida que se propone aquí (no otra vida en alguna otra parte) como el campo inmediato de la acción del Espíritu es para una transformación y no para una aniquilación de nuestro ser y naturaleza instrumentales<sup>3</sup>. ¿Qué ocurre entonces con las actuales actividades de nuestro ser, actividades de la mente volcadas hacia el conocimiento y la expresión del conocimiento, actividades de nuestras partes emotivas y sensitivas, actividades de la conducta, actividades de creación y producción externas, de la voluntad volcada hacia el dominio de los seres humanos, las cosas, la vida, los mundos y las Fuerzas de la Naturaleza? ¿Han de ser

---

<sup>1</sup> El ascenso del sacrificio es una elevación-ofrecimiento de nuestro ser y obras al Divino y un ascenso de nosotros mismos hacia el Divino a través de nuestras obras.

<sup>2</sup> Nuestro encuentro con la Divinidad es posible porque la naturaleza del ser humano es ya Divina, aunque insuficientemente evolucionada. Esta semejanza de nuestra naturaleza con la Divinidad es precisamente lo que hará posible nuestra unión con ella.

<sup>3</sup> Nuestra naturaleza instrumental: mente, vital y cuerpo.



abandonadas y reemplazadas por otro modo de vida en el que una consciencia espiritualizada pueda descubrir su verdadera expresión y sentido? ¿Han de ser mantenidas tal como son en su apariencia externa, pero transformadas por un espíritu interior en el acto? o ¿deben ser ampliadas en su ámbito y liberadas en nuevas formas por un restablecimiento de la consciencia, tal como se vio en la tierra cuando el ser humano asumió las actividades vitales del animal para mentalizarlas, extenderlas y transfigurarlas por la aparición de la razón, de la voluntad pensante y la refinada emoción de una inteligencia organizada? ¿O ha de ser un abandono en parte, es decir, solo una conservación de las que puedan traer un cambio espiritual y, en cuanto al resto, la creación de una nueva vida que exprese (no solo en su forma sino también en su inspiración y fuerza motora), la unidad, amplitud, paz, dicha y armonía del espíritu liberado? Este problema fue, principalmente, el que ocupó las mentes de quienes procuraron trazar los senderos que conducen de lo humano a lo Divino en el largo viaje del Yoga.

Se ofreció toda clase de soluciones, desde el abandono total de las obras y de la vida (en la medida en que eso es físicamente posible), hasta la aceptación de la vida tal como es, pero con un espíritu nuevo que anime y eleve sus movimientos, en apariencia los mismos de antes, pero cambiados en el espíritu que está detrás de ellos y, por lo tanto, en su significación interior. La solución extrema en la que insiste el asceta que se aparta del mundo o el místico extático, olvidado de sí mismo e introvertido, es evidentemente ajena al propósito de un Yoga integral, puesto que, si hemos de realizar la Divinidad en el mundo, eso no puede hacerse dejando por completo de lado la acción en el mundo ni la propia acción. En un grado menos elevado, la mentalidad religiosa de la antigüedad creyó que tendrían que mantenerse tales actividades, ya que constituyen una parte de la búsqueda, del servicio o del culto a la Divinidad y, además, aquellas que son indispensables para el ordinario desarrollo vital, pero todas efectuadas con espíritu religioso y de acuerdo con mandatos de la religión tradicional y la Escritura. Pero esta es una regla demasiado formal para la realización del espíritu libre en las obras y, además, claramente no es nada más que una solución provisional para efectuar la transición desde la vida en el mundo hasta una vida en el Mas Allá, que sigue siendo aún su único propósito. Un Yoga integral debe inclinarse más bien hacia el mandato del Gita, en el sentido de que incluso el alma ya liberada que vive en la Tierra, ha de efectuar todas las obras de la vida de modo que el plan de la evolución universal conducido bajo una secreta guía divina no languidezca ni se resienta. Pero si todas las obras han de hacerse con las mismas formas y en la misma línea, tal como se efectúan ahora en la Ignorancia, nuestro logro es solo hacia adentro y nuestra vida está en peligro de convertirse en la fórmula dudosa y ambigua de una Luz interior que realiza las obras de un Crepúsculo, es decir, el Espíritu perfecto que se expresa en un molde de imperfección ajeno a su propia naturaleza divina. Si por un tiempo no puede hacerse nada mejor –y durante un largo periodo de transición sucede inevitablemente algo de esto-, entonces eso debe mantenerse así hasta que las cosas estén listas y el espíritu interior tenga bastante potencia como para imponer sus propias formas en la vida del



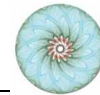
cuerpo y en el mundo externo; pero esto puede aceptarse solo como etapa de transición y no como ideal de nuestra alma, ni como meta última del pasaje.

Por la misma razón, la solución ética es insuficiente, pues una regla ética pone meramente un freno en la boca de los caballos indómitos de la Naturaleza y ejerce sobre ellos un control difícil y parcial, pero no tiene poder para transformar la Naturaleza de modo que ella pueda moverse, con segura libertad, para satisfacer las intuiciones que proceden de un autoconocimiento divino. A lo más, la solución ética consiste en trazar límites, reprimir al demonio, poner un muro de seguridad relativa y muy dudosa en torno a nosotros. Este o un dispositivo similar de autoprotección puede ser necesario por un tiempo en una vida ordinaria o en el Yoga, pero en el Yoga solo puede ser el signo de una transición. Una transformación fundamental y una amplitud pura de la vida espiritual son el objetivo que se alza ante nosotros, y si hemos de alcanzarlo, debemos hallar una solución más honda, un principio dinámico más seguro y superior al ético. Ser espiritual en la vida interior, ético en la vida externa, esta es la solución religiosa ordinaria, pero esto es solo un compromiso; la meta que buscamos es la espiritualización del ser interior y de la vida externa y no un compromiso entre la vida y el espíritu. Tampoco nos es de utilidad alguna la confusión humana de los valores que impide la distinción entre la espiritualidad y la moralidad, e incluso reclama que el elemento moral es el único elemento espiritual de nuestra naturaleza, porque la ética es un control mental y la errónea mente limitada no es ni puede ser el Espíritu libre y siempre luminoso. Es igualmente imposible aceptar la creencia que convierte a la vida en el único objetivo, toma sus elementos fundamentalmente como son y solo reclama una luz semi-espiritual o pseudo-espiritual para que la inunde y embellezca. Asimismo, es inadecuado el intento muy frecuente de una mala alianza entre lo vital y lo espiritual, entre una experiencia mística interior y un paganismo embellecido, intelectual y sensual o un exaltado hedonismo externo apoyándose en la experiencia mística y satisfaciéndose en el resplandor de una aprobación espiritual, pues este también es un compromiso precario y jamás exitoso, y dista de la Verdad divina y de su integridad, tanto como su opuesto Puritanismo. Todas estas son tambaleantes soluciones de la falible mente humana que intenta, a tientas, un acuerdo entre las elevadas cimas espirituales y el nivel inferior de las motivaciones mentales y vitales ordinarias. Cualquiera que sea la verdad parcial que se esconda detrás de estos<sup>1</sup>, esa verdad solo puede aceptarse cuando se haya elevado al nivel espiritual, acreditándose esto a la luz de la Verdad-Consciencia suprema y limpiándose la mancha y el error de la Ignorancia.

En definitiva, puede afirmarse con seguridad que cualquier solución ofrecida no es sino provisional hasta que se alcance una Verdad-Consciencia Supramental por la que las apariencias de las cosas se pongan en su sitio expresándose en su esencia y en lo derivado directamente de la esencia espiritual. Mientras tanto, nuestra única seguridad es hallar una ley -guía de experiencia espiritual- o liberar una luz interior que nos pueda guiar en el

---

<sup>1</sup> Referido a los niveles inferiores de la mente, vital y cuerpo.



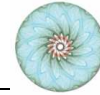
camino hasta que alcancemos, por encima de nosotros<sup>1</sup>, esa Verdad-Consciencia mayor y directa o esta nazca dentro de nosotros. Porque, fuera de esta guía y experiencia espiritual, todo lo que nos pertenece y es solo externo pueden detenernos y confundirnos y todo lo que no es un sentido o visión espirituales, tales como las construcciones, representaciones o conclusiones del intelecto, las sugerencias o instigaciones de la fuerza-Vital, las necesidades positivas de las cosas físicas son a veces semiluces, a veces falsas luces que, como mucho, solo pueden servir como un destello o servir poco. La ley-guía de la experiencia espiritual solo puede llegar mediante una apertura de la consciencia humana a la Consciencia Divina; debe existir el poder de recibir en nosotros la acción, el gobierno y la presencia divina de la Divina Shakti<sup>2</sup>, sometiéndonos a su control; esa sumisión y ese control procuran la guía. Pero si la sumisión no es completa no hay absoluta certeza de la guía, porque permanecemos sitiados por formaciones mentales, impulsos vitales e instigaciones del ego que fácilmente pueden traicionarnos y ponernos en manos de una falsa experiencia. Este peligro solo puede ser contrarrestado mediante la apertura del alma recóndita o del ser psíquico, escondido ahora en unas nueve décimas partes, que ya está allí, pero por lo general no está activo dentro de nosotros. Esa es la luz interior que debemos liberar; pues la luz de esta alma escondida es nuestra única iluminación segura mientras caminamos todavía en medio del acecho de la Ignorancia y mientras la Verdad-Consciencia no asuma el control integral de nuestro esfuerzo hacia el encuentro con Dios. Por una parte, la Fuerza Divina actúa en nosotros bajo las condiciones de la limitación de la transición y, por otra, la luz del ser psíquico nos vuelve siempre hacia una obediencia, consciente y vidente, a ese impulso superior y nos aparta de las exigencias e instigaciones de las Fuerzas de la Ignorancia. Ambos, la Fuerza Divina y el ser psíquico, crean entre ellos una ley interior, siempre progresiva, de nuestra acción que continúa hasta que pueda establecerse en nuestra naturaleza lo espiritual y supramental. En la transición bien puede haber un periodo en el que vivamos y actuemos ofreciendo a la Divinidad toda la vida y acción como purificación, cambio y liberación de la verdad dentro de ellas; otro periodo es aquel en el que retrocedemos y constituimos un muro espiritual a nuestro alrededor, admitiendo que entren por sus puertas solo las actividades que consientan sufrir la ley de la transformación espiritual en la que nuevamente es posible en un tercio una acción libre y omniabarcante, pero con nuevas formas aptas para la cabal verdad del Espíritu. Sin embargo, estas cosas no serán decididas por regla mental sino a la luz del alma dentro de nosotros y mediante la fuerza ordenadora y guía progresiva del Poder Divino que, secreta o abiertamente, primero impulsa, luego empieza claramente a controlar y ordenar y, por último, toma todo el peso del Yoga.

De acuerdo con el triple carácter del sacrificio podemos dividir las obras también en un orden triple: las obras del Conocimiento, las obras del Amor, las obras de la Voluntad-en-la-Vida, y ver cómo esta regla espiritual mas flexible se

<sup>1</sup> El ascenso de una mente trascendida hacia la Verdad Trascendente que está por encima de nosotros.

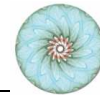
<sup>2</sup> La Divina Shakti es el Poder y la Fuerza descendentes del Divino a nosotros, su poder que actúa sobre el ser humano y el universo. También es llamada la Madre Divina.





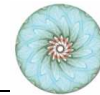
aplica a cada sector y efectúa la transición desde la naturaleza inferior a la superior.

Desde el punto de vista del Yoga es natural dividir en dos categorías las actividades de la mente humana en la búsqueda del conocimiento. Por una parte está el conocimiento supraintelectual supremo que se concentra en el descubrimiento del Uno e Infinito en su trascendencia o procura penetrar en las verdades últimas detrás de las apariencias de la Naturaleza mediante intuición, contemplación y contacto interior directo; por otra parte está la ciencia inferior que se establece sobre un conocimiento externo de los fenómenos, los disfraces del Uno e infinito como se nos aparece a través de las formas más exteriores de la manifestación del mundo que nos rodea. Estos dos ámbitos, superior e inferior, que han sido contruidos y concebidos por los seres humanos dentro de los ignorantes límites de la mente, se separan, con cierta claridad, al desarrollarse. Por una parte, la filosofía reclamó siempre fijar la Verdad última como su objetivo, a veces de una manera espiritual o al menos intuitiva, a veces abstracta e intelectual, a veces experiencia espiritual intelectualizadora o sosteniendo con un aparato lógico los descubrimientos del espíritu. Pero, la Filosofía intelectual, por su hábito de abstracción, pocas veces fue un poder para la vida, aunque no se separase, en cimas metafísicas enrarecidas, del conocimiento que pertenece al mundo práctico y a la consecución de objetivos efímeros. A veces fue poderosa para la alta especulación, persiguiendo la Verdad mental por ella misma, sin ninguna utilidad ni objeto posteriores; a veces, como sutil gimnasia de la mente en una opaca tierra confusamente brillante de palabras e ideas, pero caminando o haciendo acrobacias lejos de las más tangibles realidades de la existencia. La antigua Filosofía europea fue más dinámica, pero solo para unos pocos. En la India, en sus formas más espiritualizadas, influyó vigorosamente, pero sin transformar la vida de la humanidad. La religión no intentó, como la Filosofía, vivir sola en las alturas. Su objetivo consistió en dominar más las partes vitales del ser humano que las partes mentales, llevándolas hacia Dios: aspiró a construir un puente entre la Verdad espiritual y la existencia vital y material y se esforzó en subordinar y reconciliar lo inferior con lo superior, puso la vida al servicio de Dios, hizo que la Tierra obedeciera al Cielo. Ha de admitirse que, demasiado frecuentemente, este esfuerzo necesario tuvo el resultado opuesto de convertir al Cielo en aprobación de los deseos de la tierra, pues continuamente la idea religiosa se convirtió en excusa para adorar y servir al ego humano. La religión, abandonando constantemente su pequeño núcleo brillante de experiencia espiritual, se perdió en la oscura masa de sus siempre expansivos y ambiguos compromisos con la vida; al intentar satisfacer a la mente pensante, logró más a menudo oprimirla o encadenarla a una masa de dogmas teológicos; intentando atrapar al corazón humano, cayó en los pozos del emocionalismo y sensacionalismo pietista; en el acto de incorporar la naturaleza vital del ser humano para dominarla, creció viciada y fue presa de todo fanatismo, de furia homicida, de giro salvaje y áspero favorecedor de la opresión, de la proliferante falsedad, de un obstinado apego a la ignorancia por la que se inclina la naturaleza vital; su deseo de atraer lo físico del ser humano hacia Dios la traicionó encadenándola a un mecanismo eclesiástico, a una



ceremonia hueca y a un ritual sin vida. Las corrupciones de los mejores produjo lo peor por esa extraña química del poder de la vida que genera mal del bien, así como también puede generar bien del mal. Al mismo tiempo, en un vano esfuerzo de autodefensa contra esta caída, la Religión tendió a cortar la existencia en dos categorías opuestas mediante una división de lo espiritual y lo terrenal, lo religioso y lo mundano, lo sagrado y lo profano; pero esta distinción defensiva se volvió convencional y artificial, y más bien agravó que curó la enfermedad. Por el otro lado, la Ciencia, el Arte y el conocimiento de la vida, aunque al principio sirvieran y vivieran a la sombra de la Religión, terminaron por emanciparse, se volvieron extraños u hostiles, o se apartaron con indiferencia, menosprecio o escepticismo de la irrealidad a las que aspiran la Filosofía metafísica y la Religión, porque a la ciencia le parecían alturas frías, estériles, distantes o insustanciales e ilusorias. Durante un tiempo, el divorcio fue tan completo como le resultó posible a la unilateral intolerancia de la mente humana, amenazando incluso con extinguir completamente todo intento de conocimiento superior o más espiritual. Sin embargo, en la vida terrena un conocimiento superior es, en verdad, lo único totalmente necesario, y sin él, las ciencias y propósitos inferiores, aunque fructíferos, ricos, libres y milagrosos en cuanto a la abundancia de sus resultados, se convierten con facilidad en un sacrificio ofrecido sin el orden debido y a dioses falsos, corrompiendo y endureciendo, al fin, el corazón del ser humano, limitando sus horizontes mentales, y recluyendo al ser humano en una pétrea prisión material o conduciéndolo a una frustrante incertidumbre y desilusión finales. Por encima de la brillante fosforescencia de un semiconocimiento nos aguarda un estéril agnosticismo que es aún Ignorancia.

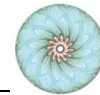
Un Yoga volcado hacia una realización integral del Supremo no desdeñará las obras ni siquiera los sueños, si lo son, del Espíritu Cósmico, ni se retraerá ante el espléndido trabajo y la victoria multilateral que se asignó a la criatura humana. Pero su primera condición para conseguir este magnífico objetivo es que nuestras obras en el mundo también deben ser parte del sacrificio ofrecida al Supremo y a nadie más, a la Divina Shakti y a ningún otro Poder, con espíritu y conocimiento rectos, por el alma libre y no por el hipnotizado esclavo de la Naturaleza material. Si ha de efectuarse una división de las obras, ha de serlo entre las que están mas próximas al corazón de la llama sagrada y las que son menos tocadas o iluminadas por ella porque están a mayor distancia, o entre el combustible que arde fuerte o brillantemente y los leños que, si están demasiado densamente amontonados sobre el altar, pueden impedir que el fuego arda por causa de su abundancia húmeda, pesada y difusa. Mas, de otro modo, a parte de esta división, todas las actividades del conocimiento que buscan o expresan la Verdad son, en sí mismas, materiales correctos para una ofrenda completa; nadie debe necesariamente ser excluido de la amplia estructura de la vida divina. Puede ser medio de realización divina o de formación divina todo lo que expresa o representa o es realización de algo del juego del Infinito y en la medida en que lo hace: las ciencias mentales y físicas que examinan leyes, formas y procesos de las cosas, las que se refieren a la vida de seres humanos y animales, a lo social, político, lingüístico e histórico, y las que procuran conocer y controlar el



trabajo y la actividad por los que el ser humano somete y utiliza su mundo y su medio, y las Artes nobles y bellas que a la vez son trabajo y conocimiento — pues todo poema, cuadro, estatua o edificio bien confeccionados y significativos, son un acto del conocimiento creador, un descubrimiento viviente de la consciencia, una figura de la Verdad, una forma dinámica de autoexpresión o expresión mundana mental y vital—. Pero el Yogui tiene que apreciar que ya no es parte de una vida mental ignorante; solo puede aceptar ese juego si, mediante sentimiento, recuerdo y dedicación, se convierte en movimiento de la consciencia espiritual y en una parte de su vasta captación del conocimiento iluminador abarcante.

Pues todo ha de hacerse como sacrificio, todas las actividades deben tener por objeto y núcleo de su significado al Uno Divino. El objetivo del Yogui, en las ciencias que intentan conocimiento, ha de ser descubrir y entender las obras de la Consciencia-Pujanza Divina en el ser humano, en las criaturas, en las cosas y en las fuerzas, en sus significaciones creativas, en su ejecución de los misterios y los símbolos con los que la Consciencia ordena su manifestación. El objetivo del Yogui en las ciencias prácticas, mentales, físicas, ocultas o psíquicas, ha de ser entrar en las sendas de la Divinidad y sus procesos, conocer los materiales y medios para el trabajo dado a nosotros de modo que podamos usar ese conocimiento para una expresión consciente y perfecta del dominio, dicha y autorrealización espirituales. El objetivo del Yogui en las Artes no ha de ser gratificación estética, mental o vital, sino expresar al Uno Divino en los dioses, los seres humanos, las criaturas y los objetos, porque puede ver a Dios por doquier y adorarlo mediante una revelación del significado de sus obras. Pues cuanto más amplia y abarcante es su visión, más contiene en sí el sentido de la Divinidad oculta en la humanidad y en todas las cosas, y emerge a la vida espiritual más allá de una superficial religiosidad, y el Arte emanado de la elevada motivación será más luminoso, flexible, profundo y poderoso. El Yogui se distingue de los demás seres humanos porque vive en una consciencia espiritual superior y más vasta; toda su obra del conocimiento y de creación debe entonces manar de allí; la obra no debe hacerse mentalmente, pues ha de expresar una verdad y visión mayores que las de la mente humana, o más bien la obra debe expresarse a través de él, realizándola, no para su satisfacción personal, sino con una finalidad divina.

Al mismo tiempo, el Yogui que conoce al Supremo no está sujeto a ninguna necesidad ni compulsión en estas actividades; pues para él no son ni deber ni ocupación necesaria para la mente, ni para una elevada diversión, ni impuesta para el más sublime propósito humano. No está apegado, atado ni limitado por nada, ni tiene motivo personal alguno de fama, grandeza o satisfacción personal en estas obras; puede dejarlas o asumirlas según lo quiera la Divinidad que está en él, pero no necesita abandonarlas en su búsqueda del conocimiento integral superior. Hace estas cosas tal como el Poder supremo actúa y crea, para cierta dicha espiritual de creación y expresión o para ayudar a la unión, al correcto ordenamiento o a la dirección de este mundo de las obras divinas. El Gita enseña que el ser humano del conocimiento con su modo de vivir dará, a quienes aún no tienen la consciencia

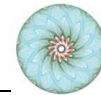


espiritual, el amor y el hábito de todas las obras y no solo de las acciones reconocidas como piadosas, religiosas o ascéticas en su carácter; con su ejemplo no apartará a los seres humanos de la acción mundana, ya que el mundo debe proseguir con su gran aspiración ascendente; los seres humanos y las naciones no deben tender a caer de una actividad ignorante en una ignorancia peor de inacción, ni sumirse en esa miserable desintegración y tendencia disolutiva que se abate sobre comunidades y pueblos donde predomina el principio tamásico, es decir, el principio de oscura confusión, error, fatiga e inercia. *“Pues Yo tampoco”, dice el Señor en el Gita, “tengo necesidad de realizar obras, pues no hay nada que no tenga o deba lograr para mi; sin embargo, realizo obras en el mundo; pues si no lo hiciera, todas las leyes caerían en la confusión, los mundos se hundirían en el caos y yo sería el destructor de estas gentes”.* La vida espiritual no necesita, para ser pura, destruir el interés hacia todas las cosas, ni cortar de raíz las Ciencias, las Artes y la Vida. Por el contrario, bien puede ser uno de los efectos de un conocimiento y actividad integrales y espirituales elevarlas de sus limitaciones, sustituir nuestro ignorante, limitado, tibio o agitado placer de la mente en ellas con un libre, intenso y elevador impulso de deleite, suministrando una nueva fuente de poder e iluminación creadores y espirituales mediante los cuales puedan llevarse nuestros actos más rápida y profundamente hacia su luz absoluta en el conocimiento, hacia sus inimaginadas posibilidades y hacia su energía más dinámica de contenido, forma y práctica. Lo único necesario debe perseguirse primero y siempre<sup>1</sup>; pero todo lo demás viene con ello como su consecuencia y no es algo añadido a nosotros sino recuperado y reformado en su autoluz y como porciones de su fuerza autoexpresiva.

Esta es la verdadera relación entre el conocimiento divino y el conocimiento humano; no es una separación en campos diferentes (sagrado y profano), el por qué de la diferencia, sino la diferente naturaleza de la consciencia que está detrás de la obra. La ordinaria consciencia mental de la que procede el conocimiento humano se interesa en los ámbitos exteriores o niveles superiores de las cosas<sup>2</sup>, se ocupa en el proceso, en los fenómenos en sí o en alguna utilidad superficial o satisfacción mental o vital del Deseo o de la Inteligencia. Pero la misma actividad del conocimiento puede convertirse en parte del Yoga si procede de la consciencia espiritual o espiritualizante que busca y descubre, en todo lo que supervisa o penetra, la presencia del Eterno Intemporal y los medios de manifestación del Eterno en el Tiempo. Es evidente que la necesidad de concentración indispensable para la transición desde la Ignorancia puede hacer necesario, para quien busca la perfección, reunir sus energías concentrándolas solamente en lo que ayude a la transición, dejando de lado o subordinando por el momento todo lo que no se dirija directamente hacia el objetivo único. Puede descubrir que este o aquel propósito del conocimiento humano con el que acostumbra a tratar, mediante el poder superficial de la mente, aún lo saca, en razón de esta tendencia o hábito, de las

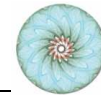
<sup>1</sup> Lo único necesario es *“actuar tal como el Poder supremo actúa y crea, para cierta dicha espiritual de creación y expresión o para ayudar a la unión, al correcto ordenamiento o a la dirección de este mundo de las obras divinas, sin pretensión o interés personal alguno”.*

<sup>2</sup> Referido a la ciencia y filosofía respectivamente.



profundidades a la superficie o lo baja desde las alturas a las que escaló o a las que se acerca, hasta niveles inferiores. Entonces estas actividades han de suspenderse o descartarse hasta que, asegurado en una consciencia superior, pueda volcar sus facultades en todos los campos mentales; entonces, sujeto a esa luz o sumido en ella, se convierten, por la transformación de su consciencia, en una parte de lo espiritual y divino. Todo lo que no puede transformarse de ese modo o que rehúsa ser parte de una consciencia divina lo abandonará sin vacilación, pero no partiendo de un preconcebido prejuicio acerca de su vacuidad o su incapacidad para ser un elemento de la nueva vida interior. Para estas cosas no puede haber una prueba o principio mental fijo; por lo tanto, no seguirá una norma inalterable, sino que aceptará o rechazará una actividad mental de acuerdo con su sentimiento, intuición o experiencia hasta que el Poder y Luz mayores le indiquen inequívocamente qué debe aprobar o rechazar para que nuestras actividades sean expresión de la labor divina.

Cómo tendrá lugar o mediante qué etapas se producirá esta progresión y cambio dependerá de la forma, necesidad y poderes de la naturaleza individual. En el dominio espiritual la esencia es siempre una, pero, con todo, hay una infinita variedad y, de cualquier modo en el Yoga integral, la rigidez de una norma mental estricta y precisa raras veces resulta aplicable; pues hasta cuando caminamos en la misma dirección, dos naturalezas no avanzan exactamente en igual sentido, según la misma serie de pasos o con etapas cabalmente idénticas en cuanto a su progreso. Sin embargo, puede decirse que una lógica sucesión de los estados del progreso se hallaría en alto grado en este orden. Primero, hay un gran giro en el que todas las actividades mentales naturales propias de la naturaleza individual son dirigidas o referidas a un punto de apoyo superior y dedicadas por el alma en nosotros (el ser psíquico, el sacerdote del sacrificio), al servicio divino. Después, hay un movimiento de ascenso del ser y un descenso de la Luz y el Poder correspondientes a una nueva altura de la consciencia alcanzada mediante el esfuerzo ascendente en su acción total del conocimiento. Puede haber aquí una fuerte concentración en el cambio central interno de la consciencia y un abandono de una gran parte de la vida mental extrovertida o su relegación a un lugar pequeño y subordinado. En diferentes etapas, esta mentalidad extrovertida o partes de ella pueden ser llevadas a apreciar en qué medida la más nueva consciencia interior psíquica y espiritual puede ser introducida en sus movimientos; pero esa compulsión del temperamento o la naturaleza que, en los seres humanos, necesita una clase de actividad u otra, como si fuera parte casi indispensable de la existencia, disminuirá y eventualmente no quedará apego ni compulsión inferior, ni se sentirá en parte alguna fuerza impulsora. Solo interesará la Divinidad, la Divinidad sola será la única necesidad del ser todo; si hay alguna compulsión a la actividad no será de deseo implantado ni de fuerza de la Naturaleza, sino del impulso luminoso de una Conciencia-Fuerza mayor que se convierte cada vez más en el único poder motor de la existencia toda. Por otra parte, es posible en cualquier periodo del progreso espiritual interior experimentar más bien una extensión que una restricción de las actividades; puede haber una apertura de las nuevas



capacidades de la creación mental y nuevos sectores del conocimiento mediante el contacto milagroso de Yoga-Shakti. Donde antes no aparecía nada puede despertar un sentimiento estético, el poder de la creación milagroso en un campo o muchos campos juntos, el talento o el genio de la expresión literaria, una facultad de pensamiento metafísico, cualquier poder de la vista, del oído, de la mano o de la facultad mental. La divinidad interior puede lanzar esta latente riqueza desde las profundidades en las que se escondía o una Fuerza desde lo alto puede volcar sus energías para equipar a la naturaleza instrumental<sup>1</sup> en orden a la actividad o a la creación de lo que pretende convertirse en canal o constructor. Pero cualquiera que sea el método o el curso del desarrollo escogido por el oculto Maestro del Yoga, la culminación común de esta etapa es su consciencia creciente en lo alto, motora, decididora y conformadora de todos los movimientos de la mente y de todas las actividades del conocimiento.

Hay dos signos de la transformación de la mente del conocimiento y de las obras del conocimiento correspondientes a quien busca la perfección, partiendo del proceso de la Ignorancia hacia el proceso de una consciencia liberada que trabaja parcialmente y luego totalmente a la luz del Espíritu. Primero hay un cambio central de la consciencia y una creciente experiencia directa, visión, sentimiento del Supremo y de la existencia cósmica, de la Divinidad en sí y de la Divinidad en todas las cosas; la mente será absorbida por una preocupación creciente con esto que es primero y principal y se sentirá elevándose y ampliándose en un medio cada vez más iluminado de expresión del único conocimiento fundamental. Pero, a su vez, también la Consciencia central asumirá cada vez más las actividades mentales externas del conocimiento, volcándolas en una parte de sí o en un sector anexo; infundirá en ellas su movimiento más auténtico y hará de su mente, cada vez más espiritualizada e iluminada, su instrumento en estos campos superficiales, su nueva conquista, al igual que en su propio imperio espiritual más hondo. Y este será el segundo signo, el signo de cierto completamiento y perfección, de que la Divinidad misma se ha convertido en Conocedora y de que todos los movimientos interiores, incluso las actividades de lo que una vez fue acción mental puramente humana, se han convertido en su campo del conocimiento. Habrá cada vez menos elección, opinión y preferencia individuales, cada vez menos intelectualización, combinación mental y trabajo cerebral de galeote; una Luz interior verá todo lo que ha de verse, conocerá todo lo que ha de conocerse, desarrollará, creará y organizará. El Conocedor interior será quien en la mente liberada y universalizada del individuo hará las obras del conocimiento omniabarcante.

Estos dos cambios son los signos de una primera realización en la que las actividades de la naturaleza mental se elevan, espiritualizan, se amplían, universalizan, liberan y enderezan hacia una comprensión de su verdadera Finalidad como instrumento de la Divinidad que crea y desarrolla su manifestación en el universo temporal. Pero este no puede ser el ámbito total

---

<sup>1</sup> Mente, vital y cuerpo.



de la transformación; pues quien busca la perfección integral no puede quedarse dentro de estos límites que restringen su ascensión o reducen la amplitud de su naturaleza. Porque, de ser así, el conocimiento continuaría siendo obra de la mente -liberada, universalizada y espiritualizada-, pero aún, como lo es toda mente, restringida, relativa e imperfecta en la esencia misma de su dinamismo. Esta mente reflejaría luminosamente las grandes construcciones de la Verdad, pero no se movería en el dominio donde la Verdad es auténtica, directa, soberana e innata. Aún queda por efectuar una ascensión desde esta altura, por la que la mente espiritualizada se supere y transmute en un poder supramental del conocimiento. Ya en el proceso de espiritualización habrá empezado a salir de la pobreza brillante del intelecto; escalará sucesivamente los ámbitos puros y amplios de una mente superior y luego las resplandecientes zonas de una libre inteligencia todavía mayor, iluminada con una Luz de lo alto. En este punto empezará a sentir más libremente, a admitir con una respuesta menos mixta<sup>1</sup> los radiantes inicios de la Intuición, no iluminada sino luminosa en sí, verdadera en sí, ya no enteramente mental ni, por lo tanto, sujeta a la abundante entrada del error. Aquí tampoco está el límite, ya que debe traspasar el dominio mismo de esa Intuición y alcanzar la que proviene de la luz primordial de la autoconsciencia del Ser esencial. Pues detrás de la Mente hay una Sobremente, un Poder más original y dinámico que sostiene a la Mente, a la que la sobremente ve como radiación disminuida de sí, a la que usa como correa de trasmisión del paso descendente o como instrumento de las creaciones de la Ignorancia. El último paso de la ascensión sería traspasar la Sobremente misma o acceder al origen aún mayor de esta, es decir, la conversión de la Sobremente a la luz supramental de la Gnosis Divina<sup>2</sup>. Pues allí, en la Luz supramental, se aposenta la Verdad-Consciencia divina que tiene allí innato, como ninguna otra consciencia inferior puede tenerlo, el poder de organizar las obras de una Verdad que ya no está empañada por la sombra de la Inconsciencia e Ignorancia cósmicas. La lejana pero ineludible meta suprema del Yoga integral es alcanzar y luego hacer descender un dinamismo supramental que pueda transformar la Ignorancia.

En la medida en que la luz de cada uno de estos poderes superiores se vuelca sobre las actividades humanas del conocimiento, se desvanece progresivamente, hasta anularse finalmente, por intrascendente, cualquier distinción entre sagrado y profano, humano y divino; puesto que quienquiera que sea tocado y penetrado completamente por la Gnosis Divina se transfigura y se convierte en movimiento de esa propia Luz y Poder, libre de la turbiedad y limitaciones de la inteligencia inferior. El camino de la liberación no es la separación de algunas actividades, sino la transformación de todas ellas mediante el cambio de la consciencia informante; el sendero es un ascenso del sacrificio del conocimiento hacia una Luz y Fuerza cada vez mayores. Todas las obras de la mente y el intelecto deben primero elevarse y ampliarse; luego iluminarse y ascender al dominio de una Inteligencia superior; después traducirse en las obras de una mayor Intuición no mental; luego transformarse

<sup>1</sup> Mezcla de intuición con mente ordinaria.

<sup>2</sup> Conocimiento, Consciencia, Verdad divinas.



nuevamente en las irradiaciones dinámicas del resplandor Sobremental, para transfigurarse después en la luz y soberanía plenas de la Gnosis supramental. Esto es lo que la evolución de la consciencia en el mundo prefigura latentemente en su simiente y la muy intensa intención de su proceso; y ese proceso, esa evolución tampoco pueden cesar hasta que hayan evolucionado los instrumentos hasta lograr una manifestación perfecta en lugar de su ahora imperfecta manifestación del Espíritu.

Si el conocimiento es el poder mas vasto de la consciencia y su función es liberar e iluminar, con todo, el amor<sup>1</sup> es el más hondo e intenso y su privilegio consiste en guardar la clave de los más profundos y secretos recovecos del Misterio Divino. El ser humano, debido a que es un ser mental, tiende a dar máxima importancia a la mente pensante y su razón y a la voluntad que la mente pensante mueve y este es su medio de aproximarse y efectivizar la Verdad e, incluso, se inclina a creer que no hay otro camino para ello. El corazón con sus emociones e incalculables reacciones es para su visión intelectual un poder oscuro, incierto y a menudo peligroso y descarriado que necesita ser controlado por la razón, la voluntad mental y la inteligencia. Sin embargo, en el corazón o detrás de él, hay una luz mística más profunda que, si no es lo que llamamos intuición -pues aquella, aunque no es mental, desciende a través de la mente-, tiene contacto directo con la Verdad y está más próxima a la Divinidad que el intelecto humano orgulloso de su conocimiento. De acuerdo con la antigua doctrina, la Divinidad inmanente, el oculto Purusha<sup>2</sup>, se aposenta en el corazón místico<sup>3</sup> -la cueva secreta del corazón, *hrdaye guháyám*, como lo señalan los Upanishads-, y de acuerdo con la experiencia de muchos Yoguis, de sus profundidades llega la voz o el aliento del oráculo interior.

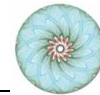
Pero existe una ambivalencia en el corazón, porque mientras el corazón espiritual busca la verdad, el corazón emotivo se ata a la ceguera vital. Porque los seres humanos son, a menudo, conducidos por un corazón de emoción vital similar al de los animales, aunque desarrollado con mayor variedad; sus emociones son gobernadas por la pasión egoísta, por los ciegos afectos instintivos y por todo el juego de los impulsos vitales con sus imperfecciones, perversiones y degradaciones a menudo sórdidas; es un corazón asediado y entregado a la concupiscencia, a los deseos, a las iras, a las exigencias intensas o feroces o a las pequeñas codicias y minúsculas mezquindades de una fuerza vital oscura, caída y rebajada por su esclavitud de cualquier impulso. Esta mezcla del corazón emotivo con el hambre vital de sensaciones crea en el ser humano una falsa alma del deseo; este es el burdo y peligroso elemento del que la razón apropiadamente desconfía y, por ello, siente la necesidad de controlarlo, aunque el control real o más bien la coacción que logra establecer sobre nuestra naturaleza vital primaria sigue siendo siempre muy incierta y engañosa. Pero el alma verdadera del ser humano no está allí;

<sup>1</sup> Pasamos de las obras del conocimiento a las obras del amor.

<sup>2</sup> Purusha: Espíritu.

<sup>3</sup> El corazón espiritual, situado en el cuerpo sutil, en la parte posterior del cuerpo a la altura del pecho. Es la sede de nuestro ser psíquico o alma.





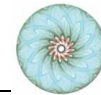
está en el verdadero corazón invisible oculto en alguna cueva luminosa de la naturaleza; allí, bajo alguna infiltración de la Luz divina está nuestra alma, un ser recóndito y silencioso del que pocos tienen consciencia; pues aunque todos tienen alma, pocos son conscientes de su alma verdadera o sienten su impulso directo. Allí mora la pequeña chispa de la Divinidad que sostiene la oscura masa de nuestra naturaleza y en torno a ella crece el ser psíquico, el alma formada o el Ser humano real dentro de nosotros. En la medida en que este ser psíquico crece en él y el movimiento del corazón refleja sus sugerencias e impulsos, el ser humano toma cada vez más consciencia de su alma, deja de ser animal superior y, al vislumbrar la deidad dentro de él, admite cada vez más sus insinuaciones de una vida y consciencia más profundas y acepta su impulso hacia las cosas divinas. Uno de los momentos decisivos del Yoga integral es cuando este ser psíquico liberado, salido del velo impuesto por nuestro ser frontal, puede volcar el pleno torrente de sus insinuaciones, visiones e impulsos sobre la mente, la vida y el cuerpo del ser humano, empezando a preparar la construcción de la divinidad en la naturaleza terrena<sup>1</sup>.

Así como en las obras del conocimiento, de igual modo, al tratar las obras del corazón<sup>2</sup>, estamos obligados a efectuar una distinción preliminar entre las dos categorías de actos: aquellos que son movidos por el alma verdadera, que ayudan a su liberación y gobiernan la naturaleza; y los que se vuelcan a la satisfacción de la naturaleza vital impurificada. Pero, las distinciones esbozadas ordinariamente en este sentido son de escasa utilidad para la finalidad profunda o espiritual del Yoga. Se puede efectuar, de esta manera, una división entre las emociones religiosas y los sentimientos mundanos y puede imponerse, como norma de vida espiritual, que solo han de cultivarse las emociones religiosas, y deben rechazarse todos los sentimientos y pasiones mundanos, apartándolos de nuestra existencia. En la práctica esto significaría la vida religiosa del santo o adepto, solo enfocado a la Divinidad o relacionado únicamente con los demás en un común amor divino o, a lo más, derramando las fuentes de un amor sagrado, religioso o piadoso sobre el mundo exterior. Pero la emoción religiosa también es invadida constantemente por la confusión y la oscuridad de los movimientos vitales y, a menudo, es burda o estrecha o fanática, y mezclada con movimientos que no son signos de perfección espiritual. Y es evidente que hasta una intensa imagen de santidad afianzada sobre rígidas líneas hieráticas difiere mucho del vasto ideal de un Yoga integral. Es imprescindible una relación psíquica y emocional mayor con Dios y el mundo, honda y flexible en su esencia, amplia y abarcante en sus movimientos y capaz de asumir en su extensión la totalidad de la vida.

La mente laica del ser humano, cuya base es el sentido ético, aportó una fórmula más amplia; pues distingue entre las emociones aprobadas por el sentido ético y las que son egoístas e interesadamente ordinarias y mundanas. Según esto, nuestro ideal ha de consistir en las obras de altruismo, filantropía,

<sup>1</sup> Se refiere a la manifestación del ser psíquico en el ser humano.

<sup>2</sup> Hasta ahora Sri Aurobindo nos ha hablado de las obras del conocimiento y ahora nos habla de las obras del corazón. Recordamos el camino triuno explicado con anterioridad en el que en el Yoga de las Obras están implicados el Yoga del Conocimiento y el Yoga del Amor o Devoción.

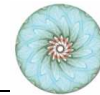


compasión, benevolencia, humanitarismo, servicio y esfuerzo en favor del bienestar humano y de todas las criaturas; liberarse del egoísmo y crecer en un alma auto-abnegada que viva solo o principalmente para los demás o para la humanidad en su totalidad, es el camino de la humana evolución interior según esta doctrina. O si esto es demasiado laico y mental para satisfacer a la totalidad de nuestro ser, puesto que hay una nota religiosa y espiritual más honda que queda sin considerar por la fórmula humanitaria, se le puede añadir un fundamento ético-religioso -y tal fue en verdad su base original-. Al culto interior a la Divinidad o al Supremo mediante la devoción del corazón o a la búsqueda del Inefable yendo en busca de un conocimiento supremo puede añadirse un culto a través de las obras altruistas o una preparación a través de actos de amor, benevolencia, servicio hacia la humanidad o hacia quienes nos rodean. Ciertamente, mediante el sentido ético-religioso fue creada la ley de la buena voluntad universal o de la compasión universal o del amor y servicio para con el prójimo: el ideal Vedántico, Budista y Cristiano; solo por una suerte de congelamiento laico, que extinguió el fervor de su elemento religioso, el ideal humanitario pudo desvincularse convirtiéndose en el plano supremo de un sistema laico de ética mental y moral. Pues en el sistema religioso esta ley de las obras es un medio que cesa cuando se cumple su objetivo o se trata una cuestión secundaria; es parte del culto por el cual se adora y busca a la Divinidad o es un penúltimo paso de la extirpación del yo en el pasaje hacia el Nirvana. Sin embargo, el ideal laico humanitario se vuelca sobre el objetivo por sí mismo<sup>1</sup>; se vuelve signo de perfección moral del ser humano, o es condición de la felicidad del ser humano en la tierra, de una sociedad mejor y de una más unificada vida humana. Más ninguna de estas cosas satisface al alma situada ante nosotros por el Yoga integral.

El altruismo, la filantropía, el humanitarismo y el servicio son flores de la consciencia mental y, a lo más, representan la fría y pálida imitación mental de la llama espiritual del Amor Divino universal. Al no liberarnos verdaderamente del ego, lo amplían al máximo, ofreciéndole una mayor satisfacción; impotentes para practicar un cambio de la vida y naturaleza vitales y humanas, solo la modifican suavizando su acción y embadurnando su inmutable esencia egoísta<sup>2</sup>. O si son seguidos con intensidad y entera sinceridad en la acción, ello ocurre por una exagerada amplificación de una sola parte de nuestra naturaleza; en esa exageración no puede haber una clave para la evolución divina plena y perfecta de las muchas partes de nuestro ser individualizado hacia el Eterno universal y trascendente. Tampoco el ideal ético-religioso puede ser guía suficiente, pues se trata de un compromiso o pacto de concesiones mutuas, para sostenerse mutuamente, entre un impulso religioso que procura un más íntimo dominio terrenal asumiendo en sí los giros superiores de la naturaleza humana común y un impulso ético que espera elevarse de su aspereza y aridez mentales mediante algún toque de fervor religioso. Al efectuar este pacto, la religión desciende al nivel mental, heredando las imperfecciones mentales inherentes y su incapacidad para transformarse y transformar la vida. La mente es el campo de las dualidades y,

<sup>1</sup> Altruismo, filantropía, compasión, etc. considerados como valores en sí mismos.

<sup>2</sup> Se refiere al altruismo, la filantropía, el humanitarismo, etc.



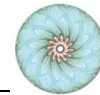
así como le es imposible lograr cualquier Verdad absoluta sino solo verdades relativas o mezcladas con el error, de igual modo le resulta imposible lograr cualquier bien absoluto; pues el bien moral existe como contraparte y correctivo del mal y tiene siempre al mal como su sombra, su complemento y casi su razón de la existencia. Mas la consciencia espiritual pertenece a un plano superior al mental y en este plano cesan las dualidades pues en él la falsedad y el mal están obligados a perecer y a cesar por falta de sustento, ya que es en el plano mental donde la falsedad se enfrenta a la verdad sacando provecho de ella mediante su creciente falsificación y el mal se enfrenta con el bien pervirtiéndolo y sustituyéndolo. El Yoga integral, al rehusar depositar su confianza sobre la frágil materia de los ideales mentales y morales, pone todo su énfasis en este campo sobre los tres dinámicos procesos centrales: el desarrollo del alma verdadera o ser psíquico para ocupar el sitio del alma falsa del deseo; la sublimación del amor humano en amor divino; y la elevación de la consciencia desde su plano mental hasta el plano espiritual y supramental, por cuyo poder tanto el alma como la fuerza vital pueden librarse íntegramente de los velos y falsedades de la Ignorancia.

La naturaleza misma del alma o del ser psíquico consiste en volverse hacia la Verdad Divina como el girasol lo hace hacia el astro rey; acepta y se adhiere a todo cuanto es divino o dirigido a la divinidad y se aparta de todo cuanto es su perversión o negación, de todo cuanto es falso y no divino. No obstante, el alma, al principio, es solo una chispa y luego una llamita de la deidad encendida en medio de una gran oscuridad; pues la mayor parte está velada en su santuario interior y para desvelarse ha de convocar a la mente, a la fuerza vital y a la consciencia física, persuadiéndolas, lo mejor posible, para que la expresen; por lo común, como mucho, logra cubrir su exterior con su luz interior, modificando con su purificadora fineza sus tenebrosas oscuridades o su mezcla más burda<sup>1</sup>. Hasta cuando hay un ser psíquico formado, capaz de expresarse, en general no se trata sino de una pequeña porción del ser, "no mayor que, lo que en el ámbito corporal es el pulgar humano<sup>2</sup>", según la imagen de los antiguos videntes, y no siempre puede prevalecer contra la oscuridad e ignorante pequeñez de la consciencia física, contra la equivocada seguridad de la mente ni contra la arrogancia y vehemencia de la naturaleza vital. Esta alma está obligada a aceptar la vida humana mental, emotiva y sensitiva tal como es; a aceptar sus relaciones, sus actividades, sus anheladas formas y figuras; ha de esforzarse por liberar e incrementar el elemento divino en toda esta verdad relativa mezclada con el continuo error falsificador: este amor puesto al servicio del cuerpo animal o de la satisfacción del ego vital, esta vida de la humanidad promedio con raros y pálidos atisbos de la Deidad y los más oscuros horrores demoníacos y brutales. Inequívoca en cuanto a la esencia de su voluntad<sup>3</sup>, a menudo, bajo la presión de sus instrumentos, está obligada a someterse a los errores de la acción, a la desorientación sentimental, a la errónea elección personal y a los errores sobre la manera

<sup>1</sup> Referido a la mezcla de luz y oscuridad.

<sup>2</sup> Realiza esta comparación corporal para indicar que el ser psíquico es una realidad embrionaria en nosotros, evolutiva, como una semilla, mucho menor que el fruto que puede llegar a ser.

<sup>3</sup> La esencia de la voluntad del ser psíquico es la búsqueda de la Verdad.



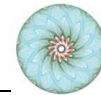
exacta de su voluntad cuando tiene que expresar su inefable ideal interior. Pero, dentro de ella, hay una oráculo que es guía más segura que la razón o incluso que el deseo superior y, a través de errores y tropiezos aparentes, su voz puede aún conducir mejor que el preciso intelecto y el reflexivo juicio mental. Esta voz del alma no es lo que llamamos consciencia<sup>1</sup>, pues esta es solo un equívoco sustituto mental y a menudo convencional<sup>2</sup>; se trata de una llamada más honda, raras veces oída; sin embargo, lo más sabio es seguirla tan pronto se oye; además, es mejor vagar ante el llamamiento de la propia alma que marchar en apariencia directamente con la razón y el consejero moral externo. Mas solo cuando la vida se vuelve hacia la Divinidad, el alma puede en verdad avanzar e imponer su poder sobre los miembros externos; pues al ser una chispa de la Divinidad, su verdadera vida y su razón misma de existencia es aumentar su llama en pos de la Divinidad.

En cierta etapa del Yoga un ser recóndito, oculto en lo interior y solo sentido en sus raras influencias es capaz de avanzar e iluminar el resto, asumiendo la dirección de la sadhana<sup>3</sup> cuando la mente está suficientemente aquietada y ya no se apoya, a cada paso, en la suficiencia de sus certidumbres mentales, cuando lo vital no se afirma y se somete y no insiste ya constantemente sobre su voluntad, exigencia y deseo temerarios, cuando lo físico cambia lo bastante como para no enterrar por completo la llama interior bajo la masa de su exterioridad, oscuridad e inercia. Su carácter es una orientación unidireccional hacia la Divinidad o el Supremo, unidireccional y, sin embargo, flexible en cuanto a la acción y al movimiento; no crea una rígida dirección como el intelecto unidireccional o un fanatismo de la idea o impulso reinante como la unidireccional fuerza vital; en todo momento y con maleable seguridad señala el camino de la Verdad, distingue automáticamente el paso correcto del falso, libera el movimiento divino u orientado hacia Dios de la pegajosa mezcla de lo no divino. Su acción es como la de un reflector que señala todo lo que ha de cambiarse en la naturaleza; tiene en sí una llama de voluntad que insiste en la perfección, en una transmutación profunda de toda la existencia interior y exterior. Ve por doquier la esencia divina pero rechaza la mera máscara y el disfraz de ella. Insiste en la Verdad, voluntad, fortaleza y dominio, en la Dicha, el Amor y la Belleza, pero en una Verdad del Conocimiento esencial que sobrepasa la mera verdad práctica y momentánea de la Ignorancia; en una dicha interior y no en un mero placer vital, pues prefiere un sufrimiento y pesar purificadores antes que satisfacciones degradantes; en el alado amor ascendente, desvinculado de egoístas apetencias, sin sus pies hundidos en el barro; en la belleza restaurada para su sacerdocio interpretativo del Eterno; y en la fortaleza, voluntad y dominio como instrumentos no del ego si no del Espíritu. Su voluntad tiende a la divinización de la vida, a la expresión de una Verdad superior a través de ella y a su dedicación a la Divinidad y al Eterno.

<sup>1</sup> Se refiere a la consciencia mental ordinaria.

<sup>2</sup> Que sigue los modelos de percepción y comportamiento convencionales.

<sup>3</sup> Sadhana: trabajo del yoga.

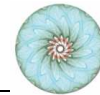


Pero el carácter mas íntimo de lo psíquico es su presión en busca de la Divinidad mediante un amor, dicha y unidad sagrados. Lo que busca más es el Amor divino; su acicate es el Amor divino; es su meta, su estrella de la Verdad que resplandece sobre la luminosa cueva de la naciente o aún oscura cuna de la recién nacida deidad que está en nosotros. En la primera y prolongada etapa de su crecimiento e inmadura existencia se apoya en el amor, afecto, ternura, buena voluntad, compasión y benevolencia terrenales; en todo lo que es belleza, dulzura, fineza, luz, fortaleza y valor; en todo lo que puede ayudar a sutilizar y purificar la densidad y aspereza de la naturaleza humana; pero sabe cuán mezclados están estos movimientos humanos y cuán caídos y estampados están con la marca del ego, de la autoengañoso falsedad sentimental y del ego inferior que saca provecho imitando el movimiento del alma. Al mismo tiempo, al emerger, se siente presto y ávido para romper todas las viejas ataduras e imperfectas actividades emotivas, reemplazándolas con una mayor Verdad espiritual de amor y unidad. Puede aún admitir las formas y movimientos humanos, pero con la condición de que se vuelquen solo hacia el Uno. Acepta solo las ataduras útiles, la afectiva relación con el Gurú, la unión de quienes buscan a Dios, una compasión espiritual para con el ignorante mundo humano y animal y sus pueblos; admite solo la dicha, la felicidad y la satisfacción de la belleza proveniente de la percepción de la Divinidad por doquier. Funde la naturaleza interior en su encuentro con la Divinidad inmanente en el centro secreto del corazón y, cuando se produce su llamada, no lo engañará o apartará de su sagrado anhelo y obediencia a la atracción de la Divinidad interior ningún reproche egoísta, ningún reclamo externo de altruismo, deber, filantropía o servicio. Eleva al ser hasta un Éxtasis trascendente y al elevarse para alcanzar al Uno Supremo está dispuesto a dejar caer de sus alas toda la lastrante atracción del mundo; pero también hace descender este Amor y Beatitud trascendentes para liberar y transformar este mundo de odio, contienda, división, oscuridad y discordante Ignorancia. Se abre a un Divino Amor universal, a una vasta compasión, a un intenso e inmenso anhelo de amor hacia todos, para abarcar a la Madre del Mundo que envuelve y reúne consigo a sus criaturas, a la Divina Pasión inmersa en la noche para redimir al mundo de la Ignorancia universal. No es atraído ni desorientado por imitaciones mentales ni por abuso alguno de estas grandes y profundamente arraigadas verdades de la existencia; las pone en evidencia con su foco detector y convoca a la Verdad íntegra del Amor divino para que cure estas malformaciones, para que libere al amor mental, vital y físico de sus insuficiencias o perversiones, revelándoles su cuota abundante de intimidad, la unidad y el éxtasis ascendente, y el raptó descendente.

El ser psíquico acepta en su lugar<sup>1</sup> todas las verdades ciertas del Amor y de las obras del Amor; pero su llama, siempre hacia arriba, anhela forzar el ascenso de la Verdad desde los grados inferiores a los superiores, puesto que sabe que solo mediante el ascenso a la Verdad suprema y el descenso de esa Verdad suprema, el Amor puede librarse de la cruz y situarse en el trono; pues

---

<sup>1</sup> En el lugar que habían ocupado todas las malformaciones de la ignorancia mental profusamente descritas a lo largo de este capítulo.



la cruz<sup>1</sup> es el signo del Descenso Divino trabado y desfigurado por la línea transversal de una deformación cósmica<sup>2</sup> que convierte la vida en estado de sufrimiento e infortunio. Solo mediante el ascenso a la Verdad original puede remediarse la deformación y pueden restaurarse todas las obras del amor, así como también todas las obras del conocimiento y de la vida para alcanzar una significación divina y convertirse, de ese modo, en parte de una integral existencia espiritual.

---

<sup>1</sup> El descenso de la Verdad (movimiento vertical) es representado por el palo vertical de la cruz y la línea trasversal de la deformación (Ignorancia e Inconsciencia) cósmica es representado por el palo horizontal.

<sup>2</sup> Ignorancia e inconsciencia cósmicas.



## Capítulo VI

### EL ASCENSO<sup>1</sup> DEL SACRIFICIO (2)

#### Las obras del amor - Las obras de la vida

Por lo tanto, la vida misma puede transformarse en vida espiritual verdadera solo a través del sacrificio del amor, de las obras y del conocimiento, con el ser psíquico como jefe y sacerdote del sacrificio. El sacrificio del conocimiento efectuada correctamente resulta la más grande y pura ofrenda que podemos entregar al Supremo, pero el sacrificio del amor se nos exige en la misma proporción para nuestra perfección espiritual; incluso es más intensa y rica, en su simplicidad, y puede realizarse con la misma amplitud y pureza. La inmensidad del sacrificio del amor adquiere su máxima amplitud cuando en todas nuestras actividades se vuelca el espíritu y el poder de una infinita dicha divina y cuando la atmósfera total de nuestra vida se recubre de una ensimismada adoración al Uno, que es el Todo y el Supremo. Porque el sacrificio del amor alcanza su perfección integral cuando es ofrecida al Todo Divino y, por ello, se vuelve completa e ilimitada y cuando es elevada al Supremo y, por ello, deja de ser el movimiento débil, superficial y efímero al que los hombres llaman amor, para convertirse en Ananda<sup>2</sup> puro, grande, profundo y unificador.

El amor hacia la Divinidad suprema y universal debe ser la norma de nuestra existencia espiritual, pero esto no excluye, por completo, todas las formas del amor individual ni los lazos que relacionan, en reciprocidad, a las almas de la existencia manifestada<sup>3</sup>. Pero, para ello, es necesario un cambio psíquico, un despojarse de las máscaras de la Ignorancia, una purificación de los movimientos egoístas, mentales, vitales y físicos que prolongan la vieja consciencia inferior. Cada movimiento de amor, debe ser espiritualizado y no debe depender ya de la preferencia mental, de la pasión vital, ni del anhelo físico, sino del reconocimiento del alma por parte del alma, que se convierte así en un amor restaurado en su esencia espiritual y psíquica fundamental y se vale de la mente, de lo vital y de lo físico como instrumentos y elementos que manifiestan esa unidad mayor<sup>4</sup>. En este cambio, el amor individual se convierte, mediante una elevación natural, en amor divino hacia el Divino que habita en la mente, el alma y el cuerpo ocupados por el Uno en todas las criaturas.

En verdad, todo el amor que es adoración tiene una fuerza espiritual detrás de sí. Hasta cuando se ofrece ignorantemente y a un objeto limitado, aparece algo de ese resplandor, incluso a través de la pobreza del rito y de la escasez de sus resultados. Pues el amor que es adoración, es a la vez

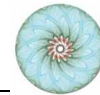
---

<sup>1</sup> El ascenso del sacrificio es una elevación-ofrecimiento de nuestras obras al Divino y un ascenso de nosotros mismos hacia el Divino a través de nuestras obras.

<sup>2</sup> *Ananda*: Deleite, Beatitud y Gozo puros. Es uno de los tres grandes aspectos del Absoluto.

<sup>3</sup> La existencia humana como manifestación del Uno.

<sup>4</sup> En el caso del amor individual la unidad del alma con el alma.



aspiración y preparación y puede introducir, hasta en los estrechos límites de la Ignorancia, un atisbo sorprendente de una realización, aunque esta sea todavía más o menos ciega y parcial. Porque son momentos en los que no somos nosotros los que amamos sino el Uno que ama y es amado en nosotros, y hasta la pasión humana puede ser elevada y glorificada mediante una leve percepción de este Amor y Amante infinitos. Por esta razón no han de desdeñarse la adoración al dios, la adoración al ídolo, el magnetismo humano por el ideal, ya que estos son pasos a través de los cuales la especie humana se desplaza hacia aquella bienaventurada pasión y éxtasis del Infinito que, aun siendo limitados, representan nuestra imperfecta ascensión mientras tengamos que utilizar los peldaños inferiores que la Naturaleza construyó para nuestros pies reconociendo las etapas de nuestro progreso. Ciertas idolatrías son indispensables para el desarrollo de nuestro ser emotivo. El hombre sabio, por más prisa que tenga, no destruirá la imagen hasta poder reemplazarla en el corazón del adorador con la Realidad que ella representa. Es más, las imágenes tienen este poder porque en ellas siempre hay algo que es mayor que sus formas y, hasta cuando logramos la adoración suprema, ese algo mayor permanece convirtiéndose, de esta manera, en una prolongación de la imagen o en parte de totalidad que ella representa. Nuestro conocimiento es aún imperfecto, nuestro amor es incompleto aunque conozcamos Eso que sobrepasa todas las formas y manifestaciones. No podemos todavía aceptar la Divinidad en la criatura y en el objeto, en el hombre, en la especie, en el animal, en el árbol, en la flor, en la obra de nuestras manos y en la Naturaleza-Fuerza<sup>1</sup>, porque para nosotros esta es ciega acción de una maquinaria material y no el rostro y el poder de la Shakti<sup>2</sup> Universal, pues en todas estas cosas también está la presencia del Eterno.

Incluso una última adoración inexpresable ofrecida por nosotros al Trascendente, al Supremo (*Param bhávam*), al Inefable, no es aún adoración completa si no se es ofrecida dondequiera que Él se manifieste o dondequiera incluso que oculte su deidad: en el hombre (*Mánusím tanum ásrítam*) y en el objeto y en toda criatura. Sin duda, es la Ignorancia lo que aprisiona al corazón, distorsiona sus sentimientos y oscurece la significación de su ofrenda. Toda adoración parcial, toda religión que erija un ídolo mental o físico supone, de por sí, velar y proteger la verdad mediante cierta capa de ignorancia y pierde fácilmente la verdad en la imagen que adora. Pero también el orgullo de poseer el conocimiento exclusivo<sup>3</sup> es una limitación y una barrera. Pues oculto detrás del amor individual y oscurecido por la ignorante representación que el ser humano tiene de él, hay un misterio que la mente no puede captar: el misterio del cuerpo de la Divinidad<sup>4</sup>, el secreto de una forma mística del Infinito<sup>5</sup> al que

<sup>1</sup> La Naturaleza, depositaria del Espíritu latente en ella, que a través de su Fuerza se manifiesta en todas las formas y existencias.

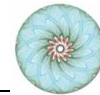
<sup>2</sup> *Shakti Universal*: el Espíritu Divino actuando en el Universo, dirigiéndolo y sosteniéndolo.

<sup>3</sup> La creencia arrogante de que la adoración al Trascendente reside solo en una única realidad, propuesta por una tendencia, filosofía o religión, desechando así la posibilidad de manifestación de la Divinidad en todo lo existente.

<sup>4</sup> Divinidad "*corporizada*", secretamente presente en toda forma, también en el ser humano individual y, en consecuencia, en el amor individual.

<sup>5</sup> El Infinito que permanece escondido, secreto, en la forma, también en el amor individual.





podemos aproximarnos solamente mediante el éxtasis del corazón y la pasión de un sentido puro y sublimado. Y su atracción, que es la llamada del divino Flautista, que es el dominante apremio del Todo-Bello, solo puede captarse y captarnos a través de un amor y anhelos ocultos que, al fin, unen la Forma y lo Amorfo<sup>1</sup>, identificando Espíritu con Materia. Esto es lo que busca aquí, en la oscuridad de la Ignorancia, el espíritu en el Amor y eso es lo que halla el amor humano individual cuando se convierte en amor hacia la Divinidad Inmanente, encarnada en el universo material.

Lo mismo que con el amor individual ocurre con el Amor universal. Han de ser atraídos hacia un amor divino de unión con la Divinidad universal todos los movimientos mentales y emocionales mediante los cuales el ser humano elude los primeros límites de su ego: toda esa ampliación del yo a través de la simpatía, de la buena voluntad, de la benevolencia y beneficencia universales, a través del amor por la humanidad, del amor por las criaturas, de la atracción de todas las formas y presencias que nos rodean. La adoración consumada en el amor, el amor transformado en Ananda —el amor trascendente, el autoimbuido éxtasis de deleite trascendente en el Trascendente que nos espera al fin del sendero de la Devoción—, debe tener, para lograr su más amplio resultado, un amor universal hacia todos los seres, el Ananda de todo cuanto existe: detrás de todo velo percibimos a la Divinidad, en todas las formas abarcamos espiritualmente al Todo-Bello. A través de nosotros fluye un deleite universal en su interminable manifestación, abarcando en su impulso toda forma y movimiento, sin ligarse ni estacionarse en ninguno y proyectándose siempre hacia una expresión mayor y más perfecta<sup>2</sup>. Este amor universal es liberador y dinámico para la transformación; pues la diferencia de las formas y las apariencias deja de afligir al corazón que siente la Verdad única detrás de aquéllas formas y entiende su significación perfecta. La imparcial ecuanimidad de quien trabaja y conoce sin egoísmos se transforma, por el toque mágico del Amor divino, en un omniabarcante éxtasis y en una beatitud de millones de cuerpos. Todas las cosas se convierten en los cuerpos<sup>3</sup> y todos los movimientos en los juegos del Amado divino en su infinita casa del gozo. Hasta el dolor se cambia y en su acción e, incluso en su esencia, varían las cosas dolorosas: retiradas las formas del dolor, se crean en su lugar las formas de Ananda.

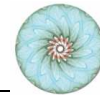
Esencialmente esta es la naturaleza del cambio de la consciencia que convierte la existencia misma en un glorificado campo del Amor Divino y de Ananda. Esencialmente esa nueva consciencia empieza para quien busca la perfección cuando atraviesa el nivel común hacia el espiritual y observa al mundo, al yo y a los demás con un nuevo corazón de visión y sentimiento luminosos. Alcanza su cima cuando lo espiritual logra el nivel supramental, siendo también posible sentirlo no solo en su esencia sino realizarlo

---

<sup>1</sup> Unen la Forma y lo Amorfo: Unen la Materia (Forma) y el Espíritu (Amorfo: sin forma).

<sup>2</sup> Expresa el movimiento evolutivo universal que también fluye a través de nosotros.

<sup>3</sup> Cuerpos del Amado divino.



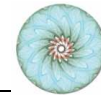
dinámicamente como Poder para la transformación<sup>1</sup> de toda la vida interior y de toda la existencia externa.

Para la mente no es imposible esta transformación del espíritu y de la naturaleza del amor que parte desde una emoción humana mixta<sup>2</sup> y limitada hacia una pasión divina suprema y omniabarcante, aunque si sea imposible de aceptar para una voluntad humana sujeta a sus múltiples ataduras terrenas. Es probable que, cuando llegemos a las obras del Amor se interponga algún desconcierto por la dificultad de unir el espíritu del Amor con las torpezas de la acción mundana. Como en cierto momento del sendero del conocimiento, también aquí es posible cortar el nudo del problema y escapar de la dificultad eludiéndola. Se abre ante nosotros la posibilidad de vivir solo con nuestra adoración de la Divinidad en el silencio del corazón mediante el retiro absoluto de la vida y acción externas. También es posible admitir solo aquellos actos que, en sí mismos, son expresión de amor hacia la Divinidad: plegaria, alabanza, actos simbólicos de adoración y actividades subordinadas que pueden adscribirse a estas cosas; y podemos participar de su espíritu, dejando de lado todo lo demás; el alma se aparta para satisfacer su anhelo interior en la vida absorta o centrada en el Dios del santo y el adepto. Además es posible abrir más las puertas de la vida y emplear el propio amor a la Divinidad en actos de servicio hacia quienes nos rodean y hacia la especie humana; pueden efectuarse obras de filantropía, benevolencia y beneficencia, de caridad y socorro para con el hombre, la bestia y toda criatura, y pueden ser transfigurados mediante un género de pasión espiritual introduciendo, al menos en su apariencia meramente ética, el poder mayor de una motivación espiritual. Esta es, en verdad, la solución que la mente religiosa de hoy en día más comúnmente favorece y la vemos extenderse confiadamente por todas partes como el propio campo de acción de quien busca a Dios, o del hombre cuya vida se funda en el amor y conocimiento divinos. Más el Yoga integral está empeñado en realizar una unión completa de la Divinidad con la vida terrena y, por ello, no puede detenerse en este estrecho campo, ni limitar esta unión de la divinidad y la vida dentro de las dimensiones inferiores de una norma ética filantrópica o de beneficencia. Para tal unión toda acción debe convertirse en parte de la vida divina: nuestros actos del conocimiento, nuestros actos del poder, producción y creación, nuestros actos de dicha, de la belleza y del goce del alma, nuestros actos de la voluntad, del esfuerzo y de la fuerza, y no solamente nuestros actos de amor y de servicio benefactor. El modo de realizar esto no será externo ni mental sino interno y espiritual. Con ese fin introducirá en todas las actividades, cualesquiera que sean, el espíritu del amor divino, el espíritu de adoración y de culto, el espíritu de felicidad en la Divinidad y en la belleza de la Divinidad, para así convertir toda la vida en sacrificio de las obras del amor del alma a la Divinidad, en su culto al Dueño de su existencia.

---

<sup>1</sup> Se puede sentir no solo como experiencia de nuestra mente que alcanza el Nirvana en la percepción del Absoluto, sino como Poder dinámico que desciende a nosotros para transformar nuestra vida; esta es una de las diferencias del Yoga integral respecto a otros caminos.

<sup>2</sup> Una emoción mixta, donde se mezcla un vital ordinario con un sentido espiritual del amor.



Así es posible convertir la vida en acto de adoración al Supremo mediante el espíritu en las propias obras; pues como dice el Gita: "*Tomo y disfruto la ofrenda de la devoción de quien me ofrece con afecto de adoración una hoja, una flor, un fruto o un vaso de agua.*"; y no solo puede ofrecerse con amor y devoción cualquier consagrado don externo, sino también todos nuestros pensamientos, todos nuestros sentimientos y sensaciones; todas nuestras actividades externas y sus formas y objetos pueden ser esos dones para el Eterno. Es cierto que el acto o forma especiales de la acción tienen su importancia (incluso gran importancia), pero es el espíritu del acto el factor esencial; es el espíritu el que da su valor total y significación justificadora al símbolo o expresión materializada. O puede decirse que un acto completo de amor y adoración divinos implica tres partes que son expresiones de una sola totalidad: una adoración práctica a la Divinidad en el acto, un símbolo<sup>1</sup> de adoración en la forma del acto, que exprese alguna visión o búsqueda o alguna relación con la Divinidad, y una interior adoración y anhelo de la unidad o sentimiento de unidad con la Divinidad en el corazón, alma y espíritu. Es así como la vida puede cambiarse en adoración, llevando tras ella el espíritu de un amor trascendente y universal, la búsqueda de la unidad, el sentido de la unidad; haciendo de cada acto un símbolo, una expresión de emoción teísta o relación con la Divinidad; convirtiendo cuanto hacemos en acto de adoración, acto de comunión anímica, de entendimiento mental, de obediencia vital y de sumisión afectiva.

En cualquier culto, el símbolo, el rito significativo o la figura expresiva es no solo un elemento estético, dinámico y enriquecedor, sino también un medio físico mediante el cual el ser humano empieza a exteriorizar definitivamente, a confirmar y dinamizar la emoción y la aspiración de su corazón. Pues el culto es ininteligible y vano sin una aspiración espiritual y, de igual manera, la aspiración es un poder descorporizado sin el acto ni la forma y no es totalmente efectivo para la vida. Desgraciadamente, el destino de todas las formas de la vida humana es cristalizarse, volverse puramente formales y, por lo tanto, agotarse. Y, aunque la forma y el culto preserven siempre su poder para el hombre que aún puede penetrar su significado, la mayoría emplea la ceremonia como un rito mecánico y el símbolo como un signo sin vida, y debido a que esto mata al alma de la religión, el culto y la forma al fin tienen que cambiarse o descartarse por completo. Están también aquellos para quienes, por esa razón, el culto y la forma son sospechosos y ofensivos. No obstante, pocas personas prescinden de su sostén o de los símbolos externos, y se puede decir incluso que cierto elemento divino de la naturaleza humana los reclama siempre para que la satisfacción espiritual sea completa. El símbolo es siempre legítimo en la medida en que es verdadero, sincero, bello y agradable, y hasta puede afirmarse que una consciencia espiritual sin algún contenido estético o emocional no es integralmente espiritual. En la vida espiritual, el acto<sup>2</sup> es sustentado por una consciencia espiritual perenne y renovadora, impulsada a expresarse siempre en nuevas formas, o capaz de renovar la

<sup>1</sup> Figura, imagen, rito, liturgia, ceremonia, etc.

<sup>2</sup> Aplicable tanto al acto de culto como al acto de la vida, ya que este debe ser siempre un acto de culto y adoración al Divino.



expresión de la verdad a través de una sola forma. De esta manera la consciencia espiritual se expresa y hace que toda acción (símbolo vivo de una verdad del alma), sea de la misma naturaleza de su visión e impulso creadores. De ese modo, quien busca lo espiritual debe encarar la vida y transmutar su forma, glorificándola en su esencia.

Un Amor divino y supremo es Poder creador y, aunque pueda existir en sí, silencioso e inmutable, disfruta de la forma y expresión externas y no está condenado a ser una deidad muda e incorporeal. Hasta se ha dicho que la creación misma fue un acto de amor o, al menos, la estructuración de un campo en el que el Amor Divino pudo idear sus símbolos y realizarse en el acto de reciprocidad y autoentrega; y, si esta no es la naturaleza inicial de la creación, bien puede ser su objetivo y motivo últimos<sup>1</sup>. No parece así ahora porque, aunque haya en el mundo un Amor Divino que sostiene toda esta evolución de las criaturas, la materia de la vida y su acción están compuestas por una formación egoísta, por una división y lucha de la vida y la consciencia para existir y sobrevivir en un mundo aparentemente indiferente, inclemente y hasta hostil, propio de la Materia inanimada e inconsciente. En la confusión y la oscuridad de esta lucha son lanzados unos contra otros, empeñados en asegurar, primero, cada cual su propia existencia sobre las demás, y solo en segundo término, en afianzarse en los demás, y muy parcialmente, en favor de éstos; pues hasta el altruismo humano sigue siendo esencialmente egoísta y debe continuar así hasta que el alma descubra el secreto de la Unidad divina. El esfuerzo del Yoga tiende a descubrir esta verdad en su Fuente suprema y a sacarla del interior irradiándola hasta los extremos confines de la vida. Toda acción, toda creación, debe convertirse en forma o símbolo del culto de adoración y sacrificio; debe implicar algo que lleve el sello de la dedicación, recepción y transmisión de la Consciencia Divina, de servicio al Amado, de autoentrega y sumisión. En la medida en que sea posible, esto debe cumplirse en el cuerpo externo y en la forma del acto; debe efectuarse siempre con su emoción interior e intensidad que lo manifieste como emanación del alma hacia el Eterno.

En sí, la adoración mediante la acción es un sacrificio grande, completo y poderoso que tiende a alcanzar el descubrimiento del Uno y hace posible que la Divinidad se irradie. Pues la devoción mediante su materialización en los actos amplía, completa y dinamiza su propio camino y, a la vez, introduce en el camino más arduo de las obras (en el mundo) el elemento apasionadamente divino de la dicha y el amor que a menudo está ausente al principio, cuando solo la austera voluntad espiritual prosigue con porfiada tensión ascendente la escarpada subida y el corazón está aún dormido o ligado al silencio. Si puede entrar el espíritu del amor divino, lo arduo del camino disminuye, se alivia la tensión, hay dulzura y dicha hasta en la raíz misma de la dificultad y la lucha. La indispensable sumisión de toda nuestra voluntad, obras y actividades al Supremo es verdaderamente perfecta (y perfectamente efectiva) cuando se trata de una sumisión amorosa. Toda la vida volcada en este culto, todas las

---

<sup>1</sup> La creación como expresión del Amor divino.



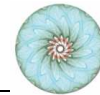
acciones efectuadas por el amor a la Divinidad y por el amor al mundo y a sus criaturas, vistas y sentidas como la Divinidad manifestada en múltiples formas, se convierten, por ese mismo hecho, en parte de un Yoga integral.

La vida misma del sacrificio es la ofrenda interior de la adoración del corazón; es su alma en el símbolo y su espíritu en el acto. Para que la ofrenda sea completa y universal es imprescindible un giro de todas nuestras emociones hacia la Divinidad. Este es el más intenso medio de purificación del corazón humano, más poderoso que el que cualquier catarsis ética o estética<sup>1</sup> pudiese introducir mediante su semipoder y presión superficial. Debe encenderse un fuego psíquico interior en el que se echa todo, con el Nombre Divino por encima. En ese fuego todas las emociones son obligadas a despojarse de sus elementos más burdos; y aquellas perversiones no-divinas son incendiadas y el resto liberadas de sus insuficiencias, hasta que de la llama, del humo y del incienso surge un espíritu de máximo amor y de immaculado deleite divino. El amor divino que emerge de ese modo y se expande por medio de un sentimiento interior hacia la Divinidad en el hombre y en todas las criaturas en una activa universalidad ecuménica, será más potente para el perfeccionamiento de la vida y será un instrumento más real que el que pueda ser jamás el inefectivo ideal mental de la hermandad. Esto, expandido en los actos, solo puede crear armonía en el mundo y verdadera unidad entre todas sus criaturas. Mientras el Amor Divino no se convierta en el corazón de la manifestación liberada en la Naturaleza terrestre todo luchará en vano en busca de esa finalidad.

Aquí es de suma importancia el emerger del ser psíquico secreto en nosotros, como rector del sacrificio; porque solo este ser recóndito puede portar en sí el pleno poder del espíritu en el acto, el alma en el símbolo. Solo él puede asegurar (aunque la consciencia espiritual esté incompleta) la frescura, la sinceridad y la belleza perennes del símbolo, impidiendo que se convierta en una forma muerta o en magia corrompida y corruptora; solo él puede salvaguardar el poder del espíritu en el acto que preserve su significado. Todos los otros miembros de nuestro ser -mente, fuerza vital y consciencia física o corporal- están excesivamente controlados por la Ignorancia como para ser instrumento seguro y, mucho menos, guía o fuente de impulso inequívoco. La mayor parte de la motivación y de la acción de estos poderes se adhiere siempre a la vieja ley, a las tablas engañosas, a los abrigados movimientos inferiores de la Naturaleza y, por ello, las voces y fuerzas que nos llaman e impulsan a trascendernos y transformarnos en un ser mayor y en una Naturaleza más amplia topan con rechazo, alarma, rebeldía u obstructiva inercia. En su mayoría, la respuesta a la llamada de trascendencia y transformación es resistencia o conformidad sopesada o contemporalizadora; ya que, aunque la respuesta acate la llamada, tiende sin embargo -si no conscientemente, sí por hábito automático- a introducir en la acción espiritual sus propias incapacidades y errores naturales. A cada momento esas personas se inclinan a sacar provecho egoísta de las influencias psíquicas y espirituales

---

<sup>1</sup> La purificación producida por el altruismo, humanitarismo, etc.



y pueden ser descubiertas utilizando el poder, la dicha y la luz que estas aportan, en beneficio de un motivo vital inferior. Después, aunque el que busca la perfección haya accedido a un Amor Divino trascendental, universal o immanente, cuando trata de volcarlo en la vida se encuentra con el poder oscuro y perverso de estas fuerzas naturales inferiores. Estas desvían siempre hacia trampas, introducen en esa intensidad superior sus elementos reductores, procuran capturar al Poder descendente para ellas mismas y sus intereses, y lo degradan reduciéndolo a una enaltecida formación mental, vital o física del deseo y del ego. De esta manera quedaría aquí prisionero un Amor Divino creador de un nuevo cielo y una nueva tierra de Verdad y Luz, por haber sido utilizado como tremenda confirmación y fuerza glorificadora de la sublimación que dora el barro de la vieja tierra y colorea con su rosa y zafiro los viejos y turbios cielos irreales de una imaginación vital sentimentalizadora y una idealizada fantasía mental. Si se permite esa Falsificación, la Luz, el Poder y la Bienaventuranza superiores se retraen; hay un retroceso hacia un estado inferior; o la realización queda ligada a algo inseguro, mixto y semiacabado; o es cubierta y hasta sumergida por un arrebató inferior que no es el verdadero Ananda<sup>1</sup>. Por esta razón el Amor Divino ha estado menos presente en el exterior de la vida terrena, ha sido el que ha tenido menos éxito redentor y creador, a pesar de que está en el centro mismo de toda la creación y constituye la más poderosa de todas las Fuerzas redentoras y creadoras. La naturaleza humana ha sido incapaz de albergarlo en su pureza, precisamente por que es la más poderosa, pura, rara e inmensa de todas las energías divinas; lo poco que pudo atrapar de él se corrompió, al momento, en ardor vital piadoso, en indefenso sentimentalismo religioso o ético, en misticismo sensual o incluso erótico-sensual de mentalidades rosadas o en impulso vital apasionadamente turbio, compensando con estos estímulos su incapacidad para alojar a la Llama Mística capaz de reconstruir el mundo con sus lenguas de sacrificio. Solo el ser psíquico escondido, ya revelado y emergiendo en su pleno poder, puede conducirnos ilesos al sacrificio itinerante a través de estas emboscadas y trampas; a cada instante él atrapa, pone al descubierto y rechaza las falsedades mentales y vitales; se apodera de la verdad del Amor Divino y Ananda, y la separa de la excitación de los ardores mentales y del ciego entusiasmo de la fuerza vital descarriada; separa todas las cosas verdaderas existentes en su sustancia mental y vital y en el ser físico y las lleva consigo en el viaje hasta depositarlas en las alturas, nuevas en espíritu y sublimes en su representación.

Sin embargo, la orientación del ser psíquico recóndito no resulta suficiente hasta que este haya logrado elevarse de esta masa de la Naturaleza inferior hacia los supremos niveles espirituales y hasta que la chispa y llama divinas<sup>2</sup> se hayan reunido con su ardiente Infinito original. Porque entonces ya no habrá allí una consciencia espiritual aún imperfecta y semiperdida en las densas envolturas de la mente, la vida y el cuerpo humanos, sino una consciencia espiritual plena en su pureza, libertad y vastedad intensa. Allí<sup>3</sup>, lo mismo que es

<sup>1</sup> Gozo, Deleite, Beatitud, uno de los aspectos del Absoluto.

<sup>2</sup> El ser psíquico es frecuentemente expresado como la chispa o la llama del Divino en nosotros.

<sup>3</sup> "Allí" se refiere al nivel de consciencia que acaba de describir.



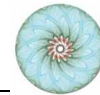
el Conocedor eterno quien se convierte en el Conocedor en nosotros, en el motor y usuario de todo conocimiento, de igual modo es el eterno Omni-Bienaventurado -que es el Adorado- el que atrae hacia sí la parte eterna y divina de su ser y dicha proyectadas en el juego del universo; él es el Amante infinito volcándose en la multiplicidad de sus propios "yoes" manifestados en una feliz unidad<sup>1</sup>. Allí toda la Belleza del mundo es la belleza del Amado, y todas las formas de la belleza han de ser halladas bajo la luz de esa Belleza eterna y han de ser sometidas al poder sublimador y transformador de la manifestada Perfección Divina. Allí toda la Bienaventuranza y Dicha del Omnibienaventurado, y todas las formas inferiores de goce, felicidad y placer están sujetas al choque de la intensidad de sus mareas o corrientes, y se rompen en pedazos como cosas inadecuadas bajo su convincente presión o son obligadas a transformarse en formas del Divino Ananda. Así se manifiesta ante la consciencia individual una Fuerza que, por sí misma, puede encarar, con plena autoridad, las disminuciones y degradaciones de los valores de la Ignorancia. Al fin empieza a ser posible introducir en la vida la realidad inmensa y concreción intensa del amor y de la dicha que pertenecen al Eterno. O, de cualquier modo, le será posible a nuestra consciencia espiritual elevarse de la mente hacia la Luz, a la Fuerza y a la Vastedad supramentales; allí, en la luz y poder de la Gnosis supramental están el esplendor, la dicha de un poder de autoexpresión y de autoorganización divinas que podrían rescatar y recrear incluso al mundo de la Ignorancia en una representación de la Verdad del Espíritu.

Allí, en la Gnosis supramental<sup>2</sup>, está la realización, la altura culminante, la extensión omniabarcante de la adoración interior, la unión profunda e integral y las flamígeras alas del Amor sosteniendo el poder y la dicha de un Conocimiento supremo. Pues el Amor supramental implica un éxtasis activo que trasciende la paz y quietud vacías y pasivas que son el cielo de la Mente liberada<sup>3</sup>, sin traicionar la calma mayor y más profunda que es el inicio del silencio supramental. La unidad de un amor que es capaz de incluir en sí todas las diferencias, sin disminuirse ni invalidarse por sus presentes limitaciones y aparentes disonancias, se eleva a su plena potencialidad en el nivel supramental. Pues allí una intensa unidad con todas las criaturas, fundada en una profunda unidad del alma con la Divinidad, puede armonizar con un juego de relaciones que solo hace más perfecta y absoluta a la unidad. El poder del Amor supramentalizado puede apoderarse de todas las relaciones vivientes sin vacilación ni peligro, y volcarlas hacia Dios, una vez liberadas de sus burdos, mixtos e insignificantes apegos humanos y sublimadas en la feliz materia de una vida divina. Ya que es la naturaleza misma de la experiencia supramental la que puede perpetuar el juego de la diferencia sin menoscabar ni disminuir en lo mínimo la unión divina ni la unidad infinita. Para una consciencia supramentalizada sería perfectamente posible abarcar todos los contactos con los hombres y el mundo en una resplandeciente fuerza purificada y con una

<sup>1</sup> Múltiples, pero sustentado en una feliz unidad.

<sup>2</sup> Conocimiento, Consciencia divinos.

<sup>3</sup> Ciertas tradiciones, como la budista, buscan su realización en esta paz, quietud y vacuidad pasiva de la mente liberada.



significación transformada, ya que entonces el alma percibiría siempre al Uno Eterno como objetivo de toda emoción y de toda búsqueda de amor o belleza y podría usar una urgencia vital amplia y liberada<sup>1</sup> para encontrarse y unirse al Uno Divino en todas las cosas y criaturas.

En la tercera y última categoría de las obras del sacrificio puede reunirse todo lo que es directamente propio del Yoga de las obras; pues aquí este yoga se hace efectivo y este es su sector principal. Cubre el ámbito íntegro de las más visibles actividades vitales; debajo de él están las energías multiformes de la Voluntad-de-Vida que se proyecta hacia adelante para concretar la mayor parte de la existencia material. Es aquí donde el asceta o la espiritualidad de otro mundo<sup>2</sup>, siente en este mundo una insoportable negación de la Verdad buscada y se ve obligado a apartarse de la existencia terrestre, rechazándola para siempre como la tenebrosa huella de una Ignorancia incurable. Sin embargo, el Yoga integral reclama precisamente la conquista espiritual y la transformación divina de estas actividades. Por ello, esta existencia terrenal es abrazada de buen grado por quien busca integralmente la perfección como campo de realización, como campo de las obras divinas, como campo de autodescubrimiento total del Espíritu escondido e inmanente, si bien ha sido abandonada por completo por las disciplinas más ascéticas o aceptada por otras como un campo de dura prueba temporal o un juego momentáneo, superficial y ambiguo del espíritu oculto. El primer objetivo del Yoga integral es un descubrimiento de la Divinidad en sí, pero también un descubrimiento total de la Divinidad en el mundo, en el que la Divinidad está detrás de la aparente negación ofrecida por su esquema y representaciones y, por último, un descubrimiento total del dinamismo de un Eterno trascendente; pues, mediante su descenso, este mundo podrá romper el disfraz de sus envolturas y podrá divinizarse en su forma reveladora y en su proceso manifestador tal como ahora están secretamente en su esencia oculta<sup>3</sup>.

Quienes siguen el Yoga integral deben aceptar totalmente este objetivo, pero tal aceptación no debe implicar el ignorar los inmensos tropiezos existentes en el camino de su logro. Por el contrario, debe tenerse plena consciencia de esta dificultad que ha sido la compulsiva causa de rechazo de tantas disciplinas como para considerar su posibilidad (no tanto su carácter imperativo) como el verdadero significado de la existencia terrestre<sup>4</sup>. Pues aquí, en las obras de la vida, en la naturaleza terrestre, está la raíz misma de la dificultad que llevó a la Filosofía a las alturas del aislamiento y desvió incluso la ávida visión Religiosa del mal del nacimiento en un cuerpo mortal hacia un Paraíso distante o una silenciosa paz Nirvánica. El camino del puro Conocimiento es comparativamente recto y fácil de recorrer para quien busca

---

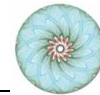
<sup>1</sup> La urgente necesidad de unión con el Divino del vital superior transformado y liberado.

<sup>2</sup> La espiritualidad de "otro mundo" que se aparta de este mundo y de esta vida dominadas por la Ignorancia.

<sup>3</sup> Las formas y manifestaciones de la Ignorancia expresarán la esencia divina ahora oculta en ellas.

<sup>4</sup> En el Yoga integral se pueden presentar las dificultades que han llevado a otras disciplinas al rechazo del mundo. La propia dificultad, obstáculos, etc., nos ofrecen el material y la oportunidad de verdadera perfección solo posible en la existencia terrestre y no al margen de ella, por lo que le dan sentido.



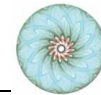


la perfección a pesar de nuestras limitaciones mortales y de las trampas de la Ignorancia; el camino del Amor puro, aunque tiene sus tropiezos, sufrimientos y pruebas, puede ser fácil en comparación como el aleteo de un pájaro en cielo abierto. Pues el Conocimiento y el Amor son puros en su esencia, y se mezclan y entorpecen, corrompen y degradan solo cuando ingresan en el movimiento ambiguo de las fuerzas vitales y son atrapados por ellas para los burdos movimientos y motivaciones obstinadamente inferiores de la vida externa. Sola entre estos poderes, la Vida, o al menos cierta predominante Voluntad-en-la-vida<sup>1</sup> tiene la apariencia de algo impuro, execrable y caído en su misma esencia. Ante el contacto con la Vida las divinidades se vulgarizan y enlodan, envueltas en sus opacas coberturas o atrapadas en sus brillantes ciénagas, y les es difícil escapar de ser succionadas dentro de sus perversiones, equiparándose, así, desastrosamente, al demonio y Asura<sup>2</sup>. En su base hay un principio de oscura y opaca inercia; todos están sujetos a la atadura corporal, y sus necesidades y sus deseos están atados a una mente trivial, a ambiciones y emociones baladíes, a una irrelevante repetición de funciones, de necesidades, preocupaciones, menesteres, de dolores y placeres pequeños e indignos que no conducen a nada más allá de ellos y llevan el sello de una ignorancia que no conoce sus propias razones ni orígenes. Esta mente física<sup>3</sup> de la inercia no cree en otra divinidad que en sus pequeños dioses terrenos; tal vez aspire a una comodidad, orden y placer mayores, pero no busca elevación ni liberación espiritual. En el centro hallamos una Voluntad vital más recia, con mayor entusiasmo, pero es un Demonio ciego, un espíritu pervertido que disfruta con los elementos que convierten a la vida en agresiva confusión e infeliz complicación. Se trata de un alma de deseo humano o Titánico apegada al color sobrecargado, a la poesía desordenada, a la tragedia violenta o al melodrama estremecedor del mixto fluir de bien y mal, dicha y pesar, luz y oscuridad, raptó impetuoso y amarga tortura. Ama estas cosas y atesoraría cada vez más o no puede aceptar ni disfrutar nada más, hasta cuando sufre y protesta contra ellas; odia y se rebela contra las cosas superiores, y en su furia pisotearía, rompería o crucificaría cualquier Poder más divino que, supuestamente, ofrezca convertir a la vida en pura, luminosa y feliz, arrebatándole de sus labios el ardiente y excitante licor vital. Hay otra Voluntad-en-la-vida presta a seguir a la Mente ideal mejoradora, seducida por el ofrecimiento de extraer de la vida alguna armonía, belleza, luz y orden más noble, pero esta es una parte más pequeña de la naturaleza vital y puede ser avasallada con facilidad por sus más violentos, oscuros y opacos compañeros de yugo; tampoco está dispuesta a prestarse a un reclamo superior al de la Mente, a menos que ese reclamo se someta, rebajando su exigencia, a condiciones más inteligibles para nuestra oscura naturaleza vital, tal y como por lo general lo hace la Religión. Quien busca la perfección espiritual tiene, en sí, consciencia de todas estas fuerzas y las descubre a todas a su alrededor, y tiene que luchar y combatir incesantemente para librarse de su abrazo y

<sup>1</sup> Voluntad-en-la-Vida, voluntad vital, subordinada a impulsos y deseos más o menos burdos o elevados, tal como expresa en líneas posteriores.

<sup>2</sup> Ciertos demonios o fuerzas anti-divinas.

<sup>3</sup> La mente material que solo admite como realidad la material y está condicionada y subordinada a la necesidad y bienestar físicos.

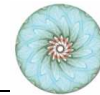


desalojar el prolongado y profundo dominio que ejercieron sobre su ser y la existencia humana circundante. La dificultad es grande; su abrazo es tan fuerte, tan aparentemente invencible, que justifica el desdeñoso dicho que compara a la naturaleza humana con la cola de un perro, que por más que se la estire a fuerza de ética, religión, razón o cualquier otro esfuerzo redentor, al fin siempre vuelve a la retorcida espiral de la Naturaleza. Y es tan grande la fuerza, el abrazo de esa Voluntad-Vital más agitada, es tan inmenso el peligro de sus pasiones y errores, es tan sutilmente insistente o persistentemente invasora, es tan obstinada (hasta las puertas mismas del Cielo) la furia de su ataque o la tediosa obstrucción de sus obstáculos, que ni siquiera el santo ni el Yogui pueden estar seguros de su liberada pureza ni de su instruido autodomínio contra su intriga o su violencia. Todo esfuerzo por enderezar esta espiral innata choca contra la persistente voluntad vital, como si tratara de un intento vano; fácilmente se confía en escapar o apartarse hacia un Cielo feliz o hacia una Pacífica disolución como la única sabiduría; y hallar la manera de no renacer otra vez<sup>1</sup> se juzga como el único remedio para la torpe esclavitud, para el pobre delirio contrahecho o para la felicidad y realización ciegas y precarias de la existencia terrena.

A pesar de todo, ha de existir y existe remedio: se trata de un modo de recomponer y una oportunidad de transformar esta perturbada naturaleza vital; pero, para eso, debe encontrarse la causa de la desviación y debe remediarse en la raíz de la Vida misma y en su principio mismo, puesto que la Vida también es poder de la Divinidad y no creación de algún Azar maligno o tenebroso impulso Titánico, por más oscuro o pervertido que sea en su apariencia real. En la Vida misma está la simiente de su propia salvación; debemos obtener nuestro poder de la Energía-Vital; pues aunque hay una luz salvadora en el Conocimiento, una fuerza redentora y transformadora en el Amor, estas no pueden ser efectivas aquí, a menos que se aseguren el consentimiento de la Vida y puedan servirse de alguna energía liberada en el centro de la Vida para una sublimación de la errante fuerza vital humana en una Fuerza-Vital divina. No es posible superar la dificultad dividiendo las obras del sacrificio; no podemos eludirla decidiendo que haremos solo las obras del Amor y del Conocimiento y dejaremos de lado las obras de voluntad y poder, de posesión y adquisición, de producción y fructífero gasto de capacidad, de batalla, victoria y dominio, despojándonos de la mayor parte de la vida porque parece estar hecha de la materia misma del deseo y del ego y, por lo tanto, está destinada a ser campo que desarmoniza, un mero conflicto y desorden. Porque, en realidad, no puede efectuarse esa división; o, si se intenta, debe fracasar en su finalidad esencial, puesto que nos aislaría de las energías totales del Poder Mundano y esterilizaría una parte importante de la Naturaleza integral, precisamente su fuerza, que es un instrumento necesario en cualquier finalidad creativa mundana. La Fuerza Vital es aquí intermediaria indispensable, un elemento para la eficacia de la Naturaleza; la mente necesita su alianza para que las obras de la mente no sigan siendo brillantes

---

<sup>1</sup> Según ciertas tradiciones la necesidad del renacimiento o reencarnación cesa una vez alcanzado un estado de liberación mediante el Nirvana, etc.



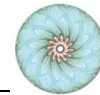
formaciones interiores desprovistas de cuerpo<sup>1</sup>; el espíritu la necesita para dar fuerza y forma externas a sus posibilidades manifestadas y para alcanzar una completa autoexpresión encarnada en la Materia. Si la vida rehúsa a que su energía vital intermedia ayude al accionar del espíritu, o si ella misma es rechazada, es probable que todo lo que puedan obtener aquí como resultado máximo se reduzca a un aislamiento estático o impotencia dorada; o si se produce algo, será un reflejo parcial de nuestra acción más subjetiva que objetiva, que modifique, quizás, la existencia, pero sin fuerza para cambiarla. Sin embargo, si la Vida aporta al Espíritu sus fuerzas, pero sin haber sido regeneradas, puede producirse un resultado peor, puesto que es probable que queden reducidos la acción espiritual del Amor o Conocimiento a movimientos disminuidos o corrompidos, o queden convertidos en cómplices de su accionar inferior o perverso. La Vida es indispensable para completar la realización espiritual creadora<sup>2</sup>, pero debe ser la vida liberada, transformada y elevada y no la vida animal-humana ordinaria y mentalizada<sup>3</sup>, ni la demoníaca o Titánica, ni siquiera la divina y la no divina entremezcladas. Cuanto pueda hacerse mediante otras disciplinas de separación del mundo o búsqueda celestial no puede dejar sin resolver el problema de las obras externas de la vida; debe hallar en ellas su Divinidad innata, ligándola con firmeza y para siempre a las divinidades del Amor y del Conocimiento. Se trata de una tarea difícil pero inevitable del Yoga integral.

Tampoco es una solución posponer el enfoque de las obras de la vida hasta que el Amor y el Conocimiento evolucionen hasta un punto en el que se afirmen de modo soberano y seguro sobre la Fuerza Vital para regenerarla; pues ya hemos visto que el Amor y el Conocimiento tienen que elevarse a cimas inconmensurables antes de estar seguros contra la perversión vital que obstaculiza o mutila su poder liberador. Si nuestra consciencia alcanzase las alturas de la Naturaleza supramental, estas incapacidades ciertamente desaparecerían. Pero aquí se suscita el dilema de que es imposible alcanzar las alturas supramentales con el peso de una Fuerza Vital no regenerada sobre nuestros hombros e, igualmente, es imposible regenerar radicalmente la Voluntad-en-la-Vida sin hacer bajar la luz infalible y el poder inconquistable pertenecientes a los niveles espiritual y supramental. La Consciencia Supramental es no solo Conocimiento, Bienaventuranza, Amor y Unidad íntimos, sino también Voluntad, principio de Poder y la Fuerza, y no puede descender hasta que el elemento de la Voluntad, del Poder y de la Fuerza en esta Naturaleza manifestada esté suficientemente desarrollado y sublimado como para recibirla y transportarla. Pero la Voluntad, el Poder y la Fuerza son la sustancia innata de la Energía Vital, y, basada en ello, la Vida se niega a reconocer la supremacía del Conocimiento y del Amor solos. El Amor y la Sabiduría no son los únicos aspectos de la Divinidad: también está su aspecto de Poder. Y así como la mente anda a tientas buscando el Conocimiento, así como el corazón anda en busca del Amor, de igual manera la fuerza vital, aunque a tientas y temblorosamente, va tropezando en su búsqueda del Poder

<sup>1</sup> Sin posibilidad de materializarse o hacerse realidad en la Vida.

<sup>2</sup> Realización espiritual creadora, activa, no estática y retirada en la quietud ajena a la vida.

<sup>3</sup> Dependiente de la mente ordinaria.



y del control acordado por el Poder. Es un error de la mente ética y religiosa condenar al Poder como si fuera una cosa que, en sí, es, por naturaleza, corrupta y mala y, por ello, no debiera aceptarse ni buscarse. Esto, en el fondo, es un prejuicio ciego e irracional, a pesar de encontrar una aparente justificación en una mayoría de ejemplos. El Poder es divino y esta aquí para un uso divino, por más corrompido y mal empleado que sea, como el Amor y el Conocimiento también son corrompidos y mal empleados. Shakti<sup>1</sup> -la Voluntad, el Poder- maneja los mundos y es siempre espiritual en su origen y divina en su carácter, por ser Conocimiento-Fuerza, Amor-Fuerza, Fuerza-Vital, Acción-Fuerza o Fuerza-Corporal. Es el uso efectuado en la Ignorancia por el animal, el hombre o el Titán el que ha de desecharse y ha de ser reemplazado por su acción natural mayor -aunque para nosotros sea supernormal- dirigida por una consciencia interior que esté a tono con el Infinito y el Eterno. El Yoga integral no puede rechazar las obras de la Vida y satisfacerse cínicamente con una experiencia interior; ha de interiorizarse a fin de cambiar lo externo, convirtiendo a la Fuerza Vital en parte y accionar de una Energía-Yóguica que esté en contacto con la Divinidad y sea divina en su guía.

Toda la dificultad en encarar espiritualmente las obras de la vida surge porque la voluntad-en-la-vida creó un género de alma falsa del deseo para los fines de la Ignorancia, sustituyendo así la chispa de la Divinidad que es el alma o psiquis verdadera. Todas o la mayoría de las obras de la vida están en la actualidad o parecen ser accionadas o viciadas por esta alma del deseo; hasta las que son éticas o religiosas, hasta las que tienen la apariencia del altruismo, de la filantropía, las de la autoentrega y la de autonegación, están traspasadas por ella. Esta alma del deseo es un alma separativa; lucha siempre, abiertamente o bajo máscaras más o menos brillantes, por su propio crecimiento, posesión, goce, conquista e imperio. Al alma verdadera, al ser psíquico, se le debe proporcionar su sitio rector y debe haber una disolución del alma falsa del deseo y del ego, para que la Vida pueda librarse de la maldición del desasosiego, de la desarmonía y de la perversión. Pero esto no significa que deba forzarse o negarse a la vida misma su innata tendencia de realización; pues detrás de esta alma exterior del deseo hay en nosotros un ser vital interior y verdadero que no debe disolverse, sino que debe ponerse de relieve y situarse en su verdadero accionar como poder de la Naturaleza Divina. La relevancia de este ser vital verdadero bajo la orientación de la verdadera alma recóndita dentro de nosotros, es la condición para la realización divina de los objetivos de la Fuerza Vital. Estos objetivos seguirán incluso siendo los mismos en esencia, pero transformados en su motivación interior y carácter exterior. El Poder Vital Divino será también un anhelo evolutivo, una fuerza de autoafirmación, pero de afirmación de la Divinidad dentro de nosotros, no de la pequeña personalidad temporal sobre la superficie; será un desarrollo del verdadero Individuo divino, del ser central, de la Persona secreta e imperecedera que puede emerger solo por subordinación y desaparición del ego. Este es el verdadero objetivo de la vida: crecimiento, pero crecimiento del espíritu en la Naturaleza, afirmándose y desarrollándose

---

<sup>1</sup> Shakti: la Voluntad y el Poder divinos actuando sobre el universo.



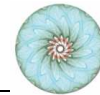
en la mente, en la vida y en el cuerpo; posesión, pero posesión por la Divinidad y de la Divinidad en todas las cosas, y no posesión de las cosas en sí por el deseo del ego; goce, pero goce del Ananda divino en el universo; batalla, conquista e imperio reflejados en un conflicto victorioso contra los Poderes de la Oscuridad, en una autonorma y dominio espirituales e íntegros sobre la Naturaleza interior y exterior, en una conquista por parte del Conocimiento, del Amor y la Voluntad Divina sobre los dominios de la Ignorancia.

Estas son las condiciones y éstos deben ser los objetivos para que se haga efectiva la Divinidad en las obras de la Vida y la progresiva transformación de esta, que es el tercer elemento del triple sacrificio<sup>1</sup>. El objetivo del Yoga no es una racionalización sino una supramentalización, no una moralización sino una espiritualización de la vida. No es su propósito principal el manejo de las cosas externas ni los superficiales motivos psicológicos, sino una nueva fundación de la vida y de su acción sobre su elemento divino oculto; pues solo tal refundación de la vida puede posibilitar su gobierno directo por parte del Divino Poder secreto que está por encima de nosotros y la transfiguración de la vida en una expresión manifiesta de la Divinidad puede hacer posible que deje de ser, como lo es ahora, un disfraz y una máscara deformante del Actor eterno. Es un cambio espiritual esencial de la consciencia -y no el manejo superficial, el método de la Mente ni de la Razón- el que puede hacer a la Vida distinta de la actual y rescatarla de su presente imagen afligida y ambigua.

Es entonces cuando el Yoga integral propone cambiar el movimiento vital perturbado e ignorante en movimiento luminoso y armónico de la Naturaleza, mediante una transformación de la vida en su principio mismo, no mediante un manejo externo de sus fenómenos. Hay tres condiciones indispensables para el logro de esta revolución central interior y de esta nueva formación; ninguna de ellas es completamente suficiente en sí, sino que mediante su triple poder unificado puede efectuarse integralmente la elevación y la conversión. En primer lugar, la vida tal cual es, está basada en un movimiento del deseo y construye en nosotros, como su centro, un alma del deseo que atrae hacia sí misma todos los movimientos de la vida, poniendo en ellos su propio matiz y dolor perturbados de esfuerzo ignorante, semiencendido y frustrado; para una vida divina, el deseo debe ser abolido y reemplazado por un poder-motor más puro y firme, el alma atormentada del deseo debe ser disuelta y, en su lugar, debe emerger la calma, la fortaleza y la felicidad de un verdadero ser vital actualmente oculto dentro de nosotros. Seguidamente, la vida tal como es ahora, es principalmente sierva y cómplice del impulso vital ignorante, pero también es, en parte, su guía y tutora, aunque torpe y no demasiado luminosa ni competente; para una vida divina, la mente y el impulso vital no deben ser otra cosa que instrumentos y el ser psíquico recóndito debe ubicarse como guía del sendero y señalador de una orientación divina. Por último, la vida, tal cual es, se vuelca hacia la satisfacción del ego separativo; el ego debe desaparecer y reemplazarse por la persona verdaderamente espiritual, por el

---

<sup>1</sup> Sacrificio del Conocimiento, sacrificio del Amor y sacrificio de las Obras.



ser central, y la vida misma debe volcarse hacia el logro de la Divinidad en la existencia terrestre; debe sentir una Fuerza Divina que despierta dentro de ella y debe convertirse en obediente instrumento de su propósito divino.

No hay nada que no sea antiguo y familiar en el primero de estos tres movimientos interiores de transformación<sup>1</sup>; porque ese ha sido uno de los objetivos principales de la disciplina espiritual. Fue formulado mejor en la doctrina claramente expresada en el Gita por la que se anteponen, como estado normal del ser espiritual, una completa renuncia al deseo de los frutos como motivo para la acción, una completa anulación del deseo mismo y el logro completo de una perfecta igualdad. Una perfecta igualdad espiritual es el único signo verdadero e infalible de la cesación del deseo: ver con ecuanimidad todas las cosas; equidad inmovible ante la dicha y el pesar, lo placentero y lo desagradable, el éxito o el fracaso; observar equilibradamente lo alto y lo bajo, al amigo y al enemigo, al virtuoso y al pecador; ver en todos los seres la manifestación múltiple del Uno y en todas las cosas el juego multitudinario o la lenta evolución enmascarada del Espíritu encarnado. El estado al que se tiende no es quietud mental, aislamiento ni indiferencia, inerte sosiego vital ni pasividad de la consciencia física que no acepta movimiento alguno, aunque estas cosas se confunden a veces con este estado espiritual, sino una vasta y abarcante universalidad inmovible como la del Espíritu Testigo que esta detrás de la Naturaleza. Pues aquí, aunque todo parece una organización móvil, semiordenada y semiconfusa de fuerzas, detrás de ellas puede sentirse la paz, el silencio y la amplitud sustentadores, no inertes sino calmos, no impotentes sino potencialmente omnipotentes, con energía concentrada, estable e inmóvil en sí, capaz de transportar todos los movimientos del universo. Esta presencia que esta detrás<sup>2</sup> es ecuanime ante todas las cosas; la energía que retiene en sí puede liberarse para cualquier acción, pero ningún deseo escogerá la acción en el Espíritu Testigo; actúa una Verdad que está más allá y es mayor que la acción misma o sus formas o impulsos aparentes, que esta más allá y es mayor que la mente, la fuerza vital o el cuerpo, aunque para los fines inmediatos asuma una apariencia mental, vital o física. El verdadero ser vital que está dentro de nosotros sale del velo y manifiesta su propia presencia calma, intensa y potente cuando se produce esta muerte del deseo y esta amplitud calma e igual en toda la consciencia, porque esa es la verdadera naturaleza del ser vital, *prānamaya purusa*; es una proyección del Purusha<sup>3</sup> Divino en la vida —tranquilo, fuerte, luminoso, multienergético, obediente ante la Voluntad Divina, sin ego, pero capaz de toda acción, logro y empresa suprema o máxima. La verdadera Fuerza Vital ya no se manifiesta como esta energía superficial perturbada, acosada, dividida y luchadora, sino como Poder Divino, grande y radiante, pleno de paz, fortaleza y bienaventuranza, como vasto Ángel de Vida envolviendo al universo con sus alas dotadas de Poderío.

<sup>1</sup> El deseo debe ser abolido.

<sup>2</sup> El Espíritu-Testigo que está detrás de la Naturaleza.

<sup>3</sup> Espíritu.

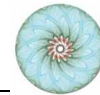


A pesar de todo, es insuficiente esta transformación en una gran fortaleza e igualdad; pues si bien pone ante nosotros los instrumentos de una Vida Divina, no nos proporciona su gobierno ni iniciativa. Es aquí donde interviene la presencia del ser psíquico liberado; no confiere el gobierno ni la dirección supremos- porque no es esa su función-, sino que suministra una guía progresiva para la vida y para la acción internas y externas durante la transición de la ignorancia al Conocimiento divino; indica a cada instante el método, el camino, los pasos que llevarán al estado espiritual realizado en el que una suprema iniciativa dinámica estará siempre allí dirigiendo las actividades de una Fuerza Vital divinizada. La luz que esparce ilumina a las otras partes de la naturaleza que vagaron en los ámbitos de la Ignorancia por falta de una guía mejor que sus propios poderes confusos y vacilantes; confiere a la mente el sentimiento intrínseco de los pensamientos y las percepciones; brinda a la vida un sentido infalible tanto sobre los movimientos descarriados o desorientadores como sobre aquellos que estén bien inspirados; algo parecido a un tranquilo oráculo surgido del interior revela las causas de nuestros tropiezos, advierte oportunamente contra su reiteración, extrae de la experiencia y la intuición la ley (no rígida sino dúctil) de una dirección justa de nuestros actos, de un paso correcto y de un impulso preciso. Se crea una voluntad que se pone más en consonancia con la Verdad evolutiva que con los circulares y dilatorios laberintos de un error acosador. La perspicacia superficial del juicio mental y las ávidas captaciones de la fuerza vital empiezan a ser reemplazadas por una decidida orientación hacia la Luz mayor, por un instinto del alma, por un tacto e introspección psíquicos dentro de la sustancia, del movimiento y de la intención verdaderos de las cosas, una introspección psíquica que se aproxima, siempre y cada vez más, a una visión espiritual, a un conocimiento por contacto interior, por visión e incluso por identidad interiores. Así, las obras de la Vida escapan de la confusión, sustituyen el orden artificial o legal impuesto por el intelecto y la norma arbitraria del deseo por la guía de la visión interior del alma, ingresando en los senderos profundos del Espíritu. Pero, sobre todo, el ser psíquico impone en la vida la ley del sacrificio de todas sus obras como una ofrenda al Divino y Eterno. La Vida se convierte en una llamada a lo que está más allá de la Vida y hasta el acto más pequeño se hace grande con el sentido del Infinito.

A medida que se acrecienta la igualdad interior y, con ella, el sentido del verdadero ser vital que busca la dirección mayor a la que ha de servir, a medida que crece la llamada psíquica hacia todos los miembros de nuestra naturaleza, Eso<sup>1</sup> a lo que se dirige la llamada empieza a manifestarse, desciende para tomar posesión de la vida y sus energías y las llena con la altura, intimidad y vastedad de su presencia y su propósito. En muchos, si no en la mayoría, el ser psíquico manifiesta algo de sí incluso antes que estén allí la igualdad y de que esté patente el impulso o guía psíquicos. Una llamada del elemento psíquico velado, oprimido por la masa de la ignorancia exterior que reclama ser aligerado; una acentuación de ávida meditación y búsqueda de conocimiento, un anhelo del corazón y una voluntad apasionada, ignorante

---

<sup>1</sup> La divinidad.

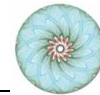


*Sri Aurobindo*

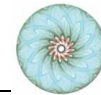
pero sincera, pueden romper la tapa que separa a la Naturaleza Superior de la Inferior y abrir sus compuertas. Puede revelarse una pequeña parte del Infinito, de la Persona Divina o alguna Luz, Poder, Bienaventuranza y Amor. Esta puede aparecer como una revelación momentánea, un destello o rayo efímero que pronto desaparece y aguarda a la preparación de la naturaleza, pero también puede repetirse, desarrollarse y prolongarse. Entonces habrá empezado una actividad grande, prolongada y abarcante, a veces luminosa o intensa, otras veces lenta y oscura. En ocasiones adquiere relieve el Poder Divino y orienta, empuja, instruye e ilumina; en otras ocasiones se repliega en el fondo y parece dejar abandonado al ser a sus propios recursos. Todo cuanto en el ser resulta ignorante, oscuro, pervertido o simplemente imperfecto e inferior es elevado, tal vez llevado a su cima, encarado, corregido, agotado y demostrado en cuanto a sus resultados desastrosos, compelido a convocar su propia cesación o transformación o expulsado de la naturaleza como indigno e incorregible. Este no puede ser un proceso suave y sin aristas; hay alternancias de día y noche, iluminación y oscuridad, calma y construcción o batalla y rebelión, presencia de la creciente Consciencia Divina y ausencia de esta, cimas de esperanza y abismos de desesperación, abrazo del Amado y angustia por su ausencia, avasalladora invasión, engaño compulsivo, ardiente oposición, desestructurante burla de los Poderes hostiles, o auxilio, comodidad y comunión con los dioses y los Mensajeros Divinos. Cobra vigencia una revolución y agitación grandes y prolongadas del Océano de la Vida con fuertes oleadas de su néctar y su veneno hasta que todo esta listo y el creciente Descenso encuentra a un ser, a una naturaleza preparada y acondicionada para su regla completa y su presencia omniabarcante. Pero si también están allí la igualdad, la luz y la voluntad psíquicas, entonces este proceso, aunque no puede ser omitido, puede resultar aun muy iluminado y facilitado: se librará de sus peores peligros; una calma, felicidad y confianza interiores darán sostén a los pasos a través de todas las dificultades y pruebas de la transformación y la Fuerza creciente que aprovecha el pleno asentimiento de la naturaleza hará disminuir rápidamente y eliminará el poder de las fuerzas contrarias. Por doquier estarán presentes una guía y protección seguras, a veces delante, otras detrás del velo, y el poder del fin estará ya allí al principio y en las largas etapas medias del esfuerzo. Porque quien busca la perfección tendrá, en todo momento, consciencia del Guía y Protector Divino o del accionar de la suprema Madre-Fuerza; sabrá que todo se realiza para lo mejor, el progreso es seguro y la victoria inevitable. En cualquier caso, el proceso es el mismo e inevitable: una elevación de la naturaleza toda, de la vida toda, tanto de la interna como de la externa, para revelar, manejar y transformar sus fuerzas y sus movimientos bajo la presión de una Vida más divina que llega de lo alto, hasta que todo sea poseído aquí por los poderes espirituales mayores para convertirse en instrumento de una acción espiritual y un propósito divino.

En este proceso y en una primera etapa, es evidente que lo que sabemos de nosotros mismos y de nuestra existencia actual, es solo una formación representativa, una actividad superficial, un mutable resultado externo de una amplia masa de existencia oculta. Nuestra vida visible y las acciones de esa vida no son más que una serie de expresiones significativas, pero lo que tratan





de expresar no está en la superficie; nuestra existencia es algo mucho mayor que lo que nosotros suponemos que es este aparente ser frontal y mucho mayor de lo que suponemos del mundo que nos rodea. Este ser frontal y externo es una confusa mezcla de formaciones mentales, de movimientos vitales y de funciones físicas de las que, hasta un análisis exhaustivo de sus partes componentes y de su maquinaria, no llega a descubrir todo el secreto. Solo podemos conocerlo cuando vamos por detrás, por debajo y por arriba de los ocultos espacios de nuestro ser; la investigación y la manipulación superficiales más completos y agudos no pueden darnos la comprensión verdadera ni el control completamente efectivo de nuestra vida, de sus finalidades ni de sus actividades; en verdad, esa incapacidad es la causa del fracaso de la razón, de la moralidad y de toda otra acción superficial para controlar, liberar y perfeccionar la vida de la especie humana. Pues, hasta debajo de nuestra más oscura consciencia física, hay un ser subconsciente en el que, como base que cubre y sostiene, se hallan toda suerte de semillas escondidas que brotan, incontablemente para nosotros, en nuestra superficie y en la que constantemente arrojamos nuevas semillas que prolongan nuestro pasado e influirán en nuestro futuro; un ser subconsciente, oscuro, pequeño en sus movimientos, caprichosa y casi fantásticamente subracional, pero de inmensa potencia para la vida terrena. Además, detrás de nuestra mente, de nuestra vida y de nuestra consciencia física hay una gran consciencia subliminal: hay ámbitos físicos interiores, mentales interiores, vitales interiores, e interiores más sutiles sustentados por una existencia psíquica recóndita que es el alma conectora con todo el resto; y en estos ámbitos ocultos reside también una masa de numerosas personalidades preexistentes que suministran el material, las fuerzas motoras y los impulsos de nuestra existencia superficial en desarrollo. Pues en cada uno de nosotros puede haber aquí una persona central, pero también una multitud de personalidades subordinadas creadas por la historia pasada de su manifestación o por la expresión de ella en estos planos interiores que sostienen su juego actual en este cosmos material externo. Y mientras en nuestra superficie estamos separados de todo cuanto nos rodea (excepto a través de nuestra mente y contacto sensorial exteriores que liberan una pequeña porción nuestra al mundo, o del mundo a nosotros), en estos ámbitos interiores la barrera entre nosotros y el resto de la existencia es delgada y se rompe con facilidad; allí sentimos a la vez -no inferimos meramente de sus resultados, sino que sentimos directamente- la acción de las fuerzas mundanas secretas, de las fuerzas mentales, de las fuerzas vitales y de las sutiles fuerzas físicas que constituyen la existencia universal e individual; hasta seremos capaces, si lo queremos y nos preparamos para ello, de poner la mano sobre estas fuerzas mundanas que se lanzan sobre nosotros o que nos rodean y de controlarlas cada vez más o, al menos, modificar vigorosamente su acción sobre nosotros y los demás, y sus formulaciones y movimientos. Sin embargo, por encima de nuestra mente humana hay ámbitos aún mayores, superconscientes para ella, y de allí descienden secretamente: influencias, poderes y contactos que son aquí los determinantes originales de las cosas y, si se los convocase en su plenitud, podrían alterar por completo la hechura y el desarrollo totales de la vida en el universo material. La Fuerza Divina que trabaja en nosotros,



valiéndose de nuestra apertura hacia ella en el Yoga integral, hace emerger progresivamente toda esta experiencia y conocimiento latentes<sup>1</sup>, usa y estructura las consecuencias de este proceso como pasos intermedios hacia una transformación de todo nuestro ser y naturaleza. De ahí en adelante, nuestra vida ya no es una pequeña marejada superficial, sino intérprete, si es que no es coincidente, con la vida cósmica. Nuestro espíritu y nuestro yo surgen no solo hacia una identidad interior con algún amplio Yo cósmico, sino también hacia algún Contacto con lo que está más allá, aunque consciente de la acción del universo y dominante con respecto a ella<sup>2</sup>.

De este modo, valiéndose de la unificación de nuestro ser dividido<sup>3</sup>, la Divina Shakti proseguirá hacia su objetivo en el Yoga; pues la liberación, la perfección y el dominio dependen de esta integración, puesto que la pequeña marejada superficial no puede controlar su propio movimiento y mucho menos puede controlar verdaderamente la inmensa vida que nos rodea. La Shakti, el poder del Infinito y del Eterno desciende dentro de nosotros, trabaja y desmenuza nuestras actuales formaciones psicológicas, rompe todos los muros, amplía, libera y nos prodiga siempre poderes mayores y más nuevos de visión, ideación y percepción, y mayores y más nuevos motivos vitales; amplía y remodela crecientemente al alma y sus instrumentos<sup>4</sup>, nos enfrenta ante toda imperfección a fin de sentenciarla y destruirla, nos abre a una perfección mayor y efectúa en un breve lapso la obra de muchas vidas o edades, de modo que, constantemente, se producen dentro de nosotros nuevos nacimientos y nuevas perspectivas. La Shakti, expansiva en su acción, libera a la consciencia del confinamiento en el cuerpo<sup>5</sup>; esta consciencia liberada puede proyectarse en trance o sueño, o hasta despertar e ingresar en los mundos u otras regiones de este mundo y puede actuar o retornar con su experiencia. Esta consciencia liberada se expande, sintiendo al cuerpo solo como una pequeña parte de sí, y empieza a contener lo que antes la contenía<sup>6</sup>; logra la consciencia cósmica y se extiende hasta adquirir dimensiones universales. Empieza a conocer interior y directamente (y no meramente por observación y contacto directos) las fuerzas en juego en el mundo, siente su movimiento, distingue su funcionamiento y puede operar de inmediato sobre ellas como el científico lo hace sobre las fuerzas físicas; puede aceptar su acción y resultados en nuestra mente, vida, y cuerpo, o rechazarlos o modificar, ampliar, remodelar y crear nuevos poderes y movimientos inmensos en lugar del viejo y pequeño accionar de la naturaleza. Empezamos a percibir la acción de las fuerzas de la Mente universal y a conocer como nuestros pensamientos son creados por esa acción, a separar desde dentro la verdad y falsedad de nuestras percepciones, a ampliar su campo, a extraer e iluminar su significación, a convertimos en amos de nuestra propia mente y acción, y a ser capaces y activos para

<sup>1</sup> Correspondientes a nuestro ser subliminal sustentado por el ser psíquico.

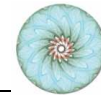
<sup>2</sup> Sobre la formación de una consciencia cósmica y una consciencia trascendente.

<sup>3</sup> La integración de todas las partes de nuestro ser que antes se describió en torno a nuestro ser psíquico.

<sup>4</sup> Mente, vital y cuerpo.

<sup>5</sup> Acaba de describir cómo la Shakti libera nuestra mente y vital y ahora lo hace con el cuerpo.

<sup>6</sup> Una consciencia antes subordinada y limitada por la mente, vital y cuerpo que, una vez liberada, los abarca y los trasciende entrando en ámbitos de consciencia mucho más vastos y profundos, tal como describe posteriormente.



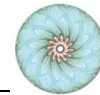
conformar los movimientos de la Mente en el mundo que nos rodea. Empezamos a percibir la corriente y agitación de las fuerzas vitales universales, a detectar el origen y ley de nuestros sentimientos, emociones, sensaciones, y pasiones; somos libres de aceptar, rehusar, recrear y surgir hacia planes superiores del Poder Vital. Empezamos a percibir también la clave del enigma de la Materia, a seguir la interacción de la Mente, la Vida y la Consciencia sobre aquélla, a descubrir, cada vez más, su función instrumental y resultante, y a detectar, en última instancia, el último secreto de la Materia no como mera forma de la Energía sino como forma de una consciencia involucionada, detenida, inestablemente fija o restringida; y empezamos a apreciar también la posibilidad de su liberación y su flexibilidad de respuesta a los Poderes superiores, sus posibilidades para la encarnación y autoexpresión conscientes y no ya semiconscientes del Espíritu. Todo esto y mucho más se hace posible cada vez más a medida que se incrementa en nosotros la acción de la Divina Shakti y se desplaza hacia una pureza, verdad, altura y ámbito mayores, contra la gran resistencia o esfuerzo de respuesta de nuestra consciencia oscura, a través de la gran lucha y movimiento de progresión y regresión y renovado progreso exigidos por la obra de intensa transformación de una sustancia semiinconsciente en consciente. Todo depende del despertar psíquico nuestro, de la integridad de nuestra respuesta a ella y de nuestra creciente sumisión.

Pero todo esto puede constituir solamente una vida interior mayor con una posibilidad mayor de acción externa y ser un logro transitorio; la transformación plena solo puede llegar mediante el ascenso del sacrificio hacia sus cimas más altas y la acción de la divina Gnosis supramental<sup>1</sup> sobre la vida con su poder, luz y beatitud. Pues solo entonces todas las fuerzas que están divididas y se expresan imperfectamente en la vida y sus obras se elevan a su unidad original, a su armonía, a su verdad particular, a su auténtico absoluto y a su entera significación. Allí, el Conocimiento y la Voluntad se unifican, el Amor y la Fuerza son un solo movimiento; los opuestos que aquí nos afligen se resuelven en reconciliada unidad: el bien desarrolla su absoluto, y el mal, despojándose de su error, vuelve al bien que estaba detrás de él; el pecado y la virtud se desvanecen en pureza divina e infalible movimiento de la verdad; el dudoso e impermanente placer desaparece en una Bienaventuranza que es juego de certidumbre espiritual eterna y Feliz, y el dolor, al desaparecer, descubre el toque de un Ananda que fue traicionado por alguna oscura perversión e incapacidad de la voluntad del Inconsciente para recibirlo. Estas cosas que para la Mente son imaginación o misterio, se vuelven evidentes y pueden ser experimentadas a medida que la consciencia surge de la mente material limitada y corporizada<sup>2</sup> hacia la libertad y plenitud del ámbito cada vez más elevado de la superinteligencia; y pueden llegar a ser enteramente verdaderas y normales solo cuando lo supramental se convierta en ley de la naturaleza.

---

<sup>1</sup> Conocimiento y Consciencia divinas.

<sup>2</sup> Una mente que solo cree en la realidad de la materia porque está subordinada a sus sentidos físico-sensoriales en su percepción de la vida y del mundo.



Por lo tanto, la justificación de la Vida, su salvación y su transformación en una Vida Divina dentro una Naturaleza terrestre transformada dependen de que este ascenso se efectúe y de que sea posible un pleno dinamismo desde los niveles supremos que descienden a la consciencia terrena.

La naturaleza del Yoga integral, concebida de ese modo o bajo esas condiciones, progresando mediante esos medios espirituales, volcándose en esta transformación integral de la naturaleza, determina, de por sí, su respuesta a la cuestión de qué hacer con las actividades ordinarias de la vida y cómo situarlas en el Yoga.

No es ni puede ser un abandono ascético, contemplativo ni místico de las obras y de la vida por completo, de un evangelio de meditación e inactividad absortas, de una segregación o condena de la Fuerza Vital y sus actividades, de un rechazo de la manifestación en la naturaleza Terrena. A quien busca la perfección puede resultarle necesario un periodo de recogimiento interior, de absorción en su ser interior, de retiro del bullicio y ajetreo de la vida de la Ignorancia hasta que se efectúe cierto cambio interior o se logre algo sin lo cual es imposible o difícil una efectiva acción posterior en la vida. Pero este solo puede ser un periodo o episodio, una necesidad temporal o una maniobra espiritual preparatoria; no puede ser la norma ni el fundamento del Yoga.

Sería contrario al espíritu del Yoga integral apartarse de las actividades de la existencia humana siguiendo una línea religiosa o ética, o ambas juntas, o restringirse únicamente al culto, o a la filantropía y beneficencia. Cualquier norma o aceptación o repudio meramente mentales son ajenos a la finalidad y método de su disciplina. Todo debe llevarse a una altura espiritual y situarse en una base espiritual; la presencia de un cambio espiritual interior y de una transformación externa debe tener vigencia sobre la totalidad de la vida y no meramente sobre una parte de ella; debe aceptarse todo lo que sea útil o admisible para este cambio; debe rechazarse todo lo que sea incapaz o inapropiado o que rehúse someterse al movimiento transformador. No debe haber apego a ninguna forma de las cosas ni de la vida, a ningún objeto ni actividad; si es menester hay que renunciar a todo; debe admitirse todo lo que la Divinidad escoja como material de la vida divina. Pero lo que acepte o rechace no debe depender de la mente ni de la voluntad vital franca o disfrazada de deseo ni del sentido ético, sino en la insistencia del ser psíquico, en el mandato de la Guía Divina del Yoga, en la visión del Yo o Espíritu superior y en la iluminada orientación del Maestro. La vía espiritual no es la vía mental; una norma o consciencia mentales no pueden ser su determinante ni su guía.

De igual manera, una combinación o mezcla entre ambos ordenes de la consciencia, el espiritual y el mental o el espiritual y el vital o una mera sublimación de lo interior de la vida mientras lo exterior permanece sin modificar, no puede ser la ley ni el objetivo del Yoga. Debe abarcarse toda la vida pero, en igual medida, toda la vida debe transformarse; todo debe llegar a ser parte, forma y expresión adecuada de un ser espiritual en la naturaleza



supramental. Esta es la cima y movimiento culminante de la evolución espiritual del mundo material y, así como el cambio desde el animal vital hasta el hombre mental transformó la vida por completo en su consciencia básica, en su perspectiva y en su significado, de igual manera este cambio desde el ser mental materializado al ser espiritual y supramental que usa la Materia, pero no es dominado por ella, debe abarcar la vida y convertirla por completo en otra cosa distinta de lo humano -defectuoso e imperfecto-, muy distinta en su consciencia básica, en su perspectiva y en su significación. Deben desaparecer todas las formas de la vida que no puedan soportar el cambio; todo cuanto puede afrontarlo sobrevivirá e ingresará en el Reino del Espíritu. Actúa una Fuerza divina que escogerá a cada instante lo que ha de hacerse y lo que no ha de hacerse, lo que ha de encararse momentánea o permanentemente y lo que ha de abandonarse momentánea o permanentemente. Pues esa Fuerza es suficiente y única competente, y nos conducirá hacia la realización según modos y medios tan grandes, interiores y complejos que la mente no los puede seguir y mucho menos dictar, pero dando por descontado que con eso solo no sustituimos nuestro deseo ni nuestro ego, y que, para ese fin, el alma debe estar siempre despierta, siempre en guardia, viva para la orientación divina y resistente ante lo que el no divino descarrió tanto desde dentro como desde fuera de nosotros<sup>1</sup>. Es un camino arduo, difícil y peligroso, pero no hay otro.

Hay dos normas que disminuirán la dificultad y eliminarán el peligro. Debe rechazarse todo cuanto provenga del ego, del deseo vital, de la mera mente y de su presuntuosa incompetencia razonadora; todo cuanto favorece a estos agentes de la Ignorancia. Debe aprenderse a oír y acatar la voz del alma recóndita, la dirección del Gurú, el mandato del Maestro y el accionar de la Madre Divina. Quien se apegue a los deseos y debilidades carnales, a las apetencias y pasiones de lo vital en su turbulenta ignorancia, a los dictados de su mente impersonal no silenciada ni iluminada por un conocimiento mayor, no puede descubrir la verdadera ley interior y amontonará obstáculos en el camino de la realización divina. Quien es capaz de detectar y renunciar a esos oscuros medios y de seguir al Guía verdadero, descubrirá interior y exteriormente la ley espiritual, alcanzando la meta del Yoga.

El significado y el Método total del Yoga integral no es solo un cambio radical y total de la consciencia, sino también dentro de una fuerza creciente y mediante etapas progresivas.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> La acción divina sobre nosotros no nos libra del trabajo personal del que depende que estemos preparados para recibir la acción divina sobre nosotros.

<sup>2</sup> Se requiere una consciencia trascendida y universal, una divinización de la consciencia, pero también el crecimiento de la fuerza para la acción en la vida para divinizarla, lo mismo que el Absoluto es una Consciencia silenciosa e inmóvil pero actúa sobre el universo a través de su Consciencia-Fuerza y Consciencia-Voluntad creando múltiples formas, sustentándolo y atrayéndolo hacia Él en un incesante proceso evolutivo de divinización para el que nuestra voluntad y fuerza divinizadas deben ser instrumento.



## Capítulo VII

### NORMAS DE CONDUCTA Y LIBERTAD ESPIRITUAL

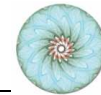
Quien realice las obras del Yoga tiene que fundamentar toda su acción y evolución en el conocimiento que tiene su piedra angular en una percepción cada vez mayor de una unidad que lo penetra todo; se moverá en una consciencia creciente de que toda la existencia es una totalidad indivisible: todas las obras son también parte de esa divina totalidad indivisible. Su acción personal y los resultados de ella, ya no pueden ser ni deben parecer un movimiento separado, determinado principal o enteramente por el egoísta "libre" albedrío individual separado del total. Nuestras obras son parte de una acción cósmica indispensable; se las coloca o, más exactamente, se colocan en su sitio en la totalidad de la cual surgen, y su consecuencia es determinada por las fuerzas que nos trascienden. Esa acción en el mundo, tanto en su amplia totalidad como en todo detalle minúsculo, es el movimiento indivisible del Uno que se manifiesta progresivamente en el cosmos. El ser humano también se vuelve progresivamente consciente de la verdad de sí mismo y de la verdad de las cosas, en la medida en que despierta a este Uno dentro de él y fuera de él, y en la medida en que percibe el proceso oculto, milagroso y significativo de las fuerzas del Uno en el movimiento de la Naturaleza. Esta acción, este movimiento cósmico, no se reduce, ni en nosotros ni en quienes nos rodean, a la pequeña porción fragmentada de las actividades cósmicas de las que somos conscientes en nuestra consciencia superficial; esta acción es sostenida por una existencia ambiental, inmensa y subyacente, subliminal o subconsciente<sup>1</sup> para nuestras mentes, y es atraída hacia sí<sup>2</sup> por una inmensa existencia trascendente que es superconsciente para nuestra naturaleza. Nuestra acción surge, tal como surgimos nosotros mismos, de una universalidad de la que no somos conscientes; le asignamos una forma según nuestro temperamento personal, según nuestra mente y voluntad personales de pensamiento, según nuestra fuerza impulsora o deseo; pero la verdad real de las cosas, la ley verdadera de la acción supera estas formaciones personales y humanas. Según la visión de la Verdad, es un enfoque imperfecto y ley de la Ignorancia cualquier punto de vista, cualquier norma de acción creada por el ser humano que ignore la indivisible totalidad del movimiento cósmico, sea cual sea su utilidad en la práctica externa.

Hasta cuando llegamos a vislumbrar esta idea o logramos fijarla en nuestra consciencia como conocimiento mental y como actitud anímica resultante de él, nos es difícil, en nuestras partes externas y naturaleza activa, ajustar cuentas entre este punto de vista universal y las demandas de nuestra opinión personal, de nuestra voluntad personal, y de nuestra emoción y deseo

---

<sup>1</sup> La acción cósmica sostenida por una serie de fuerzas subliminales y subconscientes para nuestras mentes, ya que no las podemos percibir. Del mismo modo, hay un ser subliminal y un ser subconsciente en nosotros que no podemos percibir sin la debida realización.

<sup>2</sup> La Trascendencia (Superconsciencia) tira del universo hacia sí, provocando un movimiento de ascenso evolutivo para que la oculta consciencia (oculta para nuestra mente) involucrada que hay en él pueda emerger y evolucionar hacia la Trascendencia.



personales. Aún entonces, nos vemos forzados a seguir encarando este movimiento cósmico indivisible como si fuese una masa de materia impersonal con la que nosotros, el ego y la persona, hemos de labrar algo de acuerdo con nuestra propia voluntad y fantasía mental mediante lucha y esfuerzo personales. Esta es la actitud normal humana para con el medio que le rodea; es realmente falsa, porque nuestro ego y su voluntad son creaciones y marionetas de las fuerzas cósmicas y, solo cuando nos apartamos del ego y entramos en la consciencia del Conocimiento-Voluntad divino del Eterno que actúa en ellas, podemos ser sus amos, por una especie de delegación de lo alto. Sin embargo, esta posición personal es la actitud correcta del ser humano en la medida en que protege su individualidad y no la ha desarrollado plenamente todavía; pues sin este punto de vista y esta fuerza motora no puede desarrollarse en su ego, no puede crecer lo suficiente ni diferenciarse de la masa existencial universal, subconsciente o semiconsciente<sup>1</sup>.

Pero, es difícil librarse del abrazo de este ego-consciencia que abarca todo nuestro hábito existencial cuando ya no necesitamos la etapa separativa, individualista y agresiva del desarrollo, cuando proseguiríamos desde esta necesidad minúscula del alma infantil hacia la unidad y universalidad, hacia la consciencia cósmica y, mas allá, hacia nuestra estatura espiritual trascendente. Es menester reconocer claramente -no solo en nuestro modo de pensar, sino también en nuestro modo de sentir, experimentar y obrar- que este movimiento, esta acción universal no es una inútil ola impersonal del Ser, que se aviene a la voluntad de cualquier ego según la fuerza e insistencia de ese ego. El Conocedor de su campo de acción es el movimiento de un Ser cósmico; el Amo de su propia fuerza progresiva activa son los pasos de una Divinidad. Así como el movimiento es uno e indivisible, de igual manera quien está presente en el movimiento es uno singular e indivisible. No solo todo resultado es determinado por Él, sino que toda iniciación y proceso dependen del movimiento de su fuerza cósmica y solo pertenecen, secundariamente y en su forma, a la criatura.

¿Pero cuál debe ser entonces la posición espiritual de quien trabaja espiritualmente? ¿Cuál es su relación verdadera, en la Naturaleza dinámica, para con este Ser cósmico único y este movimiento total único? Él<sup>2</sup> es solo un centro —un centro diferenciativo de la consciencia personal única<sup>3</sup>, un centro determinativo del movimiento total único<sup>4</sup>; la personalidad del ser humano refleja, en una ola de persistente individualidad, a la Persona universal única, al

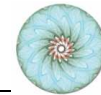
---

<sup>1</sup> Describe la función evolutiva del ego que nos permite, en una fase de transición hacia una etapa espiritual, construir una individualidad que se despegue de la masa universal subconsciente o semiconsciente (materia, plantas, animales...). Después, esta individualidad, una vez despojada del ego, será necesaria para la acción del Divino en nosotros.

<sup>2</sup> El ser humano.

<sup>3</sup> La Consciencia única del Divino personal que se expresa y se concreta, de manera múltiple y diferenciada en cada ser humano.

<sup>4</sup> La acción universal del Divino de la cual nuestra acción —más perfecta o imperfecta— es reflejo y concreción.



Trascendente, al Eterno<sup>1</sup>. En la Ignorancia hay siempre una reflexión interrumpida y distorsionada, porque la cresta de la ola, que es nuestro consciente yo despierto, devuelve solo una similitud imperfecta y falsificada del Espíritu divino. Todas nuestras opiniones, normas, formaciones y principios son solo intentos de representar, -en este espejo quebrado, reflector y distorsionador- algo de la acción total universal y progresiva, y algo de su desplazamiento multilateral hacia una automanifestación última de la Divinidad. Nuestra mente la representa lo mejor que puede con una estrecha aproximación, que cada vez es menos inadecuada en proporción al crecimiento de su pensamiento en amplitud, luz y poder; pero es siempre aproximación y ni siquiera llega a ser imagen parcial verdadera. La Voluntad Divina actúa eternamente para manifestar, de forma progresiva, algo de su Misterio divino y de su oculta verdad del Infinito, no solo en la unidad del cosmos, sino también en la colectividad y en el individuo hay un enraizado instinto o creencia de perfectibilidad propia<sup>2</sup>, un constante impulso hacia un autodesarrollo siempre creciente y más adecuado y armonioso, más próximo a la verdad secreta de las cosas. Este impulso de perfección se expresa en la elaboradora mente humana en forma de normas de conocimiento, sentimientos, carácter, ascesis y acción, normas ideales, normas y leyes que el ser humano ensaya para convertirlas en universales.

Si hemos de liberarnos en el Espíritu, si hemos de someternos únicamente a la Verdad suprema, debemos descartar la idea de que nuestras leyes mentales o morales estén ligadas al Infinito o de que puede haber algo sacrosanto, absoluto o eterno, ni siquiera en la más excelsa de nuestras existentes normas de conducta<sup>3</sup>. Formar normas temporales cada vez más elevadas a medida que se las necesita es servir a la Divinidad en su marcha por el mundo<sup>4</sup>; erigir rígidamente una norma absoluta es intentar la construcción de un dique contra las aguas eternas que fluyen. Una vez que el alma ligada a la naturaleza capta esta verdad, se libera de la dualidad del bien y del mal. Pues el bien es todo cuanto ayuda al individuo y al mundo en su realización divina, y el mal es todo cuanto retarda o interrumpe la perfección creciente. Pero puesto que la perfección es progresiva, evolutiva en el Tiempo y el bien y el mal son también entidades mutables y pueden variar de un momento a otro su significado y valor. Esto que ahora es mal y que en su forma actual debe ser abandonado, fue en un tiempo útil y necesario para el progreso general e individual. Eso otro que ahora consideramos como mal, con otra forma y disposición, bien puede convertirse en elemento de alguna perfección futura. Y en el nivel espiritual trascendemos incluso esta distinción, pues descubrimos el propósito y utilidad de todas estas cosas que llamamos bien y mal. Tenemos entonces que rechazar la falsedad distorsionada, ignorante y

---

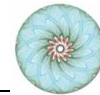
<sup>1</sup> Nuestra individualidad y personalidad como manifestación múltiple y diferenciada de una única Persona Trascendente Universal y nuestra acción como concreción de un movimiento total único.

<sup>2</sup> Algo que puede ser perfeccionado en nosotros.

<sup>3</sup> Porque todas nuestras leyes mentales o morales son construcción de nuestra mente limitada y les atribuimos infinitud y divinidad para darles un carácter absoluto e inamovible.

<sup>4</sup> Las normas temporales, cada vez más elevadas, al contrario que las absolutas e inamovibles, sirven a la Divinidad porque respetan la marcha evolutiva, ascendente y siempre progresiva del mundo hacia Ella.





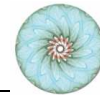
oscura que hay en ellas, tanto en lo que llamamos bien como en lo que denominamos como mal. Porque tenemos que aceptar solo lo verdadero y lo divino, sin efectuar ninguna otra distinción en los procesos eternos.

Sin embargo, para quienes actúen solo en función de esta norma rigurosa, para quienes solo sientan los valores humanos y no los divinos, esta verdad puede parecer una peligrosa concesión que probablemente destruya el cimiento mismo de la moralidad, confunda toda conducta y establezca únicamente el caos. Ciertamente, esto sucedería en el ser humano que vive en la ignorancia si tuviera que elegirse entre una ética eterna e invariable y una ausencia absoluta de ética. Pero, hasta en el nivel humano, si contamos con luz y ductilidad suficientes como para reconocer que una norma de conducta puede ser temporal e, incluso, necesaria en su tiempo, siguiéndola fielmente hasta que pueda reemplazarse por otra mejor, entonces no sufriremos tal pérdida, sino que nos libramos solamente del fanatismo de una virtud imperfecta e intolerante. En su lugar obtenemos una apertura y un poder de progresión moral y caridad continuas, logramos la capacidad de entrar en comprensiva simpatía con todo este mundo de criaturas que luchan y tropiezan y, mediante esa caridad, alcanzamos mejores leyes y mayor fortaleza para ayudarlas en su camino. Al fin, donde concluye lo humano y comienza lo divino, donde la consciencia mental desaparece en la consciencia supramental y lo finito se precipita en lo infinito, desaparece todo mal en un Bien divino y trascendente que se universaliza en todo plano de la consciencia con la que entra en contacto.

Queda entonces establecido para nosotros que todas las normas por las que procuramos gobernar nuestra conducta son solo nuestro intento temporal, imperfecto y evolutivo que representa nuestro vacilante progreso mental dentro de la autorrealización universal hacia la que se dirige la Naturaleza. Pero la manifestación divina no puede constreñirse en nuestras pequeñas normas y frágiles santidades, ya que la consciencia que está detrás de aquella manifestación divina es demasiado vasta para ser contenida en estas normas. Una vez que hayamos captado este hecho, demasiado desconcertante para el absolutismo de nuestra razón, podremos situar más correctamente, en relación recíproca, las sucesivas normas que gobiernan las diferentes etapas del desarrollo del individuo y de la marcha colectiva de la humanidad.

Podemos aprovechar para observar las normas que resultan más genéricas, puesto que necesitamos ver cómo se relacionan con el otro modo de la acción espiritual y supramental, que carece de normas y que el Yoga busca y hacia el que se dirige mediante el sometimiento del individuo a la Voluntad divina y, más efectivamente, a través de su ascenso, mediante este sometimiento, hacia la consciencia mayor en la que es posible cierta identidad con el Eterno dinámico.

Existen cuatro normas principales de conducta humana que forman una escala ascendente. La primera es la necesidad, la preferencia y el deseo



personales; la segunda es la ley y el bien de la colectividad; la tercera es una ética ideal; la última es la suprema ley divina de la naturaleza.

El ser humano inicia su larga carrera evolutiva solo con dos de estas cuatro normas que lo iluminan y lo dirigen, porque ellas constituyen la ley de su existencia animal y vital y porque su progreso comienza como un ser humano animal, vital y físico. El cometido verdadero del ser humano en la tierra consiste en expresar, en su humanidad, una creciente imagen de la Divinidad. A sabiendas o no, la Naturaleza trabaja en él con ese fin, bajo el denso velo de sus procesos internos y externos. Pero el ser humano material o animal ignora este objetivo interior de la vida; conoce solo sus necesidades y deseos y no tiene otra orientación sobre lo que se le exige, que no sea su propia percepción de la necesidad y de los propios estímulos e indicaciones de su deseo. Por todo esto, la primera norma natural de su conducta es el satisfacer sus exigencias y necesidades físicas y vitales antes que todo lo demás y, luego, cualquier anhelo, imaginación o noción dinámica, emotiva o mental, que surja en él. La única ley que puede compensar o dominar esta primera norma y que puede modificar o contrarrestar esta apremiante demanda natural, es la prioridad que establecen las ideas, necesidades y deseos de su familia, comunidad o tribu, valga decir, del rebaño del que es miembro.

Si el ser humano viviese para sí y solo hiciese esto porque el desarrollo del individuo fuese el único objetivo de la Divinidad en el mundo, esta segunda ley<sup>1</sup> no tendría ninguna necesidad de actuar. Pero toda la existencia procede por acción y reacción mutuas del todo y de las partes, por recíproca necesidad de componentes y compuestos, por interdependencia con el grupo y entre los individuos del grupo. Según el lenguaje de la filosofía hindú la Divinidad siempre se manifiesta bajo la doble forma de ser separativo y colectivo, *vyasti, samasti*. El ser humano, al luchar por el desarrollo de su individualidad separada, de su plenitud y libertad, es incapaz hasta de satisfacer sus propias necesidades y deseos a no ser que lo haga en conjunción con otros ser humanos; sin los demás es, en sí mismo, una totalidad incompleta. Esta obligatoriedad involucra a su ley individual de conducta en una ley grupal surgida de la formación, como unidad transitoria, de una entidad grupal duradera, con una mente y vida colectivas propias, a la que su propia mente y vida individuales se subordinan. Sin embargo, existe en el ser humano algo inmortal y libre, desligado de este cuerpo grupal, que trasciende su propia existencia individual encarnada<sup>2</sup>, que no puede sentir el grupo como algo propio, ni consentir que, por la ley del grupo, se encadene su espíritu individual del ser humano.

Esta ley grupal, aparentemente mayor y dominante, no es, en sí misma, más que una extensión del principio vital y animal que gobierna al ser humano elemental individual; es la ley del rebaño. El individuo identifica parcialmente su vida con la vida de cierta cantidad de otros individuos con los que se asocia por nacimiento, elección o circunstancia. Y puesto que la existencia del grupo es

<sup>1</sup> La ley que prioriza el bien colectivo (familiar, grupal, etc.)

<sup>2</sup> Un ser psíquico o alma que pervive más allá de la actual encarnación.



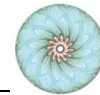
*Sri Aurobindo*

necesaria para su propia existencia y satisfacción individuales, deben pasar a situarse en primer lugar la salvaguarda del grupo, la satisfacción de sus necesidades y de sus ideas colectivas, deseos y hábitos de vida, sin los cuales el grupo no podría mantenerse unido. La posibilidad de realizar la idea y de satisfacer el sentimiento individual, la necesidad y el deseo, la preferencia y el hábito, ha de subordinarse constantemente, por las exigencias de la situación y no por causa de ninguna motivación moral ni altruista, a la realización de las ideas, la satisfacción de los sentimientos, las necesidades y deseos, las preferencias y hábitos, no de este o aquel otro individuo o cantidad de individuos, sino de la sociedad en su totalidad. Esta necesidad social es el oscuro origen de la moralidad y del impulso ético humano.

En realidad no se sabe si el ser humano, en alguna época primitiva, vivió para sí o solo con su pareja, como lo hacen algunos animales. Todos los antecedentes a este respecto nos lo señalan como animal social, no como cuerpo y espíritu aislados. La ley grupal se impuso siempre sobre su ley individual de autodesarrollo; parece que siempre nació, vivió y se formó como unidad dentro de una masa. Pero, lógica y naturalmente, la ley de la necesidad y el deseo individuales es primaria desde el punto de vista psicológico, y la ley social llega como poder secundario y usurpador. El ser humano tiene en sí dos impulsos principales distintos, el individualista y el comunal, una vida individual y una vida social, un motivo personal de conducta y un motivo social de conducta. La posibilidad de que estén confrontados y el intento de resolver su ecuación están en las raíces mismas de la civilización humana y tal intento persiste en otras figuras cuando se traspasa lo animal vital hacia un progreso mental y espiritual altamente individualizado.

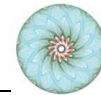
La existencia de una ley social externa al individuo ha sido, en diferentes épocas, ventaja y desventaja considerables para el desarrollo de lo divino en el ser humano. Al principio es una ventaja cuando el ser humano es terco e incapaz de autocontrol y autodescubrimiento, porque la ley social establece un poder distinto del de su egoísmo personal a través del cual ese egoísmo puede ser inducido o forzado a moderar sus salvajes demandas, a disciplinar sus movimientos irracionales y, a menudo violentos, e incluso a perderse, a veces, en un egoísmo más grande y menos personal. Su desventaja para el espíritu desarrollado, ya preparado para trascender la fórmula humana, consiste en que se trata de una norma externa que intenta imponerse en él desde afuera, mientras, por el contrario, la condición de su perfección es crecer desde adentro y en libertad creciente, no como consecuencia de suprimir sino por trascender su individualidad perfeccionándola, no ya por una ley impuesta en él que instruye y disciplina sus partes, sino por el alma desde el interior, que posee con su luz sus partes y las transmuta al haber superado todas las formas anteriores.

En el conflicto de las demandas de la sociedad con las del individuo se enfrentan dos soluciones ideales y absolutas. Existe la demanda grupal a la que el individuo ha de someterse más o menos completamente o perdiendo, incluso, su existencia independiente dentro de la comunidad: la unidad más



pequeña debe inmolarse y autoofrendarse a la mayor. Debe aceptar la necesidad social como si fuera su propia necesidad, el deseo social como su propio deseo; no debe vivir para sí, sino para la tribu, el clan, la comuna o la nación de la que es miembro. La solución ideal y absoluta desde el punto de vista del individuo sería una sociedad existente no para sí misma, para la omnidominante finalidad colectiva, sino para el bien del individuo y su realización, para la vida mayor y más perfecta de todos sus miembros. Al representar, en la mayor medida posible, a su yo óptimo y al ayudarlo en su realización, respetaría la libertad de cada uno de sus miembros y se mantendría, no por la ley y la fuerza, sino por el consentimiento libre y espontáneo de sus individuos componentes. Una sociedad ideal de cualquier índole no existe y sería difícilísima de crear, más difícil aún de mantener en una existencia precaria, mientras el ser humano individual se apegue al egoísmo como motivo primario de la existencia. Un dominio social general, pero no completo sobre el individuo, es el medio más fácil y el sistema que la Naturaleza adopta instintivamente desde el principio y el modo en que mantiene el equilibrio, mediante una ley rigurosa, imponiendo una costumbre y un cuidadoso adoctrinamiento de la inteligencia aún sometida y mal desarrollada de la criatura humana.

En las sociedades primitivas la vida individual está sujeta a la costumbre y a la norma comunales, rígidas e inamovibles; esta es la antigua ley y habría de ser la eterna ley del rebaño humano, ley que procura siempre asumir la falsa apariencia de mandato eterno del Imperecedero, esa *dharmah sanátanah*. Y este ideal todavía no ha muerto en la mente humana, porque la tendencia más reciente del progreso humano consiste en establecer una suntuosa y agrandada edición de esta antigua tendencia de la vida colectiva hacia la esclavización del espíritu humano. Hay aquí un serio peligro que se abate sobre la tierra para el desarrollo integral de una verdad mayor y de una vida mayor. Pues los deseos y libres afanes del individuo, por más egoístas, falsos o pervertidos que sean en su forma actual, contienen en sus oscuras células la simiente de un desarrollo necesario para el todo; sus búsquedas y tropiezos tienen detrás de sí una fuerza que ha de mantenerse y transformarse en el reflejo de la idea divina. Esa fuerza necesita iluminarse y capacitarse, pero no debe suprimirse ni usarse exclusivamente para las pesadas ruedas sociales. La individualidad es tan necesaria para la perfección final como el poder que está detrás del espíritu grupal; la asfixia del individuo bien puede ser la asfixia del dios en el ser humano. Y en el balance actual de la humanidad, raras veces hay peligro real de exagerado individualismo destructor de la unidad social. Continuamente hay peligro de que la exagerada presión de la masa social suprima o indebidamente desanime el libre desarrollo del espíritu individual mediante su no iluminado agobio mecánico. Pues el ser humano, en lo individual, puede ser más fácilmente iluminado, consciente y abierto ante las claras influencias, pero el ser humano en la masa es aún oscuro y semiconsciente y regido por fuerzas universales que escapan a su dominio y conocimiento.

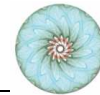


La Naturaleza reacciona en el individuo contra este peligro de supresión e inmovilización de la individualidad. Puede reaccionar con una resistencia aislada que alcanza, desde la rebelión instintiva y brutal del criminal, hasta la negación social completa del ermitaño y del asceta. También puede reaccionar por afirmación de una tendencia individualista de la idea social, puede imponerla en la consciencia masiva y establecer un acuerdo entre la demanda individual y la demanda social. Pero un acuerdo no es una solución; solo archiva la dificultad y, al final, aumenta la complejidad del problema multiplicando sus consecuencias. Tiene que concurrir un nuevo principio, distinto y superior a las dos tendencias conflictivas y, a la vez, tiene que ser poderoso como para imponerse sobre ellas y reconciliarlas. Por encima de la ley individual natural que instituye, como nuestra única forma de conducta, la satisfacción de nuestras necesidades, preferencias y deseos individuales y por encima de la ley comunal natural que instituye, como norma superior, la satisfacción de las necesidades, preferencias y deseos de la comunidad como un todo, tiene que surgir la noción de una ley moral ideal que no es la satisfacción de la necesidad y el deseo, sino que controla y hasta los restringe o anula a favor de los intereses de un orden ideal que no es animal, vital ni físico, sino mental; es una creación que la búsqueda que la mente efectúa en pos de la luz, del conocimiento, de la norma correcta, del movimiento correcto y del orden verdadero. En el momento en que esta noción cobra fuerza en el ser humano, este empieza a escapar de ser absorbido por la vida vital y material hacia la vida mental; escala del primero al segundo grado del triple ascenso de la Naturaleza.<sup>1</sup> Sus necesidades y deseos mismos tienen el contacto de una luz más elevada del propósito y la necesidad mental; el deseo estético, intelectual y emocional comienza a predominar sobre la demanda de la naturaleza física y vital.

La ley natural de la conducta va desde un conflicto hacia un equilibrio de fuerzas, impulsos y deseos; la ley ética superior va, a través del desarrollo de la naturaleza mental y moral, hacia una norma interna fija o un autoformado ideal de cualidades absolutas -justicia, rectitud, amor, razón correcta, poder correcto, belleza y luz-. Por lo tanto, es esencialmente una norma individual; no es una creación de la mente colectiva. El pensador de la norma es el individuo; él es quien despierta e integra en las formas lo que, de otro modo, seguiría inconsciente en la amorfa totalidad humana. Quien se esfuerza por lo moral también es el individuo; la autodisciplina, no bajo el yugo de una ley externa, sino acatando la luz interior, es esencialmente un esfuerzo individual. Pero, al plantear su norma personal como traslación de un ideal moral absoluto, el pensador la impone, no en sí mismo solamente, sino en todos los individuos a los que su pensamiento puede alcanzar y penetrar; y en la medida en que la

---

<sup>1</sup> Describe el ascenso evolutivo de la Naturaleza desde la materia física, pasando al ser vital animal hasta llegar al ser humano mental, que contiene en sí mismo, los tres elementos que integran su evolución: físico, vital y mental. Propone que la ley individual y la colectiva contrapuestas en sus intereses individuales y colectivos solucionen su conflicto basado en la satisfacción de las necesidades y deseos físicos y vitales sustituyendo estos por un ideal y una ley mental y moral que se imponga sobre los anteriores, en coherencia con la propia tendencia evolutiva de la Naturaleza. No es el estadio más perfecto ni el final, como el ser mental y ético, no es la perfección a la que aspira el ser humano espiritual, tal y como después expondrá.



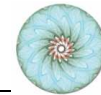
masa de individuos la acepta como ideal, con una práctica imperfecta o sin ella, la sociedad también se ve obligada a obedecer la nueva orientación. Absorbe la influencia creadora y, sin éxito notable, procura moldear sus instituciones según nuevas formas que llevan el toque de estos ideales superiores. Pero su tendencia consiste siempre en traducirlas en ley obligatoria, en regla, en costumbre mecánica y en coacción social externa sobre sus unidades vivientes.

Porque, mucho después de que el individuo se liberase parcialmente, convirtiéndose en un ser moral capaz de crecimiento consciente, en consonancia con su vida interior, ávido de progreso espiritual, la sociedad continúa siendo externa en sus métodos, como un organismo material y económico, mecánico, más atento al status y su propia salvaguarda que a su crecimiento y a su perfección. El máximo triunfo actual del individuo pensante sobre la sociedad instintiva y estática ha sido el poder que ha adquirido mediante su pensamiento-voluntad, en el sentido de abrirse a la idea de justicia social y de rectitud, de empatía grupal y de mutua compasión; en el sentido de abrirse a seguir más bien la norma racional que la ciega costumbre como tentativa de sus instituciones, y abrirse a considerar el asentimiento mental y moral de sus individuos como un elemento esencial de la validez de sus leyes<sup>1</sup>. Llega a ser posible para la mente grupal, al menos como ideal, considerar mejor la luz que la fuerza, el desarrollo moral y no la venganza o represión como el objetivo hasta de su acción penal. El máximo triunfo futuro del pensador llegará cuando pueda persuadir, al conjunto de individuos y al todo colectivo, de que debe fundamentar su relación vital y su unión y estabilidad, en un consentimiento y en una autoadaptación libres y armónicos, y que debe modelar y gobernar la verdad externa mediante la verdad interna, antes que reprimir al espíritu interior por medio de la tiranía de la forma y la estructura externas.

Pero hasta este éxito que ha logrado el pensador es más bien algo potencial que un logro real; porque hay siempre desarmonía y discordia entre la ley moral del individuo y la ley de sus necesidades y deseos; entre la ley moral propuesta a la sociedad y la ley física y las necesidades, los deseos, las costumbres, los prejuicios, los intereses y las pasiones vitales de la casta, el clan, la comunidad religiosa, la sociedad y la nación<sup>2</sup>; porque el moralista erige en vano su norma ética como absoluta, reclamando que todos le sean fieles, sin considerar las consecuencias, ya que no tienen valor para él las necesidades y deseos del individuo si están en conflicto con la ley moral, y la ley social carece de autoridad, a este respecto, si se opone a su sentido de la rectitud y su consciencia la niega. Esta sería una solución absoluta para el individuo que solamente albergará deseos y demandas que coinciden con el amor, la verdad y la justicia. Exige de la comunidad o nación que tengan todo por insignificante (hasta su seguridad e intereses más apremiantes) en

<sup>1</sup> Describe las características generales de lo que sería una democracia moderna. A tener en cuenta que este texto está escrito hace casi un siglo entre 1914 y 1920.

<sup>2</sup> Expresa la confrontación entre la ley moral y la ley de los deseos, necesidades físicas y vitales, costumbres, prejuicios, pasiones, etc. tanto a nivel individual como social o grupal.



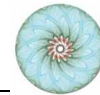
comparación con la verdad, la justicia, la humanidad y el bien supremo de los pueblos.

Pero ningún individuo se eleva a estas alturas, salvo en momentos cruciales; no se ha creado todavía ninguna sociedad que satisfaga este ideal. Y en el estado actual de moralidad y desarrollo humano, tal vez ninguno pueda ni deba satisfacerlo. La Naturaleza no lo permitirá; la Naturaleza sabe que no ha de ser así. La primera razón es que los ideales morales son, para la mayoría, mal desarrollados, ignorantes y arbitrarios, más bien construcciones mentales que transcripciones de las verdades externas del espíritu. Son autoritarios y dogmáticos y afirman en la teoría ciertas normas absolutas, pero en la práctica todo sistema ético existente resulta de difícil aplicación o, de hecho, tiene carencias respecto a la norma absoluta que el ideal pretende. Si nuestro sistema ético es un acuerdo, este establece enseguida un principio de justificación de posteriores acuerdos esterilizantes<sup>1</sup> que la sociedad y el individuo se apresuran a formalizar con él. Si el sistema ético insiste en el amor, la justicia y la rectitud absolutos se eleva sobre la cima de la posibilidad humana, se adhiere a él con acatamiento verbal, pero se ignora en la práctica. Se descubre incluso que ignora otros elementos de la humanidad que igualmente insisten en la supervivencia pero rehúsan introducirse en la fórmula moral. Pues, tal como la ley individual del deseo contiene dentro de sí elementos no evaluables del todo infinito que han de ser protegidos contra la tiranía de la idea social absorbente, del mismo modo los impulsos innatos, tanto del ser humano individual como del ser humano colectivo, también contienen en sí elementos no evaluables que escapan a los límites de cualquier fórmula ética descubierta y son necesarios para la plenitud y armonía de una eventual perfección divina.

Es más, el amor absoluto, la justicia absoluta, y la correcta razón absoluta llegan con facilidad a ser principios conflictivos en su aplicación actual por parte de una humanidad trastornada e imperfecta. La justicia exige, a menudo, lo que el amor aborrece. La razón correcta que considera desapasionadamente los hechos naturales y las relaciones humanas en busca de una norma o regla satisfactoria, es incapaz de admitir ningún reino de justicia absoluta, ningún reino de amor absoluto. Y de hecho, la justicia humana absoluta se convierte fácilmente, en la práctica, en soberana injusticia; pues la mente, unilateral y rígida en sus construcciones, presenta un esquema unilateral y riguroso y exige para él totalidad y absolutismo y reclama una aplicación de él que ignora una verdad más sutil de las cosas y la maleabilidad de la vida. Todas nuestras normas, al ser puestas en acción, vacilan con el devenir de los compromisos o se descarrían por esta parcialidad y estructura inelástica. La humanidad oscila entre una orientación y la otra; la especie humana discurre sobre un sendero zigzagueante, manejada por demandas conflictivas y, en general, trabaja

---

<sup>1</sup> Parece entenderse que el sistema ético establece después acuerdos que dejan al propio sistema ético, sin todo o parte de su efecto, quedando demostrada así la imposibilidad de su aplicación en la práctica. Un ejemplo de esto podría ser la “bula” o documento autorizado y firmado por el papa que concedía derechos especiales o liberaba de ciertas obligaciones religiosas a quien lo poseía; también podría perdonar ciertos pecados previo pago.



instintivamente lo que la Naturaleza pretende -pero con mucho derroche y sufrimiento- más que lo que ella desea o lo que tiene por correcto o lo que la luz suprema de lo alto exige del espíritu encarnado.

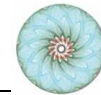
El hecho es que cuando hemos alcanzado el culto a las cualidades éticas absolutas estableciendo el mandato incuestionable de una ley ideal, no llegamos al final de nuestra búsqueda ni entramos en contacto con la verdad liberadora. Sin duda hay aquí algo que nos ayuda a remontarnos más allá de la limitación de nuestro ser humano físico y vital; hay una insistencia que sobrepasa las necesidades y deseos individuales y colectivos de una humanidad todavía ligada al barro viviente de la Materia, en la cual se arraigó una aspiración que ayuda a desarrollar en nosotros al ser mental y moral: este nuevo elemento sublimador ha sido, por tanto, una adquisición de gran importancia; su accionar ha marcado un paso considerable en pos de la difícil evolución de la Naturaleza terrestre. Y detrás de lo inadecuado de estas concepciones éticas hay también algo oculto que se apega a una Verdad suprema; hay aquí un atisbo de luz y poder que son parte de una Naturaleza divina aún inalcanzada. Pero la idea mental de estas cosas no es esa luz y la formulación moral de ellas no es ese poder. Estas son solo construcciones representativas de la mente que no pueden encarnar al espíritu divino al que intentan, en vano, aprisionar en sus fórmulas categóricas. En nosotros, más allá del ser mental y moral, hay un ser divino mayor que es espiritual y supramental; y solo a través de un gran plan espiritual en el que las fórmulas mentales se disuelven en una blanca llama de experiencia interior directa, podemos trascender la mente y pasar de sus construcciones a la vastedad y libertad de las realidades supramentales. Solo allí podemos entrar en contacto con la armonía de los poderes divinos pobremente y mal representados ante nuestra mente o estructurados, dentro de un falso reflejo de ellos, por los elementos conflictivos o cambiantes de la ley moral. Solo en ese espíritu supramental que es, a la vez, fuente y meta secretas de nuestra mente, vida y cuerpo, es posible la unificación del transformado ser humano vital y físico y del iluminado ser humano mental. Solo allí hay alguna posibilidad de justicia, amor y rectitud absolutos -muy distinta de la que imaginamos- unificados bajo la luz de un supremo conocimiento divino. Solo allí puede haber una reconciliación del conflicto entre nuestros miembros<sup>1</sup>.

En otras palabras, por encima de la ley social externa y de la ley moral humana y más allá de ellas -aunque orientada débil e ignorantemente por algo dentro de ellas- hay una verdad mayor de una ilimitada consciencia vasta, hay una ley divina ante la cual estas ciegas y burdas formulaciones son pasos progresivos y vacilantes que procuran escapar de la ley natural del animal hacia una luz más glorificada o hacia una norma universal. Esa norma divina debe ser la ley y la verdad espirituales supremas de nuestra naturaleza, puesto que en nosotros la deidad es nuestro espíritu dirigiéndose hacia su propia perfección oculta. Pero, además, somos seres encarnados en el mundo con una existencia y naturaleza comunes y, sin embargo, también almas individuales capaces de contacto directo con el Trascendente, por lo que esta

---

<sup>1</sup> Los deseos y necesidades de nuestro ser físico y vital enfrentados a la razón ética y moral de nuestra mente.





verdad suprema que nos concierne debe tener un carácter doble. Debe ser una ley y verdad que descubra el movimiento, la armonía y el ritmo perfectos de una gran vida colectiva espiritualizada y que determine perfectamente nuestras relaciones con cada ser y con todos los seres, en la variada unidad de la Naturaleza. Al mismo tiempo debe ser una ley y una verdad que nos descubra, a cada instante, el ritmo y los pasos exactos de la expresión directa de la Divinidad en el alma, la mente, la vida y el cuerpo de la criatura individual<sup>1</sup>. Y experimentalmente descubrimos que esta suprema luz y fuerza de acción es en su expresión más elevada ley imperativa y libertad absoluta a la vez. Es ley imperativa porque gobierna mediante la Verdad inmutable todo nuestro movimiento interior y exterior. Sin embargo, en cada momento y movimiento, la libertad absoluta del Supremo maneja la perfecta plasticidad de nuestra naturaleza consciente y liberada.

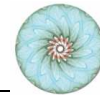
El idealista ético procura descubrir esta ley suprema según sus propios datos morales, según los poderes y factores inferiores pertenecientes a la fórmula mental y ética. Y para sustentarlos y organizarlos escoge un principio fundamental de conducta esencialmente débil y construido por el intelecto: la utilidad, el hedonismo, la razón, la consciencia intuitiva o cualquier otra norma generalizada. Todos estos esfuerzos están condenados al fracaso de antemano. Nuestra naturaleza interior es la expresión progresiva del Espíritu eterno y un poder demasiado complejo como para someterse a un particular principio mental o moral dominante. Solo la consciencia supramental puede mostrar a las inferiores fuerzas diferentes y conflictivas su verdad espiritual, armonizando sus divergencias.

Las religiones recientes se esfuerzan por establecer el tipo de verdad suprema de conducta, por instaurar un sistema y declarar la ley divina a través de la boca del Avatar<sup>2</sup> o del profeta. Estos sistemas, más poderosos y dinámicos que la árida idea ética, son para la mayoría nada más que glorificaciones idealistas del principio moral, santificado por la emoción religiosa y la etiqueta de un origen superhumano. Algunos, como el extremo eticismo cristiano, son rechazados por la Naturaleza porque insisten sobre una norma absoluta e impracticable. Otros se manifiestan, al final, como compromisos en evolución y se vuelven obsoletos con el paso del Tiempo. La verdadera ley divina, a diferencia de estas falsificaciones, no puede ser un sistema de rígidas determinaciones éticas que presione con férreos moldes todos nuestros movimientos vitales. La Ley divina es la verdad de la vida y del espíritu y debe tomar con libre plasticidad viviente cada paso de nuestro accionar y todas las complicaciones de lo derivado de nuestro vital y cada paso debe ser inspirado por el contacto directo de su luz eterna. No debe actuar como regla o fórmula, sino como presencia consciente, envolvente y penetrante, que determine todos nuestros pensamientos, actividades, sentimientos e impulsos de la voluntad mediante su poder y conocimiento infalibles.

---

<sup>2</sup> **Nota de Sri Aurobindo.**- Por lo tanto, el Gita define al "dharma", expresión que significa más que religión o moralidad, como acción controlada por nuestra manera esencial de auto-ser.

<sup>2</sup> En el marco del hinduismo un avatar es la encarnación terrestre de un dios. La palabra también se utiliza para referirse a encarnaciones de Dios o a maestros muy influyentes de otras religiones.



Las religiones más antiguas establecieron su regla sapiencial, sus máximas de Manu<sup>1</sup> o de Confucio<sup>2</sup> o un de complejo Shastra<sup>3</sup> en el que intentaron combinar la regla social y la ley moral con la declaración de ciertos principios eternos de nuestra naturaleza suprema en un género de unificadora amalgama. Las tres<sup>4</sup> se centraron en la misma base como igual expresión de verdades eternas, *sanátanah dharma*. Pero dos de estos elementos<sup>5</sup> son cambiantes y válidos por un tiempo, son construcciones mentales e indicaciones humanas sobre la voluntad del Eterno; el tercero, apegado y sometido a ciertas fórmulas sociales y morales, tuvo que compartir la fortuna de aquellas fórmulas a las que estaba sometido. El Shastra se vuelve obsoleto y tiene que ser cambiado progresivamente o, al fin, desechado, o se mantiene como rígida barrera para la autoevolución del individuo y de la especie. El Shastra establece una norma colectiva y externa; ignora la naturaleza interior del individuo, los elementos indeterminables de una secreta fuerza espiritual dentro de él. Pero la naturaleza del individuo no puede ser ignorada; su demanda es inexorable. La ilimitada indulgencia con sus impulsos externos conduce a la anarquía y a la disolución; pero la supresión y coerción de su libertad anímica mediante una regla fija y mecánica indica estancamiento o muerte interior. Lo supremo que tiene que descubrir el individuo, no es esta coerción ni esta determinación desde afuera, sino el libre descubrimiento de su espíritu más excelso y la verdad de un movimiento eterno.

La ley ética superior es descubierta por el individuo en su mente, en su voluntad y en su sentido psíquico, y se extiende luego a la especie. La ley suprema debe ser descubierta también por el individuo en su espíritu. Solo entonces puede extenderse a los demás a través de una influencia espiritual y no mediante la idea mental. Una ley moral puede ser impuesta como regla o ideal a muchos seres humanos que no han alcanzado ese nivel de consciencia ni ese uso mental, volitivo ni psíquico, y en estos seres puede convertirse en una realidad para ellos y en una fuerza viviente. Como ideal puede ser venerado sin necesidad alguna de práctica. Como regla puede observarse en su exterior aunque se pierda por completo el sentido interior. Pero la vida supramental espiritual no puede mecanizarse de este modo; no puede convertirse en ideal mental ni en regla externa. Tiene sus grandes líneas, pero deben concretarse y existir en el accionar de un Poder activo, sentido en la consciencia individual y en las transcripciones de una Verdad eterna tan poderosa como para transformar la mente, la vida y el cuerpo. Y debido a que es así de real, efectiva e imperativa, la expansión general de la consciencia supramental y de la vida espiritual es la única fuerza que puede conducir a la perfección individual y colectiva de las criaturas terrenas supremas. Solo

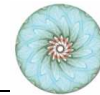
<sup>1</sup> En el hinduismo Manu es el nombre del primer ser humano, el primer rey que reinó sobre la tierra. En sánscrito, manu puede provenir de manas 'mente', y significaría 'pensante, sabio, inteligente'.

<sup>2</sup> Fue un filósofo chino, creador del confucianismo (conjunto de doctrinas morales y religiosas) y una de las figuras más influyentes de la historia china.

<sup>3</sup> Shastra, en Sánscrito, significa tratado, escrito o enseñanzas.

<sup>4</sup> Los tres: regla social, ley moral y declaración de ciertos principios eternos de nuestra naturaleza suprema.

<sup>5</sup> La regla social y la ley moral.



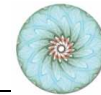
poniéndonos en contacto constante con la Consciencia divina y su Verdad absoluta, con alguna forma de la Divinidad consciente, del Absoluto dinámico, nuestra existencia terrena puede asumir y transformar su lucha, su tropiezo, sus sufrimientos y sus falsedades en imagen de Luz, Poder y Ananda supremos.

La culminación del contacto constante del alma con el Supremo es esa autoentrega que llamamos sumisión a la Voluntad divina e inmersión del ego separado en el Uno que es todo. La base y la condición fija de la consciencia supramental y de la vida espiritual es una vasta universalidad del alma, una intensa unidad con todo. Solo en esa universalidad y unidad podemos encontrar la ley suprema de la manifestación divina en la vida del espíritu encarnado; solo en eso podemos descubrir el supremo movimiento y juego correcto de nuestra naturaleza individual. Solo en eso pueden resolverse todas estas discordias inferiores en una victoriosa armonía de las verdaderas relaciones entre los seres manifestados, que son porciones de la Deidad única e hijos de la Madre universal única.

Toda conducta y acción son parte del movimiento de un Poder, de una Fuerza infinita y divina en su origen, de un sentido y voluntad secretos, y aunque las formas que veamos nos parezcan inconscientes o ignorantes, materiales, vitales, mentales y finitas, trabajan para producir progresivamente algo del Divino e Infinito en la oscuridad de la naturaleza individual y colectiva. Este poder conduce hacia la Luz, pero todavía a través de la Ignorancia. Primero conduce al ser humano a través de sus necesidades y deseos; luego lo guía a través de ampliadas necesidades y deseos modificados e iluminados por un ideal mental y moral. Después, se dispone a conducirlo hacia una realización espiritual que supere estas cosas y las lleve a cabo y las reconcilie con todo lo que es divinamente verdadero en su espíritu y propósito. Transforma las necesidades y deseos en una Voluntad y Ananda divinos. Transforma la aspiración mental y moral en poderes de la Verdad y Perfección que están más allá de ellos. Sustituye el esfuerzo divino de la naturaleza individual, la pasión y la lucha del ego separado, por la ley calma, profunda, armoniosa y feliz de la persona universalizada dentro de nosotros, por el ser central, por el espíritu que es una porción del Espíritu supremo<sup>1</sup>. Esta verdadera Persona nuestra, debido a que ya es universal, no procura su gratificación separada, sino que solo busca -como su expresión externa de la Naturaleza- crecer hasta su estatura real, expresar su divino yo interior, lograr ese trascendente poder y presencia dentro de ella que es una con todo y está en simpatía con cada cosa y con cada criatura y con toda la personalidad y los poderes colectivos de la existencia divina, trascendiéndolos sin ligarse al egoísmo de ninguna criatura, ni a la colectividad y sin limitarse por los ignorantes controles de su naturaleza inferior. Esta es la alta realización que encabeza toda nuestra búsqueda y afán y brinda el compromiso seguro de una reconciliación y transmutación perfectas de todos los elementos de nuestra

---

<sup>1</sup> Todas estas expresiones son evocaciones del ser psíquico en nosotros.



Naturaleza. Solo es posible una acción pura, total y perfecta cuando se efectúa esto y hemos alcanzado la altura de esta Deidad secreta dentro de nosotros.

La acción supramental perfecta no seguirá ningún principio particular ni norma limitada. No es probable que satisfaga la norma del individuo egoísta ni de ninguna mente grupal organizada. No se adecuará a la demanda del ser humano práctica, positivista y mundana, ni a la del moralista formal, ni a la del patriota, ni a la del filántropo sentimental, ni a la del filósofo idealizador. Procederá por irradiación espontánea desde las cimas de la totalidad de un ser, de una voluntad y conocimiento iluminados y elevados, y no mediante la acción elegida, calculada y la normativa que es todo cuanto puede lograr la razón intelectual o la voluntad ética. Su único objetivo será la expresión de la divinidad en nosotros y la unificación del mundo y su progreso encaminado hacia la Manifestación que se ha de producir. Esto tampoco será tanto su objetivo y su propósito como la ley espontánea del ser y la determinación intuitiva de la acción mediante la Luz de la Verdad divina y su influencia automática. Obrará, como obra la acción de la Naturaleza, desde una voluntad y conocimiento totales detrás de ella, pero una voluntad y conocimiento iluminado en una suprema Naturaleza consciente, sin oscuridad ya en esta Prakriti<sup>1</sup> ignorante. Será una acción desligada de las dualidades<sup>2</sup> pero plena y amplia en la dicha imparcial de la existencia espiritual. El movimiento feliz e inspirado de un Poder y Sabiduría divinos que nos guía e impulsa reemplazará las confusiones y tropiezos del sufrimiento y del ego ignorante.

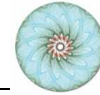
Si por algún milagro de intervención divina toda la humanidad pudiese, a un tiempo, elevarse a este nivel, tendríamos en la tierra algo parecido a la Edad Dorada de las tradiciones, Satya Yuga<sup>3</sup>, la Edad de la Verdad o de la existencia verdadera. Pues el signo de Satya Yuga es que la Ley es espontánea y consciente en cada criatura y realiza sus propias obras en perfecta armonía y libertad. La unidad y la universalidad, no la división separativa, serían el cimiento de la consciencia de la especie; el amor sería absoluto; la igualdad sería coherente con la jerarquía y perfecta en la diferencia; la justicia absoluta se aseguraría mediante la acción espontánea del ser en armonía con la verdad de las cosas y la verdad de sí mismo y de los demás y, por lo tanto, estaría seguro del resultado verdadero y correcto; la razón correcta, ya no mental sino supramental, se satisfaría no mediante la observación de normas artificiales, sino mediante la percepción libre y automática de las relaciones correctas y de su ejecución inevitable en el acto. La disputa entre el individuo y la sociedad o la desastrosa lucha entre una comunidad y otra, no podrían existir: la consciencia cósmica anidada en seres corporizados aseguraría una armoniosa diversidad dentro de la unidad.

---

<sup>1</sup> .La Naturaleza.

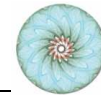
<sup>2</sup> Las dualidades en las que vive el ser humano: placer-dolor, bien-mal, alegría-tristeza, amor-odio, yo-los otros, etc.

<sup>3</sup> El Satya Yuga es la primera de las edades del mundo. En la tradición hinduista, el mundo pasa por un continuo ciclo de estas épocas. Un yuga ('era' en sánscrito) es cada una de esas cuatro eras o épocas.



*Sri Aurobindo*

Según el estado real de la humanidad, es el individuo quien debe escalar esta cima como pionero y precursor. Su soledad brindará necesariamente determinación y forma a sus actividades externas, que deben diferir mucho de una acción colectiva inconscientemente divina. El estado interior, la raíz de sus actos, será igual; pero los actos mismos pueden ser muy diferentes de lo que serían en una tierra liberada de la ignorancia. No obstante, su consciencia y el mecanismo divino de su conducta, si es que puede usarse tal palabra con respecto a algo tan libre, sería tal como se ha descrito, libre de esa sujeción a la impureza y deseo vitales y al impulso equivocado que llamamos pecado; libre, por esa misma regla, de fórmulas morales prescritas que llamamos virtud, espontáneamente seguro, puro y perfecto en una consciencia mayor que la mental, gobernado en todos sus pasos por la luz y verdad del Espíritu. Pero si pudiese formar una colectividad o grupo con quienes han alcanzado la perfección supramental, ciertamente podría tomar forma alguna creación divina; podría descender a una nueva tierra que sería un nuevo cielo, podría crearse aquí un mundo de luz supramental, en medio de la oscuridad de esta ignorancia terrestre en retroceso.



## Capítulo VIII

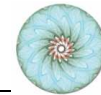
### LA VOLUNTAD SUPREMA

A la luz de esta progresiva manifestación del Espíritu, primero ligado aparentemente a la Ignorancia, luego libre en el poder y la sabiduría del Infinito, podemos entender mejor el grande y culminante mandato del Gita al Karmayogui<sup>1</sup>: “Abandona todos los dharmas<sup>2</sup>, todos los principios, leyes y reglas de conducta y refúgiate solo en mí.” Todas las normas y reglas son construcciones temporales fundadas sobre las necesidades del ego en su transición de la Materia al Espíritu. Estos sustitutos tienen un dominio relativo mientras permanecemos satisfechos en las etapas de transición, contentos con la vida física y vital, apegados al movimiento mental, o incluso fijos en los ámbitos del plano mental alcanzados por resplandores espirituales. Pero, más allá, está la vastedad, libre de murallas, de la consciencia supramental infinita y allí cesan todas las estructuras temporales. No es posible ingresar cabalmente en la verdad espiritual del Eterno e Infinito si carecemos de la fe y el valor para confiarnos en las manos del Señor de todas las cosas y del Amigo de todas las criaturas, dejando por completo, detrás de nosotros, nuestros límites y medidas mentales. En algún momento debemos sumergirnos sin vacilación, sin reserva, sin miedo ni escrúpulo, en el océano de la libertad, de la infinitud y del Absoluto. Tras la Ley está la Libertad; tras las normas personales, generales y universales hay algo mayor: la plasticidad impersonal, la libertad divina, la fuerza trascendente y el impulso celestial. Después del estrecho sendero del ascenso están las vastas planicies de la cima.

Hay tres etapas en la ascensión: en la base está la vida corporal esclavizada por la presión de la necesidad y del deseo; en el medio, la regla mental, la emocional y la psíquica superior que trabajan por los intereses, las aspiraciones, las experiencias y las ideas mayores; y en la cima, primero hay un estado psíquico y espiritual más profundo y luego, una consciencia supramental y eterna, en la que todas nuestras aspiraciones y búsquedas descubren su significación interna. En la vida corporal, la consideración que gobierna y la fuerza dominante son, primero el deseo y la necesidad, y luego el bien práctico del individuo y de la sociedad. En la vida mental rigen las ideas e ideales: ideas que son semiluces con apariencia de Verdad, ideales formados por la mente como resultado de una intuición y experiencia crecientes, pero todavía imperfectas. Siempre que la vida mental prevalezca y la corporal disminuya en su torpe insistencia, el ser mental del ser humano se siente empujado, por la urgencia de la Naturaleza mental, a moldear la vida del individuo según el sentido de la idea o del ideal y, al final, hasta la más imprecisa y compleja vida de la sociedad, es forzada a padecer este sutil proceso. En la vida espiritual, o cuando un poder superior al de la Mente se ha manifestado y ha tomado posesión de la naturaleza, estas fuerzas motoras limitadas disminuyen y tienden a desaparecer. El único señor dentro de

<sup>1</sup> El karma yoga, es el yoga de las obras, la búsqueda de la Divinidad a través de la acción.

<sup>2</sup> En este caso Dharma parece significar: doctrina, dogma, también podría ser entendido como religión en cuanto a sistema moral, ético o filosófico.



nosotros debe ser el Yo espiritual o supramental, el Ser Divino, la Realidad suprema e inmanente, que van formando libremente nuestro desarrollo final de acuerdo con la expresión más elevada, amplia e integral posible de la ley de nuestra naturaleza. Al final, esa naturaleza actúa en la Verdad perfecta y en su espontánea libertad; pues solo obedece al poder luminoso del Eterno. El individuo no tiene nada más que ganar ni ningún otro deseo que satisfacer; se ha convertido en porción de la impersonalidad o de la personalidad universal del Eterno<sup>1</sup>. No puede incitarlo a la acción ningún otro objetivo que no sea la manifestación y el juego del Espíritu Divino en la vida y el mantenimiento y la dirección del mundo en su marcha hacia la meta divina. Las ideas, opiniones y construcciones mentales ya no le pertenecen, porque su mente es silencio; es solo canal de la Luz y de la Verdad del conocimiento divino. Los ideales son demasiado estrechos para la vastedad de su espíritu; es el océano del Infinito el que fluye a través de él y lo mueve por siempre.

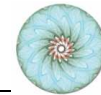
Quien ingrese sinceramente en el sendero de las obras, debe dejar detrás de sí la etapa en la que necesidad y deseo son ley primera de nuestros actos. Pues, cualquiera que sean los deseos que aún perturban su ser, debe desecharlos y ponerlos en manos del Señor que está dentro de nosotros, si es que acepta el elevado objetivo del Yoga. El Poder supremo los encaminará hacia el bien del sadhaka<sup>2</sup> y hacia el bien de todos. En efecto, descubrimos que una vez efectuado este sometimiento -siempre que el rechazo sea sincero- la necesidad egoísta de la satisfacción del deseo puede, durante algún tiempo, insistir continuamente impulsada por la naturaleza pasada, pero solo es con el fin de agotar su ímpetu adquirido y enseñar al ser encarnado que el deseo egoísta no es ley del alma que busca la liberación ni aspira a su original naturaleza divina. Esta insistencia del deseo se manifiesta en su parte más indómita, en su naturaleza nerviosa, vital y emotiva, mediante las reacciones del deseo, mediante su pesar y desasosiego, amargamente contrastados con tranquilos periodos de paz superior o maravillosos movimientos del Ananda divino. Después, el elemento del deseo en esos impulsos será desechado o eliminado persistentemente mediante una constante negación y una presión transformadoras. Solo la pura fuerza de la acción (*pravrttí*) verificada por un parejo deleite en toda obra y el resultado inspirado o impuesto desde lo alto se mantendrá dentro de la feliz armonía de una perfección final. Actuar y disfrutar es la ley y el derecho normal del ser nervioso; pero escoger, mediante el deseo personal, su acción y goce, es solo su voluntad ignorante y no su derecho. Solo debe escoger la Voluntad suprema y universal; la acción debe convertirse en movimiento dinámico de esa Voluntad; el goce debe ser reemplazado por el juego de un puro Ananda espiritual. Toda voluntad personal es delegación temporal de lo alto o usurpación por parte del ignorante Asura<sup>3</sup>.

La ley social, ese segundo término de nuestro progreso, es un medio al que el ego está sujeto a fin de aprender la disciplina por subordinación a un

<sup>1</sup> El Eterno en su aspecto impersonal, silencioso e inmóvil y en su aspecto personal universal como sostenedor, habitador, abarcador... de todas las existencias del universo.

<sup>2</sup> Practicante del Yoga.

<sup>3</sup> En el hinduismo, los *asuras* son deidades sedientas de poder, consideradas como demoníacas.



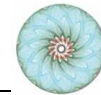
ego colectivo más amplio. Esta ley debe estar absolutamente exenta de todo contenido moral, expresando solo las necesidades o el bien práctico de la sociedad tal como cada sociedad los concibe. O puede expresar esas necesidades y ese bien, pero modificados, matizados y suplementados por una Ley moral o ideal superior. El individuo se vincula a la ley social en su etapa de evolución cuando todavía no está desarrollado perfectamente, y esta ley adquiere para él la forma de deber social, obligación familiar y exigencia comunal o nacional, mientras no esté en conflicto con su creciente sentido del Derecho superior. Pero el sadhaka del Karma Yoga entregará también esto al Señor de las obras. Después de efectuada esta sumisión en sus obras, sus impulsos y criterios sociales, al igual que sus deseos, solo se atenderán para ser extinguidos o, tal vez, en la medida en que, por un tiempo, sean aún necesarios para la capacitación del sadhaka, se emplearán para identificar su naturaleza mental inferior con la humanidad en general o con cualquier agrupación humana en sus obras, esperanzas y aspiraciones<sup>1</sup>. Pero una vez concluido ese breve lapso, serán retirados, quedando únicamente una guía divina. Se identificará con la Divinidad y con los demás solo a través de la consciencia divina y no a través de la naturaleza mental.

Pues, hasta después de su liberación, el sadhaka estará en el mundo y estar en él es permanecer en las obras. Pero permanecer en las obras sin deseo, es actuar en pro del bien del mundo en general y en pro del género o de la especie, o en pro de alguna nueva creación que habrá de evolucionar en la tierra o de alguna obra impuesta por la Voluntad Divina dentro del sadhaka. Y esto debe efectuarse en la estructura suministrada por el medio o el grupo en el que ha nacido, o en el que se encuentra, o en el que ha escogido o creado para sí por orientación divina. Por lo tanto, en nuestra perfección nada debe quedar en el ser mental que entre en conflicto o impida nuestra simpatía o libre autoidentificación con el género, con el grupo o con cualquier expresión colectiva de la Divinidad que se proponga conducir, ayudar o servir. Al final se producirá una libre autoidentificación a través de la identidad con la Divinidad y no un lazo mental o vínculo moral de unión, ni una asociación vital dominada por alguna clase de egoísmo personal, social, nacional, comunal o confesional. Si se obedece alguna ley social, no será por necesidad física, por el sentido del interés personal o general, por la conveniencia, por la presión del medio ni por el sentido del deber, sino únicamente por el Señor de las obras y porque eso se siente o se reconoce como la Voluntad Divina y porque se siente o reconoce que la ley, la norma o la relación sociales, tal como rigen, pueden mantenerse todavía como figura de la vida interior y que las mentes de los seres humanos no deben perturbarse infringiéndolas. Por otra parte, si no se presta atención a la ley, la norma o las relaciones sociales, eso tampoco será por complacer al deseo, a la voluntad personal ni a la opinión personal, sino porque se siente una norma mayor que expresa la ley del Espíritu o porque se conoce que, en la

---

<sup>1</sup> Parece entenderse que, por un tiempo, la observancia de la ley social y sus obligaciones pueden servir para identificarnos y unirnos con otros grupos de seres humanos, rompiendo así el estrecho límite de nuestro ego individual, aunque este sea un movimiento de nuestra naturaleza mental inferior. Una vez superada esta etapa, las relaciones con los demás surgen no de la ley u obligación social, sino de la consciencia divina en nosotros y su objetivo también es divino.





marcha de la Omni-Voluntad divina debe haber un movimiento hacia el cambio, la superación o abolición de las leyes y las formas existentes para una vida más libre y amplia, necesaria para el progreso del mundo.

Quedan aún la ley moral o el ideal y estos, incluso para muchos que se juzgan libres, parecen eternamente sagrados e intocables. Pero el sadhaka, con su mirada en las alturas, los dejará en Él en quien todos los ideales intentan expresarse de manera imperfecta y parcial; todas las cualidades morales solo son una pobre y rígida imitación de su perfección espontánea e ilimitable. La esclavitud del pecado y del mal se extingue con la desaparición del deseo nervioso, puesto que este pertenece a la índole de la pasión, del impulso o de la urgencia nerviosa de nuestra inclinación (*rajoguna*) y se extingue con la transformación de esa modalidad de la Naturaleza. El aspirante tampoco debe permanecer sujeto a la dorada o áurea cadena de una virtud sáttwica<sup>1</sup> convencional, habitual, dirigida por la mente, aunque esta sea incluso elevada o clara. Eso será reemplazado por algo más profundo y más esencial que esa inadecuación menor que los seres humanos llaman virtud. El sentido original del mundo fue la humanidad y esto es algo mayor y más profundo que la mente moral y sus estructuras. La culminación del Karma Yoga es un estado más elevado y profundo todavía, que tal vez se pueda llamar “animidad”<sup>2</sup>, ya que el alma es mayor que el ser humano. Una libre “animidad” que mana espontáneamente en las obras de una Verdad y Amor supremos reemplazará a la virtud humana. Pero esta Verdad suprema no puede ser obligada a morar en los minúsculos edificios de la razón práctica, ni siquiera puede ser confinada en las más dignificadas construcciones de una mayor razón ideativa que impone sus representaciones en la limitada inteligencia humana como si fuesen la verdad pura. Este Amor supremo no será necesariamente coherente (y mucho menos equivalente), con los movimientos parciales y débiles, ignorantes y gobernados por la emoción de la atracción, de simpatía y compasión humanas. La ley inferior no puede atar al movimiento más vasto, el logro parcial de la mente no puede dictar sus términos a la suprema realización del alma.

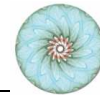
Al principio, el Amor y la Verdad superior cumplirán su movimiento en el sadhaka de acuerdo con la ley o modalidad esenciales de la naturaleza de este, pues ese es el aspecto especial de la Naturaleza divina, el poder especial de la Shakti suprema, del que su alma emergió en el juego, sin limitarse por las formas de su ley o modalidad, porque el alma es infinita. Pero su materia natural lleva todavía ese sello, evoluciona fluidamente según esas líneas o gira en las curvas espirales de esa influencia dominante y, por tanto, manifestará el movimiento de la Verdad divina de acuerdo con el temperamento del sabio, del indómito luchador, del amante, del disfrutador, del trabajador o del siervo o según cualquier combinación de los atributos (*gunas*)<sup>3</sup> esenciales que constituyan la forma dada a su ser por su propio impulso interior. Esta

---

<sup>1</sup> Pura, buena, piadosa.

<sup>2</sup> Relativo al alma, cualidad del alma.

<sup>3</sup> Los atributos o cualidades base de la naturaleza: *sattva*, *rajas*, *tamas*. *Sattva* (*sáttwico*): bondad, serenidad, virtud, etc.; *rajas* (*rajásico*): pasión, acción, emoción, etc.; *tamas* (*tamásico*): pereza, inercia, resistencia, indiferencia...



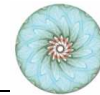
autonaturaleza que juega libremente en sus actos es la que los seres humanos ven en él y no una conducta trabajada, esbozada y artificialmente regulada por cualquier regla inferior ni por cualquier ley externa.

Pero todavía hay un logro superior, hay una infinitud (*ánantya*) en la que se supera hasta esta última limitación, porque se realiza cabalmente la naturaleza y sus límites se desvanecen. Allí el alma vive sin fronteras; pues usa todas las formas y moldes de acuerdo con la Voluntad divina que está en ella, pero no es reprimida, sojuzgada ni aprisionada por ningún poder ni forma que utilice. Esta es la cima del sendero de las obras y esta es la cabal libertad del alma en sus acciones. En realidad, allí carece de acciones; ya que todas sus actividades son un ritmo del Supremo y de él solo proceden, soberanamente, como música espontánea del Infinito.

Entonces, el medio y el fin del Karma-Yoga es la sumisión total de todas nuestras acciones a una Voluntad suprema y universal, una sumisión de todas las obras no condicionada ni subordinada a la norma, sino sometida ante el gobierno de algo eterno, dentro de nosotros, que reemplazará el accionar ordinario de la naturaleza del ego. ¿Pero cuál es esta suprema Voluntad divina y cómo puede ser reconocida por nuestros engañosos instrumentos y nuestra ciega inteligencia aprisionada?

Por lo común nos juzgamos como un "yo" separado en el universo que gobierna un cuerpo y una naturaleza mental y moral separados, que escoge con plena libertad sus propias acciones autodeterminadas y que es independiente y, por lo tanto, el único amo de sus obras y el único responsable de ellas. No es fácil para la mente común, la mente que no ha pensado ni ha escrutado en profundidad su propia constitución y componentes, imaginar cómo puede haber en nosotros algo más verdadero, hondo y poderoso que este "yo" aparente y su imperio; es difícil hasta para las mentes que piensan pero carecen de visión y experiencia espirituales. Pero precisamente el primer paso hacia el autoconocimiento, al igual que hacia el conocimiento verdadero de los fenómenos, consiste en ir por detrás de la verdad aparente de las cosas y descubrir la verdad real pero enmascarada, esencial y dinámica pero cubierta por sus apariencias.

Este ego o "yo" no es una verdad duradera, ni es, mucho menos, nuestra parte esencial; es solo una formación de la Naturaleza, una forma mental de concentración del pensamiento en la mente perceptiva y discriminativa, una forma vital de la centralización del sentimiento y la sensación en nuestras partes vitales, una forma de recepción física consciente que centraliza la sustancia y función de la sustancia en nuestros cuerpos. Todo cuanto somos internamente no es el ego, sino la consciencia, alma o espíritu. Todo cuanto somos externa y superficialmente y todo cuanto hacemos en igual medida no es el ego sino la Naturaleza. Una fuerza cósmica ejecutiva nos modela y nos rige a través de nuestro temperamento, medio y mentalidad así conformados, a través de nuestra individualizada formulación de las energías cósmicas, de nuestras acciones y sus resultados. En verdad, no pensamos, ni queremos, ni



actuamos, sino que el pensamiento ocurre en nosotros, la voluntad ocurre en nosotros, el impulso y el acto ocurren en nosotros; nuestro sentido del ego se reúne en torno a nosotros se adjudica todo este fluir de actividades naturales. Es la Fuerza cósmica, es la Naturaleza la que forma al pensamiento, impone la voluntad, imparte el impulso. Nuestro cuerpo, mente y ego son una ola de ese mar de la fuerza en acción y no lo gobiernan, sino que son gobernados y dirigidos por él. El sadhaka, en su progreso hacia la verdad y en su autoconocimiento, debe llegar a un punto en el que el alma abra los ojos de su visión y reconozca esta verdad del ego y esta verdad de las obras. Se libra de la idea de un "yo" mental, vital y físico que pone la acción en movimiento o la gobierna; reconoce que Prakriti, la Fuerza de la naturaleza cósmica siguiendo sus términos establecidos en él y en todas las cosas y criaturas, es la única que trabaja.

Pero, ¿qué ha determinado los términos de la Naturaleza? ¿O quién ha originado y gobierna los movimientos de la Fuerza? Hay una Consciencia o un Consciente detrás, que es el Señor, el testigo, el conocedor, el disfrutador, el sustentador y la fuente de aprobación de sus obras<sup>1</sup>. Esta consciencia es el Alma o Purusha. Prakriti<sup>2</sup> modela la acción en nosotros, Purusha, detrás de ella, la observa, asiente, lleva y sostiene. Prakriti forma el pensamiento en nuestras mentes; Purusha, en ella o detrás de ella, conoce el pensamiento o la verdad de este. Prakriti determina el resultado de la acción; Purusha, en ella o detrás de ella, disfruta o sufre la consecuencia. Prakriti forma la mente y el cuerpo, trabaja en ellos, los desarrolla. Purusha eleva la formación y evolución, y sanciona cada paso de sus obras. Prakriti aplica la fuerza de la Voluntad que trabaja en las cosas y los seres humanos; Purusha pone en funcionamiento esa fuerza de la Voluntad mediante su visión de lo que ha de hacerse. Este Purusha no es el ego superficial, sino un Yo silencioso, una fuente de Poder, un originador y receptor del Conocimiento que está detrás del ego. Nuestro "yo" mental es solo un falso reflejo de este Yo, de este Poder, de este Conocimiento. Este Purusha o Consciencia sustentadora es, por lo tanto, la causa, el recipiente y el sostén de todas las obras de la Naturaleza, pero en sí no es el hacedor<sup>3</sup>. Para todo lo que se realiza en el universo importan Prakriti, la Fuerza de la Naturaleza al frente, y Shakti, la Fuerza Consciente, la Fuerza del Alma, detrás de ella, porque ambos son los rostros interno y externo de la Madre universal. La Madre Universal, Prakriti-Shakti, es la única que trabaja.

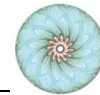
Purusha-Prakriti, la Consciencia-Fuerza, el Alma que sostiene a la Naturaleza -pues ambas hasta en su separación son una sola e inseparable- son a la vez un Poder universal y un Poder trascendente. Pero en el individuo también hay algo que no es el ego mental, algo que es único en esencia con esta realidad mayor; es un puro reflejo o porción del único Purusha; es el Alma,

---

<sup>1</sup> Las obras de la Naturaleza.

<sup>2</sup> La Naturaleza.

<sup>3</sup> Purusha, Espíritu, el Yo silencioso, una fuente de Poder, un originador y receptor del Conocimiento, Consciencia sustentadora que es la causa, el recipiente y el sostén de todas las obras de la Naturaleza, según la descripción de Sri Aurobindo, no es, sin embargo, un poder ejecutivo, hacedor, que corresponde a la Shakti (la Madre) divina y universal. Todo el movimiento del universo depende de Prakriti-Shakti.



Persona o ser encarnado, el yo individual, Jivatman<sup>1</sup>; es el Yo que parece limitar su poder y conocimiento para así sostener un juego individual de la Naturaleza trascendente y universal. En la realidad más honda, el infinitamente Uno es también infinitamente múltiple; no solo somos reflejo o parte de eso, sino que somos solo eso; nuestra individualidad espiritual, a diferencia de nuestro ego, no excluye nuestra universalidad y trascendencia. Pero ahora el alma o yo que está en nosotros, abstraído en la individualización de la Naturaleza, se confunde con la idea del ego; tiene que desembarazarse de esta ignorancia; tiene que conocerse como reflejo o porción o ser del Yo supremo y universal y único centro de su consciencia en la acción del mundo. Pero tampoco este Jiva Purusha<sup>2</sup> es el hacedor de las obras, como no lo es el ego ni la consciencia sustentadora del Testigo y Conocedor. Otra vez, y siempre, la Shakti trascendente y universal es la única hacedora. Pero detrás de ella está el único Supremo que se manifiesta a través de ella como poder dual, Purusha- Prakriti, Ishwara-Shakti<sup>3</sup> El Supremo se dinamiza como Shakti y es, mediante ella, el único originador y Amo de las obras del universo.

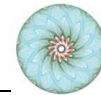
Si esta es la verdad de las obras, lo primero que tiene que hacer el sadhaka es apartarse de las formas egoístas de las actividades y librarse del sentido de un "yo" que actúa. Debe apreciar y sentir que todo ocurre en él por un automatismo maleable, consciente o subconsciente, o a veces superconsciente de sus instrumentos mentales y corporales; que todo es movido por las fuerzas de la Naturaleza espiritual, mental, vital y física. En su superficie hay una personalidad que escoge y quiere, somete, lucha y procura obrar bien en la Naturaleza o prevalecer sobre esta, pero esta personalidad es una construcción de la Naturaleza y, al estar así dominada, manejada y determinada por ella, no puede liberarse. Es una formación o expresión del Yo en ella; es un yo de la Naturaleza más que un yo del Yo, más su ser natural y procesal que su ser espiritual y permanente; más una personalidad temporal elaborada que la Persona verdadera e inmortal. Esta es la Persona que debe llegar a ser. Debe lograr la calma interior, separarse como observador de la activa personalidad externa y aprender el juego de las fuerzas cósmicas que hay en él, absteniéndose de ser absorbido ciegamente en sus giros y

---

<sup>1</sup> El alma individual.

<sup>2</sup> El Jiva Purusha, el purusha o alma viviente individual, que como el Purusha universal no es hacedor o ejecutivo de las obras del ser humano, ya que es el testigo, conocedor, sancionador individual, delegado o parte del Purusha universal. Las obras de nuestra voluntad las realiza la Shakti a través de nosotros, como seres instrumentales suyos que somos.

<sup>3</sup> **Nota de Sri Aurobindo:** Ishwara-Shakti no es lo mismo que Purusha-Prakriti; Purusha y Prakriti son poderes separados, pero Ishwara y Shakti se contienen mutuamente. Ishwara es Purusha que contiene a Prakriti y gobierna dentro de él mediante el poder de Shakti. Shakti es Prakriti animada por Purusha y actúa mediante la voluntad de Ishwara que es su propia voluntad y cuya presencia en sus movimientos ella lleva siempre consigo. La realización de Purusha-Prakriti es de primera utilidad para quien busca la perfección por el Camino de las Obras; porque la separación del ser consciente y la Energía y la sujeción del ser al mecanismo de la Energía son la causa primera de nuestra ignorancia e imperfección. Mediante esta realización, el ser puede liberarse de la acción mecánica de la naturaleza, ser él mismo libre y llegar a un primer control espiritual de la naturaleza. Ishwara-Shakti se halla detrás de la relación de Purusha-Prakriti y de su acción ignorante, convirtiéndola en finalidad evolutiva. La realización del Ishwara-Shakti puede introducir participación en un dinamismo superior y actividad divina, unidad y armonía totales del ser dentro de una naturaleza espiritual.



movimientos. De ese modo, desapegado, estudioso de sí mismo y testigo de su naturaleza, capta que él es el alma individual que observa las obras de la Naturaleza, acepta tranquilamente sus resultados o retiene el impulso de los actos de aquélla. En la actualidad esta alma o Purusha es poco más que aquiescente<sup>1</sup> espectadora, influyendo quizás la acción y desarrollo del ser mediante la presión de su consciencia velada; mas para la mayoría, delegando sus poderes, o una parte de estos, en la personalidad externa -de hecho, en la Naturaleza, pues este yo externo no es su señor, sino que está sujeto a ella- *anís*. Pero, una vez manifestada esta alma, puede hacer efectiva su confirmación o rechazo, puede convertirse en dueña de la acción y ordenar soberanamente un cambio de la Naturaleza. Aunque por un largo tiempo, el movimiento habitual tiene lugar independientemente del asentimiento de Purusha y, aunque el movimiento aceptado sea rechazado persistentemente por la Naturaleza por falta de un hábito anterior, descubre que, al fin, prevalece su asentimiento o rechazo -lentamente y con mucha resistencia o rápidamente y con veloz acomodamiento de sus medios y tendencias-, y ella<sup>2</sup> se modifica junto con sus obras, según la dirección indicada por su visión o voluntad interiores. De esa manera él adquiere, en lugar del control mental y la voluntad egoísta, un control espiritual interior que lo convierte en amo de las fuerzas de la Naturaleza que trabajan en él y no en su instrumento inconsciente ni en su esclavo mecánico. Por encima de él y en su derredor está Shakti, la Madre universal, y de ella puede lograr todas sus necesidades y anhelos recónditos del alma, pero solo mediante un verdadero conocimiento de sus medios y con un verdadero sometimiento, a través de ella, a la Voluntad divina. Finalmente, toma consciencia de ese supremo Yo dinámico que está dentro de él y de la Naturaleza, y que es la fuente de toda su visión y conocimiento, la fuente de la sanción, la fuente de la aceptación, la fuente del rechazo. Este es el Señor, el Supremo, el Uno-en-todos, Ishwara-Shakti, de quien su alma es una porción, un ser de ese Ser y un poder de ese Poder. El resto de nuestro progreso depende de nuestro conocimiento de los medios por los que el Señor de las obras manifiesta su Voluntad en el mundo y en nosotros, ejecutándolos a través de la Shakti trascendente y universal.

El Señor<sup>3</sup> ve, en su omnisciencia, lo que ha de hacerse. Esta visión es su Voluntad, es una forma del Poder creador, y lo que ve, la Madre omniconsciente<sup>4</sup>, una con él, lo introduce en su yo dinámico y lo materializa, y la Fuerza de la Naturaleza<sup>5</sup> ejecutiva lo lleva a cabo como mecanismo de su omnisciencia omnipotente. Mas esta visión de lo que ha de ser y, por lo tanto, de lo que ha de hacerse, surge del ser mismo, emana directamente de la consciencia y deleite de la existencia del Señor, espontáneamente, como la luz del sol. Nuestro mortal intento de ver no es ya nuestra dificultosa llegada a la verdad de la acción y el motivo o la justa demanda de la Naturaleza. Cuando el alma individual es enteramente una en su ser y en su conocimiento con el

---

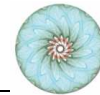
<sup>1</sup> Que consiente, permite o autoriza.

<sup>2</sup> La Naturaleza.

<sup>3</sup> Ishwara

<sup>4</sup> Shakti

<sup>5</sup> Prakriti



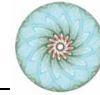
Señor y está directamente en contacto con la Shakti original, con la Madre trascendente, la Voluntad suprema puede entonces surgir también en nosotros, de elevada manera divina, como lo que ha de ser y lo que se logra mediante la acción espontánea de la Naturaleza. Entonces no hay deseo, responsabilidad ni reacción; todo tiene lugar en la paz, la calma, la luz y el poder de la Divinidad sustentadora, envolvente e inmanente.

Pero incluso antes de que se logre esa suprema aproximación a la identidad, puede manifestarse en nosotros algo de la Voluntad suprema como impulso imperativo y como acción divinamente dirigida; entonces actuamos mediante una espontánea Fuerza autodeterminadora y solo después surge un conocimiento más completo del significado y del objetivo. O el impulso hacia la acción puede llegar como inspiración o intuición, pero más en el corazón y en el cuerpo<sup>1</sup> que en la mente; aquí toma parte una visión efectiva, pero el conocimiento completo y exacto queda todavía diferido y llega después, si es que lo hace. Pero la Voluntad divina puede también descender como particular mandato luminoso, percepción total o corriente continua de percepción de lo que ha de hacerse dentro de la voluntad o del pensamiento, o como directiva de lo alto satisfecha espontáneamente por los miembros inferiores. Cuando el Yoga es imperfecto solo pueden cumplirse de este modo algunas acciones, o solo puede tener lugar de esta manera una acción genérica pero solo durante periodos de exaltación e iluminación. Cuando el Yoga es perfecto, toda acción adquiere este carácter. Podemos ciertamente distinguir tres etapas de un creciente progreso por las que, primero, la voluntad personal es ocasional o frecuentemente iluminada o impulsada por una Voluntad suprema o Fuerza consciente que está más allá de ella; luego, es constantemente reemplazada y, por último, se identifica y sumerge en esa acción del Poder divino. La primera es la etapa en la que aún somos gobernados por el intelecto, el corazón y los sentidos; estos han de buscar o aguardar la inspiración y guía divinas, que no siempre descubren o reciben. La segunda es la etapa en la que la inteligencia humana es reemplazada, cada vez más, por una mente elevada y espiritualizada, iluminada o intuitiva, el corazón humano externo es reemplazado por el corazón psíquico interno, los sentidos son reemplazados por una fuerza purificada y desinteresada. La tercera es la etapa en la que nos elevamos por encima de la mente espiritualizada hacia los niveles supramentales.

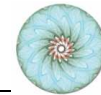
En todas estas tres etapas el carácter fundamental de la acción liberada es el mismo: una acción espontánea de Prakriti no ya a través ni por el ego, sino en la voluntad y para el disfrute del Purusha supremo. En un nivel superior este se convierte en la Verdad del Supremo absoluto y universal, expresada a través del alma individual y estructurada conscientemente a través de la naturaleza, no ya a través de una semipercepción ni de una efectivización disminuida o distorsionada por la energía vacilante, ignorante y omnideformante de la naturaleza inferior que está en nosotros, sino por la omnisapiente Madre trascendente y universal. El Señor se ha ocultado, junto

---

<sup>1</sup> En el corazón externo, nuestro ser emotivo y el cuerpo, mediante nuestros sentidos físicos.



con su absoluta sabiduría y su consciencia eterna, en la ignorante Fuerza de la Naturaleza y sufre para manejar al ser individual, con su complicidad, como si fuese el ego; esta acción inferior de la Naturaleza continúa prevaleciendo, a menudo, incluso a pesar de los esfuerzos imperfectos y semiiluminados del ser humano en pro de un motivo más noble y de un autoconocimiento más puro. Nuestro esfuerzo humano en busca de la perfección fracasa, o progresa muy incompletamente, debido a la fuerza de las acciones pasadas de la Naturaleza en nosotros, gracias a sus asociaciones de honda raigambre; solo se vuelca hacia un buen éxito verdadero y de elevada escala cuando un Conocimiento o Poder mayor que el nuestro rompe la tapa de nuestra ignorancia y guía o eleva nuestra voluntad personal. Porque nuestra voluntad humana es un rayo descarriado y vagabundo que ha partido de la Pujanza suprema. El periodo de lento emerger de este accionar inferior hacia una luz superior y hacia una fuerza más pura es el valle de la sombra de la muerte para quien se afana en busca de la perfección; es un temible pasaje lleno de pruebas, sufrimientos, pesares, oscurantismos, tropiezos, errores y trampas. Para abreviar y paliar esta dura prueba o penetrarlo con el divino deleite es menester la fe, un creciente sometimiento de la mente al conocimiento que se impone desde dentro y, por encima de todo, una verdadera aspiración y una práctica correcta, firme y sincera. “Practica firmemente el Yoga, con el corazón libre de abatimiento”, dice el Gita, pues aunque en la primera etapa del sendero bebamos, hasta las heces, el amargo veneno de la discordia y del sufrimiento internos, el sabor último de esta copa es la dulzura del néctar de la inmortalidad y el manjar de un Ananda eterno.



## Capítulo IX

### LA IGUALDAD Y LA ANIQUILACION DEL EGO

Los pasos mediante los cuales puede prepararse y lograrse la sumisión de todo el ser y toda la naturaleza a la Voluntad Divina, consisten en una autoconsagración íntegra, una igualdad completa, una pródiga eliminación del ego y una liberación de la naturaleza, de sus ignorantes modalidades de acción -una autoentrega verdadera, total y sin reservas-. La primera necesidad es un íntegro espíritu de autoconsagración en nuestras obras: primero debe llegar a ser voluntad constante, luego necesidad arraigada en todo el ser, finalmente hábito automático pero vívido y consciente giro autoexistente para efectuar toda acción como sacrificio al Supremo y velado Poder presente en nosotros y en todos los seres y obras del universo. La vida es el altar de esta entrega y nuestras ofrendas son las obras; la Deidad a quien se le ofrecen es un Poder y Presencia trascendente y universal, más bien sentido o vislumbrado que conocido y visto por nosotros. Esta entrega, esta autoconsagración tiene dos lados: está la obra misma y está el espíritu con que se realiza, el espíritu de adoración hacia el Dueño de las Obras en todo cuanto vemos, pensamos y experimentamos.

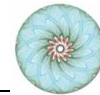
La obra misma es determinada al principio por la mejor luz que podemos exigir de nuestra ignorancia. Es lo concebido como lo que ha de hacerse. Y el principio es el mismo, ya sea que esté formado por nuestro sentido del deber, por nuestro sentimiento hacia nuestros semejantes, por nuestras ideas de lo que es bueno para los demás o para el mundo, o por las directivas de quien aceptamos como Maestro humano, más sabio que nosotros y considerándolo representante de ese Señor de todas las obras en quien creemos pero a quien aún no conocemos. La esencia de la entrega de las obras debe estar allí, junto a la esencia del sometimiento de todo deseo hacia el fruto de nuestras obras y de la renuncia a todo apego hacia el resultado de aquello por lo que nos afanamos. Porque mientras trabajemos apegados al resultado, la entrega es ofrecida no a la Divinidad sino a nuestro ego. Podemos pensar de otro modo, pero nos estamos engañando. Forjamos nuestra idea de la Divinidad, nuestro sentido del deber, nuestro sentimiento hacia nuestros semejantes, nuestra idea de lo bueno para con el mundo y los demás, hasta nuestra obediencia al Maestro, como máscara de nuestras egoístas satisfacciones y preferencias y como engañoso escudo contra la exigencia que se nos planteará en el sentido de erradicar de nuestra naturaleza todo deseo<sup>1</sup>.

En esta etapa del Yoga, e incluso en todo el Yoga, esta forma de deseo, esta figura del ego es enemiga contra la que tenemos que estar siempre en guardia y despiertamente vigilante. No es preciso que nos desanimemos si lo descubrimos al acecho, dentro de nosotros, asumiendo toda suerte de disfraces, pero hemos de vigilar para detectarlo en todas sus máscaras y ser inexorables en la eliminación de su influencia. La Palabra iluminadora de este

---

<sup>1</sup> Disfrazamos nuestro deseo personal con un montón de máscaras para evitar renunciar a él. Otra vez una profunda sinceridad interior es la clave.



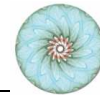


movimiento es el párrafo decisivo del Gita: “Tienes derecho a la acción, pero jamás, y bajo ninguna circunstancia, a su fruto”. El fruto solo pertenece al Señor de todas las obras. Nuestro único cometido es preparar el buen éxito mediante una acción verdadera y cuidadosa, ofreciéndola, si se produce, al Maestro divino. Después, tal como renunciamos a apegarnos al fruto, debernos renunciar a apegarnos a la obra: en cualquier instante debemos estar preparados para cambiar una obra, un curso o un campo de acción por otro o para abandonar todas las obras, si ese es el claro mandato del Maestro. De lo contrario, no trabajamos por él, sino por nuestra satisfacción y por nuestro placer en la obra, por la necesidad de acción cinética natural o por la concreción de nuestras preferencias. Pero todas estas son estaciones o refugios del ego. Aunque necesarios para nuestro ordinario movimiento vital, tienen que abandonarse con el crecimiento de la consciencia espiritual y reemplazarse por las contrapartes divinas: un Ananda, un deleite impersonal y divinamente dirigido erradicará o suplantarán la satisfacción y placer no iluminados y vitales; un impulso jubiloso de la Energía Divina hará lo propio con la necesidad cinética. La realización de las preferencias personales ya no será objetivo ni necesidad y esta será sustituida por la realización de la Voluntad Divina a través de la verdad dinámica natural en la acción de un alma libre y una naturaleza luminosa. Al final, así como el apegarse al fruto de la obra y a la obra misma ha sido extirpado del corazón, de igual manera ha de abandonarse también el último apego a la idea y al sentido de nosotros mismos como si fuésemos los hacedores de la obra. La Divina Shakti debe conocerse y sentirse por encima y dentro de nosotros como la trabajadora verdadera y única.

La renuncia al apego a la obra y a su fruto es el inicio de un amplio movimiento hacia una igualdad absoluta, mental y anímica, que debe llegar a ser omnienvolvente si hemos de ser perfectos espiritualmente. Pues el culto al Amo de las obras nos exige un claro reconocimiento y una contenta apreciación de él en nosotros, en todas las cosas y en todos los sucesos. La igualdad es el signo de esta adoración, es la base del alma sobre la que puede realizarse la verdadera entrega y adoración. El Señor está por igual en todos los seres, y no hemos de efectuar distinciones esenciales entre nosotros y los demás, entre sabio e ignorante, amigo y enemigo, hombre y animal, santo y pecador. No debemos odiar a nadie, menospreciar a nadie, sentir repugnancia por nadie, ya que en todos hemos de ver al Uno disfrazado o manifestado según su deseo. Está poco manifestado en uno o más revelado en otro, u oculto y totalmente desfigurado en otros, de acuerdo con su voluntad y su conocimiento de lo que es mejor para lo que quiere llegar a ser en la forma de ellos y lo que desea efectuar en las obras de su naturaleza. Nuestro yo es todo, un yo que ha tomado muchas formas: odio, disgusto, menosprecio, repulsión, adhesión, apego y preferencia son naturales, necesarios e inevitables en cierta etapa, porque intentan o ayudan a efectuar o a mantener la elección de la Naturaleza en nosotros<sup>1</sup>. Mas para el Karma Yogui<sup>2</sup> son un tropiezo y un

<sup>1</sup> En un nivel evolutivo ordinario ignorante la Naturaleza establece su propio juego evolutivo en nosotros a través de estas preferencias y emociones, construyendo así las circunstancias y los medios necesarios para la expresión posterior de la verdad que se oculta tras esta ignorancia.

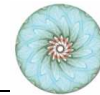
<sup>2</sup> El practicante o el ser que ha alcanzado cierto grado de realización en el Yoga de las Obras.



proceso de la Ignorancia y, a medida que avanza, quedan descartados de su naturaleza. El alma infantil los necesita para crecer, pero en el adulto con cultura divina, caen a un lado. En la naturaleza divina a la que tenemos que elevarnos, puede haber severidad diamantina y hasta destructiva, pero no odio; ironía divina, pero no menosprecio; rechazo calmo y clarividente y forzado, pero no repulsión ni disgusto. Hasta lo que tenemos que destruir, no debemos aborrecerlo ni dejar de reconocerlo como movimiento disfrazado y momentáneo del Eterno.

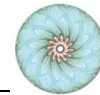
Y puesto que todas las cosas son el Yo único en su manifestación, tendremos ecuanimidad hacia lo feo y lo bello, lo mutilado y lo perfecto, lo noble y lo vulgar, lo placentero y lo desagradable, lo bueno y lo malo. Tampoco habrá aquí odio, menosprecio y repulsión, sino equilibrada visión que contempla todas las cosas en su carácter real y en su sitio asignado. Pues sabremos que todas las cosas expresan o disfrazan, desarrollan o distorsionan alguna verdad o hecho, alguna energía o potencial de la Divinidad, necesarios, en la manifestación progresiva, para la totalidad de la suma actual de cosas y para la perfección del resultado último. Porque todas las cosas expresan o disfrazan, desarrollan o distorsionan alguna verdad de la Divinidad lo mejor que pueden o con cualquier defecto que deban tener, bajo las circunstancias que se les proponen, del modo posible para el estado, función, o evolución inmediatos de su naturaleza. Esa verdad es lo que debemos buscar y descubrir detrás de la expresión transitoria. Si no nos alteran las apariencias, deficiencias ni desfiguraciones de la expresión, podemos entonces adorar a la Divinidad eternamente impoluta, pura, bella y perfecta detrás de sus máscaras. En verdad ha de cambiarse todo, no ha de aceptarse la fealdad sino la belleza divina; la imperfección no será nuestro descanso, sino que habrá que ir en pos de la perfección; el bien supremo será el objetivo universal y no el mal. Pero lo que hagamos tiene que efectuarse con entendimiento y conocimiento espirituales, y lo que se desprenderá de eso será bien, belleza, perfección y placer divino y no las normas humanas de estas cosas. Si carecemos de ecuanimidad, es señal de que aún estamos perseguidos por la Ignorancia, de que no entenderemos nada y de que es más que probable que destruiremos la vieja imperfección solo para crear otra, porque no estaremos sustituyendo las apreciaciones de nuestra mente, de nuestra alma del deseo humanas por los valores divinos.

La ecuanimidad no significa insolente ignorancia ni ceguera; no pretende ni necesita enturbiar la visión ni borrar todos los matices. Existe la diferencia, existe la variedad en la expresión y apreciaremos esta variedad con mucha mayor precisión que cuando nuestra visión esta empañada por el amor y el odio parciales y equívocos, por la admiración y el desdén, por la simpatía y la antipatía, por la atracción y la repulsión. Pero, detrás de la variación siempre veremos al Completo e Inmutable que mora dentro de ella y sentiremos, conoceremos o al menos, si se nos oculta, confiaremos en el propósito sabio y en la necesidad divina de la manifestación particular, ya sea que se presente ante nuestras normas humanas como armonioso y perfecto o como burdo e inacabado o incluso como falso y malo.



Tendremos también la misma ecuanimidad hacia todos los sucesos, dolorosos y placenteros, hacia el fracaso y el éxito, el honor y la desgracia, la celebridad y el descrédito, la buena suerte y el infortunio. Pues en todos los sucesos veremos la voluntad del Amo de las obras y de sus resultados, y un paso en la expresión evolutiva de la Divinidad. Él se manifiesta, a quienes tienen videncia interior, en las fuerzas, en el juego y en el resultado, tanto en las cosas como en las criaturas. Todas las cosas se desplazan hacia un suceso divino; cada experiencia, sufrimiento y carencia, no menos que cada dicha y satisfacción, son un vínculo necesario para llevar a cabo un movimiento necesario que nos compete entender y secundar. Rebelarse, condenar y gritar es el impulso de nuestros instintos indómitos e ignorantes. La rebeldía, como todo lo demás, es útil en el juego y hasta necesaria, práctica y apta para el desarrollo divino en su propio tiempo y etapa; pero el movimiento de una rebelión ignorante pertenece a la etapa de la niñez del alma o a su adolescencia inmadura. El alma que ha madurado no condena, sino que procura entender y dominar; no grita, sino que acepta o trabaja para mejorar y perfeccionar; no se rebela interiormente, sino que se esfuerza en obedecer, cumplir y transfigurar. Por lo tanto, recibiremos ecuanimemente todas las cosas de manos del Maestro. Admitiremos el fracaso tan tranquilamente como el éxito hasta que llegue la hora de la victoria divina. Nuestras almas, mentes y cuerpos quedarán impasibles ante el pesar, el sufrimiento y el dolor agudísimos, si al serenos dispensados divinamente llegan a nosotros reducidos en su superpotencia por dicha y placer intensísimos. Así, supremamente equilibrados, proseguiremos con firmeza nuestro camino, descubriendo todo con ecuanimidad hasta que, listos para un estado de mayor gloria, podamos ingresar en el Ananda supremo y universal.

Esta ecuanimidad solo llega mediante una prolongada prueba y una paciente autodisciplina. Mientras el deseo sea vigoroso, la ecuanimidad no puede llegar más que en periodos de quietud y fatiga del deseo, y entonces es más probable que sea indiferencia inerte o autointerrupción del deseo que calma verdadera y positiva unidad espiritual. Es más, esta disciplina o este crecimiento de la ecuanimidad tiene necesariamente sus épocas y etapas. Por lo común tenemos que empezar con un periodo de aguante, porque debemos aprender a enfrentar, a sufrir y a asimilar todos los contactos. Debe enseñarse a cada fibra nuestra a no eludir dolores y repugnancias, a no correr con avidez hacia lo placentero y lo seductor, sino más bien a aceptar, a enfrentar, a soportar y a conquistar todo eso. Debemos ser fuertes para soportar todos los contactos, no solo los propios y personales, sino también los nacidos de nuestra simpatía y conflicto con los mundos circundantes, superiores e inferiores a nosotros, y con sus pueblos. Soportaremos con tranquilidad la acción y el impacto sobre nosotros, de hombres, cosas y fuerzas, y la presión de los Dioses y los asaltos de los Titanes. Enfrentaremos y enclaustraremos en los sosegados mares de nuestro espíritu todo cuanto nos llegue siguiendo el curso de la infinita experiencia del alma. Este es el periodo estoico de preparación de la ecuanimidad, es su etapa más elemental pero heroica. Pero esta firme resistencia de la carne, del corazón y de la mente debe contar con el

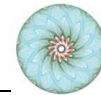


*Sri Aurobindo*

respaldo de un persistente sentido de sumisión espiritual a la Voluntad divina: esta arcilla viviente debe ceder, no solo con firme y animosa aceptación, sino también con conocimiento y resignación, hasta en el sufrimiento, al contacto de la Mano divina que prepara su perfección. Es posible un estoicismo sabio, devoto y hasta tierno por parte amante divino, y esto es mejor que el aguante meramente pagano y confiado en sí mismo que se presta a un endurecimiento excesivo del recipiente divino; pues aquel forja la fortaleza capaz de sabiduría y amor; su tranquilidad es calma que no se agita en las honduras y se convierte fácilmente en bienaventuranza. El logro de este periodo de resignación y aguante es una equilibrada fortaleza anímica ante todos los choques y contactos.

Luego hay un periodo de elevada imparcialidad e indiferencia en el que el alma se libera del júbilo y la depresión, y escapa del acecho de la avidez jubilosa y de la oscura red de las angustias pesarasas y sufrientes. Todas las cosas, personas y fuerzas, todos los pensamientos, sentimientos, sensaciones y acciones, tanto propios como ajenos, son contemplados desde lo alto por un espíritu que permanece intacto, inmutable e imperturbado por estas cosas. Este es el periodo filosófico de preparación de la ecuanimidad, y se trata de un movimiento vasto y augusto. Pero la indiferencia no debe enquistarse en un apartarse de la acción y de la experiencia; no debe ser aversión nacida de la fatiga, del disgusto o de la repugnancia, ni un receso del deseo contrariado o saciado, ni el resentimiento de un egoísmo frustrado o insatisfecho, forzado a apartarse de sus apasionados objetivos. Estas retracciones se producen inevitablemente en el alma inmadura y, de algún modo, ayudan al progreso mediante un desánimo de la ávida naturaleza vital acuciada por el deseo, pero no son la perfección por la que nos afanamos. La indiferencia o imparcialidad que debemos procurar es una calma superioridad de alma elevada por encima de los contactos de las cosas (*Udásina*). El alma las contempla, las acepta o las rechaza, pero no queda conmovida por el rechazo ni sometida por la aceptación. Empieza a sentirse separada del accionar de la Naturaleza y próxima, afín y unificada con un Yo y Espíritu silencioso y autoexistente, que sostiene y hace posible, parte de la inmóvil y calma Realidad que trasciende el movimiento y la acción del universo. El logro de este periodo de elevada trascendencia es la paz del alma sin las oscilaciones ni las sacudidas de las ondulaciones placenteras ni de los tempestuosos oleajes del movimiento del mundo.

Si podemos traspasar estas dos etapas del cambio interior sin detenemos ni fijarnos en ninguna de ellas, se nos admite en una mayor ecuanimidad divina, capaz de ardor espiritual y de tranquila pasión gozosa, capaz de ecuanimidad omnicomprensiva y omniposesora del alma perfeccionada, capaz de intensidad, amplitud y plenitud de su ser abarcando todas las cosas. Este es el periodo supremo y para llegar a él hay que pasar por la dicha de una total autoentrega a la Divinidad y a la Madre universal. Pues entonces la fortaleza se corona con feliz dominio, la paz se ahonda en bienaventuranza, la posesión de la Calma divina se eleva, preparando el terreno para la posesión del movimiento divino. Pero si ha de llegar esta

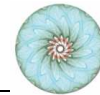


perfección mayor, la elevación imparcial del alma que contempla desde lo alto el fluir de formas, las personalidades, los movimientos y las fuerzas debe modificarse y cambiarse en un nuevo sentido de sumisión vigorosa y calma, y de sumisión poderosa e intensa. Esta sumisión ya no será conformidad resignada, sino alegre aceptación: pues no habrá sensación de sufrimiento ni de soportar una carga o cruz; su brillante textura será amor, deleite, dicha y autoentrega. Y esta sumisión será no solo ante la Voluntad divina que percibimos, aceptamos y obedecemos, sino también ante una sabiduría divina que reconocemos en la Voluntad y ante un Amor divino que sentimos y sufrimos arrobadamente en ella: la sabiduría y amor del Espíritu y Yo supremo en nosotros y en todos, con los que podemos lograr una unidad feliz y perfecta. Un poder, paz y quietud solitarios son la última palabra de la ecuanimidad filosófica del sabio; pero el alma, en su experiencia integral, se libera de este estado autocreado y entra en el mar del éxtasis supremo y omniabarcante de la beatitud sin principio ni fin del Eterno. Entonces somos por fin capaces de recibir todos los contactos con bienaventurada ecuanimidad, porque sentimos en ellos el contacto del Amor y Deleite imperecederos, la felicidad absoluta que siempre se esconde en el corazón de las cosas. El logro de esta culminación en el raptó universal e igual es el deleite del alma y de las puertas abiertas de la Bienaventuranza que es infinita, el de la dicha que sobrepasa toda comprensión.

Antes que este esfuerzo en pro de la aniquilación del deseo y la conquista de la ecuanimidad alcance su perfección y disfrute absolutos, debe completarse el giro del movimiento espiritual que conduce a la abolición del sentido del ego, porque, para quien trabaja en esta dirección, la renuncia al egoísmo en la acción es el elemento más importante para este cambio. Pues aunque nos hubiésemos separado del egoísmo del deseo rajásico<sup>1</sup> desechando los frutos y el deseo de los frutos u ofrendándolos al Señor del Sacrificio, todavía podemos haber conservado el egoísmo del trabajador. Aún estamos sujetos a la sensación de ser hacedores del hecho, sus fuentes y sancionadores. Todavía el “yo” escoge y determina, todavía asume la responsabilidad y siente el mérito o demérito. Es un objetivo esencial de nuestro Yoga una íntegra eliminación de este sentido del ego separativo. Si ha de quedar en nosotros algún ego por un tiempo, es solo una forma suya que se reconoce como tal y que está presta a desaparecer tan pronto se manifieste o estructure en nosotros un centro verdadero de la consciencia. Ese centro verdadero es la luminosa formulación en nosotros de la Consciencia única y el canal e instrumento puros en nosotros de la Existencia única. Como sostén de la manifestación y de la acción individuales de la Fuerza universal, esta consciencia manifiesta en nosotros gradualmente, detrás de sí, a la Persona verdadera, al eterno central, un eterno ser del Supremo, un poder y porción de la Shakti trascendente (*Amsa sanátanah, pará praktir jívabhútá*).

También aquí, en este movimiento por el que el alma se despoja gradualmente del oscuro manto del ego, hay un progreso mediante etapas

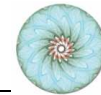
<sup>1</sup> Necesidad o deseo de acción, pasión, emoción



definidas. Pues no solo el fruto de las obras pertenece únicamente al Señor, sino que también nuestras obras deben ser suyas; él es el verdadero Señor de nuestra acción, en no menor proporción que de nuestros resultados. Esto no debemos verlo solamente con la mente pensante; debe llegar a ser enteramente cierto para toda nuestra consciencia y voluntad. El sadhaka no debe solo pensar y conocer, sino también ver y sentir concreta e intensamente, hasta en el momento de trabajar y en su iniciación y proceso total, que sus obras para nada le pertenecen pues llegan de la Existencia Suprema a través de él. Siempre debe tener consciencia de una Fuerza, Presencia y Voluntad que actúan a través de su naturaleza individual. Pero, al orientarse de este modo, existe el peligro de confundir su ego disfrazado o sublimado, o un poder inferior, con el Señor, y de que, como consecuencia de ello, sustituya sus demandas de dictado supremo. Puede caer en la común emboscada de esta naturaleza inferior y distorsionar su supuesta sumisión a un Poder superior con la excusa de una complacencia magnificada e incontrolada para con su propia porfía e, incluso, para con sus deseos y pasiones. Es de esperar una gran sinceridad, que ha de imponerse no solo sobre la mente consciente, sino también, en mayor proporción, sobre nuestra parte subliminal, plena de movimientos ocultos. Pues allí, en especial en nuestra naturaleza vital subliminal, hay un charlatán y actor incorregible. El sadhaka primero debe haber avanzado mucho, en la eliminación del deseo y en su firme ecuanimidad hacia todas las obras y sucesos antes de que pueda descargar cabalmente el peso de sus obras sobre la Divinidad. A cada instante debe proceder con ojo vigilante sobre los engaños del ego y las emboscadas de los descarriados Poderes de la Oscuridad que siempre se representan como única fuente de Luz y Verdad y forjan simulacros de formas divinas a fin de atrapar el alma de quien busca la perfección.

De inmediato debe dar el paso siguiente de relegarse a la posición del Testigo, aislado de Prakriti; impersonal y desapasionado, debe contemplar la Fuerza ejecutiva de la Naturaleza que trabaja dentro de él y entender su acción; mediante esta separación debe aprender a reconocer el juego de las fuerzas universales, distinguir el entrelazamiento de la luz y la noche, de lo divino y lo no divino, y detectar sus Poderes y Seres formidables que usan a la ignorante criatura humana. La Naturaleza trabaja en nosotros, dice el Gita, a través de la triple cualidad de Prakriti: la cualidad de luz y bien, la cualidad de pasión y deseo, y la cualidad de oscuridad e inercia<sup>1</sup>. Quien busca la perfección debe aprender a distinguir la acción separada y combinada de estas cualidades como testigo imparcial y discerniente de todo cuanto ocurre en este reino de su naturaleza; debe perseguir en él mismo el accionar de las fuerzas cósmicas a través de todo el laberinto de sus invisibles procesos y disfraces sutiles, y conocer todos los vericuetos del laberinto. A medida que avance en este conocimiento, podrá llegar a ser sancionador, dejando de ser ignorante herramienta de la Naturaleza. Al principio, debe inducir a la Fuerza de la Naturaleza en su acción sobre los propios instrumentos para someter la acción

<sup>1</sup>Describe las tres cualidades base de la Naturaleza (Prakriti) o “gunas” que también son las cualidades básicas del ser humano: sattva, rajas, tamas. *Sattva (sáttwico)*: bondad, serenidad, virtud, luz bien...; *rajas (rajásico)*: pasión, acción, deseo, emoción...; *tamas (tamásico)*: pereza, inercia, ignorancia...



de sus dos cualidades inferiores y subordinarlos a la cualidad de la luz y el bien<sup>1</sup> y, después, debe persuadir para que nuevamente se ofrezca, de modo tal, que las tres puedan ser transformadas por un Poder superior en sus equivalentes divinos: reposo y calma supremos, iluminación y bienaventuranza divinos, eterna *dynamis* divina, Tapas. La primera parte de esta disciplina y cambio debe efectuarse en principio firmemente mediante la voluntad de nuestro ser mental; pero su plena ejecución y la siguiente transformación solo puede realizarse cuando el alma psíquica más profunda aumenta su dominio sobre la naturaleza y reemplaza al ser mental como su gobernante. Cuando sucede esto, estará presto para completar la renuncia de sus obras ante la Voluntad Suprema, no solo con una aspiración e intención y autoabandono inicial y progresivo, sino también con la más intensa realización de la autoentrega dinámica. Gradualmente su mente de imperfecta inteligencia humana será reemplazada por una mente espiritual e iluminada, pudiendo al fin ingresar en la Luz de la Verdad supramental. Entonces ya no actuará desde su naturaleza de la Ignorancia, con sus tres modalidades de actividad confusa e imperfecta, sino desde una naturaleza más divina de calma, luz, poder y bienaventuranza espirituales. No actuará desde una amalgama de una mente y voluntad ignorantes, con el impulso de un corazón emotivo más ignorante todavía y del deseo del ser vital y la urgencia e instinto carnales, sino, primero, desde un yo y naturaleza espiritualizados y, por último, desde una Verdad-Consciencia supramental y su fuerza divina de la supernaturaleza.

De ese modo, se posibilitan los pasos finales cuando el velo de la Naturaleza se retira y quien busca la perfección queda frente al Amo de la existencia y sus actividades se funden en la acción de una Energía suprema que es pura, verdadera, perfecta y bienaventurada eternamente. Así puede renunciar cabalmente, en beneficio de Shakti<sup>2</sup>, a sus obras y a los frutos de sus obras, y actuar solo como instrumento consciente del Trabajador eterno. Ya no dictará sanción<sup>3</sup>, sino que más bien la recibirá en sus instrumentos<sup>4</sup> y seguirá, en manos de aquélla,<sup>5</sup> un mandato divino. Al no realizar ya las obras por él mismo, aceptará su ejecución, a través de sí mismo, mediante la Fuerza despierta de aquélla. Al no anhelar ya la concreción de sus propias construcciones mentales ni la satisfacción de sus propios deseos emotivos, obedecerá y participará de una Voluntad omnipotente que también es Conocimiento omnisciente y Amor misterioso, mágico e insondable y vasto mar sin fondo de la Bienaventuranza eterna de la Existencia.

---

<sup>1</sup> Someter las cualidades inferiores que son rajás y tamás a la superior, sattva.

<sup>2</sup> Ya que Shakti, es el único poder realizador y fuente de todas las obras

<sup>3</sup> Ya no decidirá ni aprobará lo que se debe hacer.

<sup>4</sup> El individuo como instrumento de la Fuerza divina actuando a través de él. Sus instrumentos - mente, fuerza vital y cuerpo- no generan la actividad siguiendo sus propios impulsos, sino que actúan por el impulso de la Fuerza de Consciencia en ellos.

<sup>5</sup> La sanción, aprobación, validación de lo que se debe hacer.



## Capítulo X

### LAS TRES MODALIDADES DE LA NATURALEZA

Es indispensable que el alma trascienda la acción natural de la Prakriti inferior<sup>1</sup> para liberarse en sí misma y en sus obras. La armónica sujeción a esta real Naturaleza universal, que es la condición de la obra buena y perfecta para los instrumentos naturales, no es ideal del alma, que más bien ha de someterse a Dios y a su Shakti, pero dominando su propia naturaleza. Como medio o canal de la Voluntad Suprema el alma debe determinar, mediante su visión y aceptación o rechazo, el uso que hará de la reserva de energía, de las condiciones del medio y del ritmo del movimiento combinado suministrados por Prakriti para la labor de los instrumentos naturales: mente, vida y cuerpo. Pero esta Naturaleza inferior solo puede ser dominada si se la supera y se la utiliza desde lo alto. Y esto solo puede efectuarse trascendiendo sus fuerzas, sus cualidades y las modalidades de acción. De lo contrario, nos sometemos a sus condiciones, quedamos dominados, sin posibilidad de socorro, por ella y no nos liberamos espiritualmente.

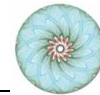
La idea de las tres modalidades esenciales de la Naturaleza es creación de los antiguos pensadores hindúes y su verdad no resulta evidente de inmediato, porque fue producto de una larga experimentación psicológica y de una profunda experiencia interna. Por lo tanto, sin una prolongada experiencia interior, sin una autoobservación íntima y sin una percepción intuitiva de las fuerzas de la Naturaleza, es difícil captar esta idea con precisión o utilizarla con firmeza. Sin embargo, hay ciertas indicaciones amplias, que son útiles para quien busca, por el Camino de las Obras, entender, analizar y controlar las combinaciones de su propia naturaleza mediante su asentimiento o rechazo. Estas modalidades se denominan cualidades, *gunas*, según los libros hindúes, y reciben los nombres de: *sattwa*, *rajas* y *tamas*. *Sattwa* es la fuerza del equilibrio y se traduce en la cualidad como bien, armonía, felicidad y luz; *Rajas* es la fuerza dinámica y se traduce en la cualidad como lucha, esfuerzo, pasión y acción; *Tamas* es la fuerza de la inconsciencia y de la inercia, y se traduce en la cualidad como oscuridad, incapacidad e inacción. Estas distinciones, usadas por lo común para el autoanálisis psicológico, son asimismo válidas en la Naturaleza física. Cada cosa y toda existencia en la Prakriti inferior las contiene, y su proceso y forma dinámica son el resultado de la interacción de estos poderes cualitativos.

Toda forma de las cosas, animada o inanimada, es equilibrio, constantemente mantenido, de fuerzas naturales en movimiento y está sujeta a una interminable corriente de contactos útiles, perturbadores o desintegradores, provenientes de otras combinaciones de fuerzas que la rodean. Nuestra naturaleza mental, vital y corporal no es nada más que esa combinación y equilibrio formativos. En la recepción de los contactos ambientales y en la reacción ante ellos, las tres modalidades determinan el

---

<sup>1</sup> La Naturaleza inferior.





temple del receptor y el carácter de la respuesta. Inerte e inepto, puede sufrirlos sin ninguna reacción de respuesta, sin movimiento de autodefensa ni capacidad de asimilación y de ajuste: esta es la modalidad de Tamas, la modalidad de la inercia. Los estigmas de Tamas son: ceguera, inconsciencia, incapacidad, ignorancia, holganza, indolencia, inactividad, rutina mecánica, torpor mental, sueño vital y modorra anímica. Su efecto, si no es corregido por otros elementos, no puede ser otro que la desintegración de la forma o del equilibrio de la naturaleza sin otra nueva creación ni nuevo equilibrio, o sin progreso dinámico. En la raíz de esta impotencia inerte está el principio de la ignorancia y una incapacidad o indolente oposición a abarcar, captar y manejar el contacto estimulante o chocante, la sugestión de las fuerzas ambientales y su impulso hacia la nueva experiencia.

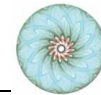
Por otra parte, el receptor de los contactos de la Naturaleza, tocado o estimulado, solicitado o asaltado por sus fuerzas, puede reaccionar en favor o en contra de la presión. La Naturaleza lo acepta, lo anima y lo impulsa a esforzarse, a resistir, a tentar, a dominar o a absorber su medio, a afirmar su voluntad, a luchar, a crear y a conquistar. Esta es la modalidad de *rajas*, la modalidad apasionada y activa, y la sed del deseo. Lucha, cambio, nueva creación, victoria, derrota, dicha, sufrimiento, esperanza y contrariedad son sus hijos que construyen la polícroma casa vital en la que se complace. Pero su conocimiento es imperfecto y falso y trae consigo esfuerzo ignorante, error, desajuste continuo, dolor de apego, deseo contrariado, pesar por la pérdida y el fracaso. El don de *rajas* es la fuerza dinámica, la energía y la actividad: el poder que crea, que actúa y que puede vencer, pero que se desplaza bajo luces equivocadas, semiluces de la Ignorancia y se pervierte con el contacto de Asura, Rakshasa y Pishacha<sup>1</sup>. Los hijos naturales de este giro indispensable, pero vigoroso y peligroso de la Naturaleza, son: la ignorancia arrogante de la mente humana y sus perversiones autosatisfechas y los errores presuntuosos, el orgullo, la vanidad, la ambición, la crueldad, la tiranía, la ira y la violencia bestiales, el egoísmo, la degradación, la hipocresía, la traición, la vileza, la concupiscencia, la codicia y la rapacidad, los celos, la envidia y la ingratitud inagotable que desfiguran la naturaleza de la tierra.

Pero el ser encarnado<sup>2</sup> no está limitado por estas dos modalidades de Prakriti, porque hay un modo mejor y más iluminado para que afronte los impactos circundantes y la corriente de fuerzas del mundo. Es posible una recepción de estas fuerzas e impactos y una reacción ante ellas con abarcamiento y equilibrio claros. Esta modalidad del ser natural tiene el poder, gracias a su comprensión<sup>3</sup>, de simpatizar, sondear, controlar y desarrollar el impulso de la Naturaleza y sus modalidades; tiene una inteligencia que penetra en sus procesos y significaciones, y puede asimilarlos y utilizarlos; hay una lúcida respuesta que no es superada sino que ajusta, corrige, armoniza y extrae lo mejor de todas las cosas. Esta es la modalidad de *sattwa*, el giro de la

<sup>1</sup> Con sus matices, que en occidente nos resultan difíciles de definir, podemos decir que los tres son una suerte de deidades negativas, antidivinas o demoníacas.

<sup>2</sup> El ser humano en la tierra.

<sup>3</sup> La facultad de abarcar todos los elementos para poder asimilarlos y utilizarlos.



*Sri Aurobindo*

Naturaleza, pleno de luz y equilibrio, dirigido al bien, al conocimiento, al deleite y la belleza, a la felicidad, a la comprensión correcta, al equilibrio correcto, al orden correcto: su temperamento es exuberancia de brillante claridad cognoscitiva y lúcido calor empático e intimista. El logro consumado de la naturaleza *sáttwica* es la sutilización, la iluminación, la gobernada energía, la armonía y el equilibrio completos de todo el ser.

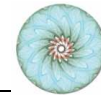
Ninguna existencia es arrojada por completo en el molde exclusivo de una de estas modalidades de la Fuerza cósmica; las tres están presentes en todos y por doquier. Hay una combinación y separación constantes de sus relaciones cambiantes y de sus influencias interpenetrantes; hay a menudo un conflicto de fuerzas en lucha por dominarse recíprocamente. Todas las existencias tienen, en mayor o menor proyección o grado -aunque a veces en una pequeñez muy apreciable- sus estados *sáttwicos*, sus áreas claras o iniciales tendencias luminosas, lúcidas y felices; su adaptación y simpatía sutiles con el medio; su inteligencia, equilibrio, criterio, contracción, impulso correcto, virtud y orden. Todas tienen sus modalidades e impulsos *rajásicos* y sus partes turbias de deseo, de pasión, de lucha, de perversión, de falsedad, de error, de dicha y pesar desequilibrados, de empuje agresivo para el trabajo y para la ansiosa creación, y de reacciones temerarias, vehementes o feroces hacia la presión del medio y hacia los ataques y propuestas vitales. Todas las existencias tienen sus estados *tamásicos* y constantes partes oscuras, sus instantes o puntos de inconsciencia, su hábito prolongado o sus veleidades temporales de débil resignación o de torpe aceptación, su debilidad constitucional o movimientos de fatiga, negligencia e indolencia, y sus deslices de ignorancia e incapacidad, de depresión, de miedo, de retracción o de sumisión cobardes al medio y a la presión de hombres, de circunstancias y de fuerzas.

Cada uno de nosotros es *sáttwico* en alguna de las direcciones de su energía Natural o en algunas partes de su mente o de su carácter, *rajásico* en otras y *tamásico* en las demás. Se dice de él que es un hombre *sáttwico*, *rajásico* o *tamásico*, según la modalidad que más domina su temperamento general, su tipo mental o su ser dinámico. Pero pocos son siempre de un solo género y ninguno lo es por entero. Los sabios no son siempre totalmente sabios; los inteligentes no son completamente inteligentes; el santo reprime en sí muchos movimientos no santos y el ruín no es malo por completo; el torpe tiene sus capacidades inexpresadas, no empleadas o no desarrolladas; el más timorato tiene sus momentos o modos valerosos; el desvalido y débil tiene en su naturaleza una parte latente de fortaleza. Los *gunas*<sup>1</sup> dominantes no son el tipo del alma esencial del ser encarnado, sino solo el índice de la formación que ha concretado en esta vida o durante su actual existencia y en un momento dado de su evolución en el Tiempo.

Una vez que el *sadhaka* se separa de la acción de *Prakriti* dentro de él o sobre él, sin interferir, corregir, inhibirse, elegir ni decidir, permitiendo su juego

---

<sup>1</sup> Las tres cualidades básicas de la naturaleza que acaba de describir: *sattwa*, *rajas* y *tamas*.



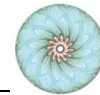
y analizando y observando el proceso<sup>1</sup>, pronto descubre que las modalidades de aquélla son autónomas y trabajan mediante su propia estructura y fuerzas propulsoras, como funciona una máquina una vez puesta en movimiento. La fuerza y la propulsión provienen de Prakriti y no de la criatura. Entonces comprende qué equivocada era su impresión de que su mente era la hacedora de sus obras: su mente era tan solo una pequeña parte de él y una creación movida por la Naturaleza. La Naturaleza actuaba todo el tiempo según su modalidad haciendo girar las tres cualidades generales como una niña podría jugar con sus muñecas. Todo el tiempo su ego fue herramienta y juguete; su carácter e inteligencia, sus cualidades morales y sus poderes mentales, sus creaciones, obras y hazañas, su ira y su paciencia, su crueldad y su misericordia, su amor y su odio, su pecado y su virtud, su luz y su oscuridad, su pasión jubilosa y su pesarosa angustia fueron el juego de la Naturaleza al que el alma atraída, conquistada y sometida, se acomodó pasivamente. Pero el determinismo de la Naturaleza o la Fuerza no lo es todo. El alma tiene que decir una palabra al respecto -pero el alma secreta, el Purusha, no la mente ni el ego, puesto que estas no son entidades independientes, sino partes de la propia Naturaleza-. Es menester que el alma autorice el juego y, mediante una silenciosa voluntad interior, como señora y sancionadora, pueda determinar el fundamento del juego interviniendo en sus combinaciones, aunque la ejecución pensante, volitiva, activa e impulsiva deba ser todavía parte y privilegio de la Naturaleza. Purusha puede dictar una armonía para que la ejecute la Naturaleza, no mediante interferencia en sus funciones, sino mediante consciente respeto hacia ella, transformándola de inmediato o después de muchas dificultades en idea transmisora, en ímpetu dinámico y en figura significativa<sup>2</sup>.

Resulta muy evidente e indispensable eludir la acción de los dos *gunas* inferiores si hemos de transmutar nuestra naturaleza actual en poder y forma de la consciencia divina y en instrumento de sus fuerzas. Tamas oscurece e impide que la luz del conocimiento divino penetre en los sombríos y opacos rincones de nuestra naturaleza. Tamas incapacita e impide los poderes de respuesta ante el impulso divino y la energía modificadora y ante la voluntad de progreso que nos vuelve dúctiles para una Shakti mayor. Rajas pervierte el conocimiento, convierte a nuestra razón en cómplice de la falsedad y en coautora de todo movimiento equivocado, perturba y retuerce nuestra fuerza vital y sus impulsos, y trastoca el equilibrio y salud corporales. Rajas atrapa todas las ideas y movimientos elevados y los vuelca en un uso falaz y egoísta; ni siquiera la Verdad divina ni las influencias divinas pueden eludir este abuso y apoderamiento cuando descienden en el plano terrenal. Con un *tamas* no iluminado y un *rajas* no convertido no es posible el cambio divino ni la vida divina.

---

<sup>1</sup> Describe la acción observadora del Testigo inmóvil y silencioso que solo contempla como condición previa a la comprensión de la verdad o algún aspecto de ella que se presenta a su observación.

<sup>2</sup> Refiere una primera fase de la acción del espíritu o alma sobre nuestra naturaleza orientándola hacia su transformación valiéndose de los poderes de esta -mente, voluntad, energía- aunque no estén todavía liberados totalmente del ego.

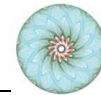


Recurrir exclusivamente a *sattwa* parecería ser la vía de escape, pero existe la dificultad de que ninguna de las tres cualidades puede, por sí misma, prevalecer sobre sus compañeras y rivales. Si al considerar la cualidad del deseo y la pasión como causa de perturbación, sufrimiento, pecado y pesar nos empeñamos en sofocarla y someterla, *rajas* se hunde pero *tamas* se eleva. Pues al debilitarse el principio activo, es reemplazado por la inercia. El principio de la luz puede aportar sosegada paz, felicidad, conocimiento, amor y sentimiento correcto, pero, si *rajas* está ausente o completamente reprimido, la quietud anímica tiende a convertirse en tranquilidad inactiva, no en base firme de un cambio dinámico. La naturaleza buena, suave y uniforme (*sattwa*), pero ineffectivamente pensante y activa, puede convertirse, en sus partes dinámicas, en *sáttwica-tamásica*: neutra, de pálidos matices, exenta de creación o vacía de poder. La oscuridad mental y moral (*tamas*) puede estar ausente, pero entonces actúan los intensos resortes activos (*rajas*), y esta es una limitación obstructiva y otro género de incompetencia. Pues *tamas* es un principio doble: contradice a *rajas* por inercia, contradice a *sattwa* por estrechez, oscuridad e ignorancia y, aunque se lo rebaje, tiende a ocupar su lugar.

Si hacemos que *rajas* corrija otra vez su error, se alíe a *sattwa* y mediante su unión luche por desembarazarse del principio oscuro (*tamas*), descubrimos que elevamos nuestra acción pero que nuevamente hay sujeción al anhelo, a la pasión, a la contrariedad, al sufrimiento y a la ira *rajásica*. Estos movimientos pueden ser más elevados que antes en su perspectiva, en su espíritu y en su acción, pero no son la paz, la libertad, el poder ni el autodomínio a los que ansiamos llegar. Donde se albergan el deseo y el ego, hacen lo propio la pasión y el desasosiego, compartiendo su vida. Y si buscamos un compromiso entre las tres modalidades, con *sattwa* al frente y las otras como subordinadas, hemos llegado tan solo a una acción más templada del juego de la Naturaleza. Se alcanzó un nuevo equilibrio, pero no hay a la vista la libertad ni el dominio espirituales que todavía son una muy lejana perspectiva.

Un movimiento radicalmente diferente ha de apartarnos de los *gunas* elevándonos sobre ellos. Debe cesar el error que acepta la acción de las modalidades de la Naturaleza; pues mientras sea aceptado, el alma está envuelta en sus operaciones y sujeta a su ley. *Sattwa* debe ser trascendido al igual que *rajas* y *tamas*; debe romperse la dorada cadena *sattwa*, lo mismo que los plúmbeos grilletes y ataduras de aleación mixta de *rajas* y *tamas*. A este fin el Gita prescribe un nuevo método de autodisciplina. Consiste en retirarse de la acción de las modalidades y observar este errático fluir como Testigo aposentado por encima de la agitación de las fuerzas de la Naturaleza. Él es quien observa, pero es imparcial e indiferente, aislado del nivel de ellas y en su postura innata, elevada sobre ellas. A medida que surgen y caen sus olas, el Testigo mira y observa, pero ni acepta ni, por el momento, interfiere en su curso. Primero debe existir la libertad del Testigo impersonal; después puede existir el control del Amo, del Ishwara<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Describe la importancia capital del Testigo en nosotros que todo lo observa silencioso e inmóvil; posteriormente Ishwara, el Amo o Señor de las obras, las gobierna a través de nosotros.



La ventaja inicial de este proceso de desapego<sup>1</sup> es que se empieza a entender la naturaleza propia y toda la Naturaleza. El desapegado Testigo puede ver enteramente, sin la menor ceguera egoísta, el juego de sus modalidades de la Ignorancia y perseguirlo en todas sus manifestaciones, coberturas y sutilezas, porque está lleno de disfraces, disimulos, acechanzas, traición y astucia. Instruido por su larga experiencia, consciente de que todo acto y circunstancia son efecto de su interacción<sup>2</sup>, conocedor de sus procesos, ya no puede ser vencido por sus ataques, sorprendido en sus redes ni engañado por sus disfraces. Al mismo tiempo percibe que el ego no es nada más que el artificio y el nudo sustentador de su interacción<sup>3</sup> y, al percibirlo, se libera de la ilusión de la Naturaleza egoísta inferior. Escapa del egoísmo *sáttwico* del altruista, del santo y del pensador; despoja de su control sobre sus impulsos vitales al egoísmo *rajásico* de quien se busca a sí mismo y, de este modo, deja de ser el laborioso suministrador de autointerés y el mimado prisionero o el afanoso galeote de la pasión y del deseo; con la luz del conocimiento mata al egoísmo tamásico del ser ignorante o pasivo, obtuso y apegado al ritmo ordinario de la vida humana. Así, convencido y consciente del vicio esencial del sentido del ego en toda nuestra acción personal, procura hallar un medio de autocorrección y autoliberación del ego *rajásico* o *sáttwico*, sin dejar de observar, por encima y más allá de los instrumentos y del accionar de la Naturaleza, al Amo de las obras solamente y a su suprema Shakti, a la Prakriti suprema<sup>4</sup>. Solo allí es puro y libre todo el ser, y es posible la regla de una Verdad divina.

En esta progresión el primer paso es una cierta superioridad desapegada respecto a las tres modalidades de la Naturaleza. El alma está interiormente separada y libre de la Prakriti inferior, no está envuelta en sus anillos, está indiferente y satisfecha por encima de ella. La Naturaleza continúa actuando en la triple ronda de sus antiguos hábitos: el deseo, el pesar y la dicha atacan al corazón (*rajas*), los instrumentos<sup>5</sup> caen en la inacción, la oscuridad y la fatiga (*tamas*); la luz y la paz vuelven al corazón, la mente y el cuerpo (*sattwa*); pero el alma permanece inmodificada e intacta ante estos cambios. Observando, impávida ante el pesar y el deseo de los miembros inferiores<sup>6</sup>, sonriendo ante sus júbilos y esfuerzos, contemplando sin ser superada por el fracaso, ni por la oscuridad del pensamiento, ni por la fiereza o la debilidad del corazón y de los miembros; inamovible y desapegada con respecto a las iluminaciones mentales y a su relieve y a la sensación de comodidad o de poder en el retorno de la luz y del contento, no se proyecta dentro de ninguna de estas cosas, sino que aguarda serena las insinuaciones de una Voluntad superior y las intuiciones de un mayor conocimiento luminoso. Haciendo esto siempre, se libera eventualmente, hasta en sus partes dinámicas, de la pugna de las tres

<sup>1</sup> El distanciamiento del Testigo que se separa de la acción de la Naturaleza para observarla.

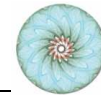
<sup>2</sup> De la interacción de las modalidades de la Naturaleza: *sattwa*, *rajas* y *tamas*, que son las modalidades de la ignorancia.

<sup>3</sup> El ego como soporte necesario para la interacción de las modalidades de la Naturaleza en nuestro ser.

<sup>4</sup> La Naturaleza superior como expresión perfecta de la Consciencia divina.

<sup>5</sup> Mente, vital y cuerpo.

<sup>6</sup> Mente, vital y cuerpo.



modalidades y de sus valores insuficientes y límites aprisionantes. Pues ahora esta Prakriti inferior siente progresivamente el apremio de una Shakti superior. Los viejos hábitos a los que se adhería ya no reciben aceptación y con firmeza empiezan a perder su frecuencia y su fuerza recurrente. Por último, entiende que se la reclama para una acción superior y un estado mejor, y se somete, se vuelca y se prepara para el cambio aunque lenta y desgánadamente, con cierta mala voluntad inicial o prolongada y con ignorancia vacilante.

La libertad estática del alma, no ya solo testigo y concedora, es coronada por una transformación dinámica de la Naturaleza. La mezcla constante, la dispar operación de las tres modalidades que actúan una sobre otra en nuestros tres instrumentos cesa en su normal acción y en sus movimientos confusos, perturbados e impropios. Se torna posible otra acción; comienza, crece y culmina un accionar más verdaderamente correcto, más luminoso, natural y normal para el profundísimo intercambio divino de Purusha y Prakriti<sup>1</sup>, aunque resulte supranatural y supernormal para nuestra imperfecta naturaleza actual. El cuerpo que condiciona a la mente física<sup>2</sup> ya no insiste en una inercia *tamásica* que repite siempre el mismo movimiento ignorante: se convierte en campo e instrumento pasivo de una fuerza y luz mayores, responde a toda la demanda de la fuerza espiritual y sostiene toda la variedad e intensidad de la nueva experiencia divina. Nuestras partes vitales cinéticas y dinámicas, nuestro ser nervioso, emotivo, sensitivo y volitivo, se expanden en su poder y admiten una incansable acción y un bienaventurado disfrute de la experiencia, pero aprenden al mismo tiempo a afirmarse en una base de amplia calma autoposeída y autoequilibrada, sublime en la fuerza, divina en el reposo, no exultante ni excitada, ni torturada por el pesar y el dolor, ni apresurada por el deseo y los impulsos molestos, ni embotada por la incapacidad y la indolencia. La inteligencia, la mente pensante, comprensiva y reflexiva, renuncia a sus limitaciones *sáttwic*as y se abre a una luz y paz esenciales. Un conocimiento infinito nos ofrece sus espléndidos ámbitos, un conocimiento que no está constituido por construcciones mentales, ni atado por la opinión, ni la idea, ni pendiente de una lógica incierta y vacilante, ni del minúsculo sostén de los sentidos, sino que es un conocimiento seguro de sí, auténtico, omnipenetrante, omniabarcante; una bienaventuranza y paz ilimitadas, no dependientes de la liberación del obstaculizado esfuerzo de la energía creadora y de la acción dinámica, ni constituidas por unas pocas felicidades limitadas, sino autoexistentes y omniincluyentes, que se vuelcan, en campos cada vez más amplios y a través de canales cada vez más vastos y siempre más numerosos, para poseer a la naturaleza. Una fuerza, una bienaventuranza y un conocimiento superiores provenientes de una fuente que está más allá de la mente, de la vida y del cuerpo, atrapan a estos para remodelarlos según una imagen más divina.

---

<sup>1</sup> Espíritu y Naturaleza.

<sup>2</sup> La mente física es, por una parte, una mente dependiente de nuestros sentidos físicos que acepta como única realidad lo que ellos le presentan; por otra parte es una mente subordinada a las necesidades, deseos y bienestar físicos, como parece ser el caso.

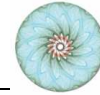


*Sri Aurobindo*

Aquí se trascienden las desarmonías de la triple modalidad de nuestra existencia inferior y se inicia una triple modalidad mayor de una Naturaleza divina. No hay oscuridad de *tamas* o inercia. *Tamas* es reemplazado por una paz divina y un tranquilo reposo eterno, del cual se desprende -como de una matriz suprema de calma concentración- el juego de la acción y del conocimiento. No hay movimiento *rajásico*, ni deseo, ni pesados esfuerzo de acción, de creación y de posesión, ni caos fructífero de perturbado impulso. *Rajas* es reemplazado por un poder autopoído y un acto ilimitable de fuerza, que hasta en sus intensidades más violentas no conmueve el inmóvil equilibrio del alma ni mancha los vastos y profundos cielos y los luminosos abismos de su paz. No hay constructiva luz mental proyectándose para atrapar y aprisionar la Verdad, ni ocio inseguro o inactivo. *Sattwa* es reemplazado por una iluminación y bienaventuranza espirituales idénticas a la profundidad e infinita existencia del alma; una iluminación y bienaventuranza imbuidas del conocimiento directo y auténtico que mana directamente de las veladas glorias de la Omnisciencia secreta. Esta es la consciencia mayor dentro de la cual nuestra consciencia inferior tiene que transformarse; esta es la naturaleza de la Ignorancia, con su inquieta y desequilibrada actividad de las tres modalidades, que ha de cambiarse en esta supernaturaleza mayor y luminosa. Al principio nos liberamos de los tres *gunas*, desapegados, imperturbados, *nistraigunya*; pero esta es la recuperación del estado innato del alma, del yo, del espíritu libre que observa en su inmóvil calma<sup>1</sup> el movimiento de Prakriti en su fuerza de la Ignorancia. Si la naturaleza, el movimiento de Prakriti ha de liberarse también, debe serlo mediante una quietud de la acción en una paz y silencio luminosos en los que todos los movimientos necesarios se efectúen sin ninguna reacción, sin participación ni iniciativa conscientes de la acción por parte de la mente o del ser vital, sin ninguna agitación del pensamiento ni remolino de las partes vitales: eso debe hacerse bajo el impulso, mediante la iniciación y el accionar de una Fuerza cósmica impersonal o trascendente. Debe actuar una Mente, Vida y Sustancia cósmicas, o un puro y trascendente Auto-Poder y Bienaventuranza distintos de nuestro propio ser personal o de su construcción de la Naturaleza. Este es un estado de libertad que puede ingresar en el Yoga de las obras a través de la renuncia al ego, al deseo, y a la iniciativa personal; a través de la sumisión del ser al Yo cósmico o a la Shakti universal; puede ingresar en el Yoga del Conocimiento por cese del pensamiento, silencio de la mente, apertura de todo el ser a la Consciencia cósmica, al Yo cósmico, la *Dynamis* cósmica o a la Realidad suprema; puede ingresar en el Yoga de la devoción mediante la sumisión del corazón y de la naturaleza toda en manos del Omni-Bienaventurado como adorado Amo de nuestra existencia<sup>2</sup>. Pero el cambio culminante interviene mediante una trascendencia más positiva y dinámica: hay una transferencia o transmutación en un estado espiritual superior, *trigunátíta*, en el que participamos de un dinamismo espiritual mayor; pues las tres modalidades inferiores desiguales se introducen en la modalidad triuna de la calma, luz y fuerza eternas, del reposo, dinamismo e iluminación de la Naturaleza divina.

<sup>1</sup> De nuevo la función primordial del Testigo.

<sup>2</sup> Describe cómo a través del Yoga de las Obras ingresamos en el Yoga del Conocimiento y en el Yoga de la Devoción.



Esta armonía suprema no puede llegar excepto mediante el cese de la voluntad, de la elección y del acto egoístas y mediante la quietud de nuestra inteligencia limitada. El ego individual debe cesar de esforzarse, la mente debe silenciarse y la voluntad del deseo debe aprender a no iniciarse. Nuestra responsabilidad debe unirse a su Fuente y todo pensamiento e iniciativa llegan de lo alto. El Amo secreto de nuestras actividades se nos revelará lentamente y desde la seguridad de la Voluntad-Conocimiento supremos dará la sanción a la Shakti divina que realiza en nosotros todas las obras con una naturaleza purificada y elevada respecto a su instrumento; el centro individual de la personalidad será aquí solo el sustentador de sus obras, su receptor y canal, el reflector de su poder y el luminoso participante de su luz, su dicha y su Fuerza. Actuando no actuará y ninguna reacción de la Prakriti inferior lo tocará. La superación de las tres modalidades de la Naturaleza es la primera condición, su transformación es el paso decisivo de este cambio por el cual el Camino de las Obras asciende del pozo estrecho de nuestra oscurecida naturaleza humana hacia la amplitud, libre de murallas, de la Verdad y la Luz que están por encima de nosotros.





## Capítulo XI

### EL AMO DE LAS OBRAS

El Amo y Motor de nuestras obras es el Uno, el Universal y Supremo, el Eterno e Infinito. Es el trascendente Absoluto desconocido e incognoscible, el Inefable inexpresado e inmanifestado por encima de nosotros; pero también es el Yo de todos los seres, el Amo de todos los mundos, que trasciende todos los mundos, la Luz y la Guía, el Omni-Bello y Omni-Bienaventurado, el Amado y el Amante<sup>1</sup>. Es el Espíritu Cósmico y es toda esta Energía creadora que nos rodea; es el Inmanente que está dentro de nosotros. Todo cuanto existe es Él, y es el Más de todo lo que es, y nosotros mismos, aunque no lo sepamos, somos ser de su ser, fuerza de su fuerza, conscientes por una consciencia derivada de la suya; hasta nuestra existencia mortal está hecha con su sustancia y dentro de nosotros hay un inmortal que es chispa de la Luz y la Bienaventuranza que existen eternamente. El objetivo de todo el Yoga es tomar consciencia de esta verdad de nuestro ser, realizarla y hacerla efectiva aquí o en otra parte, sin tener en cuenta si lo es por el conocimiento, por las obras, por el amor o por cualquier otro medio.

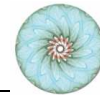
Pero el pasaje es largo y el esfuerzo arduo antes de que podamos verlo con ojos que vean la verdad, y aún más prolongado y más arduo debe ser nuestro esfuerzo si hemos de reconstruirnos según su verdadera imagen. El Amo de la obra no se revela de inmediato a quien lo busca. Siempre es su Poder el que actúa detrás del velo, pero se manifiesta solo cuando renunciamos al egoísmo del trabajador, y su movimiento directo crece en proporción a la concreción cada vez mayor de la renuncia. Solo cuando nuestra sumisión a su divina Shakti es absoluta, tendremos derecho a vivir en su presencia absoluta. Y solo entonces podremos ver a través de ella nuestra obra natural, de manera completa y simple, según el molde de la Voluntad Divina.

Por lo tanto, debe haber etapas y gradaciones en nuestra aproximación a esta perfección, tal como las hay en el progreso hacia toda otra perfección o hacia cualquier plano de la Naturaleza. La visión de la gloria plena puede llegar antes a nosotros, repentina o lentamente, una sola vez o a menudo, pero hasta que el fundamento se complete, es experiencia superficial y concentrada, no durable ni omnienvolvente, ni duradera presencia<sup>2</sup>. Las amplitudes y contenido infinito de la Revelación Divina llegan después y desarrollan gradualmente su poder y significación. También la visión puede estar fija allí, en las cimas de nuestra naturaleza, pero la respuesta perfecta de los miembros inferiores llega solo por grados. En todos los Yogas los primeros requisitos son la fe y la paciencia. Las vehemencias del corazón y las violencias de quienes buscan tomar por la fuerza el reino de los cielos pueden tener desgraciadas reacciones

---

<sup>1</sup> Abarca el aspecto impersonal de la Divinidad como Absoluto, Infinito, incognoscible y sin forma y en su aspecto personal como el Yo de todos los seres, Amado y Amante, Bello y Bienaventurado en todas las existencias.

<sup>2</sup> Distingue la experiencia puntual de la Trascendencia de la realización que es permanente, abarcando no solo la mente o el corazón que se vuelven al Divino, sino descendiendo a todo nuestro ser inferior.

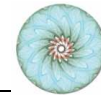


si desdeñan apoyar su vehemencia sobre estos auxiliares más humildes y tranquilos. Y en el Yoga integral, largo y difícil, debe haber una fe integral y una paciencia inmovible.

Es difícil adquirir o practicar esta fe y firmeza sobre el áspero y estrecho sendero del Yoga, debido a la impaciencia del corazón y de la mente y a la voluntad ansiosa, pero vacilante, de nuestra naturaleza *rajásica*<sup>1</sup>. La naturaleza vital del ser humano desea siempre el fruto de su esfuerzo y, si parece que el fruto se niega o demora mucho, pierde la fe en el ideal y guía. Pues su mente juzga siempre por la apariencia de las cosas, puesto que este es el primer hábito arraigado de la razón intelectual en la que tan desordenadamente confía. Nada nos resulta más fácil que acusar a Dios en nuestros corazones cuando sufrimos mucho, cuando tropezamos en la oscuridad o cuando abjuramos del ideal que nos impusimos. Porque decimos: "Confíé en el Supremo y fui entregado al sufrimiento, al pecado y al error". O: "Toda la vida sostuve una idea que los hechos fijos de la experiencia contradicen y desaniman. Hubiese sido mejor ser como los otros seres humanos que aceptan sus limitaciones y marchan por el terreno firme de la experiencia normal". En tales instantes -a veces frecuentes y prolongados- se olvida toda la experiencia superior y el corazón se concentra en su propia amargura. En estos oscuros pasajes es posible fracasar en cuanto al bien y retroceder ante el esfuerzo divino. Si se ha marchado un largo trecho y con firmeza en el sendero, la fe del corazón permanecerá bajo la más feroz presión contraria; aunque se oculte y aparentemente se hunda, aprovechará la primera oportunidad para resurgir. Puesto que la sostiene algo superior al corazón y al intelecto, a pesar de los peores tropiezos y a través del fracaso más prolongado. Pero hasta para el sadhaka experimentado tales vacilaciones y oscurecimientos aportan una demora en su progreso y son excesivamente peligrosos para el novicio. Por lo tanto, es menester desde el principio entender y aceptar la ardua dificultad del sendero y sentir la necesidad de una fe que pueda parecer ciega al intelecto, pero que es más sabia que la inteligencia racional. Pues esta fe es un apoyo de lo alto; es la sombra brillante proyectada por una luz secreta que supera al intelecto y a sus datos; es el corazón de un conocimiento oculto que no está a merced de las apariencias inmediatas. Al perseverar nuestra fe, sucederá la autorrevelación de un conocimiento divino. Debemos siempre adherirnos al mandato del Gita: "El Yoga debe aplicarse continuamente con el corazón libre de abatimiento." Siempre debemos repetir al intelecto dubitativo la promesa del Maestro: "Con seguridad te liberaré del pecado y del mal, no te acongojes." Al final, cesarán las vacilaciones de la fe, porque veremos su rostro y sentiremos siempre su Presencia Divina.

El Amo de nuestras obras respeta nuestra naturaleza hasta cuando la transforma; trabaja siempre a través de la naturaleza y no por capricho arbitrario. Esta imperfecta naturaleza nuestra contiene la materia de nuestra perfección, pero esta es incipiente, distorsionada, desubicada y está en medio del desorden o en un orden pobre e imperfecto. Toda esta materia tiene que

<sup>1</sup> Vehemente, pasional, impaciente, deseosa.



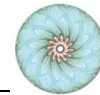
perfeccionarse, purificarse, reorganizarse, remodelarse y transformarse pacientemente; no cincelarse, labrarse, matarse, mutilarse ni obstruirse mediante la simple coerción y la negación. Este mundo y quienes vivimos en él son su creación y manifestación y Él se encarga de todo eso de una manera que nuestra mente estrecha e ignorante no puede entender, a menos que se silencie y pase a un conocimiento divino. En nuestros errores está la sustancia de una verdad que se esfuerza por revelar su significado a nuestra inteligencia que anda a tientas. El intelecto humano, con su mente ignorante, erradica el error y a la vez la verdad y en su lugar coloca otra semiverdad-semierror. Pero la Sabiduría Divina sufre nuestros errores y prosigue hasta que podamos llegar a la verdad oculta y velada bajo toda falsa cobertura. Nuestros pecados son pasos descarriados de un Poder que busca y se orienta, no hacia el pecado, sino hacia la perfección, hacia algo que podríamos llamar virtud divina. A menudo, son los velos de una cualidad los que han de transformarse y librarse de este feo disfraz: de lo contrario, según la perfecta providencia de las cosas, no se hubiesen esforzado por existir y continuar<sup>1</sup>. El Amo de nuestras obras no es un desatinado, ni un testigo indiferente, ni alguien que se entretiene con la abundancia de males innecesarios. Es más sabio que nuestra razón y que nuestra virtud.

Nuestra naturaleza no solo está equivocada en cuanto a la voluntad y en la ignorancia respecto al conocimiento, sino que también es débil en orden al poder; pero la Fuerza Divina está allí y nos conducirá si confiamos en ella, utilizando nuestras deficiencias y poderes para el propósito divino. Si fracasamos en nuestro objetivo inmediato es porque se propuso el fracaso; a menudo nuestro fracaso o mal resultado es el camino correcto hacia una salida más verdadera que la que podría haber puesto a nuestro alcance un éxito inmediato y completo. Si sufrimos es porque algo en nosotros tiene que prepararse para una más extraordinaria posibilidad de goce. Si tropezamos, es para aprender finalmente el secreto de una marcha más perfecta. ¡Ojalá no nos apresuremos con demasiada furia a adquirir paz, pureza y perfección uniformes! Debemos obtener la paz, pero no la paz de una naturaleza vacía o devastada, ni una paz de capacidades muertas o mutiladas, incapaces de desasosiego porque las incapacitamos para la intensidad, el ardor y la fuerza. Debemos obtener la pureza, pero no la pureza de vacía, yerma y rígida frigidéz. Se nos exige perfección, pero no la perfección que solo puede existir reduciendo su ámbito a estrechos límites o imponiendo una arbitraria detención total a la espiral en eterna autoproyección del Infinito. Nuestro objetivo es transformarnos en naturaleza divina, pero la naturaleza divina no es una condición mental ni moral, sino espiritual, difícil de conseguir, difícil hasta de ser concebida por nuestra inteligencia. El Amo de nuestra obra y de nuestro Yoga conoce lo que ha de hacerse y debemos permitirle que lo haga en nosotros con sus medios y a su manera.

El movimiento de la Ignorancia es egoísta en su raíz y nada nos resulta más difícil que librarnos del egoísmo cuando todavía admitimos la personalidad

---

<sup>1</sup> Los velos de la ignorancia ocultan una verdad tras ellos y el sentido de que existan y perduren es indicarnos esa verdad escondida.



de una naturaleza inacabada y nos apegamos a su acción en la semiluz y en la semifuerza. Es más fácil liquidar por inanición al ego renunciando al impulso de actuar o matarlo erradicando de nosotros todo movimiento de la personalidad. Es más fácil elevarlo en el autoolvido inmerso en un trance pacífico o extático del Amor divino. Pero nuestro problema más difícil es liberar a la Persona verdadera y alcanzar una humanidad divina que sea vaso puro de una fuerza divina y perfecto instrumento de una acción divina. Han de darse pasos progresivos pero con firmeza; ha de experimentarse una dificultad tras otra, dominándolas enteramente. Solo la Sabiduría y Poder Divinos pueden hacer esto en nuestro beneficio, realizándolo totalmente si cedemos a ellos con entera fe y seguimos y asentimos a su accionar con valor y paciencia constantes.

El primer paso en este largo sendero es consagrar todas nuestras obras como entrega a la Divinidad que está en nosotros y en el mundo; esta es una actitud de la mente y del corazón, no demasiado difícil de iniciar, pero muy difícil de que llegue a ser absolutamente sincera y omnipenetrante. El segundo paso es renunciar al apego al fruto de las obras, ya que el único fruto verdadero, inevitable y cabalmente deseable de la entrega -lo único necesario- es la Presencia Divina y la Consciencia y Poder Divinos en nosotros, y si se logra eso, todo lo demás se da por añadidura. Esta supone una transformación de la voluntad egoísta en nuestro ser vital, en nuestra alma del deseo y en la naturaleza del deseo y es mucho más difícil que lo otro. El tercer paso es desembarazarse del egoísmo central e incluso del sentido del ego de quien trabaja. Esta es la transformación más difícil de todas y no puede realizarse a la perfección si no se han emprendido los otros dos pasos. Pero estos primeros pasos tampoco pueden completarse a menos que el tercero corone el movimiento y, por extinción del egoísmo, erradique el origen mismo del deseo. Solo cuando el pequeño sentido del ego es erradicado de la naturaleza, quien busca la perfección puede conocer su verdadera persona, que está en lo alto como porción y poder de la Divinidad, y renunciar a toda fuerza motora distinta de la voluntad de la Shakti Divina.

En este último movimiento integrador hay gradaciones, ya que no puede realizarse de inmediato o sin prolongadas aproximaciones que lo acerquen cada vez más y, al fin, lo vuelvan posible. La primera actitud que ha de asumirse es dejar de considerarnos como el trabajador y darnos cuenta claramente de que solo somos un instrumento de la Fuerza cósmica. Al principio no es la única Fuerza, sino que son muchas fuerzas cósmicas las que parecen moverse en nosotros, estas pueden convertirse en nutrientes del ego y esta visión<sup>1</sup> libera a la mente pero no al resto de la naturaleza. Hasta cuando tomamos consciencia de todo como el accionar de la única Fuerza cósmica y de la Divinidad detrás de ella, eso también necesita liberación. Si el egoísmo del trabajador desaparece, el egoísmo del instrumento puede reemplazarlo o hasta prolongarlo bajo un disfraz. La vida del mundo ha estado llena de ejemplos de egoísmo de esta clase y puede ser más absorbente y enorme que

---

<sup>1</sup> La consciencia de ser instrumentos de la Fuerza cósmica y de la Divinidad.



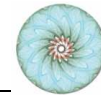
cualquier otro; el mismo peligro se halla en el Yoga. Un ser humano se convierte en líder o eminente en un círculo grande o menor, y se siente lleno de un poder que sabe que está más allá de su propia fuerza del ego; puede tener consciencia de un Hado que actúa a través de él o de una Voluntad misteriosa e insondable o de una Luz interior de gran fulgor. Se producen extraordinarios resultados con sus pensamientos, acciones o genio creador. Efectúa alguna tremenda destrucción que despeja el sendero de la humanidad o concreta alguna gran construcción que se convierte en su momentáneo lugar de descanso. Es un azote o un iluminador y mago, un creador de belleza o un mensajero del conocimiento. O, si su obra y sus efectos son de menor escala o tienen un campo limitado, es seguido con suma atención, es considerado un instrumento y un elegido para su misión y labor. Los seres humanos que cuentan con este destino y poderes llegan fácilmente a creerse y declararse meros instrumentos en manos de Dios o del Hado: pero hasta en esta declaración podemos apreciar que puede introducirse o refugiarse un egoísmo más inmenso y exagerado que el que los seres humanos comunes tienen el valor de afirmar o la fuerza para alojar dentro de ellos. Y con frecuencia, si los seres humanos de esta índole hablan de Dios, es para erigir una imagen de él que en realidad no es sino una enorme sombra de su propio tipo de voluntad, pensamiento, cualidad y fuerza. Esta imagen magnificada de su ego es el Amo al que sirven. Esto sucede demasiado a menudo en el Yoga con naturalezas o mentes vitales y burdas, demasiado fácilmente exaltadas, cuando permiten que la ambición, el orgullo o el deseo de grandeza se internen en su búsqueda espiritual, viciando la pureza de su motivación. Hay un ego magnificado entre ellos y su ser verdadero, que para su finalidad personal se aferra a la fuerza de un invisible Poder mayor, divino o no-divino, que actúa a través de ellos, y de los que llegan a ser vaga o intensamente conscientes. Para librarse del ego no es suficiente una percepción intelectual o el sentido vital de una Fuerza mayor que la nuestra y la percepción de nosotros como si fuésemos movidos por ella.

Esta percepción, esta apreciación de un Poder mayor en nosotros o en lo alto o moviéndonos, no es alucinación ni megalomanía. Quienes así sienten y aprecian tienen una visión mayor que los seres humanos ordinarios y han avanzado un paso más allá de la inteligencia física limitada, pero no están en posesión de la visión plena ni de la experiencia directa. Pues debido a que carecen de claridad mental y consciencia anímica<sup>1</sup>, debido a que despiertan más en las partes vitales que en la sustancia espiritual del Yo, no pueden ser instrumentos conscientes de la Divinidad ni enfrentar cara a cara al Amo, sino que son usados a través de su naturaleza falible e imperfecta. Lo más que ven de la Divinidad es un Hado<sup>2</sup> o Fuerza cósmica o dan su nombre a una Deidad limitada o, peor, a un Poder titánico o demoníaco que la ciega. Hasta ciertos fundadores religiosos erigieron la imagen del Dios de una secta o un Dios nacional o un Poder de terror y de castigo o un Numen<sup>3</sup> de amor, de misericordia y de virtud *sáttwicos*, y no parecen haber visto al Uno y Eterno. La Divinidad acepta la imagen que forjan de ella y efectúa su obra en ellos a

<sup>1</sup> Relativa al alma, al ser espiritual en nosotros.

<sup>2</sup> Fuerza desconocida que obraría irresistiblemente sobre los dioses, los seres humanos y los sucesos.

<sup>3</sup> Deidad dotada de un poder misterioso y fascinador.



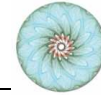
través del medio, pero, puesto que la Fuerza única es sentida y actúa en su naturaleza imperfecta, pero con mayor intensidad que en los demás, el principio motor del egoísmo también puede ser en ellos más intenso que en los demás. Todavía los domina un ego exaltado, *rajásico* o *sáttwico*<sup>1</sup> que se interpone entre ellos y la Verdad integral. A pesar de todo, esto es algo, un principio, aunque diste de la experiencia verdadera y perfecta. Algo mucho peor sobrevendría a quienes rompen algo de los vínculos humanos<sup>2</sup> pero carecen de pureza y conocimiento, porque pueden convertirse en instrumentos, pero no de la Divinidad. Demasiado frecuentemente, al usar el nombre de la Divinidad sirven inconscientemente a sus Máscaras y tenebrosos Contrarios: a los Poderes de la Oscuridad.

Nuestra naturaleza debe alojar a la Fuerza cósmica, pero no en su aspecto inferior ni en su movimiento *rajásico* o *sáttwico*; debe servir a la Voluntad universal, pero a la luz de un conocimiento liberador mayor. No debe haber egoísmo de género alguno en la actitud del instrumento, hasta cuando estemos plenamente conscientes de la grandeza de la Fuerza que está dentro de nosotros. Todo ser humano, a sabiendas o no, es instrumento del Poder universal y, aparte de la Presencia interior, no hay tal diferencia esencial entre una acción y otra, entre una clase de instrumentación y otra, como podría justificarlo la necedad de un orgullo egoísta. La diferencia entre conocimiento e ignorancia es una gracia del Espíritu; el hálito del Poder divino sopla, penetra y llena hoy a uno y mañana a otro con la palabra o la fuerza. Si el alfarero modela mejor una vasija que otra, el mérito no estriba en esta, sino en quien la confecciona. La actitud de nuestra mente no debe ser: "Esta es mi fuerza" o "Contemplad el Poder de Dios que hay en mí", sino más bien: "Un Poder Divino trabaja en esta mente y en este cuerpo, y es el mismo que trabaja en todos los seres humanos y en el animal, en la planta y en el metal, en las cosas conscientes y vivientes, y en las cosas que parecen inconscientes e inanimadas". Este amplio criterio del Uno trabajando en todos y esta visión de todo el mundo como instrumento igual de una acción divina y autoexpresión gradual, si llega a ser nuestra íntegra experiencia, ayudará a eliminar en nosotros todo egoísmo *rajásico* y hasta el sentido *sáttwico* del ego empezará a desaparecer de nuestra naturaleza.

La eliminación de esta forma del ego lleva directamente hacia la verdadera acción instrumental que es la esencia del perfecto Karma-Yoga. Pues mientras alojamos al ego instrumental, podemos pretender que somos instrumentos conscientes de la Divinidad, pero en realidad procuramos convertir a la Shakti Divina en instrumento de nuestros deseos y propósitos egoístas. Y aunque el ego se someta, mientras no se elimine, podemos ser ciertamente motores de la Obra divina, pero seremos herramientas imperfectas y distorsionaremos o perjudicaremos su accionar con nuestros errores mentales, nuestras desfiguraciones vitales, o las pertinaces incapacidades de nuestra naturaleza física. Si este ego desaparece, entonces podemos convertirnos verdaderamente, no solo en instrumentos puros que consienten,

<sup>1</sup> Pasional o virtuoso.

<sup>2</sup> Trascienden en alguna medida la consciencia ordinaria.



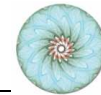
con consciencia, toda la acción de la Mano divina que nos mueve, sino también podemos comprender nuestra verdadera naturaleza divina, y que somos partes conscientes del único Eterno e Infinito, empleadas para sus obras por la Shakti suprema.

Antes de someter nuestro ego instrumental a la Divina Shakti hay que dar otro paso mayor. No basta reconocerla como la única fuerza Cósmica que nos mueve, junto con las demás criaturas, en todos los planos de la mente, de la vida y de la materia, ya que esta es la Naturaleza inferior y, a pesar de todo, en las partes dinámicas sigue habiendo imperfección, aunque el Conocimiento, la Luz y el Poder Divinos estén allí ocultos y trabajen en la Ignorancia y puedan rasgar parcialmente su velo y manifestar algo de su carácter verdadero o descender de lo alto y elevar estas acciones inferiores, aunque comprendamos al Uno en una mente espiritualizada, en un movimiento vital espiritualizado y en una consciencia corporal espiritualizada. Hay una respuesta vacilante al Poder Supremo, un velo sobre el rostro de la Divinidad, una mezcla constante de la Ignorancia. Solo cuando nos abrimos a la Divina Shakti en la verdad de su fuerza, que trasciende esta Prakriti inferior, podemos ser instrumentos perfectos de su poder y conocimiento<sup>1</sup>.

No solo la liberación, sino también la perfección deben ser el objetivo del Karma-Yoga. La Divinidad trabaja a través de nuestra naturaleza y de acuerdo con ella; si nuestra naturaleza es imperfecta, la obra también será imperfecta, mixta e inadecuada. Puede incluso estar desfigurada por burdos errores, falsedades, debilidad moral e influencias descarriantes. La obra de la Divinidad entonces se efectuará, incluso en nosotros, pero de acuerdo con nuestra debilidad, no de acuerdo con la fuerza y la pureza de su fuente. Si careciéramos de un Yoga integral, si solo buscásemos la liberación del yo dentro de nosotros o la existencia inmóvil de Purusha separado de Prakriti, esta imperfección dinámica no importaría. Calmos, imperturbados, libres de depresión y exaltación, rehusando aceptar la perfección o la imperfección, el defecto o el mérito, el pecado o la virtud como nuestros, percibiendo que esas modalidades de la Naturaleza que trabaja en su propio campo efectúan esta mezcla, podemos recogerlos en el silencio espiritual y, con pureza e intangibilidad, presenciar solamente el accionar de Prakriti. Pero en la realización integral este puede ser solo un paso en el camino, no nuestro último sitio de descanso. Pues nos orientamos hacia la realización divina, no solo en la inmovilidad del Espíritu, sino también en el movimiento de la Naturaleza. Y esto no puede completarse hasta que sintamos la presencia y poder de la Divinidad en cada paso, movimiento y figura de nuestras actividades, en cada movimiento de nuestra voluntad, en cada pensamiento, sentimiento e impulso. Sin duda, podemos experimentar eso en cierto sentido hasta en la naturaleza de la Ignorancia, pero se trata del Poder y de la Presencia divinos bajo un

---

<sup>1</sup> A pesar de la espiritualización de nuestra mente, vital y cuerpo y de haber experimentado una cierta trascendencia de estos elementos, estos siguen sin ser transformados y, por ello, los mecanismos, automatismos, hábitos, etc. siguen reproduciéndose hasta que se dé una apertura total de todo nuestro ser a la Shakti Divina, la Fuerza transformadora del Divino en nosotros, pues solamente Ella puede llevar a cabo tal transformación.



disfraz, una disminución y una figura inferior. Se nos exige algo mayor: que nuestra naturaleza sea poder de la Divinidad en la Verdad de la Divinidad, en la Luz, en la fuerza de la Voluntad eterna y autoconsciente y en la amplitud del Conocimiento eterno.

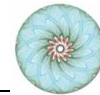
Tras apartar el velo del ego y, tan pronto empiezan a desvanecerse los límites del ego, apartar el velo de la Naturaleza y sus modalidades inferiores que gobiernan nuestra mente, vida y cuerpo, vemos cómo está constituido ese velo y detectamos la acción de la Naturaleza cósmica en nosotros; y, en la Naturaleza cósmica o detrás de ella, sentimos la presencia del Yo y los dinamismos del Ishwara<sup>1</sup> que penetra el mundo. El Amo del instrumento está detrás de todo este accionar y, hasta dentro del accionar, está su contacto y el impulso de una gran orientación o Influencia dispositiva. Ya no servimos al ego ni a la fuerza del ego; obedecemos al Amo del Mundo<sup>2</sup> y a su impulso evolutivo. A cada paso, decimos según el lenguaje del verso sánscrito: "Actúo, oh Señor, tal como lo dispones Tú que te aposentas en mi corazón." Sin embargo, esta acción puede ser de dos clases muy diferentes: una, solamente iluminada, la otra, transformada y elevada a una supernaturaleza mayor. Pues podemos proseguir el camino de la acción sostenida y continuada por nuestra naturaleza cuando, por ella y por su ilusión del egoísmo "damos vueltas como montados sobre una máquina", pero ahora con perfecto conocimiento del mecanismo y de su utilización para sus finalidades mundanas, accionada por el Amo de las obras al que percibimos detrás de aquella máquina. En verdad esto es lo alcanzado en los niveles de la mente espiritualizada por muchos grandes Yoguis. Pero, no es menester que sea así siempre, pues hay una posibilidad supramental mayor. Es posible elevarse más allá de la mente espiritualizada y actuar espontáneamente en la presencia viviente de la original Verdad-Fuerza divina de la Madre Suprema. Con nuestro movimiento, unificado con su movimiento e inmerso en él, con nuestra voluntad unificada con su voluntad, con nuestra energía disuelta en su energía, sentiremos su accionar a través de nosotros como la Divinidad manifiesta en una Sabiduría-Poder suprema, y tomaremos consciencia de la mente, vida y cuerpo transformados solo como canales de una Luz y Fuerza supremas más allá de ellos, infalibles en sus pasos porque son trascendentes y totales en su conocimiento. De esta Luz y Fuerza no solo seremos receptores, canales e instrumentos, sino que nos convertiremos en parte de ellos en una suprema experiencia elevada e inmanente.

Antes de alcanzar esta última perfección, podemos unirnos a la Divinidad en las obras en su amplitud máxima, si no lo logramos aún en sus alturas más luminosas; pues ya no percibimos meramente la Naturaleza ni las modalidades de la Naturaleza, sino que tomamos consciencia, en nuestros movimientos físicos, en nuestras reacciones nerviosas y vitales y en nuestra actividad mental, de una Fuerza mayor que el cuerpo, la mente y la vida, que se apodera de nuestros instrumentos limitados y maneja todos sus movimientos. Ya no existe el sentido de nosotros moviéndonos, pensando o sintiendo sino el de ese

<sup>1</sup> El Señor de la Naturaleza, que es quien la gobierna.

<sup>2</sup> Ishwara.





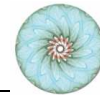
movimiento, sentimiento y pensamiento realizado en nosotros. Esta fuerza que sentimos es la Fuerza universal de la Divinidad que, velada o no, actuando directamente o permitiendo el uso de sus poderes por parte de los seres del cosmos, es la Energía única que por sí sola existe y hace posible la acción universal e individual. Pues esta fuerza es la Divinidad misma en el cuerpo de su poder; todo es ese poder activo, ese poder pensante y cognoscitivo, poder dominante y disfrutante, poder amoroso. Siempre conscientes del Amo de las Obras (en todo, en nosotros y en los demás) que posee, habita y disfruta a través de esta Fuerza que es él mismo, que deviene todas las existencias y todos los sucesos a través de esa Fuerza, habremos llegado a la unión divina a través de las obras y alcanzado, mediante esa realización en las obras, todo cuanto los demás obtuvieron mediante la devoción absoluta o el puro conocimiento. Pero aún se nos pide otro paso: un ascenso desde esta identidad cósmica hacia la identidad de la Trascendencia divina<sup>1</sup>. El Amo de nuestras obras y de nuestro ser no es meramente una Deidad que está aquí dentro de nosotros, no es meramente un Espíritu cósmico ni una especie de Poder universal. El mundo y la Divinidad no son una misma cosa, como gustaría creer cierto género de pensamiento panteísta. El mundo es una emanación que depende de algo que se manifiesta en ella, pero ese algo es independiente de ella<sup>2</sup>: la Divinidad no está solamente aquí; hay un Más Allá, una Trascendencia eterna. Asimismo, el ser individual, en su parte espiritual, no es formación de la existencia cósmica: nuestro ego, nuestra mente, nuestro cuerpo son eso, pero el espíritu inmutable, el alma imperecedera que está en nosotros ha emanado de la Trascendencia.

La Fuente de nuestro ser, la Fuente de nuestras obras y su Amo es un Trascendente que está más allá de todo el mundo y de toda la Naturaleza y que, con todo, posee al mundo y su naturaleza, que descendió con algo de sí a ellos y los modela. Pero la sede de la Consciencia Trascendente está en lo alto, en un absoluto de la Existencia divina y allí también está el Poder, la Verdad y la Bienaventuranza absolutos del Eterno del que nuestra mentalidad no puede estructurar concepción alguna y del que, hasta nuestra máxima experiencia espiritual, es solo un disminuido reflejo en la mente y en el corazón espiritualizados, una desvanecida sombra y un débil derivado. Con todo, partiendo de allí hay una suerte de dorada corona de Luz, de Poder, de Bienaventuranza y de Verdad, una Verdad-Consciencia divina como la denominaron los antiguos místicos, una Supermente, una Gnosis<sup>3</sup> con la que este mundo de consciencia inferior que avanza por la Ignorancia está en relación secreta, siendo lo único que lo mantiene e impide que caiga en un desintegrado caos. Los poderes que nos contentamos en llamar gnosis, intuición o iluminación, son solo luces desvaídas de lo que es la fuente plena y llameante, y entre la suprema inteligencia humana y ella hay muchos niveles de la consciencia ascendente, supremos niveles mentales o sobremetales, que hemos de conquistar antes de llegar allí o hacer descender aquí su grandeza y gloria. No obstante, por más difícil que resulte, ese ascenso, esa victoria es el

<sup>1</sup> Describe el paso de una consciencia cósmica a una consciencia trascendente.

<sup>2</sup> Referido a la emanación.

<sup>3</sup> El Conocimiento absoluto del Divino.



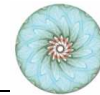
destino del espíritu humano, y ese luminoso descenso o traslación descendente de la Verdad divina es el final inevitable de la perturbada evolución de la naturaleza terrena; esa intentada consumación es su razón de ser, nuestro estado culminante y la explicación de nuestra existencia terrestre. Pues aunque la Divinidad Trascendental esté ya aquí como el Purushottama<sup>1</sup>, en el corazón secreto de nuestro misterio, se halla velada por muchos mantos y disfraces de su mágico Yoga-Maya<sup>2</sup> mundial. Solo el ascenso y la victoria del Alma, aquí en el cuerpo, pueden apartar los disfraces y reemplazar, con la *dynamis* de la Verdad suprema, esta enredada trama de semiverdad que se convierte en error creativo, este Conocimiento emergente que se convierte en Ignorancia efectiva, por su inmersión en la inconsciencia de la Materia y su lento retorno parcial hacia sí mismo.

Pues aquí, en el mundo, aunque la gnosis esté secretamente detrás de la existencia, lo que actúa no es la gnosis sino una magia del Conocimiento-Ignorancia, una Maya Sobremental, incalculable, pero aparentemente mecánica. La Divinidad se nos presenta aquí bajo una sola perspectiva como Espíritu Testigo igual, inactivo e impersonal; como Purusha inmóvil y aquiescente, desvinculado de la cualidad del Espacio o del Tiempo, cuyo sostén o sanción se acuerda imparcialmente al juego de toda acción y energías que la Voluntad trascendente permite y autoriza que se concreten en el cosmos. Este Espíritu Testigo, este Yo inmóvil en las cosas, parece no querer, ni determinar nada. Sin embargo, tomamos consciencia de que su pasividad misma, su silenciosa presencia impulsa a todas las cosas a desplazarse (hasta en su ignorancia) hacia una meta divina y somos conscientes de que atrae, a través de la división, hacia una unidad todavía irrealizada. No obstante, no parece que haya allí una divina Voluntad Infalible, sino solo una Energía Cósmica -ampliamente desplegada- de un ejecutivo Proceso mecánico de Prakriti. Este es un lado del Yo cósmico. El otro se presenta como Divinidad universal, única en el ser, múltiple en la personalidad y el poder, que nos transmite, cuando entramos en la consciencia de sus fuerzas universales, un sentido de cualidad, de voluntad y de acción infinitos, y un conocimiento mundial y un deleite único pero innumerable; pues a través de esta Divinidad universal nos unificamos con todas las existencias, no solo en su esencia, sino en su juego activo; vemos a nuestro yo en todo y a todo en nuestro yo; percibimos todo conocimiento, pensamiento y sentimiento como movimientos de la Mente y Corazón únicos; percibimos toda la energía y la acción como movimiento de la Voluntad única en el poder; toda la Materia y la forma como partículas del Cuerpo único; todas las personalidades como proyecciones de la Persona única; y todos los egos como deformaciones del "Yo" único y real de la existencia. Ya no estamos separados en ella, sino que perdemos nuestro ego activo en el movimiento universal; perdemos nuestro ego estático en la paz universal simplemente por el Testigo que está sin cualidades y eternamente desapegado y desembarazado.

---

<sup>1</sup> El Ser personal supremo.

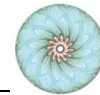
<sup>2</sup> El Poder de la Conciencia por el que el Divino se oculta tras las formas de la ignorancia y de la ilusión para llevarnos hacia la Verdad oculta tras ellas.



Sin embargo subsiste una contradicción entre estos dos términos, el aislado Silencio divino y la omniabarcante Acción divina, que debemos remediar en nosotros de cierta manera, en cierto grado elevado que nos parece completo pero que no lo es, porque no puede transformarse ni conquistarse integralmente. Contamos con la Paz, la Luz, el Poder y la Bienaventuranza universales, pero su expresión efectiva no es la de la Verdad-Consciencia, la de la Gnosis divina, sino que, aunque maravillosamente liberada, elevada e iluminada, sostiene aún solo la actual autoexpresión del Espíritu Cósmico y no transforma los símbolos ambiguos y los misterios velados de un mundo de la Ignorancia, como lo haría un Descenso trascendental. Nosotros estamos libres, pero la consciencia terrena sigue en la esclavitud; solo un ulterior ascenso y descenso trascendentales pueden remediar enteramente la contradicción, transformar y liberar.

Pues hay aun un tercer aspecto, intensamente íntimo y personal, del Amo de las Obras que es la clave de este misterio y éxtasis sublime y oculto, pues Él aparta, del secreto de la Trascendencia oculta y del ambiguo despliegue del Movimiento cósmico, un Poder individual de la Divinidad que puede mediar entre ambos y tender un puente para que pasemos del uno al otro. En este aspecto, la persona trascendente y universal de la Divinidad toma forma en nuestra personalidad individual y acepta una relación personal con nosotros, identificada de inmediato con nosotros como nuestro Yo supremo y, con todo, próxima y diferente como nuestro Amo, Amigo, Amante, Maestro, Padre, Madre y Compañero de Juegos en el gran juego del mundo, disfrazándose totalmente de amigo y enemigo, auxiliador y contrincante, guiando nuestros pasos hacia nuestra perfección y liberación en todas las relaciones y acciones que nos afectan. Es esta manifestación más personal la que nos permite alguna posibilidad de completa experiencia trascendental, porque en ella encontramos al Uno, no meramente en una calma y paz liberadas, no meramente con sumisión pasiva o activa en nuestras obras o a través del misterio de la unión con un Conocimiento y Poder universales que nos llena y guía, sino con un éxtasis del Amor y Deleite divinos que nos eleva más allá del Testigo silencioso y del Poder activo del Mundo hacia alguna adivinación positiva de un secreto beatífico mayor. Pues no se trata tanto del conocimiento que nos guía a un Absoluto inefable, ni de las obras que nos elevan más allá del proceso del mundo hacia el supremo y originador Conocedor y Amo, sino más bien de esta cosa más íntima nuestra, aunque por ahora muy oscura, que mantiene oculto para nosotros, en su apasionado velo, el secreto profundo y arrobado de la Deidad trascendente y alguna experiencia absoluta de su Ser perfecto, de su Bienaventuranza omniconcentrante, y de su Ananda místico.

Pero la relación individual con la Divinidad no siempre, ni desde el principio, nos introduce en la fuerza, en la vastísima ampliación ni autosuperación suprema. Al principio, esta Deidad próxima a nuestro ser o inmanente en nosotros solo puede sentirse plenamente en el ámbito de nuestra naturaleza y de nuestra experiencia personales, como Jefe y Amo, Guía y Maestro, Amigo y Amante, o Espíritu, Poder y Presencia, constituyendo y elevando nuestro movimiento ascendente y amplificador mediante la fuerza de

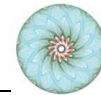


*Sri Aurobindo*

su realidad íntima que mora en el corazón o preside en nuestra naturaleza, desde lo alto, nuestra inteligencia suprema. Su preocupación es nuestra evolución personal, una relación que es nuestra dicha y satisfacción; la construcción de nuestra naturaleza según su imagen divina es nuestro autodescubrimiento y perfección. El mundo exterior parece existir solamente como campo de este crecimiento y proveedor de materiales o de auxilio y de fuerzas contrarias para sus etapas sucesivas. Nuestras obras efectuadas en ese mundo son sus obras, pero hasta cuando sirven a un fin universal temporal, su propósito principal, en lo que nos concierne, es dinamizar externamente o establecer poder interior a nuestras relaciones con esta Divinidad inmanente. Muchos no buscan nada más o ven la continuidad y realización de este florecimiento espiritual solo más allá de los cielos; la unión se consume y perpetúa en la eterna inmanencia de su perfección, dicha y belleza. Pero esto no basta para quien busca integralmente la perfección; por más intenso y bello que sea, el logro personal aislado no puede ser su objetivo total ni su existencia íntegra. Debe llegar un tiempo en el que lo personal se abra a lo universal; nuestra misma individualidad espiritual, mental, vital y física incluso, se universaliza: eso se aprecia como poder de su fuerza universal y espíritu cósmico, o contiene al universo en esa amplitud inefable que llega a la consciencia individual cuando rompe sus ataduras y fluye hacia el Trascendente y totalmente hacia el Infinito.

En un Yoga vivido enteramente sobre el plano mental espiritualizado es posible y, hasta es usual, que estos tres aspectos fundamentales de lo divino - el Individual o Inmanente, el Cósmico y el Trascendente- se destaquen como realizaciones separadas. Entonces cada una parece suficiente, por sí misma, para satisfacer el anhelo de quien busca la perfección. A solas con la Divinidad personal, en la iluminada cámara secreta del corazón interior, puede construir su ser según la imagen del Amado y ascender desde la Naturaleza caída hasta morar con Él en un cielo del Espíritu. Disuelta en la vastedad cósmica, liberada del ego, su personalidad reducida a un punto de acción de la Fuerza universal, calmo, libre e inmortal en la universalidad, inmóvil en el Yo Testigo aunque esté esparcido ilimitadamente en el Espacio y Tiempo interminables, puede disfrutar, en el mundo, la libertad de lo Intemporal. Encaminado únicamente hacia una Trascendencia inefable, despojándose de su personalidad, apartando de sí el esfuerzo y turbación de la *Dynamis* universal, puede huir hacia un Nirvana inexpresable, anular todas las cosas en una intolerante exaltación de vuelo hacia el Incomunicable.

Pero ninguno de estos logros es suficiente para quien busca el vasto completamiento de un Yoga integral. La salvación individual no le resulta suficiente, pues se descubre abriéndose hacia una consciencia cósmica que, por su anchura y vastedad, supera mucho la más estrecha intensidad de una limitada concreción individual y, por ello, su llamada es imperativa. Impulsado por una compulsión intensa debe traspasar todas las fronteras separativas, esparcirse en la Naturaleza del mundo y contener al universo. También en lo alto le urge una realización dinámica que, desde el Supremo, presiona sobre el mundo de los seres, y solo el abarcar y trascender la consciencia cósmica

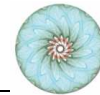


puede liberar aquí, dentro de la manifestación, ese esplendor no prodigado todavía. Pero tampoco la consciencia cósmica es suficiente; pues no es toda la Realidad Divina, ni es integral. Debe descubrir un secreto divino detrás de la personalidad, porque allí, a la espera de liberarse aquí en el Tiempo, está el misterio de la corporización de la Trascendencia. En la consciencia cósmica queda al fin una brecha, una ecuación desigual del Conocimiento supremo que puede liberar, pero no hacer efectivo; con un Poder que parece usar un conocimiento limitado o que se enmascara con una Ignorancia superficial creadora, pero que crea imperfección o perfección efímera, limitada o encadenada. Por otro lado hay un Testigo libre y no-dinámico y, en el otro, una atada Ejecutora de la acción que no recibió todos los medios para cumplirla. La reconciliación de estos compañeros y contrarios parece reservarse, posponerse y retraerse en un No Manifestado que está aún más allá de nosotros. Pero, a su vez, un mero escape hacia una Trascendencia absoluta deja inacabada la personalidad e inconclusa la acción universal, y no puede satisfacer a quien busca integralmente la perfección. Siente que la Verdad eternamente existente es Poder que crea, al igual que es Existencia estable; no es solo un Poder de manifestación ilusoria e ignorante. La Verdad eterna puede manifestar sus verdades en el Tiempo; puede crear en el Conocimiento y no solo en la Inconsciencia y la Ignorancia. Es posible tanto un Descenso divino como un ascenso a la Divinidad; hay perspectiva de descenso de una perfección futura y una liberación presente. Al ampliarse su conocimiento, le resulta cada vez más evidente que para esto el Amo de las Obras hizo descender, dentro de él, al alma como chispa de su fuego en la oscuridad, pudiendo crecer allí en un centro de Luz que es eterno.

El Trascendente, el Universal y el Individual son tres poderes que envuelven toda la manifestación, subyacen y penetran en ella: esta es la primera de las Trinidades. Asimismo, en el desarrollo de la consciencia éstos son tres términos fundamentales y no puede desecharse ninguno de ellos para que tengamos la experiencia de toda la Verdad de la existencia. De lo individual despertamos en una consciencia cósmica más vasta y libre; pero de lo universal debemos también emerger, con su complejidad de formas y poderes mediante una autosuperación mayor aún, hacia una consciencia sin límites que se fundamenta en el Absoluto<sup>1</sup>. Sin embargo, en esta ascensión no abolimos, sino que tomamos y transfiguramos lo que nos parece dejar, porque hay allí una cima en la que los tres viven eternamente uno para el otro. En esa cima están unidos bienaventuradamente en un nexo de su unidad armonizada. Pero esa cima se halla por encima de la mentalidad espiritualizada más elevada y vasta, aunque pueda experimentarse aquí algún reflejo suyo. Para que la mente la alcance y viva allí, debe superarse y transformarse en luz, poder y sustancia supramentales gnósticos. En esta consciencia inferior disminuida puede intentarse una armonía, pero quedará siempre imperfecta; es posible una coordinación, no una fundida concreción simultánea. Para cualquier realización mayor es imprescindible un ascenso desde la mente. O debe haber, con el ascenso o a continuación de este, un descenso dinámico de

---

<sup>1</sup> Consciencia trascendente.



la Verdad autoexistente que siempre existe autoelevada en su propia luz por encima de la Mente, eterna, anterior a la manifestación de la Vida y la Materia.

La Mente es Maya, *sat-asat*<sup>1</sup>: hay un campo abarcante de lo verdadero y lo falso, de lo existente y de lo no existente, y en ese campo ambiguo parece reinar la Mente; pero hasta en su propio reino es, en verdad, una consciencia disminuida, no es parte del poder del Eterno, poder original y supremamente originador. Aunque la Mente refleje alguna imagen de la Verdad esencial en su sustancia, la fuerza y acción dinámicas de la Verdad se presentan en ella siempre interrumpidas y divididas. Todo cuanto puede hacer la Mente es unir los fragmentos o deducir una unidad; la verdad de la Mente es solo semiverdad o parte de un acertijo. El conocimiento mental es siempre relativo, parcial y no conclusivo, y su acción y creación extrovertidas se confunden más aún en sus pasos o se definen solo dentro de estrechos límites o mediante imperfectas uniones. Hasta en esta consciencia disminuida la Divinidad se manifiesta como Espíritu en la Mente, así como se desplaza como Espíritu en la Vida o mora más oscuramente todavía como Espíritu en la Materia; pero aquí no está su plena revelación dinámica ni las perfectas identidades del Eterno. Solo cuando cruzamos el linde hacia una consciencia luminosa mayor y hacia una sustancia autoconsciente donde la Verdad divina es innata y familiar, se nos revelará el Amo de nuestra existencia en la verdad integral e imperecedera de su ser, poderes y obras. Solo allí también sus obras asumirán, en nosotros, el perfecto movimiento de su propósito supramental infalible.

Pero esta es la culminación de una travesía larga y difícil, y el Amo de las obras no espera hasta entonces para encontrar a quien lo busca en el sendero del Yoga y pone su Mano secreta o semimanifiesta sobre él y sobre su vida y acciones interiores. Ya estaba allí en el mundo como Originador y Receptor de las obras, detrás de los densos velos del Inconsciente, disfrazado en la fuerza de la Vida, visible para la Mente a través de las deidades y figuras simbólicas. Bien puede ser que quien lo busca lo encuentre primero al alma destinada al camino del Yoga integral bajo estos disfraces. O llevando máscaras más imprecisas todavía, podemos concebirlo como Ideal o mentalizarlo como Poder abstracto del Amor, el Bien, la Belleza o el Conocimiento; o cuando dirigimos nuestros pies hacia el Camino, puede llegar a nosotros velado como la llamada de la Humanidad o como una Voluntad en las cosas que conduce hacia la liberación mundial del abrazo de la Oscuridad, de la Falsedad, de la Muerte y del Sufrimiento, el gran cuaternario<sup>2</sup> de la Ignorancia. Entonces, después de que hayamos ingresado en el sendero, nos envuelve con su amplia y potente Impersonalidad liberadora o se nos aproxima con el rostro y la forma de una Deidad personal. En nosotros y a nuestro alrededor sentimos un Poder que sostiene, protege y cobija; oímos una Voz que guía; nos gobierna una Voluntad consciente mayor que nosotros; una Fuerza imperativa mueve nuestros pensamientos y acciones y nuestro mismo cuerpo; una Consciencia

<sup>1</sup> Existente-no existente, verdadero-falso.

<sup>2</sup> Tal vez referido a que fue durante el Cuaternario cuando apareció el *Homo sapiens* sobre la Tierra y, por tanto, el nacimiento de una mente consciente mayor, pero imperfecta y ligada a la ignorancia y, en consecuencia, a la oscuridad, falsedad, muerte y sufrimiento.

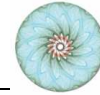


omniamplificadora asimila la nuestra; una Luz viva del Conocimiento nos ilumina a todos interiormente, o una Beatitud nos invade; un Poder presiona desde lo alto, concreto, masivo y omniavasallante, y penetra y se vuelca en la materia misma de nuestra naturaleza; allí se aposenta una Paz, una Luz, una Bienaventuranza, una Fortaleza y una Grandeza. O hay relaciones personales, íntimas como la vida misma, dulces como el amor, vastas como el cielo, profundas como las aguas. A nuestro lado camina un Amigo; en la intimidad de nuestro corazón hay un Amante con nosotros; un Amo de la Obra y de la Dura Prueba señala nuestro camino; un Creador de las cosas nos usa como su instrumento; estamos en brazos de la Madre. Todos estos aspectos más comprensibles en los que el Inefable se encuentra con nosotros son verdades y no meros símbolos o imaginaciones útiles; pero a medida que progresamos, sus primeras formulaciones imperfectas ceden en nuestra experiencia ante la visión mayor de la Verdad única detrás de ellas. A cada paso sus meras máscaras mentales se disipan y adquieren una significación mayor, más profunda y más íntima. Por último, en los lindes supramentales todas estas Deidades combinan sus formas sagradas y, sin cesar en ningún instante de existir, se coaligan. En este sendero los Aspectos Divinos no se revelaron solamente para desecharse después; no son conveniencias espirituales o compromisos temporales con una Consciencia ilusoria o figuras oníricas transmitidas misteriosamente a nosotros por la incomunicable superconsciencia del Infinito; por el contrario, su poder crece y su absoluto se revela a medida que se aproximan a la Verdad de la que partieron.

Pues esa Trascendencia, ahora superconsciente, es un Poder al igual que una Existencia. La Trascendencia supramental no es una Maravilla vacua<sup>1</sup>, sino un inexpresable que contiene eternamente todas las cosas esenciales provenientes de él; las mantiene allí, en su realidad suprema y eterna junto con sus absolutos característicos. La disminución, división y degradación creadas por el sentido de un enigma insatisfactorio, de un misterio de Maya, disminuyen y se descartan en nuestra ascensión, y los Poderes Divinos asumen sus formas reales y se presentan cada vez más como términos de una Verdad en proceso de realizarse aquí. Aquí despierta lentamente el alma de la Divinidad de su involución y ocultamiento en la Inconsciencia material. El Amo de las obras no es Amo de ilusiones, sino Realidad suprema que estructura sus autoexpresivas realidades liberadas lentamente de los capullos de la Ignorancia en los que se les permitió un lapso de sueño, con el fin de la manifestación evolutiva. Pues la Trascendencia supramental no es algo absolutamente aparte y desconectado de nuestra existencia actual. Es una Luz mayor, de la que deriva todo para la aventura del Alma que cae en la Inconsciencia y emerge de ella y, mientras sigue la aventura, aguarda superconsciente por encima de nuestras mentes hasta que pueda llegar a ser consciente en nosotros. Después dejará el velo y, al dejarlo, nos revelará toda la significación de nuestro ser y de nuestras obras, pues descubrirá la Divinidad cuya manifestación más plena en el mundo liberará y concretará esa significación secreta.

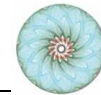
---

<sup>1</sup> No coincide la concepción del Yoga integral con el Budismo que concibe la Trascendencia como Vacuidad.



En esa revelación, a la Divinidad Trascendente la conoceremos cada vez más como Existencia suprema y Fuente Perfecta de todo lo que somos. Pero igualmente la veremos cómo Amo de las obras y de la creación que vuelca cada vez mayor cantidad de sí en el campo de su manifestación. La consciencia cósmica y su acción ya no se presentarán como Azar enorme y regulado, sino como campo de la manifestación. Allí la Divinidad se ve como Espíritu Cósmico gobernante y penetrante que recibe todo de la Trascendencia y desarrolla lo que desciende en las formas, que son ahora opaco disfraz o desconcertante semidisfraz, pero destinadas a ser revelación transparente. La consciencia individual recobrará su verdadero sentido y acción; pues ella es la forma de un Alma partida del Supremo y, a pesar de todas las apariencias, es un núcleo o niebla en el que la Fuerza-Madre Divina trabaja para la victoriosa corporización de la Divinidad intemporal y sin forma en el Tiempo y la Materia. Esto se revelará lentamente a nuestra visión y experiencia como la voluntad del Amo de las obras y como su propia significación última y única, que dota de una luz y un significado a la creación del mundo y a nuestra propia acción en el mundo. Reconocer eso y esforzarse para que sea efectivo es la carga total del Camino de las Obras Divinas en el Yoga integral.





## Capítulo XII

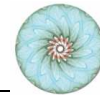
### LA OBRA DIVINA

Para quien sigue el camino de las obras queda una cuestión cuando su indagación ha llegado a su término natural: si tras la liberación existe para el alma alguna obra, cuál y con qué finalidad. La ecuanimidad se ha aposentado en su naturaleza o la gobierna en pleno; se ha logrado una liberación radical de la idea del ego, del saturante sentido del ego, de todos los sentimientos e impulsos del ego y de su contumacia y deseos. La entera autoconsagración se ha efectuado no solo en el pensamiento y el corazón, sino también en todas las complejidades del ser. Se ha establecido una completa pureza o trascendencia de los tres *gunas*<sup>1</sup> en forma armónica. El alma ha visto al Amo de sus obras y vive en su presencia o es contenida conscientemente en su ser, está unificada con él en el corazón, o en lo alto, y obedece sus dictados. Conoció su verdadero ser y desechó el velo de la Ignorancia. ¿Cuál es entonces la obra que queda por ejecutar, con qué motivo, para qué fin y con qué espíritu?

Hay una respuesta con la que estamos muy familiarizados en la India: no queda obra alguna pues el resto es quietud. Cuando el alma puede vivir en la presencia eterna del Supremo o cuando se unifica con el Absoluto, el objeto de nuestra existencia en el mundo, si puede decirse que tiene un objeto, cesa de inmediato. El ser humano, liberado de la calamidad de la autodivisión de la calamidad de la Ignorancia, también se libera de esa otra aflicción, de la calamidad de las obras. Entonces, toda acción sería una derogación del estado supremo y un retorno a la Ignorancia. Esta actitud hacia la vida es sostenida por una idea fundada en el error propio de la naturaleza vital para la que la acción es dictada por uno o por los tres motivos inferiores: la necesidad, el desasosegado instinto y el impulso o deseo. Una vez extinguidos el instinto o impulso quieto y el deseo, ¿qué sitio queda para las obras? Quedaría alguna necesidad mecánica y nada más, y esa también cesaría para siempre con la caída del cuerpo. Pero después de todo, aun así, mientras haya vida, la acción es inevitable. El mero pensar o, ante la ausencia de pensamiento, el mero vivir es acción y causa de muchos efectos. Toda la existencia en el mundo es trabajo, fuerza y potencia, y tiene efecto dinámico en la totalidad, por su mera presencia, hasta la inercia del frío Buda, hasta en el silencio del Buda inmóvil en el linde del Nirvana. Existe solo la cuestión de la modalidad de la acción, de los instrumentos que se utilizan o que actúan por sí mismos, y la cuestión del espíritu y conocimiento de quien trabaja. Pues en realidad, ningún ser humano trabaja, sino que la Naturaleza lo hace a través de él para la autoexpresión de un Poder interior que procede del Infinito. Conocer eso y vivir en la presencia y en el ser del Amo de la Naturaleza, libre del deseo y de la ilusión del impulso personal, es lo único necesario. Esto, y no el cese de la acción corporal, es la verdadera liberación, porque, de esta manera, la esclavitud de las obras cesa de inmediato. Un ser humano puede sentarse quieto e inmóvil eternamente y, con todo, estar muy ligado a la Ignorancia como el animal o el insecto. Pero si

---

<sup>1</sup> Los tres elementos básicos (sattva, rajas, tamas) ya explicados en un capítulo anterior.



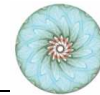
puede crear dentro de sí esta consciencia dinámica mayor, entonces toda la obra de todos los mundos pasaría a través de él y, a pesar de todo, seguiría en reposo absoluto en la calma y la paz, libre de toda esclavitud. La acción en el mundo nos ha sido dispuesta como medio de nuestro autodesarrollo y autorrealización y, aunque alcanzásemos el último autocompletamiento divino posible, la acción quedaría aún como medio para la realización de la intención divina en el mundo y del mayor yo universal del que cada ser es una porción, una porción que descendió con él desde la Trascendencia.

En cierto sentido, cuando su Yoga ha alcanzado cierta culminación, las obras cesan para el ser humano; pues ya no tiene necesidad posterior, ni sentido de las obras efectuadas por él; pero no es menester eludir la acción ni refugiarse en una bienaventurada inercia. Pues ahora actúa como la Existencia Divina lo hace sin ninguna necesidad obligatoria ni ignorancia compulsiva. Hasta cuando efectúa las obras no trabaja para nada, no emprende iniciativa personal alguna. Es la Divina Shakti quien trabaja en él a través de su naturaleza; su acción se desarrolla a través de la espontaneidad de una Fuerza suprema, de la cual es parte, por la que son poseídos sus instrumentos, con cuya voluntad su voluntad es idéntica y su poder es el poder de ella. El espíritu dentro de él contiene, sostiene y contempla esta acción; la preside en el conocimiento pero no la aglutina o la ajusta a la obra por apego o necesidad, porque no está atado por el deseo de su fruto, ni está esclavizado por ningún movimiento o impulso.

Es un error común suponer que la acción es imposible o, al menos, ininteligible sin el deseo. Si el deseo cesa, se nos dice, también debe cesar la acción. Pero esto, como otras generalizaciones demasiado simplemente generalizantes, es para la mente divisora y definidora más seductor que verdadero. La mayor parte del trabajo efectuado en el universo se cumple sin interferencia alguna del deseo; procede por necesidad calma y ley espontánea de la Naturaleza. Hasta el ser humano efectúa obras de índole variada por impulso, intuición, instinto o actos espontáneos obedeciendo a una necesidad y ley naturales de fuerzas, sin planificación mental ni urgencia de la volición consciente ni del deseo emotivo. Bastante a menudo su acto es contrario a su intención o su deseo; procede de él por sujeción a una necesidad o compulsión, por sumisión a un impulso, por obediencia a una fuerza suya que empuja hacia la autoexpresión o por persecución consciente de un principio superior. El deseo es un señuelo adicional al que la Naturaleza asignó un papel importante en la vida de los seres animados a fin de producir cierta clase de acción *rajásica*<sup>1</sup> necesaria para sus fines intermedios; pero no es su único ni principal motor. Tiene gran utilidad mientras dura: sirve para elevarnos de la inercia, contradice muchas fuerzas tamásicas<sup>2</sup> que, de otro modo, inhibirían la acción. Pero quien busca la perfección y ha avanzado mucho en el sendero de las obras, ya ha pasado esta etapa intermedia en la que el deseo es un motor útil. Su empuje ya no es indispensable para su acción, sino que más bien es un

<sup>1</sup> Referido a Rajas, uno de los tres *gunas* o cualidades fundamentales o modos de la naturaleza; el principio dinámico de la naturaleza caracterizado por el deseo, la acción y la pasión.

<sup>2</sup> Referido a Tamas, uno de los tres *gunas*, el principio de la oscuridad y de la inercia en la naturaleza.



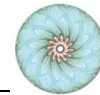
estorbo y fuente de tropiezo, ineficiencia y fracaso. Otros están obligados a obedecer una elección o motivación personal, pero él ha de aprender a actuar con una mente impersonal o universal, o como parte de un instrumento de una Persona infinita. Una calma indiferencia, una jubilosa imparcialidad o una bienaventurada respuesta a una Fuerza divina, cualquiera que sea su dictado, es la condición para que efectúe cualquier obra o emprenda cualquier acción que merezca ser realizada. No debe ser manejado por ningún deseo ni apego, sino por una voluntad que se mueva en una paz divina, en un Conocimiento que parta de la Luz trascendente, en un Impulso gozoso que sea fuerza del Ananda<sup>1</sup> supremo.

En una etapa avanzada del Yoga es indiferente para quien busca la perfección, en el sentido de cualquier preferencia personal, qué acción efectuará o no; hasta si actuará o no, no lo decide su elección ni placer personal. Siempre es impulsado a hacer cuanto esté en consonancia con la Verdad o cuanto la Divinidad exija a través de su naturaleza. A veces se extrae de esto la falsa conclusión de que el ser humano espiritual, aceptando la posición en que le ha colocado el Hado, Dios o su Karma pasado, contento de trabajar en el campo o en el marco de la Familia, el clan, la casta, la nación o la ocupación que le corresponden por nacimiento o circunstancia, no efectuará, y tal vez hasta no deberá efectuar, ningún movimiento para superarlo ni perseguir cualquier gran finalidad mundana. El campo real que se le asigna es suficiente para su propósito. Ya que, en realidad, no tiene obra alguna que realizar, puesto que solo tiene que usar las obras, no interesa cuales, mientras esté en el cuerpo para llegar a la liberación o, habiendo llegado, para obedecer a la Voluntad divina y cuanto esta le dicte. Una vez libre, solo tiene que continuar trabajando en la esfera que le ha asignado el Hado y las circunstancias hasta que llegue la gran hora en que pueda, al fin, desaparecer en el Infinito. Insistir en cualquier finalidad particular o trabajar en favor de algún gran objetivo mundano es caer en la ilusión de las obras, es acariciar el error de que la vida terrestre tiene intención inteligible y contiene objetos dignos de perseguir. La gran teoría de la Ilusión, que es una negación práctica de la Divinidad en el mundo, aunque, en su idea, reconoce la Presencia, está una vez más ante nosotros. Pero la Divinidad está aquí, en el mundo, no solo en estado, sino también en *dynamis*; no solo espiritualmente como yo y presencia, sino también como poder, fuerza, energía y, por lo tanto, es posible una obra divina en el mundo.

No hay principio alguno ni campo de acción reducida que se le pueda imponer al Karma-yogui<sup>2</sup> como su norma o área. Resulta muy cierto que todo género de obras, pequeñas o grandes para la imaginación humana, minúsculas o amplias, pueden utilizarse, por igual, para el progreso hacia la liberación o autodisciplina. Esto es también cierto en cuanto a que después de la liberación un ser humano puede morar en cualquier esfera de la vida y en cualquier género de acción realizando allí su existencia en la Divinidad. De acuerdo a cómo es movido por el Espíritu, puede permanecer en la esfera que se le haya

<sup>1</sup> Gozo, Beatitud divinos.

<sup>2</sup> Practicante del Yoga de las Obras con cierto nivel de realización.



asignado por nacimiento y circunstancias o quebrar esa estructura y avanzar hacia una acción no obstruida que será el cuerpo adecuado de su consciencia engrandecida y de conocimiento superior. Ante los ojos externos de los seres humanos la liberación interior puede que no produzca diferencia aparente en sus actos externos; o, por el contrario, la libertad e infinitud interiores pueden traducirse en accionar dinámico externo, tan vasto y nuevo, que cuanto se le relaciona es atraído por esta fuerza nueva. Si tal es la intención del Supremo dentro de él, el alma liberada puede contentarse con una acción sutil y limitada dentro del viejo medio circundante humano que de ningún modo procurará cambiar su apariencia externa. Pero también puede ser convocado a un trabajo que no solo altere las formas y la esfera de su propia vida externa, sino que, sin dejar en su derredor nada inmodificado ni inafectado, cree un mundo nuevo o un orden nuevo.

Debería persuadirnos una idea que prevalece, en el sentido de que el único objetivo de la liberación es asegurar la libertad individual del alma del renacimiento físico en la vida inestable del universo. Una vez asegurada esta libertad, nada le queda por hacer aquí, en la vida o en cualquier otro lado o solo lo que la existencia continua del cuerpo exija o los efectos insatisfechos de las vidas pasadas necesiten. Este poco, rápidamente extinguido o consumado por el Fuego del Yoga, cesará al partir del cuerpo el alma en libertad. El objetivo de eludir el renacimiento, largamente fijado en la mentalidad hindú como objetivo supremo del alma, ha reemplazado el disfrute de un cielo más allá, establecido en la mentalidad de los devotos por muchas religiones como divino señuelo. La religión hindú también sostuvo esa llamada primitiva e inferior cuando la interpretación burda de los himnos védicos era el credo dominante, y los dualistas de la India posterior también mantuvieron eso como parte de su suprema motivación espiritual. Indudablemente una liberación de las limitaciones mentales y corporales en una eterna paz, descanso y silencio del Espíritu, es una apelación superior al ofrecimiento de un cielo de dichas mentales o placeres físicos eternizados, pero después de todo, esto también es un señuelo; su insistencia sobre la fatiga mundana por parte de la mente, la retracción del ser vital ante la aventura del nacimiento, pulsa una cuerda de debilidad y no puede ser el motivo supremo. El deseo de salvación personal, por más alta que sea su forma, es un resultado del ego; estriba en la idea de nuestra propia individualidad y de su deseo de bien y bienestar personales, de su anhelo de liberarse del sufrimiento o de su demanda de extinción del problema del devenir y hace que eso sea el objetivo supremo de nuestra existencia. Elevarse más allá del deseo de salvación personal es necesario para el rechazo completo de esta base del ego. Si buscamos a la Divinidad, será por ella sola y por nada más, pues ese es el supremo reclamo de nuestro ser, la más honda verdad del espíritu. Perseguir la liberación, la libertad del alma, la realización de nuestro yo verdadero y supremo, la unión con la Divinidad, solo se justifica porque es la ley más excelsa de nuestra naturaleza, porque se trata de la atracción de lo que en nosotros es inferior hacia lo que es supremo, porque es la Voluntad Divina en nosotros. Esa es su justificación suficiente y su única razón más cierta; todos los otros motivos son sobrantes, verdades secundarias o menores o útiles señuelos que el alma debe



abandonar puesto que su utilidad ya ha pasado y el estado de unidad con el Supremo y con todos los seres ha llegado a ser nuestra consciencia normal y la bienaventuranza de ese estado nuestra atmósfera espiritual.

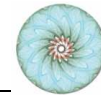
A menudo vemos que este deseo de salvación personal es vencido por otra atracción que también pertenece al giro superior de nuestra naturaleza y que indica el carácter esencial de la acción que debe perseguir el alma liberada. Eso es lo que implica la gran leyenda del Amitabha Buda que se volvió cuando su espíritu estaba en el umbral del Nirvana y formuló el voto de no cruzarlo jamás mientras un solo ser permaneciese en el pesar y la Ignorancia: "No deseo el estado supremo con todos sus ocho *siddhis*<sup>1</sup> ni el cese del renacimiento; reciba yo todo el pesar de las criaturas sufrientes e ingrese en ellas de modo que puedan liberarse de la pena." Eso es lo que inspira un notable pasaje de una carta del Swami Vivekananda<sup>2</sup>: "Perdí todo deseo de salvarme", escribió el gran Vedantín, "Ojalá naciese una y otra vez y sufriese miles de miserias para así adorar al único Dios que existe, el único Dios en quien creo, la suma total de todas las almas; y sobre todo, es el objeto especial de mi adoración mi Dios el inicuo, mi Dios el miserable, mi Dios el pobre de todas las razas, de todas las especies. Adora a Aquel que es el alto y el bajo, el santo y el pecador, el dios y el gusano, el visible, cognoscible, real y omnipresente; despedaza todos los otros ídolos. Adora a Aquel en quien no hay vida pasada ni nacimiento futuro, ni muerte, ni ir ni venir, en el que siempre fuimos y siempre seremos; despedaza todos los otros ídolos."

Las dos frases últimas contienen ciertamente la sustancia total del asunto. La salvación verdadera o la libertad verdadera de la cadena del renacimiento no son rechazo de la vida terrestre ni la huida del individuo por autoaniquilación espiritual, dado que el verdadero renunciamiento no es el mero abandono físico de la familia o sociedad; es la identificación interior con la Divinidad en la que no hay limitación de la vida pasada ni nacimiento futuro sino, en su lugar, la existencia eterna del Alma no nacida. Quien está libre interiormente, hasta cuando realiza acciones, no hace nada, dice el Gita; pues es su Naturaleza la que trabaja en él bajo el control del Señor de la Naturaleza. De igual manera, aunque asuma cientos de veces el cuerpo, está libre de cualquier cadena de nacimiento o rueda mecánica de la existencia, puesto que vive en un espíritu no nacido e inmortal y no en la vida del cuerpo. Por lo tanto, el apegarse a escapar del renacimiento es uno de los ídolos que el sadhaka del Yoga integral debe despedazar y apartar de sí. Pues su Yoga no se limita a la realización del Trascendente por parte del alma individual más allá de todo el mundo; abarca también la realización del Universal, "la suma total de todas las almas", y por lo tanto, no puede ser reducido al movimiento de una salvación y huida personales. Hasta en su trascender las limitaciones cósmicas sigue siendo uno con todos en Dios; para él queda una obra divina en el universo.

---

<sup>1</sup> Realizaciones.

<sup>2</sup> Fue un pensador, místico y líder religioso indio, discípulo del místico Ramakrishna. Propagador de la escuela de advaita del vedānta en occidente y fundador de la organización Ramakrishna Mission en 1897.



Ninguna regla mentalmente concebida; ninguna norma humana puede determinar esa obra; ya que su consciencia se ha apartado de la ley y de los límites humanos y se ha introducido en la libertad divina, fuera del gobierno de lo externo y efímero, hacia el autocontrol de lo interior y eterno, fuera de las formas obligatorias de lo finito y hacia la libre autodeterminación del Infinito. “Como quiera que vivas y actúes”, dice el Gita, “vive y actúa en Mí”. Las reglas fijadas por el intelecto humano no pueden aplicarse al alma liberada, pues no puede ser juzgada por los criterios y pruebas externas establecidas por sus asociaciones y prejuicios mentales; se halla fuera de la estrecha jurisdicción de estos tribunales falibles. El alma es inmaterial, ya sea bajo la apariencia del asceta o la vida plena del señor de casa; ya sea pasando sus días con lo que los seres humanos llaman obras santas o en las actividades multilaterales del mundo; ya sea consagrado a la dirección de seres humanos hacia la Luz como Buda, Cristo o Shankara<sup>1</sup> o gobernando reinos como Janaka<sup>2</sup> o alzándose ante los seres humanos como Sri Krishna<sup>3</sup>, como político jefe de ejércitos; lo que coma o beba; sea su trabajo constructivo o destructivo; sostenga o restaure un nuevo orden o se esfuerce por reemplazarlo con uno nuevo; ya sean sus asociados aquellos a quienes los seres humanos se deleitan en honrar o aquellos a quienes su sentido de rectitud superior los margina y reprueba; ya sea que su vida y acciones sean aprobadas por sus contemporáneos o sea condenado como descarriador de seres humanos y fomentador de herejías religiosas, morales o sociales. No es gobernado por el juicio de los hombres ni por las leyes establecidas por los ignorantes; obedece a una voz interior y lo impulsa un Poder invisible. Su vida real es interior y es su dictado el que él vive, el que lo impulsa y el que lo hace actuar en Dios, en la Divinidad y en el Infinito.

Pero si su acción no es gobernada por regla externa alguna, observará una regla que no es externa; no será dictada por deseo u objetivo personales, sino que será parte de un accionar consciente en el mundo eventualmente bien ordenado porque es divino y autoordenado. El Gita declara que la acción del ser humano liberado no debe ser dirigida por el deseo, sino hacia la unión del mundo, de su gobierno, guía, impulso y mantenimiento en el sendero asignado. Este mandato fue interpretado en el sentido de que, al ser el mundo una ilusión en la que la mayoría de los seres humanos debe mantenerse, ya que no están preparados para la liberación, debe actuar interiormente para así abrigar en ellos un apego a sus obras acostumbradas, establecidas por ellos por la ley social. De ser así, sería una regla pobre e insignificante y todo corazón noble la rechazaría para seguir más bien el voto divino del Buda Amitabha, la sublime plegaria del Bhagavata<sup>4</sup> y la apasionada aspiración de Vivekananda. Pero si más bien aceptamos el criterio de que el mundo es un movimiento de la Naturaleza, divinamente guiado, emergiendo en el ser humano hacia Dios y que en esta obra el Señor del Gita declara estar siempre ocupado, aunque nada le queda por ganar, entonces aparecerá en este mandato un sentido

<sup>1</sup> Shankara (788-820) fue uno de los más importantes pensadores de la India.

<sup>2</sup> Antiguo rey en la India.

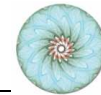
<sup>3</sup> Divinidad hindú que dirige a Arjuna en la batalla, según el relato del Gita.

<sup>4</sup> Bhagavata Gita.



profundo y verdadero. Participar en esa obra divina, vivir para Dios en el mundo será la regla del Karma-yogui; vivir para Dios en el mundo y, por lo tanto, actuar de modo que la Divinidad se manifieste cada vez más y el mundo avance por cualquier camino de su oscuro peregrinaje y se acerque más al ideal divino.

Cómo hará esto, de qué modo particular, no puede decidirlo regla alguna. Debe desarrollarse o definirse desde dentro; la decisión está entre Dios y nuestro yo, entre el Yo Supremo y el yo individual que es el instrumento de la obra; aún antes de la liberación, es desde el yo interior, tan pronto tomamos consciencia de ello, que surge la sanción, la elección espiritualmente determinada. Debemos llegar al conocimiento de la obra que ha de realizarse completamente desde el interior. No hay obra particular, ley, forma o modo exteriormente establecido o invariable de las obras que pueda decirse que sea del ser liberado. La frase usada en el Gita para expresar esta obra que ha de efectuarse se interpretó en el sentido de que debemos cumplir nuestro deber sin tener en cuenta el fruto. Pero esta es una concepción nacida de la cultura europea que es más bien ética que espiritual y externa más bien que interiormente profunda en sus conceptos. Cosa tan genérica como el deber no existe; solo tenemos deberes, a menudo en conflicto recíproco, y éstos están determinados por nuestro medio, nuestras relaciones sociales, nuestro estado externo en la vida. Son de gran valor para el entrenamiento de la inmadura naturaleza moral y para erigir de una norma que desanime la acción del deseo egoísta. Ya se dijo que mientras quien busca la perfección carezca de luz interior, debe gobernarse con la mejor luz que tenga, y el deber, un principio, una causa, se hallan entre las normas que puede erigir y observar temporalmente. Pero para todo eso, los deberes son cosas externas, no material del alma, y no pueden ser la norma última de acción en este sendero. El deber del soldado es pelear cuando se le convoca, hasta hacer fuego contra los suyos; pero una norma tal o afín no puede imponerse a un ser humano liberado. Por otra parte, amar o compadecer, obedecer a la verdad suprema de nuestro ser, seguir el mandato de la Divinidad no son deberes; estas cosas son ley de la naturaleza a medida que se eleva hacia la Divinidad, un efluvo de la acción desde el estado anímico y una elevada realidad del espíritu. La acción del liberado hacedor de las obras debe ser incluso un efluvo del alma; debe llegar a él y salir de él como resultado natural de su unión espiritual con la Divinidad y no formarse mediante elaborada construcción del pensamiento y voluntad mentales, mediante razón práctica ni sentido social. En la vida ordinaria una regla, norma o ideal personales, sociales o tradicionales, contruidos, son la guía; una vez iniciada la travesía espiritual, esto debe reemplazarse con una regla o modo de vida interior o exterior, necesario para nuestra autodisciplina, liberación y perfección, un modo de vida propio del sendero que seguimos u ordenado por el guía y maestro espiritual, por el Gurú, o dictado por un Guía que está dentro de nosotros. Pero en el postrer estado de infinitud y libertad del alma, todas las normas externas son reemplazadas o desechadas, y solo queda una obediencia espontánea e integral a la Divinidad con la que estamos en unión y una acción que satisface espontáneamente la verdad integral y espiritual de nuestro ser y naturaleza.



Es en este sentido más profundo que debemos aceptar el mandato del Gita en el sentido de que la acción determinada y gobernada por la naturaleza debe ser nuestra ley de las obras. No se refiere al temperamento superficial ni al carácter o impulsos habituales, sino en el sentido literal de la palabra sánscrita, a nuestro "propio ser", nuestra naturaleza esencial y la materia divina de nuestras almas. Cuanto brote de esta raíz o fluya de estas fuentes es profundo, esencial y correcto; el resto -opiniones, impulsos, hábitos, deseos- pueden ser meras formaciones superficiales o divagaciones casuales del ser o imposición del exterior. Aquéllos cambian pero esto permanece constante. Las formas ejecutivas tomadas por la Naturaleza no nos pertenecen y tampoco nuestras formas inmanentemente constantes y expresivas. Es el ser espiritual en nosotros —y esto incluye su devenir del alma— el que persiste a través del tiempo en el universo.

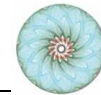
Sin embargo, no podemos distinguir fácilmente esta verdadera ley interior de nuestro ser; se nos vela mientras el corazón y el intelecto permanezcan sin purificarse del egoísmo: hasta entonces seguimos ideas, impulsos, deseos, sugerencias e imposiciones superficiales e impermanentes de toda índole que provienen de nuestro medio o estructuramos formaciones de nuestra temporal personalidad mental, vital y física -ese yo pasajero, experimental y estructural, construido para nosotros por una interacción entre nuestro ser y la presión de una Naturaleza cósmica inferior-. En la proporción en que nos purifiquemos, el verdadero ser interior se declara con mayor claridad; nuestra voluntad se enreda menos en las sugerencias externas o se encierra en nuestras construcciones mentales superficiales. Habiendo renunciado al egoísmo, y ya purificada la naturaleza, la acción derivará de los dictados del alma, de las honduras o cimas espirituales, o será gobernada abiertamente por el Señor aposentado siempre, secretamente, dentro de nuestros corazones. La palabra suprema y final del Gita para el Yogui es que abandone todas las reglas fijas y externas de conducta, todas las construcciones de la Naturaleza superficial externa, *dharmas*<sup>1</sup>, y se refugie solamente en la Divinidad. Libre de deseo y apego, unificado con todos los seres, viviendo en la Verdad y Pureza infinitas y actuando desde las más profundas honduras de su consciencia interior, gobernado por su Yo inmortal, divino y supremo, todas sus obras serán dirigidas por el Poder interior a través de aquel espíritu y naturaleza esenciales que están en nosotros y que, conociendo, luchando, trabajando, amando y sirviendo, son siempre, en orden a la realización de Dios en el mundo, expresión divina del Eterno en el Tiempo.

Una acción divina que surge espontánea, libre e infaliblemente de la luz y la fuerza de nuestro yo espiritual en unión con la Divinidad es el estado último de este Yoga integral de las Obras. La razón más verdadera de por qué debemos buscar la liberación, no surge, individualmente, del sufrimiento del mundo, aunque esa liberación también se nos brindará, sino que esta razón debe ser la unión con la Divinidad, con el Supremo y Eterno. La razón más cierta de por qué debemos buscar la perfección, un estado supremo, la pureza,

---

<sup>1</sup> Construcciones de la naturaleza superficial externa, tal como Sri Aurobindo lo define, referido a todas las normas ético-morales, sociales, ideales, o incluso enseñanzas religiosas.





conocimiento, fortaleza, amor y capacidad, no es que disfrutemos la Naturaleza divina ni ser siquiera como los dioses, aunque ese goce también nos pertenezca, sino porque esta liberación y perfección son la Voluntad divina en nosotros, la verdad suprema de nuestro yo en la Naturaleza, la meta siempre propuesta de una manifestación progresiva en el universo. La Naturaleza divina, libre, perfecta y bienaventurada, debe manifestarse en el individuo a fin de que se manifieste en el mundo. Hasta en la Ignorancia el individuo vive realmente en lo universal y en pro del Propósito universal, pues en el acto mismo de perseguir las finalidades y deseos de su ego, es forzado por la Naturaleza a contribuir, mediante su acción egoísta, a su obra y propósito en los mundos; pero eso es sin intención consciente, se efectúa imperfectamente, y su contribución resulta semievolucionada y semiconsciente, su movimiento imperfecto y burdo. Escapar del ego y unirse con la Divinidad es, a la vez, la liberación y la consumación de su individualidad; liberado, purificado y perfeccionado de ese modo, el individuo —el alma divina— vive consciente y enteramente, como se lo propuso desde el principio, en y para la Divinidad cósmica y trascendente, y para su Voluntad en el universo.

En el Camino del Conocimiento podemos llegar a un punto en el que saltemos de la personalidad y el universo, escapemos de todo pensamiento, voluntad y obras, y de toda modalidad de la Naturaleza y, absorbidos y elevados a la Eternidad, nos fundamos en la Trascendencia; esa, aunque no es obligatoria para el concededor de lo divino, puede ser la decisión del alma, el término perseguido por el yo dentro de nosotros. En el Camino de la Devoción podemos alcanzar, a través de una intensidad de adoración y beatitud, la unión con el supremo Omni-Amado y permanecer eternamente en el éxtasis de su presencia, íntimamente absorbidos solo en él, en un solo mundo de bienaventuranza con él; eso puede ser entonces el impulso de nuestro ser, su elección espiritual. Pero en el Camino de las Obras se abre otra perspectiva; pues atravesando el sendero, podemos entrar en la liberación y perfección deviniendo una ley y poder de la naturaleza con el Eterno; nos identificamos con él en nuestra voluntad y yo dinámico al igual que en nuestro estado espiritual; un camino divino de las obras es el resultado natural de esta unión; una vida divina en libertad espiritual es el cuerpo de su autoexpresión. En el Yoga integral estas tres líneas de aproximación liberan sus exclusiones, se encuentran y se alían, no se apartan una de la otra: liberados del velo tendido sobre el yo mental, vivimos en la Trascendencia<sup>1</sup>; entramos, por la admiración del corazón, en la unidad de un amor y bienaventuranza supremos<sup>2</sup>; y todas nuestras fuerzas del ser se elevan hacia la fuerza única, nuestra voluntad y nuestras obras se someten a la Voluntad y Poder únicos, asumiendo la perfección dinámica de la Naturaleza divina<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Camino del Conocimiento.

<sup>2</sup> Camino de la Devoción.

<sup>3</sup> Camino de las Obras.



## Capítulo XIII<sup>1</sup>

### LA SUPERMENTE Y EL YOGA DE LAS OBRAS

Un Yoga integral incluye, como elemento vital e indispensable en su objetivo total y último, la conversión de todo el ser en una consciencia espiritual superior y en una existencia divina mayor. Nuestras partes de la voluntad y de la acción, nuestras partes del conocimiento, nuestro ser pensante, nuestro ser emotivo, nuestro ser vital, nuestro yo y naturaleza deben buscar la Divinidad, entrar en el Infinito y unirse con el Eterno. Pero la actual naturaleza humana es limitada, dividida y desigual y al hombre le es más fácil concentrarse en la parte más vigorosa de su ser y seguir una línea determinada de progreso propio de su naturaleza: solo raros individuos tienen fortaleza como para efectuar una inmersión vasta e inmediata y directa en el mar de la Infinitud Divina. Por lo tanto, algunos deben escoger como punto de partida una concentración del pensamiento, contemplación, unidireccionalidad mental en orden a descubrir la realidad eterna del Yo que está en ellos<sup>2</sup>; otros pueden recogerse con mayor facilidad en su corazón para encontrar allí a la Divinidad, al Eterno<sup>3</sup>: Sin embargo, otros son predominantemente dinámicos y activos: para éstos lo mejor es concentrarse en la voluntad y ampliar su ser a través de las obras<sup>4</sup>. Pueden alcanzar por las obras alguna plenitud primera de un estado espiritual unidos con el Yo y fuente de todo, mediante el sometimiento de su voluntad a su infinitud, guiados en sus obras por la Divinidad secreta interior o sometidos al Señor de la acción cósmica como amo y motor de todas sus energías de pensamiento, sentimiento y acción, llegando a ser, mediante esta ampliación de su ser, desinteresados y universales. Pero el sendero, cualquiera que sea su punto de partida, debe desembocar en un dominio más vasto; al fin debe proceder a través de una totalidad de conocimiento integrado, emoción, voluntad de acción dinámica y perfección del ser en la naturaleza toda<sup>5</sup>. En la consciencia supramental, sobre el nivel de la existencia supramental, esta integración llega a consumarse; allí, el conocimiento, la voluntad, la emoción y la perfección del yo y la naturaleza dinámica surgen, a la vez, al absoluto de sí y a una perfecta armonía y fusión recíprocas, a una integración divina, a una perfección divina. Pues la supermente es una Verdad-Consciencia en la que la Realidad Divina, plenamente manifestada, ya no trabaja con la instrumentación de la Ignorancia; una verdad del estado del ser, que es absoluto, se torna dinámica en una verdad de energía y de actividad del ser que es autoexistente y perfecto. Todo movimiento es movimiento de la verdad autoconsciente del Ser Divino y toda parte es una íntegra armonía con el todo. Hasta la acción más limitada y finita es, en la Verdad-Consciencia, un movimiento del Eterno e Infinito, y participa del absoluto y de la perfección inherentes al Eterno e Infinito. Un ascenso hacia la Verdad supramental no solo eleva nuestra consciencia

---

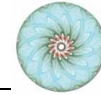
<sup>1</sup> **Nota del editor:** Esta es parte de una ulterior extensión de la obra contemplada por el autor pero que quedó inconclusa. Se publica aquí por primera vez.

<sup>2</sup> Yoga del Conocimiento.

<sup>3</sup> Yoga de la Devoción.

<sup>4</sup> Yoga de las Obras.

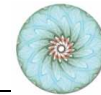
<sup>5</sup> Describe la imprescindible unión de los tres yogas.



espiritual y esencial hacia esa altura, sino que también produce un descenso de esta Luz y Verdad en todo nuestro ser y en todas nuestras partes de la naturaleza. Entonces todo se convierte en parte de la Verdad Divina, en elemento y medio de la unión y unidad suprema; este ascenso y descenso debe ser, por lo tanto, objetivo último de este Yoga.

La unión con la Realidad Divina de nuestro ser y de todo ser es el único objeto esencial del Yoga. Es necesario tener esto en cuenta; debemos recordar que nuestro Yoga no se emprende para la adquisición de la supermente misma, sino por la Divinidad; buscamos a la supermente no por su beatitud y grandeza, sino para hacer que la unión sea absoluta y completa; para sentirla, poseerla, dinamizarla, de cualquier manera posible en nuestro ser, en sus intensidades más excelsas y en su más vasta grandeza y en todo ámbito, giro, meandro y receso de nuestra naturaleza. Es un error pensar, como muchos tienden a hacerlo, que el objeto de nuestro Yoga supramental es llegar a una potente magnificencia de superhumanidad, a un divino poder de grandeza, a la autorrealización de una personalidad individual magnificada. Esta es una concepción falsa y desastrosa -desastrosa porque es probable que exalte el orgullo, la vanidad y la ambición de la mente vital *rajásica* en nosotros y que, en caso de no superarse ni vencerse, deberá llevar a una caída espiritual-; falsa porque es una concepción egoísta y la primera condición del cambio espiritual es desembarazarse del ego. Es más peligrosa para la naturaleza activa y dinámica del hombre de voluntad y de obras que puede fácilmente descarriarse por perseguir el poder. El poder llega inevitablemente mediante el cambio supramental, es condición necesaria de una acción perfecta: pero es la Shakti Divina la que llega y asume la naturaleza y la vida, el poder del Uno que actúa a través del individuo espiritual; no es un engrandecimiento de la fuerza personal, ni la posterior realización culminante del ego separativo mental y vital. La autorrealización es resultado del Yoga, pero su objetivo no es la grandeza del individuo. El único objetivo es una perfección espiritual, un descubrimiento del yo verdadero y una unción con la Divinidad, invistiendo la consciencia y naturaleza divinas (*Sádharmya mukti*). Todo el resto es detalle constitutivo y circunstancia cooperante. Los impulsos egocéntricos, la ambición, el deseo de poder y grandeza, los motivos de autoafirmación son extraños a esta consciencia mayor y serían una barrera insuperable contra cualquier posibilidad hasta de una distante aproximación hacia el cambio supremo. Hay que perder el propio yo inferior para encontrar el yo mayor. La unión con la Divinidad debe ser el motivo principal; hasta el descubrimiento de la verdad del propio ser y de todo el ser, la vida en esa verdad y su consciencia mayor, la perfección de la naturaleza son solo resultados naturales de aquel movimiento. Como condiciones indispensables de su consumación total, son parte del objetivo central solo porque son un desarrollo necesario o una consecuencia mayor.

También debe tenerse en cuenta que el cambio supramental es difícil, distante y última etapa; debe considerarse como el término de un panorama alejado; no puede ni debe convertirse en objetivo primero, en meta contemplada constantemente ni en objetivo inmediato. Pues solo puede ponerse al alcance esa posibilidad después de muy ardua autoconquista y



autosuperación, al fin de etapas muy prolongadas y penosas de difícil autoevolución de la naturaleza. Primero debe adquirirse consciencia yóguica interior<sup>1</sup> y reemplazar con ella nuestra visión ordinaria de las cosas, de los movimientos naturales y los motivos de la vida; debe revolucionarse toda la estructura actual de nuestro ser. Luego, tenemos que profundizar más aún, descubrir nuestra velada entidad psíquica<sup>2</sup> y bajo su luz y gobierno tornar psíquicas nuestras partes interiores y exteriores, convertir en instrumentación consciente del alma la naturaleza mental, la naturaleza vital, la naturaleza corporal y toda nuestra acción, estados y movimientos mentales, vitales y físicos<sup>3</sup>. Después, o en forma concurrente, tenemos que espiritualizar al ser en su totalidad mediante un descenso de una Luz, Fuerza, Pureza, Conocimiento, libertad y amplitud divinos<sup>4</sup>. Es necesario derribar los límites de la mente, la vida y el físico personales, disolver el ego, entrar en la consciencia cósmica, realizar el yo, adquirir una mente y corazón, la fuerza vital y la consciencia física espiritualizados y universalizados. Es entonces cuando empieza a posibilitarse el paso hacia la consciencia supramental, y aún en ese momento hay un difícil ascenso y cada etapa es un logro separado y arduo. El Yoga es una evolución consciente, rápida y concentrada, por parte del ser, pero por más rápida que sea, aunque efectúe en una sola vida lo que la Naturaleza instrumental realizaría en siglos y milenios o muchos centenares de vidas, sin embargo toda la evolución debe avanzar por etapas; hasta la máxima rapidez y concentración del movimiento no puede abreviar etapas ni invertir el proceso natural, acercando el fin al principio. Una mente apresurada e ignorante, una fuerza demasiado ansiosa olvida fácilmente esta ley necesaria; se lanzan a convertir a la supermente en objetivo inmediato y esperan hacerla descender con una horquilla de sus supremas cimas en el Infinito<sup>5</sup>. Esta es no solo absurda expectativa, sino que también está llena de peligros. Pues el deseo vital muy bien puede poner en acción poderes vitales oscuros o vehementes que pongan de relieve una promesa de realización inmediata de su anhelo imposible; es probable que la consecuencia se hunda en muchas clases de autoengaño, de sometimiento a las falacias y tentaciones de las fuerzas de la

<sup>1</sup> Consciencia de nuestro ser inmanente (esencial) interior.

<sup>2</sup> Manifestación del ser psíquico en nosotros.

<sup>3</sup> Como tercera etapa, la psiquización de todo nuestro ser exterior instrumental.

<sup>4</sup> Después de lo anterior, o a la vez, se produce el descenso de la Fuerza de la Madre Divina (Shakti) para la transformación de nuestro ser instrumental (mente, vital, cuerpo), que constituye una de las etapas más duras del Yoga integral.

<sup>5</sup> Existe una notoria tendencia entre aurobindianos o adeptos al Yoga integral a creer que se puede provocar o atrapar y hacer descender al Supramental a la tierra. Sri Aurobindo, en esta descripción del proceso del Yoga, habla de un camino paulatino e inevitable y, además, de un proceso individual en el que, quien no haya recorrido el camino de ascenso descrito, no podrá recibir el descenso Supramental, o, más bien, lo recibirá mermado, según el desarrollo de sus capacidades. Porque existe una ley evolutiva en la Naturaleza que el Infinito respeta, precisamente porque es la Ley del Infinito para su propia manifestación. No parece haber otro modo de hacer descender al Supramental que recorrer el camino individual de ascenso, sin evitar ninguna etapa, que Sri Aurobindo describe y tirar (ser instrumentos) de la humanidad para que también ascienda y pueda recibirlo. Podría decirse que el Supramental está descendiendo desde siempre, que no se esconde por alguna voluntad caprichosa. Esto no quita para que pueda haber habido momentos de intensificación de este descenso provocado por seres supramentales, como en el caso de la Madre, pero tal circunstancia afectará a los seres humanos individuales según su propia evolución.



oscuridad, de caza de poderes supernormales, de apartamiento de la Divinidad hacia la naturaleza *asúrica*<sup>1</sup>, de autoengreimiento fatal dentro de una grandeza innatural, inhumana y no-divina del ego magnificado. Si el ser es pequeño, la naturaleza débil e incapaz, este desastre de vasta escala no se produce; pero, a partir de ahí<sup>2</sup>, pueden ser la consecuencia una pérdida del equilibrio, un desajuste mental y un desliz en la sinrazón o un desajuste vital y la consiguiente aberración moral o una desviación en algún género de anormalidad enfermiza de la naturaleza. Este no es un Yoga en que puede admitirse género alguno de anormalidad, por mas exaltada que sea, como medio de autorrealización o realización espiritual. Hasta cuando se ingresa en la experiencia supernormal y suprarracional, no debe alterarse el equilibrio que debe mantenerse firmemente desde la cima de la consciencia hasta su base; la consciencia que experimenta debe mantener un calmo equilibrio, una claridad sin fallas y un orden en su observación, un género de sentido común sublimado, un infalible poder de autocrítica, una correcta discriminación, coordinación y firme visión de las cosas; debe haber allí una sana captación de los hechos y un elevado positivismo espiritualizado. No es siendo irracional o infrarracional como se ha de traspasar la naturaleza ordinaria hacia la supernaturaleza; eso ha de efectuarse trasponiendo la razón hacia una luz mayor de la super-razón. Esta super-razón desciende en la razón y la lleva hacia niveles superiores, hasta destruyendo sus limitaciones; no se pierde la razón sino que se la cambia por verdadero yo ilimitado y poder coordinador de la supernaturaleza<sup>3</sup>.

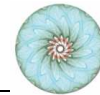
Otro error del que hay que precaverse es uno al que nuestra mentalidad se inclina con facilidad; es considerar como la supermente a una consciencia intermedia superior o hasta alguna consciencia supernormal. Para alcanzar a la supermente no basta ir por encima de los movimientos ordinarios de la mente; no basta recibir una luz, un poder y una dicha mayores, ni desarrollar capacidades del conocimiento, la vista y la voluntad efectiva que sobrepasen el ámbito normal del ser humano. No toda luz lo es del espíritu, mucho menos toda luz lo es de la supermente; la mente, lo vital y lo físico mismo tienen luces propias, pero escondidas, que pueden ser muy inspiradoras, exaltadoras, informativas y poderosamente ejecutivas. Introducirse en la consciencia cósmica también puede provocar una inmensa ampliación de la consciencia y del poder. Una apertura de la mente interior, interior vital, interior física, cualquier ámbito de consciencia subliminal, puede poner en actividad poderes

---

<sup>1</sup> Asuras: seres hostiles anti-evolutivos, potenciadores de la oscuridad y del ego.

<sup>2</sup> Cuando el ser ha crecido y ha adquirido ciertos poderes mentales y vitales y un grado de consciencia superior al ordinario.

<sup>3</sup> Es frecuente en el mundo espiritual encontrar posicionamientos que confunden el trascender la mente racional con posturas mentales infrarracionales o irracionales y, de esta manera, se da cobertura o crédito, por ejemplo, a profecías sobre el fin del mundo en una fecha determinada, etc. Trascender la razón no es exactamente prescindir de ella, sino acceder a vías de conocimiento que nos descubren realidades más allá de su limitación. Queda entonces la razón como instrumento al servicio de esa visión mayor. Podríamos decir, como ejemplo, que estos textos de Sri Aurobindo, expresan realidades espirituales a las que no se puede acceder solo a través de la razón, pero están muy lejos de ser un texto irracional o incoherente y, además, él se ha servido del pensamiento de la mente racional, aunque elevado y suprarracionalizado, para expresarnos sus experiencias superiores.



anormales o supernormales del conocimiento, la acción o la experiencia que la mente no instruida puede confundir fácilmente con revelaciones, inspiraciones e intuiciones espirituales. Una apertura ascendente hacia los ámbitos mayores del ser mental superior puede hacer descender mucha luz y fuerza que creen una intensa actividad de la mente y poder vital intuitivizados o un ascenso hacia estos ámbitos puede producir una luz verdadera pero todavía incompleta, fácilmente expuesta a mezclarse, una luz que es espiritual en su fuente, aunque no siempre sigue siendo espiritual en su carácter activo cuando desciende en la naturaleza inferior. Pero ninguna de estas cosas es la luz supramental, el poder supramental; eso solo puede verse y captarse cuando alcanzamos las Cimas del ser mental, entramos en la sobremente y estamos en los lindes de un hemisferio superior y mayor de la existencia espiritual. Allí cesan por completo la ignorancia, la inconsciencia y la oscura Nesciencia<sup>1</sup> original, que despiertan hacia un semiconocimiento, base de la Naturaleza material y que circundan, penetran y limitan potentemente todos nuestros poderes mentales y vitales; pues allí la Verdad-Consciencia inmodificada y sin mezcla es la sustancia de todo el ser, su pura textura espiritual. Imaginar que hemos alcanzado tal condición cuando aun nos desplazamos en la dinámica de la Ignorancia, aunque se trate de una Ignorancia iluminada o esclarecida, es exponernos a un descarrío desastroso o a una detención de la evolución del ser. Pues si se trata de un estado inferior que confundimos así con la supermente, nos exponemos a todos los peligros que hemos visto que acompañan a la prisa egoísta y presuntuosa en nuestra demanda del logro. Si se trata de uno de los estados superiores al que suponemos supremo, aunque lo logremos, es posible que no lleguemos a la meta mayor y más perfecta de nuestro ser; pues nos contentaremos con una aproximación y la transformación suprema huirá de nosotros. Ni siquiera el logro de una completa liberación interior y de una elevada consciencia espiritual es esa transformación suprema; pues podemos tener ese logro, un estado perfecto en sí, en esencia, y con todo, nuestras partes dinámicas pueden pertenecer, en su instrumentación, a una mente espiritualizada iluminada y, en consecuencia, como toda la mente, pueden ser defectuosas hasta en su poder y conocimiento mayores, y todavía sujetas a un oscurantismo parcial o local, o a una limitación por parte de la circumsriptora nesciencia original.

---

<sup>1</sup> Ignorancia.